

Revista de Educación

(JULIO - SETIEMBRE 1958)

REVISTA DE EDUCACIÓN

ABELARDO ARIAS
RAFAEL ALBERTO ARRIETA
JEAN CAZENEUVE
RENATA D. HALPERIN
ALBA LOEDEL
ALFREDO LLANOS
DORA ISELLA RUSSELL

De los frutos a las raíces
Sarmiento y Horace Mann
Los ritos y la condición humana
Esta nuestra lengua milenaria
El cielo estrellado como centro de interés
El empirismo hernandiano
Memorias de un romántico

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

RAÚL BONGIORNO, *El grabado y el libro. CÓRDOVA ITURBURU, Picasso o la fantasía multiforme de la realidad.* V. KOURGANOFF, *Las aproximaciones sucesivas.* RAÚL J. LLANO, *Aves de primavera.* J. DE BIANCHETTI, *Toponimia guaraní.* ANDRÉ BARBAULT, *Balance de la astrología.*

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

O. H. DONDO, *Defensa de la lectura.* E. THOMPSON, *Un plan no graduado.* J. H. MAUHOURET, *Educación estética en la escuela.* R. GAL, *Métodos nuevos en psicología.* G. M. DE ECHAVARRÍA, *Organización de bandas rítmicas.* MARCEL DESCHOUX, *La vocación personal.*

LECTURAS

TOMÁS MORO, *Isla de los utópicos.* B. MITRE, *La poesía.* ALOYSIUS BERTRAND, *El alquimista.* DARWIN, *Robert Brown.* CH. BAUDELAIRE, *El puerto.* HISTORIA DE SINDBAN, *El juicio de un niño.*

LENGUAJE Y ESTILO

L. GOLDMANN, *Trabajo de análisis.* A. MARASSO, *El bello desorden pindárico.* F. GARCÍA JIMÉNEZ, *Anotaciones a un poema gauchesco.* S. FERNÁNDEZ, *Articulación de las vocales.*

LIBROS Y REVISTAS

R. BONOME, *¿Qué es el color?* MARIE DELCOURT, *El oráculo de Delfos.* R. A. BENÍTEZ, *Una histórica función de circo.* JEAN ROSTAND, *Ciencia falsa y falsas ciencias.* INST. NAC. DE FILOGÍA Y FOLKLORE, *Renca. Folklore puntano.* REVISTAS: *Especies vegetales del Perú precolombino, Elixir de larga vida, Atlas lingüístico-etnográfico.*

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

A. DAUVILLIER, *La vida en el universo.* G. VON NATZMER, *Fases estilísticas en el arte parietal.* E. LALOU, *Etapas astronómicas.* A. JOUSSAIN, *Reacciones defensivas en la planta.* M. DUQUESNE, *Conceptos nuevos.*

CRÓNICA

S. LUPASCO, *La contradicción científica.* A. M. DE AGOSTINI, *Los bosques milenarios.* AZUL C. A. DE SAPIN, *Para foliófilos.* ENRIQUE DE GANDÍA, *La Sierra de la Plata.*



GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ARTURO CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1958

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

Julio de 1958

Año III N° 7 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

De los frutos a las raíces

Vamos a intentar un panorama del arte argentino —de la pintura en particular— visto desde Europa, y una "situación" del mismo dentro del arte contemporáneo.

Pensamos que una de las más claras formas de situar el arte argentino, que equivale a hacer otro tanto con el hombre, es la de recorrer Europa, visitar museos, asistir a conciertos, *escuchar* y *ver* constantemente; esto en especial en los países que han tenido contacto o influencia intelectual y artística con el nuestro. Hemos visitado Grecia, Italia, Francia, Suiza y Bélgica en diversas y repetidas oportunidades.

Salvo parte de nuestra música popular y folklórica, ninguna otra muestra del arte argentino ha llegado a esos pueblos en forma estable. En ninguno de sus museos hemos visto cuadros de pintores argentinos; si los hay debían de estar en el depósito. Es necesario reconocer, en cambio, que Emilio Pettoruti, actualmente en París, comienza a ser considerado como una de las grandes figuras de la pintura contemporánea, desde que ganó el Premio Guggenheim de las Américas, y luego del éxito obtenido por su reciente exposición en París. Por la jerarquía de su pintura, los críticos más eminentes lo han comparado a Juan Gris, y reconocen que, de haber permanecido en Europa, Pettoruti estaría a la par de los maestros de la Escuela de París, en cuanto a nombrada. También es cierto que sus cuadros ya habían comenzado a ser adquiridos por los coleccionistas suizos, quienes, por su agudeza para descubrir valores, son una especie de envidiable antesala de los museos europeos. También se habla de Sergio de Castro.

Y bien, el hecho concreto es que no obstante la madurez alcanzada por la pintura en la Argentina, a la que, quizás, no han llegado la escultura, y sobre todo la mú-

sica y la literatura, la pintura, decíamos, no ha logrado un sitio honorable al lado de sus hermanas del Mediterráneo.

Antes de analizar las causas de tal fenómeno, vamos a referirnos a las tesis que hemos sentado respecto del casi total desconocimiento de nuestras restantes artes en Europa. Conviene aclarar, también, que con este análisis no pretendemos, ni remotamente, hacer un cargo a Europa, ni a lo restante del mundo.

Comencemos por la Literatura. Veamos lo traducido al francés, lo ofrecido al mundo desde París, ciudad que, no obstante los peros y todas las decadencias que se le imputan, sigue siendo el altopariente intelectual; más que eso: el centro, el ombligo cultural adonde concurren todo los artistas para recibir el espaldarazo definitivo. Ya sean Picasso o Faulkner, Rivera, Tamayo, la Opera de Pekín o el Ballet de Ball.

¿Cuáles son los autores argentinos ofrecidos al mundo desde este centro de la inteligencia? Muy contados, algo más, de una docena. Y bien, aunque nos duela reconocerlo, ninguno de ellos ha conquistado al lector extranjero; ninguno se ha transformado en un autor de nombradía internacional, aunque varios fueron traducidos a otros idiomas, entre éstos, autores de la calidad de Ernesto Sábato. Mencionaremos algunos nombres: Domingo Faustino Sarmiento, acaso el más recio de nuestros narradores y uno de nuestros más grandes prosistas, con su *Facundo*, con un prólogo de Marcel Bataillon, eminente hispanista y profesor del Collège de France; el *Martin Fierro*, de José Hernández, nuestro poema épico; Ricardo Güiraldes, con *Don Segundo Sombra*, la novela o relato de la pampa; tres libros clásicos cuyas ediciones se suceden entre nosotros, en el exterior no han logrado éxito de público.

Entre los contemporáneos, Jorge Luis Borges, tenido por el más erudito y exquisito de nuestros autores, sólo ha conseguido lo que, con cierto retintín, se llama: *Un succés d'estime* y entre la *élite*. Es, sin embargo, el autor argentino del que más se habla, acaso porque su obra está influida por la literatura inglesa, que goza de notorio predicamento entre la intelectualidad francesa. Los demás traducidos han caído casi en el vacío: pocas críticas, algunas de compromiso, o juicios amables de ese ignorado

paladín de las letras hispanoamericanas que es Francis de Miomandre (Premio Goncourt), leído pero no seguido.

En música hemos obtenido algunos éxitos operísticos del gran director (en particular de música contemporánea), Juan José Castro; otros con obras de Ginastera o García Morillo o recitales de buenos ejecutantes; pero es dable comprobar que poco o nada se incluye de nuestros autores en los programas de importancia, ya sea en festivales internacionales, audiciones, conciertos y recitales.

En escultura sólo el nombre de Curatella Manes, a quien podemos considerar otro valor de jerarquía o reconocimiento internacional, ha tenido resonancia, aunque en muchos países ésta se ha limitado a los círculos artísticos.

He aquí lo que podríamos llamar un rápido y algo severo panorama del arte argentino visto desde el extranjero. En arte, a los países jóvenes y latinos, nos conviene la estrictez.

Ante esta visión cabe preguntarse: Si en verdad existe un arte que pudiéramos llamar argentino, ¿por qué se lo ignora?

Causas del desconocimiento del arte argentino en el extranjero.—De acuerdo con lo anunciado, vamos a tratar de descubrir las causas del desconocimiento casi total del arte argentino en el extranjero. Estas son varias y diversas.

Además de las derivadas de la circunstancia material de no pertenecer al grupo de las llamadas "grandes potencias", la situación geográfica influye en el desconocimiento de un país, en la medida en que ese alejamiento de los centros culturales no es salvado por medios que atraigan hacia él las miradas.

Este factor del alejamiento geográfico ha sido superado, a menudo y desde un punto de vista extrínseco, por ciertos elementos imponderables, entre los cuales, y aunque al pronto resulte paradójico, se encuentra la guerra. Si, la guerra. Veamos su realidad en un ejemplo muy cercano en el tiempo.

No puede negarse la extraordinaria influencia artística que logró Estados Unidos de Norteamérica, luego de su victoria en la primera guerra mundial. Esta influencia se ha multiplicado después de su triunfo en la segunda. Claro que todo esto ha sido posible por los valores intrínsecos de su arte, en grado singular la indiscutible calidad de su literatura teatral y novelística; pero dejemos de

lado estos valores intrínsecos, comunes a otras literaturas, y preguntémosnos, cuál otra que no sea la guerra y su poderío económico resultante, ha sido la razón de esa influencia, de esa atracción profunda y esencial en algunos sectores y superficial en otros.

Los pueblos, tanto como los individuos, acaso por un resto de primitivismo, experimentan una singular atracción hacia los vencedores, hacia los fuertes. Así, pues, los pueblos europeos se han vuelto llenos de curiosidad hacia ese vencedor.

Resulta interesante anotar que la influencia de Estados Unidos se ha acentuado en lo que ellos poseen de más recio y personal: la literatura y la música; aunque esta última sea de raíz esencialmente negra. La influencia en estas dos ramas del arte resulta explicable si pensamos que la mayoría de los pueblos sajones se ha destacado en esas artes llamadas "del tiempo"; mientras los latinos o pueblos de la cuenca del Mediterráneo han mostrado singular inclinación por las artes plásticas, o "del espacio".

¿Podiera desprenderse de lo anterior que, para lograr preeminencia artística, un país lejano debe guerrear victoriosamente? La pregunta, y la condigna respuesta, huelen a ese humor o gracia negra que parece ser el más acorde con nuestro tiempo.

Sin duda alguna, la guerra es el medio más primitivo y brutal de llamar la atención sobre los contendores, sobre los triunfadores. Esto nos llega desde el fondo de la historia y marca la evolución de lo que hemos dado en llamar la civilización occidental, aunque tenga tan esenciales raíces en Oriente.

LLamar la atención, atraer y convencer, es el origen de una de las industrias más típicas de nuestro tiempo, y en la que Estados Unidos de Norteamérica ha descollado: la propaganda. Los países latinoamericanos la aceptan con cierta reticencia de origen hispánico.

Sin embargo, en 1951, México organizó en París una magnífica e inteligente exposición de su arte a través del tiempo; de su delicioso, colorido y, a menudo, macabro arte popular, hasta su personalísimo arte culto. Esta exposición le abrió ancha brecha; situó a México ante el mundo de la inteligencia y llegó, inclusive, hasta el pueblo francés. Fué una exposición tan extraordinaria que todavía se habla de ella. Más aún: su civilización azteca

llegó a dejar rastros en expresiones de la plástica contemporánea.

El día que la Argentina realice una exposición semejante mucho ganará en el conocimiento de los europeos y del mundo restante. Desde luego que nuestro país no tiene una civilización indígena comparable a la azteca, pero no dejaría de ser interesante la exhibición de muchos de los descubrimientos arqueológicos realizados en el Norte argentino, como, por ejemplo, los de los hermanos Wagner que muestran la existencia de una civilización calchaquí nada despreciable; o exponer algunas de las piezas que tan modestamente muestra el Museo Arqueológico "Inca Huasi", de La Rioja. En este museo existe un escudo pectoral de bronce u *orbes* cuya fineza, gracia y sobriedad en la línea del dibujo, recuerda a los bellos y mundialmente famosos que exhibe el Museo de Atenas, y que fueron descubiertos en las recientes excavaciones del llamado sexto círculo de las tumbas reales de Micenas. Por cierto que la composición armoniosa de este *orbes* riojano, de sus dos figuras humanas en particular, composición que para mencionarla de acuerdo con los cánones actuales llamaríamos cubista, habría de interesar a los plásticos de todo el mundo. Igual cosa sucedería con un ídolo antropomorfo de Las Upas, en Araco, cuyos volúmenes desprovistos de artificios tienen algo de Brancusi, y cuyos brazos y en particular la pierna, están ubicados con originalidad tan singular que sobrepasa la simple interpretación candorosa para transformarla en la de un artista verdadero e ignorado. Entre los fetiches zoomorfos se descubren figuritas de piedra de semejanza y valiosa factura.

Alguna de las urnas funerarias, como esa campanuliforme de alfarería rojiza decorada en negro con guardas triangulares, ajedrezada la una y ondulada las otras, sorprenderían y, más aún, quizá sirvieran para correlacionar esta civilización diaguita tan desconocida, y que no recordamos haber visto mencionada en ese completísimo y admirable Museo del Hombre, de París.

A que la República Argentina no haya usado estos elementos de difusión cultural o los haya usado con parsimonia, puede achacarse en lo extrínseco el desconocimiento de su arte. En verdad, pocas veces, casi contadas, se han enviado exposiciones de arte dignas de tal nombre, ni compañías teatrales para que realicen

giras internacionales y muestren lo que de singular tiene nuestro teatro vernáculo; las becas se han restringido o desaparecido; no se patrocinan viajes de nuestros valores destacados, etc. En pocas palabras, no se realiza gran parte de lo que en difusión hacen la mayoría de los países.

Personalidad del arte argentino.—Analizado el problema, común a Latinoamérica, de la difusión de su arte, siguiendo de la superficie a la hondura, ha llegado la oportunidad de preguntarnos si existe un arte que pueda llamarse argentino.

André Gide, uno de los más inteligentes escritores que han influido en la primera mitad del siglo XX en Europa, dijo, en 1920: "¿Cómo podemos esperar algo de gentes como los latinoamericanos cuyo ideal es parecérsenos? Sólo del Norte nos puede llegar un soplo de renovación".

Esta afirmación, que podía resultar desconsoladora para el arte argentino y latinoamericano, nos ha causado daño; y no sólo por la importancia que Gide pudo haber tenido y que no deseamos magnificar, sino porque en nuestra época urgida por el tiempo se coloca muy fácilmente un rótulo, como rápida forma de terminar lo que debía ser un estudio sociológico; rótulo que resulta más sugestivo y pegajoso si, como en el caso, tiene algo de irónico y ex abrupto.

Pese a todo esto, y a que André Gide comete errores tan comunes en los inteligentes, como ser el de generalizar en exceso, de confiar en demasía en la penetración de su inteligencia, pese a todo, Gide nos dice algo que debemos meditar los latinoamericanos, en particular los argentinos; también, a quienes desde Europa y el resto del mundo se interesan por nuestra cultura y creen que nuestros países pueden ser un rebrote de los pueblos y civilizaciones que rodearon y rodean el Mar Mediterráneo; rebrote en la forma que España lo fué de Roma y ésta de Grecia. Injerto, si se prefiere, digno de cuidado en la medida que Europa se encuentra lastimada por la desconfianza y la incompreensión.

¿Existe en el arte argentino ese deseo de similitud con lo europeo que señala Gide? No cabe duda de que en gran parte es así, y no resulta extraño ni ilógico porque en su mayoría es un arte de raíz europea. Y lo dicho por André Gide —despojado aún de todo resto de ese

fastidio que involuntariamente experimentan los padres cuando los hijos que abandonan el hogar no resultan pródigos—, quizá sea reflejo del rótulo que Hegel nos aplicó al afirmar que la vida de los pueblos de América era sólo un reflejo de vidas ajenas; o de Ortega y Gasset, quien pensaba que nuestra pampa era una eterna promesa incumplida y sus habitantes vidas a la espera de un destino intangible.

El apasionado, y elijo cuidadosamente el calificativo, Miguel de Unamuno nos entiende más. Quizá sea la primera voz de tal jerarquía que nos llega como aliento y derrotero, cuando al referirse a la pampa acota: "Creo que ahí, en ese paisaje, está el lugar de donde habrá que extraer, en su día, las fuerzas naturales de lo argentino". Y esto pese a cometer el error, que en el mundo comenzó siendo literario y hoy principia a ser sociológico y geográfico, de considerar a la Argentina total como una llanura desmedida.

Hemos traído a colación a don Miguel de Unamuno porque en la clasificación filosófica del pensamiento representa, con su pasión, lo dionisiaco, en oposición a lo apolíneo. Y, a nuestro entender, el elemento esencial que contribuye y contribuirá a dar un *tono* al argentino y a su arte es lo dionisiaco, lo apasionado, lo vital, lo sangriento. Lo sangriento en el sentido esencial de la palabra sangre. Y hemos usado la palabra *tono* en toda su hondura musical y pictórica.

Asentado el tono que pudiera individualizar el arte argentino, ha llegado la oportunidad de trazar su panorama; de mostrar las tendencias que en él se entrecruzan y que, desde luego, son casi las mismas que en los países europeos, en cuanto a división entre pintura figurativa y abstracta o no figurativa.

En la Argentina, según Angel O. Nessi, como en los restantes países latinoamericanos, es dable observar tres tendencias o posiciones principales: la indigenista; la eurindica, que admite la conjunción indoeuropea; y la escéptica, que la niega o la desconoce. La tendencia escéptica, acaso la más numerosa, parte del principio de que la palabra tradición ha perdido su significación en el siglo XX. Los países que la tenían, ante el deseo de poseer un arte original e inédito, han renegado de la tradición para reinventar su propia caligrafía. Por nuestra parte, podría-

mos agregar que lo esencial en esta tendencia no es la negación de la tradición, sino la exacerbación de la revolución técnica que iniciaron Goya y Cézanne; en particular el primero, cuando dijo que en la naturaleza no existen ni el color ni la línea, que sólo hay planos que avanzan y retroceden; lucha que tuvo por fin alejar de la pintura todos los elementos que la desvirtuaban, en especial la literatura.

En esta búsqueda y en este renovarse, que podría ser comienzo de una nueva tradición, Europa ha llegado a las sinfonías de color de lo abstracto o no figurativo de un Paul Klee, por ejemplo; y nosotros a las de Emilio Pettoruti, que ya enunciamos.

En esta tendencia escéptica, aunque casi todos hayan pintado algunas telas euríndicas, podríamos citar algunos nombres valiosos como los de Lino Eneas Spillimbergo, otro pintor que de vivir en Europa sería conocido universalmente; Raúl Soldi, algo decorativo e influenciado por Achille Funi; Raquel Forner, desgarradora en su pintura casi surrealista; Horacio Butler, de finas y nostálgicas tonalidades, todos ellos figurativos. Entre los abstractos debemos agregar: Aquiles Badi, que comenzó en cubista; también Álvarez, Del Prete, Maldonado y Solari Parravicini.

Lo euríndico y la disonancia goyesca. — Antes de seguir adelante conviene analizar este elemento que llamamos "disonancia goyesca", porque él alcanza, en mayor o menor grado, a las tres tendencias de la pintura argentina: indigenista, euríndica y escéptica. Sería, también, una suerte de profundización del tono dionisiaco, ese tono argentino, al cual volveremos una y otra vez por inesperados senderos.

Stendhal, con esa rara calidad que tiene el genio para las definiciones concisas e inesperadas, siempre lindantes con el epigrama, ha escrito que existen tantas bellezas como formas de buscar la felicidad. Esta definición tiene singular vigencia para el pueblo argentino y el latinoamericano en quienes prima la pasión, vale decir lo dionisiaco. Y no es extraño que así sea puesto que somos pueblos jóvenes, adolescentes, con todo lo que de ansioso, trágico, devorador y tremendo tiene tal edad. Nuestro sentido pictórico, nuestra búsqueda de la belleza a través de la pintura están impregnados de tales cualidades y defectos.

A veces, es dable pensar que ese tierno Jean Baptiste Corot, cuyos cuadros auténticos y falsificados pueblan los museos y grandes colecciones del mundo, hubiera comprendido este sentido profundo de la pampa y su gente, y esto no sólo por la influencia que Corot tuvo sobre el romanticismo pictórico de América Latina, sino por la definición que daba de la estética al decir: "Ser uno mismo es la única manera de emocionar". Corot deseaba emocionar con su arte.

Tras de Corot, y en esta línea dionisiaca que vamos trazando, aparece Paul Cézanne; y lo colocamos aquí porque confiesa haber imaginado intuitiva e instintivamente su estética, en oposición a los razonamientos y deducciones que son el origen de la composición clásica. De la actitud estética de Cézanne, interesa sobremanera para nuestra tesis el que se haya servido de su instinto y de su intuición, elementos fundamentales en la formación espiritual y física del argentino y del latinoamericano.

Hasta aquí hemos seguido la línea francesa de la pintura del siglo XIX, que tanto influyó sobre la nuestra; pero como a su vez Goya influyó notablemente sobre esta línea francesa, es necesario que lleguemos a esta gran raíz latinoamericana; don Francisco de Goya y Lucientes, sin duda alguna uno de los más grandes pintores de la humanidad, y a quien sólo ahora no se le retacea su gloria¹.

Lleguemos hasta Goya para extraer esa disonancia por él inventada. Esa su capacidad de crear monstruos, brujas y mártires; también, eso que contemporáneamente se ha llamado el *feísmo*, y que es tan esencialmente hispánico por su sentido dramático, por su tremendismo. Puesto que Goya se pinta a sí mismo pinta lo que los demás no se atreven a pintar. Esa creación de monstruos en los artistas tiene algo de exploratorio. Y aquí nuestra raíz indigena se junta con la de Goya; esta disonancia goyesca del monstruismo también era indigena en América. Creemos innecesario demostrar el monstruo-

1. Nuestro Museo de Bellas Artes acaba de enriquecerse con tres excelentes cuadros de Goya, donados por Carlos Alberto Acevedo y sus hermanos, un gesto que ojalá imitaran otros coleccionistas.

sismo de la escultura y pintura precolombiana, porque ella ha sido compartida por la totalidad de los pueblos primitivos. A menudo, el arte ha nacido en ellos como un derivativo del terror religioso.

Pero el monstruosismo americano es candoroso, y en esto se diferencia del de Goya y su disonancia, amén, claro está, de las diferencias que aporta una técnica más evolucionada. Quizá la desaparición de ese monstruosismo primitivo es lo que haya dado primacía a la cultura del Mediterráneo, si incluimos en ella a la egipcia y a la de los pueblos de la cuenca del Eufrates, donde, a estar de las más recientes excavaciones arqueológicas, ha surgido esa civilización que en Grecia encuentra, en el hombre, la medida de las cosas.

Este encuentro de Goya a través de la línea francesa del siglo XIX y de la línea española, que por sangre nos venía, con lo indígena, crea lo eurindio en pintura argentina.

Nombres del siglo XIX como los de Pueyrredón, Pellegrini y Morel, se mezclan a los de Fader y Gómez Cornet, del nuestro.

Veamos en el indigenismo de la Argentina más que una influencia estética directa una resonancia telúrica y, hasta si se quiere, cromática en la técnica.

El indigenismo en nuestro arte y en latinoamérica. Conclusiones.— Ya hemos dicho que el indigenismo, tercera de las tendencias en que algo convencionalmente se ha dividido la pintura argentina, no ha tenido el desarrollo ni la resonancia lograda en otros países de latinoamérica, porque, primero: se la creía ligada a una técnica pirimida, o que hoy se considera pasatista; y, segundo: nos ha faltado una civilización indígena de la calidad de la azteca o incaica.

Acabamos de decir que esta división tripartita en tendencias era algo convencional, porque, a menudo, los pintores clasificados en una tendencia han realizado cuadros que bien podían incluirse en otra; también sería convencional porque nuestro tiempo multiplica las escuelas pictóricas y vuelve anodinas las clasificaciones.

Pese a esos focos culturales indígenas del norte de la Argentina, a los cuales ya nos referimos, le ha faltado a este elemento un factor etnográfico que lo hiciera prevalecer o, al menos, permanecer. La falta de población

indígena, o la limitadísima cantidad de ella, ha hecho que esta tendencia indigenista casi no exista o se torne, especialmente, imitación en los temas. En México, donde sucede todo lo contrario, se ha creado una pintura de características nacionales, y no sólo en lo temático sino hasta en lo técnico, por ejemplo, en el colorido. Al respecto, resulta interesante comprobar que la mayoría de los grandes pintores mexicanos es mestiza o indígena pura. Ellos han aportado, junto con las raíces telúricas de una civilización indígena avanzada, los problemas sociales, más agudos y exigentes que en nuestro país; al menos, que en la parte litoral de la Argentina, zona geográfica que hasta hoy ha condicionado nuestro arte.

En todos los países centroamericanos, también, la pintura (la literatura y sus artes en general), de tendencia indigenista, al transformarse en pintura de carácter social, ha cobrado una vitalidad de la que carece entre nosotros. No podía ser de otra manera: Sus artistas pintan un drama primordial, y éste es el motivo de la preeminencia.

Ello no quiere decir que en nuestro país no exista una pintura social; numerosos artistas la han encarado desde el siglo XIX con Ernesto de la Cárcova, hasta hoy con Spilimbergo, otro de nuestros grandes y ya mencionados pintores, o Antonio Berni.

Y ya que hemos hablado de México como centro de la tendencia indigenista en América Latina, convendría analizar la obra de uno de sus pintores más eminentes, que bien podría servir de ejemplo o derrotero. Nos referimos a Rufino Tamayo, que hoy llama la atención de Europa, a la par de nuestro Pettoruti, y que ha recorrido un camino que lo ha llevado a lograr un medio de expresión universal, sin perder un átomo de su personalidad, antes bien, afirmándola; pasa de un realismo simplista o fotográfico a la búsqueda de una gran pureza en la expresión; camino que lo lleva hasta creer que no se trata de representar las cosas sino su acción. Ha despojado a México, el eterno, de lo que pudiera tener de accidental en su apariencia o de episódico en sus luchas, para volcarlo en el crisol del alma humana.

Pero Tamayo no se ha detenido allí; quiere penetrar pictóricamente en el misterio de la relación del hombre con el cosmos y descubrir la interpretación plástica de él.

como lo revela en sus últimos cuadros, de tendencia abstracta. Y bien, lo interesante es que su paleta sigue poseyendo esos colores densos y dramáticos, tan latino-americanos, pese a haberse afinado en forma que sólo se crea profundamente intelectual.

Como final y dentro de la lógica estrechez de este panorama, se puede llegar a la conclusión de que existe un arte de tono argentino, especialmente en las tendencias que se ha dado en llamar indigenistas y euríndicas; que el elemento dramático, dionisiaco, es posible hallarlo en todas, hasta en la escéptica o europea. Existe además un adolescente —vale decir angustioso— deseo de integración nacional, de creación de un ser argentino, de una forma de ser argentina, que al otorgarnos la necesaria personalidad nos capacite para proyectarnos universalmente, y nos despoje de esa susceptibilidad que compartimos casi enfermizante con América y que sólo puede esfumarse con la certeza de nuestra madurez. Todo nos llegará, y nos está llegando; pues estamos decididos a acelerar la evolución artística que en América es reflejo de la social.

ABELARDO ARIAS.

Sarmiento y Horace Mann

"¡Maestro de escuela en viaje de exploración por el mundo para examinar el estado de la enseñanza primaria, y regresar a América sin haber inspeccionado las escuelas de Massachusetts, las más adelantadas del mundo!" La reflexión censuradora era de un maestro sanjuanino desterrado en Chile y viajero, comisionado por el gobierno de esa república, detenido en París con la bolsa muy mermada y sin haber estado aún en Inglaterra. Pero llegó a embarcarse en Liverpool con destino a los Estados Unidos, y un senador de este país, compañero de travesía, le dio una carta de introducción para el secretario del Consejo de Instrucción Pública de Massachusetts, Mr. Horace Mann. Finalmente, tuvo la dicha de pasar dos días en West Newton, pequeña población próxima a Boston. Allí vivía el gran reformador de la enseñanza primaria del favorecido Estado, y allí se presentó don Domingo Faustino Sarmiento con su carta senatorial, en setiembre de 1847.

El visitante habló en francés y la señora de Mann hizo de intérprete. La conferencia duró dos días. Mr. Mann también había realizado su viaje de estudio a Europa, en 1843, poco después de su casamiento con aquella, y cinco meses de observaciones en Gran Bretaña, Irlanda, Holanda, Bélgica, Francia, Alemania y Suiza enriquecieron su saber y su experiencia. El informe en que señaló sus conclusiones fue interpretado como un agravio por los maestros bostonianos, secuaces de la rutina. . . El educador del sur oyó de labios del educador del norte que también los celos, la mezquindad y la incompreensión habían puesto obstáculos a su obra en aquel país de maravillas. Sin embargo, el reformador mal retribuido y acosado había podido dar a las trescientas nueve ciudades y villas de un Estado de 737.700 habitantes con 203.807 niños en edad escolar, 3.475 escuelas públicas con 7.589 maestros de ambos sexos. El ancho pecho del visitante exhaló este suspiro vocacional: "¿Puede concebirse cosa más bella que la obligación en que está Mr. Mann,

secretario del Board de Educación, de viajar una parte del año, convocar a un *meeting* educacional a la población de cada aldea y ciudad donde llega, subir a la tribuna y predicar un sermón sobre educación primaria, demostrar las ventajas prácticas que de su difusión resultan, estimular a los padres, vencer el egoísmo, allanar las dificultades, aconsejar a los maestros y hacer las indicaciones, proponer las mejoras en las escuelas que su ciencia, su bondad y su experiencia le sugieren?"

Dieciocho años después volvió Sarmiento a los Estados Unidos como ministro plenipotenciario de la Argentina, durante la presidencia de Mitre. Desembarcó en Nueva York el 15 de mayo de 1865, al mes de haber sido asesinado el presidente Lincoln, y se dispuso a celebrar el 25 "con la desaparición de la esclavatura de la faz de la tierra". El 4 de julio, día nacional de los Estados Unidos, se inauguró en Boston la estatua de Horace Mann, fallecido seis años antes. La estatua, levantada por el pueblo de Massachusetts, era expresión de la gratitud de todos sus habitantes; algunos ricos habían contribuido con esplendor, y los pobres, entre ellos muchos maestros y alumnos de la enseñanza pública, privándose de algo necesario.

El nombre del gran ciudadano tuvo una vibración nacional en la loa consagratória de aquel monumento, y su obra fué nuevamente exaltada como la de un apóstol de la educación. Abogado y político, Mr. Mann había abandonado en 1837, a los cuarenta años de edad, su próspero bufete y la legislatura, cuando iba a ser reelecto senador, para ocupar el cargo modestísimo de secretario del Consejo de Educación, corporación creada mientras él presidía el Senado. Creyóse que estaba loco y sus amigos conjeturaron que en semejante cambio podía haber influido el dolor y la desesperación por la muerte de su esposa a los dos años del casamiento. Pero el flamante secretario escribió acerca de su empleo en una página íntima: "Si este título no es demasiado honoroso aún, a mí me corresponde hacerlo; prefiero ser acreedor, no deudor suyo". Y en carta a su hermana justificó la dedicación total de sus energías a la nueva tarea; una voz profética lo llamaba a ese sacerdocio en beneficio de la educación pública regida por una legislación que tenía un siglo y medio de atraso... Once años de lucha personal, de inspiración filantrópica, de heroísmo cotidiano y

pocas veces reconocido como fuerza benéfica, transformaron la escuela estatal. Ante la acción múltiple e irrefernable del secretario, al que el Consejo obedecía, alguien le preguntó si él era el *factotum* de la corporación. Y contestó: soy el *fac*, pero no el *totum*. Era el cerebro, el corazón y los dos brazos. Concibió y emprendió la compleja reforma con simultaneidad impetuosa. Tuvo que luchar contra la costumbre y la ineptitud, el sectarismo y la estolidez, el egoísmo y la desconfianza; contra los legisladores, los maestros, los padres de los alumnos y los vecindarios indiferentes o recelosos. Pero en algo más de una década, trabajando quince horas diarias, sin un solo día de vacaciones ni tiempo para visitar a sus amigos, cumplió la obra de muchos hombres en muchos años.

Las casas en que funcionaban las escuelas de campaña eran inferiores a las destinadas para el engorde de los cerdos; él logró que se invirtieran millones en apropiada edificación escolar. Los maestros elementales ganaban pesos 185, y pesos 65 las maestras; aumentaron sus sueldos en 62 y 54 por ciento, respectivamente. La sexta parte de los niños del Estado recibía educación privada; la tercera parte no la recibía de ninguna especie. La proporción de lo invertido entre las escuelas privadas y las públicas decreció de un 75 a un 36 por ciento. El período escolar duraba en algunos distritos de dos a tres meses; establecióse para el mismo un mínimo de seis. Se organizó la enseñanza de la *high-school*, y contó con cincuenta locales. Modernizóse la legislación escolar; renováronse los métodos didácticos; se mejoraron los textos; se iniciaron las primeras Escuelas Normales y se perfeccionó la preparación de los maestros; se depuró y agilitó la administración y aumentaron considerablemente los recursos hasta con donaciones muniticias. Los informes oficiales del secretario y sus discursos y publicaciones y aun su correspondencia, revelaban el pensamiento y la acción de un hombre excepcional; y de cuanto pensaba e iba haciendo en ese campo virgen o descuidado, transcendía el acento y la impulsión de una vida consagrada al bien de la humanidad.

En 1848, la muerte de John Quincy Adams hizo pensar en Horace Mann como su digno sucesor en la Sala de Representantes de los Estados Unidos. La cuestión candente de aquella hora nacional era el problema de la

esclavitud. Mr. Mann era antiesclavista, aunque no abolicionista; aceptó la elección para luchar por otro ideal, y tuvo una controversia, que desató agrias polémicas, nada menos que con Daniel Webster, el más grande orador del país. Poco después, la legislatura de Massachusetts resolvió resarcir al educador filántropo de una parte de las erogaciones voluntarias con que había contribuido para la erección de Escuelas Normales. Candidato a gobernador en 1852, no resultó elegido; pero aceptó en seguida el rectorado del Colegio de Antioquia en Yellow Spring, Ohio, que desempeñó hasta la enajenación del establecimiento, en 1859. El día que dejó ese cargo fue el mismo de su muerte...

Sarmiento se enteró de la inauguración de la estatua de Horacio Mann cuatro días después de haberse realizado, y escribió a la viuda, residente en Concord: "Si lo hubiera sabido a tiempo habría corrido o, mejor dicho, volado a unir mis aplausos con los de la multitud... Habiéndome sido negado ese placer, permítame usted manifestarle por esta carta la más profunda veneración que siempre he profesado a Mr. Mann". Y lo confirmaba refiriéndose a su propia obra de educador en Chile y la Argentina: "de aquí inferirá usted que el nombre de Mr. Mann fue para mí, durante mis trabajos y esfuerzos por la educación, lo que las obras de San Agustín para los predicadores". Al mismo tiempo, solicitó a la viuda autorización para traducir al español la *Vida* por ella escrita y le envió extractos del artículo publicado por él en Buenos Aires cuando tuvo noticias de la muerte del grande hombre. Pero, ¿recordaba la intérprete aquella lejana visita de un oscuro maestro de Sud América?

"Recuerdo muy bien la muy agradable visita que nos hizo usted en West Newton", le contestó la dama, apenas recibida la carta; y aun agregó que la impresión causada por el empeño y la devoción que el visitante demostraba por los intereses espirituales de su país había perdurado en aquel hogar de educadores. El ministro repitió el viaje del maestro. Llegado a Boston, se encontró inmediatamente, en su primera salida del hotel, como si lo guiase un cicerone para *self made men*, con la estatua de bronce del genio autodidacto. Reconoció de lejos a su "santo patrono Franklin, con la cabeza inclinada como si sintiera caer sobre su calva frente la lluvia menuda, con su saco forrado de pieles, precaviéndose contra el invierno que

ya se diseñaba". Poco después se halló frente al grandioso edificio municipal con otras dos estatuas también de bronce: la de Daniel Webster y la reciente de Horace Mann. Los ojos que él había conocido luminosos y movidos tenían la fijeza de una mirada mineral; las facciones inalterables, los labios emudecidos, toda esa imagen de la vida que el arte perpetuaba con la inmovilidad de la muerte, impresionaron extrañamente al contemplador. "Tentaciones veníanme —escribió después— de saludarle, de aplaudirle, de preguntarle si se recordaba del viajero que hospedó en West Newton, en 1848, y a quien escribía más tarde a Chile con motivos de educación". No lo hizo; pero estuvo a punto de informarle, con orgullo de colega y haciendo un guiño a la inmortalidad: "algo se ha hecho por allá; algo se puede hacer todavía".

Al día siguiente fue a Concord, donde lo esperaba la señora de Mann. "Estaba la naturaleza de gala —evocó a los años el viajero— en aquellos días de octubre y noviembre que se llaman el verano del indio, como entre nosotros el de San Juan". El bosque soberbio, esmaltado por el otoño, sedujo al ojo de pintor que otrora captara el esplendor cromático de la bahía fluminense; y asociando probablemente el recuerdo de dos páginas próximas de sus *Viajes*, se extasió ante el fulgurioso follaje "en que el carmin se prodiga al lado del ópalo y la esmeralda, como diría Marmol".

Concord, pequeña población donde una columna de granito rememora, junto al arroyo testigo, el primer hecho de armas de la independencia nacional, era entonces una localidad sin empedrado ni alumbrado público, pero de calles anchas y sombreadas por árboles seculares y de casas pintadas de claro, con verjas de elegantes dibujos, dispersas entre sotos. La dama recibió al diplomático argentino con todos los honores de la hospitalidad, sin que faltara el pavo propiciatorio, tradición también sanjuanina, para la bienvenida cordial. Participaron de la mesa en que fue trinchado, otros dos residentes del pueblito: miss Elizabeth Peabody, hermana mayor de la dueña de casa y autora de obras didácticas, y Mr. Ralph Waldo Emerson, el ya famoso ensayista cuyo busto de mármol era anticipo de gloria en la Universidad de Harvard.

Dos días después, el ministro sentóse a la mesa del filósofo, quien deseaba agradecerle el obsequio de *Facundo*. En seguida, el astrónomo Benjamin Antorp Gould, amigo de Humboldt, lo acompañó a Cambridge y lo hospedó en su casa. La Universidad de Harvard, presidida por el doctor Hill, abrió todas sus dependencias al visitante: aulas, laboratorios, museos. Mr. Gould lo llevó una noche a su observatorio particular y luego a casa de un colega en vuelos siderales que hablaba correctamente el español: Henry Wadsworth Longfellow. Vivía el poeta en la misma casa que ocupara el Estado Mayor del ejército al comenzar la guerra de la independencia, y a su frente estaba la encina bajo la cual, según la tradición, Washington revistió la primera tropa a su mando.

Vuelto a Boston, Sarmiento escribió el 15 de octubre a su compatriota y gran amiga Aurelia Vélez: "Mrs. Mann me ha recibido como a uno de la familia... Sabe francés y español y se complace en traducirme... ¡Mary Mann es mi ángel viejo!... Su primera pregunta a quien se le acerca es: ¿conoce usted al ministro argentino?, y principia el panegírico". Al regresar a Nueva York reanudó con su amiga de Concord una correspondencia epistolar que sólo interrumpiría la muerte. "Tan habituado me tiene a su amistosa correspondencia —decíale en una ocasión desde Nueva York— que temo esté enferma cuando se hace desear demasiado"¹.

Durante la permanencia de Sarmiento en los Estados Unidos, las cartas fueron muy frecuentes. La señora de Mann parecía ejercer una vigilancia tutelar sobre aquél, a pesar de no llevarle más de cinco años. Admiraba al educador, en quien veía el fervor y el idealismo que conoció en su compañero, y al escritor cuya obra pudo leer en su idioma original. Enternecida con *Recuerdos de provincia* quiso vivir, en cierto modo, dentro de su atmósfera familiar, y mantuvo correspondencia a través del

SARMIENTO Y MANN

continente con la hija y las hermanas del autor. Tradujo *Civilización y barbarie* con el título de *Life in the Argentine Republic in the time of tyrants*, y precedió su texto con un elogioso "Biographic sketch". Ayudó al publicista en su obra norteamericana: la revista *Ambas Américas*, la *Vida de Lincoln* (cuyo prefacio calificó de *glorious*), las *Escuelas*, base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos y la *Vida de Horacio Mann*². Guzó a su amigo en el aprendizaje del inglés hablado, como a un colegial; fué la confidente del candidato presidencial en todas las alternativas del lejano proceso, y llevó a su propio hogar los duelos del padre solitario, acogiendo con ternura maternal la memoria de Dominguito, cuyo retrato tenía flores frescas en su sala de recibir, y dándole consejos para su composición de la biografía del hijo. Miss Elizabeth Peabody, por su parte, consagró un artículo de periódico en recuerdo del joven capitán de Curupañi. Resonaba así en un hogar de Nueva Inglaterra la vida argentina: nombres de políticos, instituciones, hechos, lugares, sentimientos...

En cambio, Concord, Cambridge, Boston, fueron el territorio sentimental de Sarmiento dentro del vasto país. Las sombras augustas de Franklin y Mann daban a aquellos suelos de Massachusetts su protección de penates; el hogar de Mrs. Mary Mann revivía la dulzura doméstica del terruño distante; los amigos eminentes de aquellos sitios eran orgullo de su espíritu. El astrónomo Gould, al que conquistaría para fundar y dirigir el Observatorio de Córdoba; el oceanógrafo Alejandro Agassiz, hijo del famoso geólogo y zoólogo Jean Louis; el rector Hill, el senador Sumner, el doctor George Emerson, son nombres que asoman con frecuencia en su epistolario y en sus escritos. La mitad de las veces que cita al escritor de este último

1. Las cartas de Sarmiento a Mrs. Mann fueron adquiridas en Washington por el gobierno argentino en 1933. La colección, de ciento cuarenta y siete plenas manuscritas, comprende la correspondencia mantenida entre 1865 y 1884; se la conserva en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y se publicó en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras* (volumenes III y IV). Las cartas de la señora de Mann a su amigo argentino, en parte inéditas, pertenecen al Museo Sarmiento de Buenos Aires.

2. La bibliografía publicada por Sarmiento es una adaptación de algunos boquejos escritos por diversos admiradores del educador, que le facilitó la señora de Mann. "Tal vez lo convenga a usted mejor traducir estos boquejos en lugar de mi más abultada Memoria", le aconsejó en su primera carta, del 13 de julio de 1865. La obra de dicha señora fué completada posteriormente hasta alcanzar tres volúmenes (1865-1868), y lleva este título: *Life and Works of Horace Mann*. A pesar de haber sido su mejor colaboradora, Mary Tyler Peabody Mann eludió toda referencia a sí misma, salvo una discreta alusión: *On the 1st of May, 1843, Mr. Mann was again married* ("Mr. Mann se casó por segunda vez el 1.º de mayo de 1843").

apellido, repite la observación que le oyera en un día invernal, acerca del influjo educativo de la nieve. Longfellow halaga al autor de *Civilización y barbarie* diciéndole que podría extraerse de la obra un "romance" interesante titulado *le ruban rouge* (así, en francés), y le declara que no conoce un solo verso de autor argentino. El diligente ministro le envía *La cautiva* y los tomos de Rivera Indarte y Mármol; a éste le pide además que obsequie con un ejemplar de sus poesías al historiador de la literatura española, Mr. Ticknor, quien le ha expresado la misma ignorancia...

Al regresar a la patria y durante los veinte años de vida intensa que aun le quedaban, Sarmiento, presidente de la República o periodista opositor, mantuvo inalterable la llama de aquel culto. Las cartas de Mrs. Mary Mann eran el óleo constantemente renovado, y el nombre del apóstol de la educación en Massachusetts su mejor escudo. Acosado por la jauría que intentaba desgarrarle hasta su doctorado *honoris causa* de Michigan, se defendió con esta ejecutoria: "Sus títulos para tal distinción no eran, por cierto, ser ministro ni aun siquiera literato... Veníanle de su fama de educacionista y de la alta recomendación de haber sido amigo de Horacio Mann".

Corrían los años y aumentaban los claros del bosque. A mediados de 1881 regresó de los Estados Unidos la esposa del astrónomo Gould: traía el último poema de Longfellow para Sarmiento, con dedicatoria del autor. Su cabeza leonina ilustraba en los tratados geográficos el ejemplo de la belleza caucásica y su busto figuraba en el despacho del ex presidente argentino junto con los de San Martín, Manuel Montt, Vélez Sársfield y —naturalmente— Horacio Mann. Murió Longfellow al año siguiente de enviar aquel recuerdo a su visitante de Cambridge, y éste lo despidió con un artículo necrológico el 8 de mayo. La misma pluma infatigable despidió el 26 de julio, bajo un título sugerente —*Los dioses se van*— a otro contertulio de su lejano olimpo: Rodolfo Waldo Emerson. El 6 de diciembre de ese año de 1882, comunicó a María Mann que daba fin a su libro *Conflicto y armonías de las razas en América*, y que iba a dedicárselo, pues a su bondad maternal y al nombre ilustre de su esposo consideraba ligados "los más felices días de la existencia, aquellos en que se sienta con intensidad y se espera con todo el candor del alma joven". El 24 del mismo mes cerraba la

carta prólogo y dedicatoria del libro con una evocación melancólica. Habían partido definitivamente varios amigos del grupo präterito: "quedamos usted, miss Peabody con su kindergarten, Gould con su telescopio y yo que todavía ofrezco mis humildes servicios de historiógrafo".

Mary Tyler Peabody Mann se apagó dulcemente a los ochenta años y cuatro meses en Jamaica Plain, donde residía con su hermana Elizabeth, el 11 de febrero de 1887. Días antes se había ocupado en revisar un antiguo manuscrito suyo para enviarlo a la imprenta, que se editó aquel mismo año: *Juanita: A Romance of Real Life in Cuba Fifty Years Ago*³. Sarmiento se enteró del fallecimiento de quien figura en su galería de las santas mujeres como la "encarnación del amor materno", por carta de uno de sus hijos, Benjamin. También éste le informaba que la señorita Peabody seguía consagrada a la educación⁴. Un año después, Sarmiento se embarcaba para el Paraguay, enfermo y convencido de su próximo fin. ¡Cuántos claros en el bosque! Había vivido y amado lo bastante como para saberse reclamado por los seres cuya ausencia lloraba. Sentía orgullosamente el molde del bronce en sus carnes desmoronadas y debió de dialogar a menudo con su futura estatua. Le faltó la fe religiosa para esperar reunirse en otra vida mejor con quienes lo habían precedido. Sólo confiaba "en la justicia de la posteridad que es el cielo de los hombres públicos". En ese cielo humano ningún argentino le disputará el derecho de estar junto a Horace Mann⁵.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

3. También fué autora de un libro para niños, *The Flower People* (1838), de un libro de cocina fisiológica, *Christianity in the Kitchen* (1857) y del ensayo *Moral Culture of Infancy* (1869).

4. Murió el 3 de enero de 1894. Había nacido el 16 de mayo de 1804.

5. Bibliografía de este trabajo: Sarmiento, *Obras*, tomo V, XXIX, XXX, XLII, XLIII, XLV y XLIX; las cartas citadas en la primera nota; *Dictionary of American Biography* (American Council of Learned Societies), tomos XII y XIV.

Los ritos y la condición humana

Desde que las investigaciones de los exploradores y de los etnógrafos extendieron nuestros conocimientos a todas las regiones del globo, pareciera que no se hubiera encontrado ninguna sociedad humana cuya actividad se limitara a provocar, por medios de una eficacia mecánica y observable, resultados puramente utilitarios. En todas partes el etnógrafo constata que los hombres cumplen ciertas acciones, no solamente inútiles para quien las juzgue desde un punto de vista puramente positivo, sino también a menudo penosas, perjudiciales, a veces dolorosas, si no crueles. Es quizás lo que, en el comportamiento de la humanidad en general, debería sorprendernos más y hasta escandalizarnos. El hombre moderno, cualquiera que sea su posición filosófica, desde el primer momento no puede dejar de estimar extraños los ritos de sus semejantes menos evolucionados.

El incrédulo, entre nosotros, no encontrará desde luego ninguna justificación a estas prácticas fútiles que malgastan la energía y el tiempo de los hombres. Mirad, dirá, a esos salvajes aparentemente indefensos frente a una naturaleza a menudo hostil: ¿qué hacen, en lugar de consagrar todos sus esfuerzos a mejorar sus técnicas, a defender su existencia? Danzan, se disfrazan, se imponen privaciones, se mutilan, cortan cabezas, queman chozas y ganado. Voltaire, que no tenía sin embargo a su disposición los documentos acumulados por nuestros etnógrafos, no encontraba ninguna dificultad en pintar los estragos de la "superstición", para burlarse de ella.

Pero el creyente, el hombre religioso, no se sorprenderá menos, puesto que ninguna revelación valedera para él, y aun a veces ninguna doctrina religiosa coherente dan un sentido a las prácticas rituales de los hombres que se tiene la costumbre de llamar, con o sin razón, primitivos. Estas sólo representarían, a juicio de la mentalidad moderna, laica o religiosa, una colección de aberraciones.

No obstante, es preciso renunciar inmediatamente a esta conclusión, ya que, si tal o cual rito particular no se observa más que aquí o allá, el hecho general del rito es universal. Es más bien una sociedad totalmente desprovista de todo ritual lo que, en la esfera de observación de los etnógrafos, sería una anomalía. Lo que nos parece absurdo, la experiencia nos lo revela como un fenómeno normal, constante. El creyente podrá entonces preguntarse si, en los designios de la Providencia, los ritos en cuestión no eran considerados como la degradación de un culto primordial más verdadero, o bien si no representarían más bien los torpes esfuerzos de una humanidad que, antes de haber recibido la luz, invocaba una religión necesaria para su salvación. El positivista podrá averiguar, en las circunstancias de la evolución social o en la estructura del fenómeno humano, las razones que han impuesto una vida ritual a todos los grupos étnicos, al menos durante una cierta fase de su historia. En todo caso, el problema se impone a nosotros: aun cuando los ritos observados por los etnógrafos nos parecen desprovistos de razón, presentan las apariencias de una necesidad. Hasta podría decirse que, cuando menos razonables parecen, más revelan su necesidad: verdaderamente era preciso que se tuviera necesidad de ritos para adoptar prácticas que no justificaban ni la búsqueda del placer o del confort material, ni siquiera las exigencias elementales de la vida. Resumiendo, tales ritos deben tener un sentido o varios sentidos y, a este título, arriesgan mucho ilustrarnos un poco sobre lo que la humanidad lleva de misterioso en sí misma.

Pero primeramente, ¿qué es el rito? Es un acto que puede ser individual o colectivo pero que, siempre, desde el momento mismo que es bastante flexible para comportar un margen de improvisación, permanece fiel a ciertas reglas que, precisamente, constituyen lo que hay de ritual en él. Un gesto, una palabra que no repitieran algo de otro gesto o de otra palabra o de los que ningún elemento fuera destinado a ser repetido, pudieran bien ser en rigor actos mágicos o religiosos, pero no actos rituales.

¿Es el rito entonces siempre una institución social? No, si se toma la palabra en su sentido más general, ya que se puede hablar del "ritual de la neurosis obsesiva" que es de esencia individual. Aquí, el principio de la

repetición vale sólo para tal o cual enfermo. Pero es bien evidente que los ritos tales como aparecen en la documentación etnográfica no son de este género. Que sea o no de origen social, el rito de que se ocupa la etnografía, la antropología, la historia de las religiones, no es, en tanto que repetición, el hecho de un individuo.

¿Es necesario entonces identificar al rito con la costumbre? Manifiestamente sería desviar las palabras de su significación usual. Por ejemplo, la costumbre de llevar tal o cual vestido puede ser calificada de ritual sólo si tiene una significación que no comporte la sola necesidad de vestirse, si se trata por ejemplo de un vestido sacerdotal. Entonces se estaría quizás tentado de establecer en principio que el rito es una costumbre de carácter religioso. Pero la palabra está a veces tomada en un sentido más amplio. Se la aplica también a cierto ceremonial, tal por ejemplo el que, en muchas naciones modernas, marca la apertura de una asamblea parlamentaria o la sesión inaugural del año universitario¹. Es verdad que al llamar ritos a estas ceremonias laicas, no se emplea el término en el sentido más preciso, y que se habla así, en general, *cum grano salis*. Pero ese empleo algo excesivo de la palabra permite justamente comprender bien su alcance. ¿Qué se quiere decir, en el fondo, cuando se declara que tal sesión inaugural es un rito? Se entiende por esto que esa ceremonia no es indispensable, que no tiene una utilidad positiva observable y que se la cumple por hábito, para conformarse a una tradición. De la misma manera, se dirá de un hombre muy metódico que observa un verdadero ritual para ordenar cada mañana los objetos sobre su escritorio. Si se tratara de gestos realmente útiles, uno no se los expresaría así. Por consecuencia, un rito parece ser una acción que se repite según reglas invariables y cuyo cumplimiento no se ve que produzca efectos útiles. Esta definición tendría el mérito de convenir también al uso que la psicopatología hace de la palabra. Pero sería necesario precisar la noción de utilidad. Esto no es simple.

Primeramente, en los hechos, el rito y el acto útil a menudo se confunden². Por un lado, una empresa que

parece inútil no lo es desde todos los puntos de vista, si tiene un sentido y una función. El rito neurótico es quizás útil para el sujeto que lo cumple, al dar algún apaciguamiento a sus conflictos inconscientes. Por otra parte, los ritos religiosos o mágicos son concebidos muchas veces como eficaces: son, por ejemplo, considerados como provocadores de la lluvia, que hace brotar las cosechas o bien curar a un enfermo. Sería necesario decir entonces que el rito es un acto cuya eficacia (real o pretendida) no se agota en el encadenamiento empírico de las causas y de los efectos. Si es útil, no es por vías puramente naturales, y es por eso que se diferencia de la práctica técnica. Se objetará entonces que ciertos pueblos poco evolucionados no hacen diferencia entre el mundo empírico y el mundo sobrenatural. Esto es posible. Pero la distinción entre el rito y la simple costumbre es hecha por nosotros y para nosotros. El concepto que buscamos definir no es un instrumento de la lengua de los pueblos que la etnografía estudia. Estos no establecen quizás mayor diferencia entre el rito y las otras tradiciones, como entre lo natural y lo sobrenatural. Pero nosotros podemos hacer estas distinciones sin atribuirse las a ellos. De este modo, Maurice Leenhard, que conocía sin embargo las confusiones hechas por los primitivos y era muy hábil también para descubrirlas, podía permitirse definir el rito como "un modo de expresión para penetrar el mundo extraempírico".

Se conformará entonces al uso corriente denominando rito a un acto que se repite y cuya eficacia es, al menos en parte, de orden extra-empírico.

Marcel Mauss proponía dividir los ritos en dos categorías: los ritos positivos y los ritos negativos. "No hacer es también una acción, un acto de inhibición es también un acto". Quizás a decir verdad sería más exacto hablar simplemente de actitudes rituales negativas. En todo caso, es cierto que las prescripciones rituales pueden comportar interdicciones tanto como imperativos, y ni siquiera es fácil de establecer la separación entre ellos. Por ejemplo la obligación de emplear un cuchillo de piedra en ciertos sacrificios puede a veces interpretarse como la interdicción de emplear un cuchillo de metal. De todas maneras, cuando se propone averiguar el sentido general de los ritos, no es posible hacer abstracción de las actitudes rituales negativas. Ciertamente, sería necesario examinar de cerca las

1. Cf. Van der Leeuw, *L'homme primitif...*, pág. 119.

2. "Toda acción posee una franja ritual y... no hay por el contrario rito que no esté más o menos teñido de utilidad" (Ch. Le Comte, *Le rite et l'utile*, pág. 25).

nociones, habitualmente empleadas por los sociólogos, de tabúes, interdictos, prohibiciones. Pero no es imposible a priori que ciertas interdicciones rituales puedan ilustrarnos sobre un cierto aspecto de la función general del rito.

Limitamos voluntariamente nuestro estudio a los ritos que son descritos en los documentos etnográficos, o, más exactamente evitamos aquí, como regla general, considerar los ritos de lo que se ha convenido en llamar las *grandes religiones*. Esto no significa que nosotros queramos tomar a la letra el concepto corriente de primitivismo. Podrá, por cierto, ocurrirnos hablar de pueblos *primitivos*, pero será simplemente por falta de una palabra mejor, y para evitar perifrasis. A decir verdad, los etnógrafos advierten cada vez más que las pretendidas religiones primitivas a menudo son muy complejas. Pero es cierto que su estudio corre el gran riesgo de proyectar sobre el problema general del ritual una claridad diferente de la que nos da la ciencia de las grandes religiones del mundo moderno, por otra parte complicado por discusiones demasiado ardientes y exteriores al problema preciso de la esencia misma de las religiones. Por otra parte, si es incontestable que los pueblos que han elaborado sus costumbres fuera de nuestra civilización moderna no son, desde ciertos puntos de vista, más primitivos que nosotros, es probable sin embargo que hayan podido guardar mejor que nosotros el contacto con ciertas tradiciones arcaicas, y sobre todo que la ausencia en ellos de una literatura escrita haya mantenido en sus ritos una forma más espontánea. En todo caso, nos empeñamos en señalar en primer lugar que sin tomar a la letra la palabra *primitivo*, se puede esperar encontrar en la comparación entre los documentos etnográficos un medio de acceso a la comprensión del ritual en general³. Los pueblos desprovistos de tradición escrita y que se pueden denominar primitivos (por abuso de lenguaje) han sido confrontados con ciertos problemas que son inherentes a la condición humana; les ha sido necesario encontrar soluciones que son quizás mejores o menos buenas que las nuestras pero que, por las diferencias y las semejanzas que presentan con las

3. Sobre el interés de una aproximación entre los datos de la etnografía y el estudio de las civilizaciones clásicas, ver en particular P. M. Schuhl, *Essai sur la formation de la pensée archaïque*, págs. XII-XV.

nuestras, nos permiten tomar en todo caso lo que puede haber de esencial en ellas y de eterno en estos problemas.

Partamos de ese simple hecho de que todas las sociedades primitivas tienen ritos. Hasta podríamos decir con más exactitud que así es en todas las sociedades humanas, al menos en aquellas que el progreso del conocimiento científico y la elaboración de filosofías abstractas no han conducido a dudar de la eficacia de sus costumbres tradicionales. Se puede suponer entonces que el rito, en tanto que rito, tiene una función.

¿Por qué los hombres no se han contentado con perfeccionar su equipo técnico? ¿Por qué, si no porque la humanidad no podía de golpe aceptarse ella misma como un puro dato? Lo que más separa al hombre del animal, es que está dotado de conciencia. Mientras que el comportamiento animal está en gran parte determinado por el instinto, es decir por reglas comunes a la especie, por el contrario el hombre debe elegirse él mismo sus reglas, la mayor parte del tiempo. La condición humana, en relación con la condición animal, se define por un menor acondicionamiento. O, si se prefiere, es al hombre mismo que le corresponde, teóricamente, definir su propia condición. De hecho, en todos los grupos sociales que conocemos, la libertad de determinarse individualmente está en gran parte limitada por reglas rigurosas que constituyen la estructura misma de la vida social. Se comprende que Bergson haya podido considerar esas reglas como una especie de pseudoinstinto, como una creación artificial, pero casi espontánea, que tendía a reemplazar el instinto deficiente.

No es necesario aceptar la metafísica bergsoniana, por cierto, para reconocer que las sociedades, aun y sobre todo aquellas que parecen primitivas, encierran a los individuos en una red de reglas que los condicionan. "Si el hombre es en el fondo un animal social, escribe Davy, es también un animal que tiene el instinto de la regla"⁴. Todo ocurre como si la humanidad, una vez aparecida sobre la tierra, hubiera experimentado la necesidad de ahogar la individualidad (es decir eso mismo que la distingue de la animalidad) poniéndola bajo la dependencia del grupo, refrenando su libertad con reglas.

4. Davy y Maqui, *Des clans aux empires*, págs. 17, 18.

¿Por qué el hombre habrá buscado limitar lo que había de más humano en él? La psicología moderna ha insistido mucho sobre la importancia de la angustia y ha visto en ella muchas veces una de las características de la humanidad, con el mismo título que la libertad y la conciencia individual de las que sería, en cierto modo, el rescate. La angustia, según Juliette Boutonier, es a la vez "la emoción de lo posible" y "la emoción de la libertad".

Admitamos que la libertad y la conciencia individual, que separan a la humanidad de la animalidad, sean al mismo tiempo una fuente de angustia. El hombre podrá, en este caso, o bien tender a apaciguar su angustia tanto como se pueda, encubriendo todo lo que le revele su situación incondicionada, o bien por el contrario aceptar la angustia para conservar o promover lo que hace su superioridad. Por un lado, pondrá empeño en forjarse una condición humana definida por reglas en un mundo estable; por el otro, considerará como fuente de poder todo lo que es un símbolo de lo incondicionado. Finalmente, le queda una tercera solución, que es una síntesis o más bien un equilibrio, y que consiste en poner las reglas en relación con un poder incondicionado, que sería un arquetipo extrahumano de la condición humana sin angustia.

En el primer caso, el ideal que buscará realizar será el de un ser que no tiene que afrontar ninguna responsabilidad, tomar ninguna iniciativa; procurará encerrarse en una red de reglas tan precisas como los instintos animales; encontrará en ella la seguridad y, en cierto modo, se adormecerá en ella. Pero ese ideal, si todavía se le puede llamar así, es inaccesible, por varias razones, que por otra parte se reducen todas al simple hecho de que el hombre es y se mantiene un hombre. Primero, la regla es contingente: la elección de tal o cual sistema de organización varía según las sociedades, y, en cada sociedad, puede modificarse en el curso de la historia. Por otra parte, es posible siempre transgredir esas reglas: se puede respetarlas o desobedecerlas. Además, el hombre está sometido al devenir, y tiene conciencia de ello. Pasa de la infancia a la adolescencia, luego a la edad madura y a la vejez, se casa, es padre. Entra en un sistema de vida sólo para abandonarlo; la sociedad no puede asignarle un lugar inmutable. Y, al final de su carrera,

encuentra la muerte, donde se despioma todo lo que podía fijarlo. Finalmente, su acción misma no podría reglarse de manera absoluta más que en un mundo supuesto estable. El primitivo sabe bien que hay una cierta regularidad en el universo; si no se formula el principio del determinismo, se funda de todas maneras en él, sabe que el sol se levanta y se esconde cada día, que las plantas y los animales se dividen en ciertas especies, que hay un orden natural. Ahora bien, muchas veces, un objeto o un acontecimiento insólito vienen a comprometer todo. Un eclipse, un monstruo, son para él revelaciones de una realidad que se opone al reino de la regla. En resumen, suponiendo que el hombre, angustiado por su propia naturaleza, haya buscado constituir por sus normas un sistema cerrado o pudiera creerse sostenido y guiado como el animal lo era por instinto, debía sin cesar sentir amenazado ese equilibrio penosamente realizado. Dicho de otra manera, todas las fallas del sistema dejaban penetrar una luz que lo sacaba del sueño en que tendían a hundirlo sus reglas. De tal manera se despertaba su angustia, de tal manera la angustia media la distancia entre la regla y el instinto verdadero, entre la cultura y la naturaleza. En consecuencia, todo lo que podía despertar esta angustia, todo lo que amenazaba el orden, a saber por ejemplo lo insólito, el devenir, lo anormal, todo eso devenía un símbolo de lo que hay de irreducible en la condición humana. Era pues natural que el primitivo tratara de reaccionar repeliendo por un acto simbólico, esos mismos símbolos. Es así que ciertos ritos nacieron del deseo de preservar contra todo ataque el ideal de una vida regida enteramente por reglas, de una vida sin imprevistos y sin angustias, en suma de una condición humana bien estabilizada, bien definida, que no presentara más problemas. El sentimiento de lo que amenazaba el orden, de lo que volvía a comprometer a la humanidad apaciguada por la regla, era bien la angustia pero al mismo tiempo la percepción de un desconocido, de un irreducible, de una realidad que era "otra cosa". Se puede decir que era el sentido de lo sobrenatural, de lo numinoso. La angustia no es ciertamente eso siempre; pero, en la medida en que ella conduce al rito, se la caracterizaría sin duda bastante bien diciendo que aparece como el signo del contacto con lo numinoso.

El término *numinoso* es una creación de Rudolf Otto⁵. Esta palabra, por otra parte correctamente formada, tiene la ventaja de ser más amplia que *mana* o *sagrado*, puesto que las engloba. En efecto, sería inexacto decir que Rudolf Otto limita su uso a la esfera de lo *sagrado*, así como a veces se ha parecido creerlo. Lo *numinoso* corresponde para él a un "sentimiento originario y específico" del que la noción de *sagrado* sólo sería el resultado final. Al término *numinoso*, se hubiera podido preferir, sin duda, la expresión de *poder sobrenatural*. Pero lo *sobrenatural* es más bien un concepto de orden intelectual, que se obtiene partiendo de la idea de la ley natural, por antítesis. Por el contrario, la palabra *numinoso* evoca una impresión directa, una reacción espontánea frente a un poder que, más tarde, podrá ser juzgado *sobrenatural*.

El primer carácter de lo *numinoso*, según Otto, es lo misterioso. Después pueden unirse a él elementos racionales; pero queda siempre que lo *numinoso* se revela como "mysterium". Y, por cierto, si el hombre no logra establecerse en una condición humana bien definida por un conjunto de reglas, es que, por todo lo que torna imposible el ideal de estabilidad absoluta, se evade de sí mismo. Los símbolos de lo que despierta de tal manera la angustia son entonces sentidos como misteriosos. Se les puede llamar "numinosos".

Pero los ritos que alejan lo *numinoso* para preservar de todo ataque una condición humana embargable y reducible a un orden, a una regulación, esos ritos no son sin duda los únicos posibles. En efecto, si lo *numinoso* se presenta como angustioso, la actitud que consiste en huirle no es sin embargo la única que sugiere. El *mysterium*, como lo llama Otto, es a la vez *tremendum* y *fascinans*. Lo *tremendum* caracteriza al elemento inquietante de lo *numinoso*; provoca el sentimiento de terror que hace que uno se aleje de él. Lo *fascinans* es lo que hace, por el contrario, que sea deseado por él mismo, que uno se sienta atraído por él y que busque, a veces, identificarse con él. En lo que escapa a la regla, en lo que desborda la condición humana definida por el orden absoluto, el hombre puede, en efecto, ver el signo de su poder. Lo que amenaza las normas, lo que tras-

torna, es también lo que es más fuerte. Los símbolos inquietantes son entonces al mismo tiempo los que parecen evocar posibilidades ilimitadas. Entonces es natural que ciertos ritos, a la inversa de los precedentes, sean acciones simbólicas que permiten captar y manejar la fuerza *numinosa*. Pero esos ritos implican el renunciamiento a la condición humana definida; dejan al hombre inasible a él mismo; lo comprometen.

En definitiva, o bien se quiere fijar la condición humana en un sistema estable rodeándola de reglas, y entonces se ha recurrido a ritos para alejar de ese sistema todo lo que simboliza su imperfección; o bien se coloca simbólicamente en el mundo del poder absoluto, irreducible a la regla, y entonces no hay más, propiamente hablando, "condición humana".

Pero, en el primer caso, por el hecho mismo que el hombre renuncia al poder *numinoso*, la condición humana que determina se encuentra sin fundamento y carece de realidad a los ojos del primitivo. Pues la regla, es lo que es general, abstracto. Por el contrario, lo individual, lo excepcional tiene una existencia concreta que se manifiesta por sí misma. La condición humana fijada por las reglas es una creación artificial, no se apoya, al fin de cuentas, más que sobre el hombre mismo. ¿Cómo el primitivo no la iba a sentir precaria y no iba a tener, por el contrario, la impresión de que lo que escapa a la regla, lo que se manifiesta como excepcional, es más real y se basta a sí mismo?

Es pues natural que se haya experimentado la necesidad de resolver la oposición entre la condición humana abstracta y la realidad individual concreta, entre el orden y el poder, por una síntesis que, también ella, no podía realizarse más que simbólicamente. Para eso era preciso recurrir a ritos que dieran a la condición humana otro fundamento que ella misma, la hicieran participar de una realidad trascendente. Era comprometerse en la vía de la religión.

Así, cuando uno se pregunta lo que ha podido crear en las sociedades la necesidad de recurrir a ritos, es conducido a pensar que el hombre, angustiado por sentirse un misterio para él mismo, pudo ser dividido entre el deseo de definir por reglas una condición humana inmutable y, por otra parte, la tentación de permanecer más poderoso que las reglas, de superar todos los límites.

5. R. Otto, *Le sacré*, pág. 22.

El ritual podía contribuir con tres soluciones. Las dos primeras eran contradictorias y conducían a renunciamentos: abandonar el poder para encerrarse en una condición humana que no se apoyara más que en sí misma, o bien buscar el poder renunciando a fijarse en una situación estable y sin angustia. La tercera solución suponía una superación, una trasposición, o más bien una sublimación, y consistía en fundar la condición humana, definida y estable, sobre una realidad trascendente. En la primera solución lo numinoso debía ser descartado como una impureza, en la segunda debía ser manejado como un principio de poder mágico, y, en la tercera, finalmente, se presentaba con el carácter suprahumano de lo que es sagrado, de lo que está en el corazón de las religiones.

Es bien evidente, por otra parte, que si estos ritos pueden ser concebidos por nosotros como respuestas a tales problemas, el hombre que los cumple, él, no tiene forzosamente clara conciencia de eso. No son sin duda especulaciones metafísicas las que lo han guiado. Pues experimentar angustia no es conocer sus causas. Se puede estar desamparado sin saber por qué, y eso no impide que se busque ciegamente una tabla de salvación. Cuando los psicoanalistas presentan ciertos ritos como una reacción destinada a resolver los problemas ocasionados por el complejo de Edipo, no tienen necesidad de agregar que esos ritos no implican ningún conocimiento de ese complejo, y que el proceso del que tienen el resultado se desarrolla en el inconsciente. Tampoco será difícil admitir que los esfuerzos de la humanidad para encontrar un equilibrio entre la pura determinación y la pura posibilidad, le son tan desconocidos como las condiciones mismas de su aparición sobre la tierra. Consideremos al hombre primitivo: no es un filósofo, pero tampoco es un animal, a menos que se le diga, por el contrario, "animal metafísico". Aun cuando no se haga preguntas, está dedicado a una existencia que se buscará, que no está inscrita en el solo hecho de ser un hombre, como la de la hormiga puede estarlo en las leyes de su especie. ¿Cómo no va a estar confusamente perturbado por el peso de las posibilidades que se ofrecen a él, y reconfortado por una vida social que, cerrándole ciertas posibilidades, le fija su lugar, lo establece en un papel bien definido? Podría, se dirá, estar demasiado absorbido por la preocupación de su subsistencia, por todas sus necesidades materiales, para

experimentar toda otra preocupación. Si, por cierto, a priori, eso se podría. Pero los primitivos cumplen ritos; es un hecho. Y, aun cuando esos ritos tengan por finalidad confesada la posesión de los bienes materiales, del alimento por ejemplo, muestran la existencia de un cierto sentimiento de las relaciones entre lo que puede dar una condición estable al hombre y los poderes que están en el más allá.

De tal manera, estudiando sucesivamente los actos simbólicos que se refieren a la impureza, al poder mágico y a lo sagrado religioso, se puede esperar ver cómo los ritos protegen, disuelven o consagran la condición humana.

Corresponde a los documentos etnográficos confirmar o infirmar las reflexiones que acaba de sugerir una vista muy general, o por así decir muy libre, de las reacciones posibles de la humanidad frente a su propio misterio, de la humanidad en busca de una condición humana, de un acondicionamiento del hombre por reglas. Cierto, aquí no se tratan de examinar todas las clases de ritos posibles. Hay, como por ejemplo, ciertas prácticas destinadas a facilitar la captura de la caza, que son más bien técnicas o pseudotécnicas, fundadas en una cierta concepción de los seres y que, en todo caso, no se relacionan claramente con el problema de la condición humana.

JEAN CAZENEUVE.

Les rites et la condition humaine.

Presses universitaires de France, 1958.

Traducción de Gloria Blanco.

Esta nuestra lengua milenaria

I. Jules Romains, en una bellísima página de su inmensa obra: *Los hombres de buena voluntad*, nos cuenta un día de la vida de Jallez y Jerphanion los protagonistas, más por espectadores que por actores, de la obra citada. Jallez, el parisiense, ha ido con Jerphanion, su compañero de estudios, al pueblo de este último. Un pequeño pueblo de gente sana y ruda. Una tarde los dos jóvenes, porque lo son aún, haciendo caminos entran en una taberna y comparten la mesa con unos labriegos, que hablan en voz alta; Jallez no comprende todo lo que dicen, el habla es cerrada como de montañeses, gente recelosa y poco expansiva, pero en esa lengua que poco entiendo resuenan, alteradas, las mismas palabras con que en París, en Roma, en Madrid y en tantos lugares más se indican las mismas cosas; entonces Jallez, que es un sentimental, se entenece, piensa en los siglos transcurridos desde que esas palabras diferentes y, sin embargo, las mismas, pertenecían al tronco común y cómo se desprendieron de él o, mejor dicho, cómo vivieron aquí y allá una vida distinta, usadas, amoldadas, acomodadas por hombres diversos a la propia actualidad, al propio pasado. Esas palabras se hicieron a veces más breves, a veces más agudas, a veces más graves, se enriquecieron con cadencias distintas, fueron cantarinas en la boca de hombres vivaces, trompas de guerra en la de hombres rudos, pero, resonaron blandamente o martillaron sobre yunques, eran siempre las mismas. Jallez seguía con la imaginación el eterno viaje de esos términos que desde hacía siglos se habían derramado sobre el mundo occidental: el viaje del *pans* romano que revivía en los labios de un madrileño, de un francés, de un toscano; el del *vinum* de la *popina* itálica que seguía llamándose de la misma manera en la *osteria* italiana, en el *cabaret* francés, en la posada española. Y como ellas el de la palabra *caballum*, con que el rústico latino designaba ese animal, que vivía y vive, como las anteriores, en toda la latinidad y, podemos agregar nosotros,

en nuestras pampas o en las selvas inhumanas. Jallez se emocionaba al reconocer en las palabras de los rústicos lugareños el eco milenario de lo latino. ¿Quién no siente tal emoción?

¿Qué se han hecho los emperadores y las ciudades que ellos fundaron? Ruinas son y si el hombre quiere resguardarlas debe ceñirlas de cal y canto. ¿Qué los castillos de los señores feudales? Ruinas son y el hombre los contempla con melancolía. Pero en la taberna de los Pirineos, en las calles de Segovia, en las plazas de Bucarest, en nuestra Avenida de Mayo, en los repliegues alpinos y andinos, en las sabanas del norte, la palabra, esa misma palabra con que el pastor del Lacio, hecho polvo desde hace centenares de años, indicaba el pan, sigue viva; viva la palabra con que decía su cariño a la mujer elegida, viva la que llora el dolor y la muerte, viva la primera que pronuncia el hombre, viva aquella con que invocamos al Creador.

Esas avecillas que echan a volar y parecen perderse en la lejanía están aquí con nosotros desde siempre y hasta siempre, para ello no se necesitan ni murallas ni guardianes, al contrario, más de una vez el hombre creyó perderlas perdiéndose pero, cuando se recobró, cuando volvió por sus fueros, esas avecillas inquietas y cantarinas estaban a su lado, prontas a echar a volar de nuevo conforme el vaivén del espíritu.

II. Horacio, el gran poeta latino, al terminar su obra dijo: *Ezegi monumentum*, concluí el monumento más duradero que el mármol, eterno como la ciudad que lo ha inspirado. Porque Roma es eterna y eterna vive en nosotros, como vivió eterno en ella ese pueblo indoeuropeo que salió hace miles y miles de años de su meseta lejana y comenzó a desparramarse por el mundo euroasiático. ¿Por dónde pasaron esos seres? Nosotros podemos rehacer su vagabundeo en los siglos lejanos que ni nombre tienen, tan perdidos están en las brumas de la prehistoria, y no por los restos que los arqueólogos puedan hallar en las capas recónditas, sino sencillamente por las palabras que se posaban sobre las cosas y perduran en las estepas rusas, en las selvas negras germánicas, en las dulces tierras latinas.

Una parte de esas gentes extrañas llegó y se aposentó a orillas del mar Mediterráneo. Junto a ese mar hallaron árboles y animales que allá en sus comarcas natales eran

desconocidos, entonces no sólo no bautizaron las cosas sino las incorporaron con la envoltura del propio nombre a su cultura: vino, racimo, rosa, lirio, higo, asno, son palabras de esa civilización anterior a los indoeuropeos, son cosas que la Europa, en aquel entonces tierra de invasiones, ha brindado al mundo.

Una parte más pequeña aun de esa gente extraña, venida de tan lejos, comenzó en una reducida tierra del centro de Italia, el *Latium*, su aventura vital que se prolonga en nosotros.

La lengua del *Latium* era el latín y éste será nuestro tema. Hablaremos de las vicisitudes de esta lengua y veremos, a través de su trayectoria, que lenguaje y vida son una sola y misma cosa: la vida es la savia que alimenta, el lenguaje la superficie, pero superficie que, como la corteza del árbol, es también árbol.

Pequeño era el Lacio, pueblo de pastores, y junto a la población Albalonga, cuenta la leyenda, Rómulo y Remo, los mellizos espúrios amamantados por una loba, fundaron la ciudad de Roma, la ciudad que la sangre de Remo fecundó o maldijo. Ciudad cuadrada de casas de barro, bajas y malsanas, de culles angostas que olían a establo y a suero de leche. En las tardes las esquilas llenaban de tristeza los campos y los pastorcitos se inclinaban a recoger esas florecillas rojas o gualdas que se abren junto a los ríos.

De los pueblos cercanos llegaban a menudo, en son de guerra, otros pastores, que devastaban campos de labradío y llevaban consigo blancas ovejas y despavoridas doncellas; otras veces eran los romanos quienes, dejando la azada, iban a los campos extraños, los devastaban y robaban blancas ovejas y despavoridas doncellas. Cuántos años? Pero Roma, dicen los libros escritos después del triunfo, estaba llamada a altos destinos y ya no fué la ciudad que olía a yerbabuena, a quesos agrios y a establo: Roma no olía más que a nostalgia.

En la historia de ese caserío de campesinos está el origen de la nuestra, en la lengua ya arcaica de esos campesinos, más antigua que la griega, en esa lengua llena de sonidos oscuros, de martilleo de consonantes, lengua que ya era acción, que ya era ley, hallamos la historia de esta nuestra que hablamos, pese a que se haya despojado de sus terminaciones solemnes, pese a que haya recibido en su seno palabras que asemejan a balla-

rines vivaces, pese a los articulejos que acompañan, como espoliques al caballero, las palabras mayores, pese a todas las alteraciones, esta lengua nuestra sigue siendo aquella que los pastores latinos usaban bajo su cielo tan distante y tan distinto.

III. Primero, como es natural, los pastores del Lacio conquistaron los pueblos aledaños. No fué fácil la victoria; durante años, acaso siglos, fué un ir y venir, un vencer hoy uno y el otro mañana, un confederarse de umbros, samnitas y oscos contra los romanos, un aliarse éstos con algunos de los, hasta el día anterior, enemigos jurados. Finalmente lo que debía cumplirse se cumplió y los romanos quedaron dueños del campo, campo tenía para ellos más sentido agrícola que bélico.

Con el poder romano se impuso su lengua, la lengua de los sonidos oscuros y terminaciones macizas, pero desde hacía mucho las lenguas de sus contrincantes, lenguas afines como los pueblos, habían entrado en contacto que adivinamos estrecho. Todas ellas, por otra parte, habían sufrido el influjo etrusco y griego. Las palabras de cosas y costumbres griegas que los romanos incorporaron atestiguan la acción que tuvo sobre Italia esa civilización a partir del siglo VI a. C. Del griego, intermediarios los etruscos, tomaron el alfabeto y desde el momento que comenzó la escritura el papel de Roma fué tan dominante que los demás lugares latinos e itálicos entraron en la sombra; pero, si bien los documentos de las demás lenguas son muy pocos, es posible rastrear el influjo de éstas en el propio latín.

Acaso el rasgo más fácil de distinguir sea la conservación de la *f*, de la *s* entre vocales, de cualquier manera *bos-bovis* -*casa-miser-Caesar* parecen tener sello exótico. A menudo convivían las dos palabras: una romana, la otra rústica o itálica, ej. *coquina* junto a *popina* (taberna), ésta con un sentido más bajo que la anterior; *sibillare* junto a *sibilare*, que persiste en el español: *chiflar*, en el italiano *zuffolare*, en el francés *siffler*, *Inferus* e *inferni* formas extrañas a la fonética romana conservadas, posiblemente, con el propósito de callar el nombre romano de cosas tan pavorosas y trascendentales. Otras veces son cosas rurales que imponen su nombre rústico, ej. *anser* y no *hanser* como hubiera podido esperarse.

Esta lengua urbana que conservaba, sin embargo, tantos elementos rústicos que la volvían fluctuante y

hasta vacilante, no iba a detenerse ante el mar. Conquistados los vecinos más inmediatos, una nueva aventura atrajo a los romanos: la conquista de las islas. Ésta tampoco fué fácil: detrás de ella Cartago y su gran poder, que dió origen a las llamadas guerras púnicas en que se apostó el dominio del mundo occidental. Los romanos, que daban, sin empacho, a los bienes y al poder el valor que tienen, ni siquiera pensaron en atribuir a tal guerra una finalidad ajena a esos bienes y a ese poder. El viejo Catón no hablaba de la necesidad de liberar a los cartagineses del dominio ignominioso de los Barcas, el viejo Catón gritaba: *Delenda est Cartago*, vale decir Cartago debe ser destruida porque ella impide que Roma se haga dueña del mundo. Cartago debía desaparecer y cuando quiso rendirse y subsistir en su humillación, Roma contestó que no habría ni clemencia ni subsistencia. Cartago luchó tres años más, luego "obligada por el hambre" abrió sus puertas, los vencedores cumplieron su voluntad. Los poetas glorificaron a los vencedores... ¿debemos condenarlos? Cartago y sus poetas hubieran hecho lo mismo.

IV. Con la derrota de Cartago se abrieron para Roma las puertas de España.

¿Qué gente la habitaba? Se los llamó iberos y algunos sospechan que no son caucásicos sino semitas, la misma raza que habita el norte de África; pero no entremos en tales problemas que nos conducirían a la *terra ignota*, sepamos que de los iberos viven todavía palabras en la lengua que los españoles hablan y que nosotros heredamos: perro, vega, páramo, arroyo, garduña, podenco, chapparro, sapo, cencerro, zanco, izquierdo, éstas y otras no fueron palabras dejadas al pasar por los indoeuropeos sino vocablos que, a semejanza de los del Mediterráneo, estaban allí de siempre entre esa gente *colorati vultus et torsi pierunque crines*, de rostros y torsos oscuros y abundantes cabellos. ¿Cuándo los celtas (indoeuropeos éstos) invadieron a Iberia y se fusionaron con sus habitantes? Parece que en la prehistoria y, si bien en Portugal y en Galicia predominaron y aun predominan los invasores, en otras partes la fusión fué tan grande que dieron nombre y nacimiento a los celtiberos. Esta raza mestiza fué la que encontraron los fenicios en sus correrías, más de mil años antes de Cristo, cuando llegaron a

la península y fundaron su primera factoría *Gadeira*, hoy Cádiz.

De los celtas, raza semisalvaje como los iberos cuando se fusionaron, provienen palabras que pasaron al acervo de la latinidad: camino, abedul, cambiar, berro, bragas, sabueso, cerveza, carro, gavilla, palafreñ, arnés, gular y muchas más que distinguían diversas clases de carruajes ya que, al parecer, tal raza debió ser de caminadores y viajeros. Los fenicios entraron en España por mar, y no por tierra como los celtas; no se internaron en el territorio, buscaban sólo comerciar con esos pueblos y para ello bastaba hacer pie en la costa. A los fenicios siguieron los griegos. Los indoeuropeos griegos, a la par de los semitas fenicios, no buscaban más que el comercio y fundaron como aquéllos sus mercados: *Emporium*, *Denia*, *Sagunto*, entre ellos. Los invasores vivían aislados, sin embargo no pudo faltar el contacto entre esas dos maneras de vivir, los griegos influyeron más que los fenicios porque, a menudo, por vicisitudes políticas comunes a las democracias se afincaban en esas regiones. Sin embargo los fenicios intentaron penetrar en el territorio mediterráneo, hecho que despertó el recelo de los celtiberos que, unidos, no sólo impidieron tal avance, sino que pusieron en peligro las factorías costeras; en tal trance los fenicios pidieron ayuda a los cartagineses de su mismo origen. Estos acudieron al llamado no para defender a los atacados sino para quedarse con lo que se disputaba. Los cartagineses estaban, a la sazón, en su época de expansión y de aspiración de conquista, era gente nueva a quien la victoria generalmente acompañaba. Durante doscientos cincuenta años vivieron en paz con los celtiberos que les surtían de metales y hombres para la guerra contra los romanos. Cuando éstos pusieron pie en España, los celtiberos los tuvieron por enemigos y lucharon con tanto o más tesón que los cartagineses; no poco trabajo tuvo Escipión el Africano para someterlos.

Ya Cartago había desaparecido en cuanto potencia después de la segunda guerra púnica, ya las fuerzas organizadas de Aníbal habían sido derrotadas, ya no quedaban esperanzas de triunfo, pero todo esto no hacía mella en las turbas dispuestas a luchar hasta morir con el mismo empuje con que dos mil años después resistirían, contra toda esperanza y buen sentido e igual grandeza,

a las huestes de Napoleón. Toda España repitió, cuando Escipión y cuando Napoleón, la página gloriosa del suicidio de la ciudad de Sagunto. Escipión el Africano tuvo que llegar a la crueldad y a la traición para dominarla. Desde ese momento comienza la historia de España como nación.

V. Los romanos se adueñaron de España al acabar el siglo III a. C. Muy pronto dividieron el territorio en provincias porque, a diferencia de los fenicios y de los griegos, los nuevos conquistadores se posesionaron de toda la península y en toda ella impusieron su cultura. No todas las regiones la recibieron de buen grado; las costeras por más avezadas a cosas diferentes no ofrecieron casi resistencia, pero las mediterráneas se mantuvieron en estado de sublevación durante mucho tiempo y los romanos tuvieron que emplear métodos muy enérgicos.

La *Baetica*, la futura Andalucía, fué la que más pronto y más profundamente se romanizó; allí surgió la ciudad de Itálica que cantó Rodrigo Caro: "Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora —campos de soledad, mustio collado— fueron un tiempo Itálica famosa". En Andalucía nacieron Lucio Anneo Séneca y Séneca Anneo Lucano, sobrino del primero y tan gran poeta, como aquel gran filósofo. Séneca el filósofo llegó a ser preceptor de Nerón y más tarde su víctima. Nos ha dejado dramas clásicos que los antiguos admiraron y nuestros modernos imitaron más de una vez, pero si por sus dramas poco se distingue de los demás escritores de la época, los críticos han visto en su filosofía una postura muy diferente a la de los romanos, una filosofía que refleja, al parecer, la idiosincrasia de su pueblo, aspecto que también se ha querido ver en Lucano, que ha pasado a la posteridad con el poema *Farsalia*, en que el gusto de lo desmedido, sombrío y truculento, algo así como un romanticismo *avant la lettre* lo vincula también con el fondo trágico hispánico. De naturaleza muy diferente es la obra de otro español: Valerio Marcial de Bilbilis (Calatayud). Sus Epigramas fueron y son famosos, reflejan a través de la anécdota circunstancial romana el mundo "que todo es uno y lo mismo" conforme el dicho arcaico. Estas pequeñas composiciones desafiaron los siglos, poetas grandes y pequeños los imitaron, los españoles sintieron de siempre gran predilección por ellas, Garcilaso, Herrera, Quevedo se encuentran entre ellos.

Otro español ocupó con gran honor el escenario cultural romano: Fabio Quintiliano, primer maestro de retórica de Roma, dejó una obra escrita en que desarrolla su amplio saber y su larga experiencia. Durante el Renacimiento gozó de gran autoridad entre los ciceronianos, ya que él indicaba a Cicerón como modelo único de oratoria.

Los nombres que citamos no son islotes, son, obvio es decirlo, las luminarias mayores; pero junto a ellos en la *Baetica*, y en menor escala en las demás comarcas, mucho saber alumbraba el camino de la humanidad; además no nos limitemos a lo que a las letras se refiere, la cultura trasciende de ellas y aun de lo meramente intelectual; en la cultura caben muchas cosas excelsas pero también otras muchas más modestas, unas y otras están íntimamente vinculadas. Los romanos, aun los más rudos, aun los más nuevos, abrían, con sus costumbres, su técnica, brechas por donde se colarían posturas insospechadas que al cabo de no mucho tiempo transformarían ese mundo en algo aun desconocido y sin embargo ya aceptado.

VI. Roma ha llegado a su apogeo, la lengua que va con ella, como la sombra con el cuerpo, magia hecha canto, se propaga por las comarcas más distintas: la habla el siciliano, el africano, el ibero, el galo; resuena junto al Danubio, al Ebro, al Tâmesis, al Sena. Llega hasta los hiperbóreos, llega a los seres misteriosos que viven en las selvas oscuras. ¿Qué más grande que Roma? Tan grande es que el hombre no desea otra cosa mayor. Horacio así lo expresa en su *Canto Secular*: "¡Sol bienhechor, que todo lo sustentas, que con tu rutilante carro descubres y encubres el día, que renaces siempre nuevo pero siempre el mismo: ¡ojalá no puedas ver cosa más grande que la ciudad de Roma!" Así rogaba Horacio, poeta de Augusto, emperador romano.

La caída de Roma es para Juvencio, poeta español del siglo IV, tremenda prueba de lo efímero de las cosas humanas. "Nada inmortal perdura de la trabazón universal; ni el mundo, o los reinos de los hombres, ni la áurea Roma". Para el galo Rutilio Numiciano, del siglo V, Roma es todavía la bella ciudad de antaño que no se cansa de amar y exaltar. En ella se inspira y no advierte sus ruinas ni el silencio de su Vía Apla que ya no despierta el paso cadencioso del soldado. "Escúchame, oh Roma —canta Rutilio—, Roma exaltada a los cielos, di-

vina, bellísima reina del mundo conquistado. Escúchame, oh madre de los hombres, madre de los dioses, oh Roma, no estamos lejos del cielo... Tú, Roma, hiciste de un pueblo desunido una sola patria; a los que no conocían la equidad les favoreció ser tus vencidos. Donando a todos tus derechos convertiste el orbe en urbe, oh, Roma... Los astros que giran en el cielo por su eterna órbita no vieron jamás imperio tan bello". ¿Qué importa al poeta si los hermosos monumentos de Italia martirizada no son más que ruinas melancólicas que velan otras ruinas? "El dulce sitio donde Roma se eleva soberana del mundo, no me lo revela un humo leve sino el cielo más sereno, más resplandeciente..." "... allí donde surge Roma, allí hay un perpetuo sol, y el día que Roma irradia por sí parece más luminoso y puro que toda otra luz".

En la realidad Roma, invadida y destruida por los bárbaros, no será en los siglos medievales más que un ruinoso lugar donde han vuelto a pacer las ovejas y el pastizal cubre, como en los cementerios de campaña, los caminos que pisa el furtivo saltador. Aun así el nombre de Roma se citará con reverencia y temor. En el jubileo de 1300 dos millones de peregrinos acudieron a Roma, entre éstos Dante; escuchemos el canto que entonaban los romeros al divisar la ciudad en la lejanía: "Oh, noble Roma, señora del mundo, excelentísima entre todas las ciudades, roja por la sangre de tus mártires, blanca por los cándidos lirios de tus vírgenes, te saludamos y te bendecimos por los siglos de los siglos". Por aquel entonces un pobre notario, hijo de un posadero, pensó restaurar la antigua gloria de la ciudad y hacer en ella gobierno popular como en la antigua república; se cuenta que le bastó hablar a esa pobre gente de las glorias pasadas para arrastrarlas a una desdichada aventura. Petrarca, cuando se enteró de ello, abandonó su retiro para estar junto al tribuno, y nos dejó una canción que lo exalta: "Oh, cuánto os agradará saberlo, nobles romanos, y Fabricio cuán alegre se dirá: Roma mía será nuevamente bella".

¿Cuánto tiempo hacía que Roma había perdido todos sus esplendores? Pero, canta Petrarca, "las murallas antiguas todavía se temen y se aman y el mundo tiembla cuando se acuerda del tiempo pasado". Los franceses del siglo XIII cantaban: "Dulce gente, en las crónicas de San Denis en Francia se verán muchas maravillas, pero

sabed que las de Roma son de mayor subestancia". Evidentemente el mundo seguía clamando con los antiguos versos de Horacio: "Oh, sol bienhechor, que no veas otra ciudad más grande que Roma". Y estaba dispuesto a no hallarla.

VII. "*Vanitas, vanitatum, omnia est vanitas*": Vanidad de las vanidades, todo es vanidad, dice el Salmista. "Nada inmortal perdura de la trabazón universal; ni el mundo o los reinos de los hombres, ni la áurea Roma". Roma ha sido vencida y si tal hecho ha acontecido: "¿Qué no se esperará de aquí adelante, por difícil que sea y por incierto?" podemos decir con Garcilaso, Quevedo, en un célebre soneto, lloraba el destino de Roma: ¿Buscas en Roma a Roma, oh peregrino? Y en Roma misma Roma no la hallas: cadáver son las que ostentó murallas y tumba de sí propio el Aventino". Todo lo ha vencido el tiempo, todo es ruina, sólo vive lo fugitivo, el agua del Tiber que si la regó cuidada ahora "la llora con funesto son doliente".

Las fronteras del imperio fueron violadas y por ellas entraron hombres que se jactaban de destruir hasta la hierba a su paso; venían del oriente, empujados por seres que avanzaban por los mismos caminos que miles de años antes habían recorrido los que se detuvieron junto al Mediterráneo en busca de buen clima y tierras feraces. Venían en turbas tumultuarias y llegaron hasta el mismo corazón del Imperio. Acaso no les habría valido su intento de no haber existido la carcoma allí mismo, si el romano hubiera seguido siendo el republicano de palabra firme y medida, y de recto y simple vivir. La molición lo había corrompido, de todos los rincones del Imperio llegaban a Roma seres logrereros y abyectos, ya nadie volvía al arado como lo hiciera Cincinato después de haber salvado a la patria; ya las mujeres no mostraban orgullosas a sus hijos, adorno apreciado de su existencia: todo era gozar, todo era aturdirse, todo era reñir por el poder, un general sucedía a otro, un crimen hacía olvidar a otro, los emperadores llenaban de opróbrio ese título que fuera símbolo de victoria. Los mejores se iban alejando de los dioses de la tierra para adorar al Dios verdadero que exige no ofrendas de carne, sino de alma.

Los de afuera no violaron sino fronteras abiertas y su avance halló muy poca resistencia si no aceptación, la barbarie de adentro dió la mano a la barbarie de afuera...

entraron hombres grandes y rubios y se distinguían con nombres sonoros: longobardos, suevos, visigodos, ostrogodos vándalos, alanos... sus reyes eran bravos y rudos; por otra parte, muchos habían aprendido la técnica romana porque desde siglos había habido convivencia y mansuetudine, eso era su fuerza, pero también su debilidad, dependencia, eso era su fuerza, pero también su debilidad, porque los vencedores envidiaban a los vencidos, destruían un mundo que hubieran querido para sí, invasión que era casi lucha de clases, lucha que destruye e imita, mata pero admira.

Los bárbaros, lejos de imponer su lengua, aceptaron la de los vencidos si bien, por un lado la destrucción de las barreras culturales, por el otro la fuerte corriente vital propia de tan magno acontecimiento histórico, dejaron desamparada la lengua latina y a merced de fuerzas hasta aquel momento sofrenadas. Los vulgarismos que desde siempre vivían en las bajas capas sociales invadieron las más altas, porque éstas habían perdido en gran parte el privilegio del ocio obligados todos a pensar en cosas elementales y urgentes. Ya había pasado el tiempo en que los maestros de lengua se desvivían por mantener fuera de su órbita la pronunciación y las construcciones populares, ningún maestro probus se sentía con ganas de tachar *columna* e insistir en la forma correcta *columna*, ya nadie se mofaba de *tabla*, ni de *viridis*. ¿Quién mantendría la pureza lingüística? Acaso algún anciano venido a menos que ostentaba *tabula* y *viridis* como pruebas de nobleza; acaso algún escriba, quizás algún monje, muchos años más tarde, entregado en la seguridad del convento, al estudio de los antiguos libros, pero en el mundo ancho y grande todos decían *columna* y *tabla* y *viride*, todos empleaban palabras de bajo sentido y a menudo soez para indicar cosas y hechos que hasta hacía poco eran casi sagrados. Una época se había cerrado, el hombre comenzaba a tejer paciente e incansablemente su nueva tela.

VIII. Con la invasión de los bárbaros, con el afianzamiento del cristianismo comenzaba una nueva época. El mundo antiguo no sólo desaparecía bajo los cascos de los caballos de los hunos, sino también por las oraciones de los mártires. El hombre veía el mundo de diversa manera y se llamaba a sí mismo de manera también diversa, ya no vivían los Marcelos, los Coriolanos, los Tarquinios, el mundo se llenaba de Juanes, de Josés, de

NUESTRA LENGUA MILENARIA

Marias. Un mundo se derrumbaba, otro surgía fatigosamente como en el Juicio Final de Mantegna se desgarran de la tierra los esqueletos. Esta fatiga, esta lucha, la vemos a través del lenguaje.

Los influjos populares mantenidos a raya por las escuelas y la cultura ambiente habían vuelto por sus fueros; la lengua latina ya era propiedad de zafios y extraños y lo desechado por el burgués de Roma de los buenos siglos, muy pronto sería usado por el Emperador y por los escritores de la lengua nueva. Esta, ya bastardeada por la fonética más rústica, se había rebajado todavía más en lo que atañe al vocabulario. Las palabras perdían toda su espiritualidad y en el hablante hallamos un deseo, surgido de la ignorancia y del resentimiento, de cargar en ellas el enfoque más primario posible. La *as* por la *a* cual se desprende el aliento vital y se pronuncian las palabras de amor y de fe, no fué para ellos más que el agujero por donde se introducen los alimentos, la abertura de una bolsa, de allí la palabra *bucca* que significa precisamente lo dicho. *Caput* que indica la parte más noble del cuerpo humano se veía desplazado por *testa* porque el *caput* no despertaba en ese ser ignorante y resentido más que la imagen de un tiesto, de una maceta o, podríamos decir, empleando la metáfora de nuestros días surgida de la misma gente, un *mate*. *Domus*, el lugar donde el hombre descansa y vive su intimidad, fué reemplazado por palabras equivalentes a tapera o poco menos, *casa*, *mansio*, más rústica la primera y de mayor aceptación. Cuando el latín tenía palabras sinónimas o casi sobrevivía la más baja, es el caso de *domus* citado (*domus* fué luego la casa del Señor), el de *atrium* desplazado por *cor*, *ludus* por *jocus*, *magnus* por *grandis* de allí nuestros grandes, juegos... la analogía imponía sus leyes, los vocablos que nada significaban para el pueblo fueron reemplazados por otros derivados de palabras significativas, *privignus* que no despertaba ninguna idea semejante a hijo fué reemplazado por *filaster*, nuestro hijastro, *noverca* por *matraster*, madrastra; a veces reemplazaban la palabra por una frase: *dñu* por *longum tempus*, nuestro largo tiempo que da una idea bien clara de lo temporal. Esa fuerza de la analogía la advertimos en toda la gramática, analítica en las lenguas romances y sintética en la latina. La declinación se fué perdiendo por el uso cada vez mayor de las pre-

posiciones que ayudó la caída de las consonantes finales; la conjugación fué articulándose cada vez más conforme a un cartabón; las formas llamadas irregulares fueron perdiéndose en gran número, en español más que en otra lengua. Se formaron los tiempos compuestos de mecánica tan simple. La analogía se apoyó y apoyó la ley del menor esfuerzo: las vocales en hiato desaparecieron, los diptongos se fusionaron, las consonantes dobles se simplificaron, las sordas se sonorizaron. En un mundo primario no puede vivir la belleza producto de esfuerzos gratuitos. Fueron siglos tremendos, pero en esos siglos el hombre aprendió cosas ignoradas hasta entonces, aprendió a juzgarse con severidad y a los demás con caridad. Aprendió que el valor físico, la fuerza y el vigor no son la verdadera virtud de antaño, vale decir la cualidad del varón, del *vir*; el valor real, si bien más recoleto, es la defensa de la dignidad, la defensa del ser íntimo, espiritual, y ese contenido dio a la palabra *virtud*, que desde entonces no fué la cualidad más apreciada del varón sino del ser humano, que para seguir siéndolo debe vencer en sí mismo, en esa lucha contra las pasiones que desde siempre fueron los más acérrimos enemigos del hombre.

IX. ¿Es dado imaginar que los visigodos, o mejor los godos, los bárbaros conquistadores de España, se posesionarian de la lengua de los vencidos sin dejar su rastro en ella?

Nunca dejó de haber un proceso de contaminación cuando dos pueblos de habla diversa entraron en contacto y aquí también lo hubo.

Los godos desplazaron a los latinos vencidos pero tuvieron que valerse de ellos para muchas cosas; la sociedad estaba estructurada en una forma más complicada, por cierto, que la propia, el latino era el hombre necesario para que la maquinaria echara de nuevo a andar. El latino no poseía ni fuerza ni medios materiales que le sirviesen de defensa, si quería subsistir, y subsistir lo menos mal; debía valerse de su ingenio o por lo menos de su astucia. Toda vez que topamos con un pueblo dotado de inteligencia y astucia debiera dárnoslo el corazón porque estamos frente a un pueblo oprimido. ¿Latino y ladino! Qué parecidas las dos palabras. ¿Cómo no han de parecerse si son las mismas? Frente al germano batallador, soberbio y fuerte, que gustaba elevarse sobre todos, dominado por el orgullo (orgullo es palabra ger-

mana como muchas otras que indican lucha o elementos para ella: guerra, esgrima, botín, brida, espuela, guante, yelmo, estoque, dardo, flecha, arcabuz, estribo, etc.), frente al germano batallador se erguía con su inteligencia, con su dialéctica, con sus recursos sutiles el latino capaz de hallar una escapatoria insospechada por aquéllos. Fué un largo batallar; a su término, si es que lo hubo, el germano se hacía la ilusión de que esa cultura era la suya propia y hurgaba entre los escombros del Imperio destruido por sus antepasados para recomponer las ruinas que veneraba.

Los germanos no sólo usaron la lengua latina, con el tiempo fueron perdiendo su rudeza y asimilaron la vieja cultura deformada por tantos años de oscuridad. Algunos cantaron en himnos latinos al cristianismo y hubo reyes que gustaron de tener a su lado hombres de saber tanto o más honrados que los de espada. Famoso entre todos fué Severino Boecio que vivió en la corte longobarda hasta que el rey bárbaro lo hizo encarcelar y morir entre tormentos en el año 524. Boecio, de noble familia romana, es el último filósofo de la antigüedad pero también el primero del nuevo mundo cristiano. La España goda cuenta con la magna labor de San Isidoro de Sevilla, no autor original, pero hay momentos en que la mera recopilación tiene el valor del descubrimiento. Dice Menéndez y Pelayo: "Ni él quiso inventar, ni podía hacerlo. Colocado entre una sociedad agonizante y moribunda y otra todavía infantil y semisalvaje, pobre de arte y de toda ciencia, y afeada además con toda clase de escoria y hurrumbres bárbaras, su grande empresa debía ser transmitir a la segunda de estas sociedades la herencia de la primera. Esto hizo y por ello merece cuantos elogios caben en lengua humana".

Fácil es advertir cómo en muy poco tiempo las dos sociedades —por usar el término de Menéndez y Pelayo— se habían compenetrado, pero apenas la península había hallado el sosiego, otros hombres de otras razas la invadieron nuevamente. En pocos años se volvieron dueños de ella y la ciudad de Córdoba fué su centro político. Estos seres que invocaban a un profeta extraño y hablaban una lengua de estridentes sonidos guturales, hombres oscuros y de rasgos agudos, afines a los judíos que en pequeños grupos vivían en las comarcas, llegaron en su embestida hasta Francia, vencidos tuvieron que reple-

garse más allá de los Pirineos y allí quedaron: los godos orgullosos y batalladores se transformaron en siervos.

X. A comienzos del siglo VIII los árabes conquistaron España y los godos se transformaron en siervos. ¿Cómo colocar tamaño acontecimiento dentro de las vicisitudes humanas? Sólo el pecado que engendró la tralción, pudo originarlo. El pueblo cantó en los romances su *historia* y la historia de la caída de los godos no es la menos bella.

Pasea el Rey don Rodrigo su amor culpable por el jardín real: "Por el jardín de las damas/ se pasea el Rey Rodrigo/ por alargar la cadena/ a un pensamiento rendido". Quiso la mala suerte de España que el Conde don Julián mandara a la corte su hija la Cava, doncella de tan singular hermosura que enajenó la voluntad del Rey: "Mira, mi querida Cava/ mira agora lo que te hablo/ darte he yo mi corazón/ y estaría a tu mandato". La doncella contesta airada: "No queráis, rey poderoso/ sol del español imperio/ que oscurezcan vuestros rayos/ la nube de mis desprecios,/ y si Dios, ley, honra y padre,/ no estorban vuestros intentos/ soy Cava y seré principio/ de muchos malos sucesos".

El Conde don Julián, padre de la Cava, al enterarse de la afrenta recibida: "Ya mira ofendido el suelo/ con altas manos mira/ al estrellado dosel,/ testigo de su fatiga: ¡Viva el cielo que ha de ser/ de España total ruina/ la torpeza de mi rey/ en mi sangre cometida!/ Pagarán los inocentes/ de su señor la malicia/ que no aguarda menos reino/ do rey tirano administra". El Conde estaba en Ceuta, "en Ceuta la bien nombrada", de allí envía una misiva, "embajada es de dolor,/ dolor para toda España./ Las cartas van al rey moro,/ en las cuales le juraba/ que si le daba aparejo,/ le dará por suya España./ ¡España España, ay de ti!/ En el mundo tan nombrada". Invaden los moros: "tantos eran los moros/ que han vencido la batalla./ No aparece don Rodrigo,/ ni nadie sabe do estaba".

"Ay, España la bien nombrada,/ la mejor de las partidas,/ la mejor y más ufana,/ donde nace el oro fino/ y la plata no faltaba". "¡Volved los ojos, Rodrigo!/ ¡volvedlos a vuestra España!/ la honra de los antiguos/ por tantos siglos ganada,/ vos solo por un momento/ perdéis reino, cuerpo y alma". Este romance, en que se condena al Rey, se enfrenta con los más en que el acusado es

don Julián y la propia Cava: "Don Julián que el traidor,/ con moros se ha concertado/ que destruyesen a España/ por lo haber casi jurado". El Rey don Rodrigo conoce su culpa y busca el castigo que merece: "El desdichado Rodrigo/ yo soy, que rey ser solía/ vengo a hacer penitencia/ contigo en tu compañía;/ no recibas pesadumbre/ por Dios y Santa María". Estas son las palabras que el Rey dice a un ermitaño con quien se ha topado; el santo varón ruega a Dios que le revele la penitencia, accede el Señor e indica que entre el Rey en una tumba con una culebra viva. El Rey cumple gozoso con lo ordenado, el ermitaño vuelve el tercer día: "¿Cómo os va, el buen rey?/ ¿Vaos bien con la compañía?/ Hasta agora no me ha tocado/ porque Dios no lo quería;/ ruega por mí, el ermitaño,/ porque acabe bien mi vida. El ermitaño lloraba/ gran compasión le tenía". Vuelve el santo varón y halla al Rey en oraciones: "Preguntóle como estaba./ Dios es en la ayuda mía,/ respondió el buen Rey Rodrigo/ la culebra me comía./ El ermitaño lo esfuerza/ el buen rey allí moría./ Aquí acabó el Rey Rodrigo/ y al cielo derecho iba".

RENATA D. HALPERIN.

El cielo estrellado como centro de interés

En el presente trabajo nos proponemos demostrar que es factible considerar el cielo estrellado como centro de interés al tratar con niños, aun en edad escolar.

En la bibliografía especializada consultada al respecto no hemos encontrado este tema. Por lo común se toman como centros de interés: la familia, la ciudad, el campo. En cambio al cielo estrellado que los niños miran cada noche y que despierta su curiosidad del mismo modo que las plantas que lo rodean, no se le presta, en la enseñanza, ninguna atención. Así ocurren hechos como los que cita el profesor Juan Hartmann en su artículo *La enseñanza primaria de la Cosmografía*, aparecido en la "Revista de Educación", en el número de abril de 1957, que lo llevan a decir: "Los alumnos saben recitar que el planeta Júpiter tiene nueve satélites, pero no pueden elevar sus miradas a este astro hermoso porque no saben distinguirlo de los demás. Y sin embargo estos conocimientos elementales de la bóveda celeste pueden enseñarse ya en la escuela primaria".

En la primera parte de este estudio damos los fundamentos teóricos, en forma general, de lo que podría enseñarse tomando el cielo estrellado como idea eje. Sobre tal base, y considerando un niño de siete años como centro para la realización de este proyecto, lo hemos llevado a la práctica —con las limitaciones propias debido a la edad del niño y al tiempo de que dispusimos— todo lo cual se expone en forma sucinta en el apartado segundo.

I. Fundamentación teórica.—Manteniendo como centro de interés el cielo estrellado es posible, mediante asociaciones, brindar al niño los conocimientos que han inquietado al hombre de todas las épocas, de una manera total, vinculando unas con otras todas las disciplinas de modo que aparezcan como una unidad, como un todo.

Mediante la observación de las estrellas y de los lugares de salida y puesta del Sol, se le enseñarán al niño los puntos cardinales y, una vez que éste sepa orientarse,

se relacionará el lugar donde realiza sus observaciones con otros vecinos. Del espectáculo del cielo durante el crepúsculo vespertino se inducirá el porqué de la mayor iluminación en la zona occidental y así, desde este centro de interés, será posible establecer un enlace con la geografía. Los conocimientos geográficos que se impartan al niño, dependerán, naturalmente, de su edad. Se le podrá mostrar un mapa o un globo terráqueo, en los cuales se ubicará el lugar donde se están realizando las observaciones, y siempre se relacionarán los otros que se señalen en el mapa con las coordenadas del lugar de observación.

Cuando el niño haya aprendido a orientarse mediante la observación de las estrellas, podrá decirse que de ese modo se navega desde la antigüedad y así podemos ponerlo en contacto con los primitivos navegantes del Mediterráneo, del mar del Norte, o contarle las dramáticas aventuras de los viajes, relativamente más recientes, de Colón o Magallanes.

Naturalmente que hay innumerables maneras para introducir los conocimientos históricos. Por ejemplo, al enseñarle los nombres de las constelaciones, se le explicará que los astrónomos antiguos agrupaban las estrellas según figuras imaginarias: el cazador Orión, el Navío, los Canes, etc. Cuando se le mencione a los astrónomos de la antigüedad se le hablará de los babilonios, de los egipcios, y según sea la edad del niño y el interés que demuestre por el tema, se le darán más o menos detalles de la apasionante historia de aquellos pueblos. Aun estando sumergidos de lleno en el terreno histórico, será fácil para el maestro establecer la asociación inversa y volver al tema central. Si se le está hablando de los egipcios, por ejemplo, al referirle sus costumbres, su religión, sus conocimientos, se le contará que construían gigantescas pirámides, de base cuadrada, cuyos lados estaban orientados según los puntos cardinales. Y se habrá vuelto así al centro de interés.

Al observar los planetas y mencionarle sus nombres, surge de inmediato la mitología griega y se le enseñará dónde vivió el pueblo griego y los rasgos principales de su cultura.

La Luna, es quizás de los astros del cielo el que más atrae a los niños con sus cambios de fases y sus manchas oscuras y brillantes, que ellos en su fantasía, imaginan

como rostros o carruajes tirados por briosos corceles. Se sorprenden cuando al verla con un largavista aparece su superficie cubierta por manchas más definidas. . . Entonces es el momento de hacer una descripción de la Luna. Al decirle que en ella es imposible la vida a causa de la ausencia de aire y agua, se lo introducirá en el terreno de la Biología y, como siempre las observaciones del cielo se harán en un espacio abierto, será fácil relacionar lo que se le dice con las plantas que el niño ve a su alrededor, con los animales que conoce y con él mismo. Teniendo en cuenta las condiciones aptas para la vida se podrá hacer referencia a la influencia del clima, relacionándolo con la geografía.

En un curso escolar de un año, se podría hacer que los niños observaran periódicamente la posición de salida del Sol, o la de puesta, y la compararan con un punto de referencia fijo; así observarían que hacia el verano el lugar de salida del Sol está desplazado hacia el sur, que en invierno el lugar de salida está más hacia el norte, y que durante los meses de marzo y setiembre el lugar de salida está en el centro de las posiciones extremas. El niño, por su propia observación, descubriría la causa de las estaciones.

No es de ningún modo trivial el tratar de que el niño conozca los nombres de las constelaciones, de los planetas, etc., puesto que por el nombre sabemos que la estrella Sirio, que vemos hoy, es la misma que vimos ayer y la que veremos mañana, y que la Luna, a pesar de sus diferentes aspectos, es siempre la misma. De esta manera el niño está aplicando correctamente el principio de identidad, que en los tratados de lógica se traduce por la vacía forma $A = A$. Al respecto hace notar M. Schlick que, en gran parte, conocer es reconocer, y para este reconocimiento, nada mejor que apoyarse sobre un nombre. Sólo conociendo el nombre de las estrellas y el de las constelaciones que forman, podrá advertirse, al reconocerlas, que las constelaciones que se ven en una época del año no son las mismas que aparecen en otras. Sólo así podrá apreciarse que en el transcurso de una noche unas constelaciones desaparecen mientras otras van apareciendo; sólo así podrá distinguirse un planeta de una estrella. En fin, conociendo, es decir, pudiendo reconocer las estrellas cada noche y sabiendo distinguirlas unas de

otras, el cielo dejará de ser un manto salpicado de puntos brillantes indefinidos, iguales y desconocidos.

En este bosquejo, forzosamente hemos debido seguir un orden sucesivo, un orden lineal, pero en realidad este esquema no puede representarse sobre una línea; se precisa un plano, porque es como una malla formada por todos los conocimientos. Por ejemplo: de la observación del cielo se llegó hasta la historia de los egipcios; se volvió al cielo y se observó la Luna; hubo tema entonces para hablar de biología, pero ésta no podía independizarse de la geografía y del clima. La Luna también pudo haber motivado una conversación sobre literatura y poesía, y observando la Luna se pudo haber derivado hacia la ley de gravitación de Newton o hacia la lógica o la metafísica.

II. *Realización práctica.* — Al anochecer de uno de los primeros días de enero del año pasado, nos encontrábamos, mi sobrino Guillermo Villar, de siete años de edad, y yo, en el jardín de su casa, cuando, de pronto, levantando aquel su vista hacia el cielo, señaló regocijado a las *Tres Marias*. Aprovechando su interés por las estrellas, me propuse convertir la descripción del cielo en idea eje de nuestras futuras conversaciones, que habrán sido, en total, alrededor de quince.

Partiendo de la base de las *Tres Marias* le indiqué la constelación de *Orión*, señalándola con la mano y diciéndole que sus estrellas formaban un cuadrilátero. Como aún no sabía lo que es esta figura se lo enseñé, mostrándole una puerta, una ventana, el asiento de una silla, hasta que él halló que tenían de común los cuatro lados. Volvimos al cielo y en seguida vió la constelación citada, diciéndome que las cuatro estrellas que la formaban estaban en las "cuatro puntas" del cuadrilátero. A mi pregunta de si le parecían las cuatro iguales, distinguió una más roja; le dije su nombre: *Betelgeuse*.

Para enseñarle la otra estrella brillante de la constelación, *Rigel*, tuve que decirle que junto con *Betelgeuse* formaban una diagonal del cuadrilátero y que esa línea era más o menos perpendicular a las *Tres Marias*. No sabía qué significaba "perpendicular". Se lo enseñé mostrándole los barrotes de la verja que eran perpendiculares con respecto al muro; él señaló los postes del alambrado como perpendiculares respecto del suelo.

En realidad estos conocimientos geométricos más que de geometría son de lenguaje. Se necesitan para poder hablar y hacerse entender.

Cuando quedó bien definida la constelación de Orión le conté que los antiguos astrónomos asociaron grupos de estrellas e imaginaron que constituían figuras que son las constelaciones actuales. Para ellos, Orión era un cazador cuyo cinturón estaba formado por las Tres Marias. Como todo cazador, iba acompañado por perros, el *Can Mayor* con la estrella más brillante del cielo: *Sirio*, y el *Can Menor* con la estrella *Proción*. En el repaso que él hacía del cielo los llamaba: el cazador, el perro grande y el perro chico. Viendo que le había interesado la leyenda, comenzamos a hablar de esos pueblos civilizados que habían vivido hace muchos, muchos años (¿Cómo decirle 5.000 ó 6.000 años, cuando él apenas tiene siete?), que construían sus casas y también grandes palacios, que cultivaban su tierra y sembraban trigo (él dijo: para hacer el pan), que construían barcos para navegar por los ríos y mares, y que también miraban las estrellas y les pusieron los nombres que hoy conocemos.

Dirigiendo otra vez su mirada a esa región del cielo, descubrió otra estrella rojiza y quiso saber su nombre. Era *Aldebarán*, le dije que estaba en la constelación del *Toro*, que tiene forma de V, justamente en el ojo del *Toro*. También distinguí perfectamente las *Pléyades*.

En otra oportunidad miramos la parte sur del cielo y le mostré la *Cruz del Sur*. Tuve alguna dificultad para que la reconociera, pero por fin la distinguí perfectamente y para demostrarme que era así dijo: "si fuera un crucifijo, Cristo tendría la cabeza un poco para abajo". Era justamente la posición que tenía la constelación en ese momento. Él mismo me dio la oportunidad de hablarle de Cristo, le dije que nació hace justamente 1.957 años, en un país lejos del nuestro y que en la Navidad se celebra su nacimiento, que muchos de los habitantes de su pueblo creyeron en él como enviado de Dios y propagaron la religión cristiana que es la que hoy se practica aquí. Le dije también que hay otras personas que no creen en Cristo como enviado de Dios y que otros pueblos tienen religiones distintas al cristianismo, lo que le sorprendió mucho.

Volvimos a mirar la región sur del Cielo y le llamó la atención una estrella brillante: era *Canopus*, de la constelación del *Navío*.

Un día nos reunimos al atardecer, poco después de que el Sol se ocultaba bajo el horizonte. Hacía occidente el cielo estaba mucho más claro y él mismo pensó que era porque de aquel lado estaba el Sol. La palabra horizonte era nueva para él, pero no la noción. Comencé diciéndole que él habría observado en Punta Lara que el agua y el cielo... y sin dejarme concluir agregué "se juntan en una línea". Pues bien, a eso le llamamos horizonte. Él, con su mano, señaló el lugar por donde salía el Sol a la mañana. Enseñarle los nombres fue fácil: occidente y oriente.

Cuando vimos la Cruz del Sur le señalé el sur, y en la dirección opuesta el norte. Con estos elementos comenzamos a "viajar". En nuestras caminatas, mientras nos orientábamos por las estrellas, le contaba que el conocimiento de ellas es muy importante para los marinos, pues así pueden orientarse en sus largos viajes; y que antiguamente la única guía que tenían los navegantes era el cielo estrellado. Me comentó que así habría viajado Colón, y tuve oportunidad entonces de decirle que Colón había tenido una ventaja con respecto a los más antiguos navegantes, por ejemplo, los griegos, pues él conocía la brújula. ¡Otra palabra nueva que encerraba un cúmulo de conocimientos! Consideré que describirle la brújula sin que la viera no era posible, por lo tanto seguimos nuestro "viaje" con mi promesa de que para la conversación siguiente le llevaría una. Y así lo hice, le llevé una brújula y un imán. De más está decir que con el imán en la mano del niño, ávido de deseos de experimentación, no se salvó de ser atraído ningún clavo ni alfiler de la casa. Cuando se calmó su entusiasmo por el imán pasamos a la brújula; le expliqué que esa aguja estaba imantada y él comprobó que se dirigía siempre hacia el mismo lugar. Ubicándonos en el jardín de su casa hice que asociara la orientación de la aguja de la brújula con los puntos cardinales que él ya sabía señalar, y reconoció en ella la dirección norte sur y que la parte pintada de rojo en nuestra aguja indicaba el norte.

Los "viajes" que realizamos después, los hicimos guiados por la brújula. Tuve oportunidad de hablarle de Colón, de sus viajes y del descubrimiento de América. Se quedó muy contento porque él estaba viajando de manera parecida. Y ya lo creo que lo era. ¡Cuántos mundos estaba descubriendo!

Una tarde, después que aprendí bien los puntos cardinales, y a orientarse, le llevé un mapa de la Argentina. Señalamos en él la ciudad de La Plata y nos orientamos en el jardín. Entonces comenzamos a realizar viajes, pero esta vez imaginarios. Le propuse que señalara con la mano la dirección que tendría que seguir un avión para llegar a Mendoza; miró el mapa y después señaló la dirección correctamente. Hice lo mismo con otros lugares, cuidando de elegir aquellos cuyos nombres le resultarían conocidos por referencias familiares. Después le dije que imaginara que tomaba un avión que iba hacia el sur y le pedí que me dijera el nombre de alguna ciudad conocida por él, que encontrara en su camino. Realizó todo el acto de partida del avión con las onomatopeyas consabidas y mirando el mapa, repuso que llegaría a Carmen de Patagones, "donde nació papá".

En otra ocasión, próximas a la Cruz del Sur, vimos a *Alfa* y *Beta* de la constelación del *Centaurus*. Le llamé la atención la palabra Centauro que ya había escuchado alguna vez y tenía idea de lo que significaba. Tuve una oportunidad magnífica para hablarle de la mitología griega, de sus dioses, diosas y semidioses y también de los mismos griegos. Le dije que fué un pueblo que vivió en Europa, en Grecia, desde mucho antes que naciera Cristo. Yo recordaba que a él le había llamado la atención una reproducción de la *Venus* de Milo que había visto en la casa de un amigo. Le dije entonces que esa estatua la había hecho un escultor griego y que ahora estaba en un museo de Francia. Para precisar las palabras Grecia, Europa, Francia, le mostré un mapa de Europa. Le dije que allí estaba España, que era el país del que había venido su abuelo, y le señalé los que le había mencionado anteriormente.

En esa región del cielo se ve particularmente bien la *Vía Láctea*; la vió y le sorprendió la enorme multitud de estrellas que la forman. Tantas son y de tan poco brillo que ofrecen un aspecto de nube lechosa. Aproveché la oportunidad para contarle que según una leyenda que imaginaron los griegos, la *Vía Láctea* es el reguero de leche que quedó en el cielo cuando la diosa Juno estaba amamantando —como lo hacía su mamá con su hermanita pequeña—, a Hércules.

Al día siguiente salimos al jardín poco antes de las 21 horas e hizo un repaso de todas las estrellas que había

aprendido hasta entonces, y aprendió otras dos: los *Gemelos*, que están próximos a Orión. Tuve cuidado de que observara la posición de la constelación de Orión con respecto a los árboles próximos al lugar. Esa misma noche volvimos a observar el cielo, desde nuestro observatorio —la portezuela del jardín—. Eran alrededor de las 23 horas y le causó gran asombro ver que la constelación de Orión y todas las estrellas se habían desplazado hacia el occidente. Le dije que así ocurría y que dentro de unas horas la constelación de Orión se habría puesto bajo el horizonte, tal como había ocurrido con el Sol unas horas antes. Me preguntó por qué ocurría tal cosa. Aquí apareció mi primera dificultad seria. Dudé entre dejarlo con la versión ptolemaica, que es la que se observa realmente, es decir, que toda la esfera celeste gira alrededor de la Tierra, o darle la versión copernicana de que el movimiento que observamos es aparente y que es la Tierra la que en realidad gira en sentido contrario.

Esto último me pareció demasiado abstracto para sus pocos años y opté por la primera solución. Le dije entonces que todas las estrellas y también el Sol daban una vuelta completa de oriente a occidente alrededor de la Tierra en un día, y que por eso cuando comenzaba a anochecer veíamos a Orión más cerca del oriente, en cambio más tarde la veíamos desplazada hacia el occidente.

Creo que mi opción fué acertada, pues para comprender realmente la versión copernicana es necesario tener una noción cabal del sistema ptolemaico, que es al fin y al cabo lo que vemos con nuestros ojos, y todos los días.

En las escuelas se les enseña a los niños que la Tierra gira, y ellos lo repiten, pero no lo comprenden. Aquí viene a cuento la anécdota, por cierto verídica, de aquel alumno de una escuela rural, que cuando la maestra enseñaba que la Tierra gira, se levantó indignado y dirigiéndose a la clase dijo: "Todo lo que dice la maestra son mentiras!" Me atrevo a afirmar que ese niño realmente comprendía en toda su magnitud lo que le explicaba su maestra, y por ello lo rechazaba.

Cuando mi pequeño alumno esté en condiciones de hacer abstracciones, será el momento oportuno para enseñarle la similitud entre el movimiento aparente de los árboles de los costados del camino cuando se los mira desde un auto en movimiento, y el de la esfera celeste.

Pero no ahora que apenas tiene siete años y que está comenzando sus incursiones por ese mundo nuevo de las estrellas.

Otra noche vió una estrella muy brillante, aun más que Sirio, y me miró con un poco de desconfianza, pues yo le había dicho que la estrella más brillante era Sirio. Pronto disipé sus dudas diciéndole que eso tan brillante no era una estrella sino un planeta. He aquí otra palabra nueva. Inmediatamente me preguntó qué significaba. Comencé a explicarle la diferencia entre estrellas y planetas. Le conté que las estrellas son inmensos globos de fuego, como el Sol; muchas, más grandes aún, y que están muy lejos de nosotros; en cambio los planetas son como la Tierra; ellos no están ardiendo, y si los vemos brillantes es porque el Sol los ilumina, como a la Luna. Naturalmente, le dije el nombre del planeta que teníamos ante nuestra vista: Júpiter, y le pregunté cómo creía que verían a la Tierra desde él, de inmediato respondió: "como un puntito brillante". Su comentario acerca de las estrellas fué: "entonces en las estrellas no podríamos vivir porque nos achicharraríamos".

A raíz de esta conversación me preguntó cómo era posible que siendo las estrellas tan grandes, cuando se veían esas estrellas que caían sobre la Tierra, no la destrozaban. Se refería a las estrellas fugaces. Le expliqué que esas estrellas fugaces no eran estrellas como las que veía en el cielo, sino, más bien, cascotes que andan por el cielo y que al entrar en la capa de aire que rodea la Tierra se incendian, y por eso se ven brillantes y desaparecen tan pronto. Le dije también que hay otros cuerpos llamados bólidos, mucho más grandes —tanto que si cayeran sobre una casa la destruirían— y que se han encontrado muchos de estos bólidos sobre la Tierra y tienen la apariencia de una piedra enorme.

Al día siguiente, en que lo vi por la tarde, hicimos un "concurso" para ver quién veía la primera estrella, que aparecía durante el crepúsculo, y era capaz de reconocerla. En este "concurso" también intervinieron sus padres, a quienes Guillermo ya se había encargado de enseñarles el cielo.

Las alternativas de dicho "certamen" fueron por demás divertidas, pero lo cierto es que el niño, a medida que iban apareciendo las estrellas, establecía muy bien sus posiciones relativas y las iba mencionando perfec-

tamente. Cuando estuvo completamente oscuro me nombró todas las estrellas con sus respectivas constelaciones y cometió un solo error: en vez de decir el Can Mayor, dijo la Osa Mayor. Me sorprendió, pues nunca le había mencionado esa constelación.

Le dije que la Osa Mayor es una constelación que desde aquí, La Plata, no la podemos ver, que la ven desde Europa, o en lugares de América del Norte. En cambio la Cruz del Sur, que siempre está ante nuestra vista, desde Europa no la ven jamás.

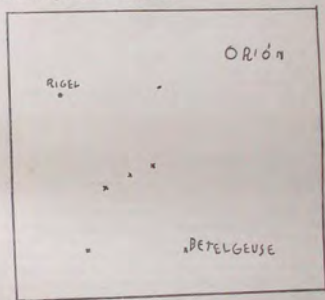


Fig. 1

Me dijo que se confundió porque en un cuento que había leído mencionaban a la Osa Mayor. Entonces hablamos de cuentos y comenté que el que había leído no lo habrían escrito aquí sino en Europa o en Norte América, al igual que otros cuentos en los que en invierno los chicos jugaban con nieve, pues aquí no nevaba nunca.

En vista de que había reconocido tan bien todas las estrellas que le había enseñado, le propuse que hiciera un dibujo de la constelación de Orión y de las otras que

conocía. Era un gusto ver su entusiasmo, correr en busca de lápiz y papel, sentarse a una mesa y comenzar a dibujar, salir al jardín a ver algún detalle que no recordaba, volver a dibujar, salir otra vez a echar otra miradita y por fin, lleno de satisfacción, mostrarme el dibujo terminado, perfectamente hecho (figuras 1 y 2).



Fig 2

Una noche lo encontré particularmente excitado, pues había planeado mostrarme cómo les había enseñado a sus amiguitos lo que él conocía del cielo. Pero su entusiasmo pronto se vió defraudado, pues negros nubarrones comenzaron a cubrir las estrellas (lo que aproveché para hacerle ver que las nubes estaban entre nosotros y ellas). En pocos segundos quedó todo el cielo cubierto y al poco rato comenzó a llover torrencialmente. Su indignación fué grande y trató a las nubes con duros calificativos. Poco a poco le fué pasando el disgusto, sobre todo cuando le dije que al día siguiente no tendría que regar la parte del jardín que le corresponde; y reconoció que, en medio de todo, era una gran suerte que lloviera, pues el jardín se mantenía bien gracias a que ellos lo regaban, pero en cambio, los pastos de los campos de los alrededores estaban amarillos de puro secos, y, siguió comentando, si los pastos están secos, las vacas no los comerán y quizás se morirían de hambre; después se acordó del trigo, y aquí el problema era mucho más grave, pues atañía a su propio pan. Al terminar sus cavilaciones —en las que

jugué prudente no intervenir— se quedó muy contento con la lluvia.

Para volver al cielo estrellado, pese a la lluvia, le mostré un mapa celeste (figura 3) en el que yo había dibujado las constelaciones por él conocidas, y le pedí que me dijera sus nombres, si las reconocía. Inmediatamente reconoció todas las estrellas, comenzando por las Siete Cabritas, y me miró con una expresión que significaba: ¡Esto es demasiado fácil para mí!

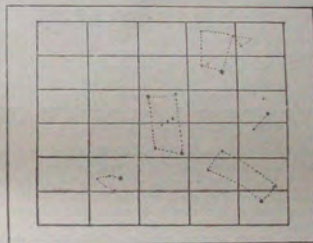


Fig. 3

Lo último que observamos fué la Luna. Ése fué un día de fiesta. Llevé un par de anteojos tipo gemelos con los cuales se veían las irregularidades de la superficie lunar con bastante nitidez. Miraba con avidez y sorpresa a través de los anteojos y no cesaba en sus comentarios: "esa parte brillante, y aquella oscura, y aquella otra más brillante todavía". Cuando se calmó me preguntó por qué aparecía así. Le dije que la Luna, al igual que la Tierra, recibía su luz del Sol, que su superficie no era lisa sino que tenía grandes montañas que formaban cordilleras, parecidas a la de los Andes; que esas grandes manchas oscuras que veía eran llanuras desiertas, sin plantas, ni nada viviente, porque en la Luna no hay aire ni agua y ambos son indispensables para poder vivir. Como lo

noté interesado por la descripción de la Luna, continué con la misma: como en la Luna no hay aire, que hace las veces de manta protectora, en las regiones donde da el Sol hace muchísimo calor y en las partes que están en sombra mucho frío.

Quiso volver a mirar la Luna con los anteojos y no salía de su asombro. Le conté que el mismo asombro habían sentido los hombres cuando miraron el cielo con un telescopio por primera vez; que el inventor del telescopio fue un sabio italiano llamado Galileo. Y me dijo: "¡Ah!, ese señor con barba del que vi un retrato en tu casa". Efectivamente, en mi casa había visto un retrato de Galileo, que le llamó la atención, quizás por la barba, o por unos laureles que tenía bordados alrededor. En fin, lo cierto es que lo recordaba, y en ese momento lo asoció con lo que yo le decía. Le comenté que los astrónomos de la antigüedad y los griegos, de quienes habíamos hablado tantas veces, no conocían el telescopio y miraban el cielo a ojo desnudo, así como habíamos hecho nosotros hasta ese momento.

Quiso saber cómo se veían las estrellas con un telescopio. Como modesto sustituto de éste, usamos nuestros anteojos. Los dirigió a varias estrellas y se desilusionó bastante al comprobar que se seguían viendo como simples puntos brillantes. En cambio le causó gran sorpresa el comprobar que con ellos podía ver —sobre todo en la región de la Vía Láctea— muchas más estrellas de las que percibía a simple vista.

Volviendo a mirar el cielo "como los griegos", según dijo, es decir, a ojo desnudo, notó que en los alrededores de la Luna no había estrellas y pronto comprendió el porqué. La luz de la Luna nos impedía verlas. Le dije que lo mismo ocurre con el Sol, pues por ser tan brillante nos impide ver las estrellas, pero, éstas están en el cielo al mismo tiempo que él; por eso, cuando el Sol se pone, las estrellas más brillantes son las primeras en aparecer, como él había podido comprobar el día que hicimos el concurso.

De estas conversaciones realizadas con el niño tengo la certeza de que algunas cosas le han quedado perfectamente grabadas, por ejemplo el tema central: la descripción del cielo estrellado. De otras le quedará una vaga noción, y de algunas sólo una huella en su subconsciente, que tendrá la virtud de que, cuando con el correr

de los años vuelva sobre tales cosas, no le parecerán completamente nuevas.

Durante el transcurso de mis conversaciones con el niño pude comprobar el enorme interés con que seguía la descripción del cielo estrellado, su creciente curiosidad por aprender cada vez nombres de nuevas estrellas, y sus inquietudes puestas de manifiesto en las preguntas relacionadas con el tema. Es indudable que un asunto que atrae en tal forma, es particularmente apto para ser tomado como idea eje y derivar de él la enseñanza de otras materias.

Claro está que este plan, por obvias razones de horario, no puede llevarse a cabo en las escuelas oficiales, pero pienso que sería hermoso intentar una experiencia semejante en las colonias de vacaciones. Los niños aprenderían jugando, y las nociones elementales de Cosmografía que se dan normalmente en las escuelas, las captarían asimilándolas en su integridad, porque se le habrían dado en una forma viva. El niño no sería un mero repetidor de algo que debe aprender pero que no entiende, sino que aprendería siendo actor, haciendo observaciones, midiendo, descubriendo cosas por sus propios medios. Y lo que se aprende a esa edad y en esa forma, no se olvida jamás.

ALBA LOEDEL.

El empirismo hernandiano

Si tuviéramos que adscribir a Hernández a una escuela filosófica no vacilaríamos en calificarlo de empirista. Pero, ¿qué clase de empirismo practica el autor del *Martín Fierro* ? La filosofía de Hernández es de inspiración natural; surge del contacto con el medio y los hombres que en él actúan. Es ajena a todo convencionalismo de escuela. Su reflexión nace de una situación dada, en la cual los hechos adquieren una fuerza extraordinaria hasta integrarse en una estructura energicamente perfilada. El intento principal es evocar el estado social, jurídico, moral y económico de ese ser anónimo que es el gaucho. Los hechos, entonces, tienen inicialmente un papel primordial.

Los criollos asentados en la llanura pampeana formaron un conglomerado social de particularidades étnicas bien definidas. Son los herederos, en parte, de las virtudes y vicios de los conquistadores hispánicos. La sangre aborigen al mezclarse con la vieja cepa contribuyó también a integrar un tipo humano singularmente dotado en lo que respecta a sus cualidades físicas y anímicas. Su cultura, todo lo rudimentaria que se quiera, se ha desarrollado sobre un fondo hispánico, en el cual resalta el idioma, instrumento decisivo en su modelación espiritual. Ciertamente ese castellano ha sufrido, durante el trasplante, modificaciones sensibles en su aspecto semántico y morfológico; hasta puede decirse que ese castellano es otra lengua luego de la obra de Hernández. El idioma español al resonar en la inmensa pampa ha adquirido tonos distintos porque ha debido adaptarse a necesidades psicológicas y espirituales inusitadas. Este lenguaje "castizo gaucho", que en la pluma de Hernández se carga de acentos e intenciones desconocidas, traduce en su empuje épico la manera de ser de un grupo humano diferente y la impresionante vastedad de un paisaje sobre el que se levanta un pueblo vigoroso y libre. Por embrionaria que sea la concepción del mundo que el canto encierra,

ella abarca, sobradamente, los elementos indispensables para darle categoría de epopeya nacional.

La vida nativa desfila en una sucesión de imágenes llenas de color y movimiento. Las notas dolientes y melancólicas, de sabor indigena, que matizan el desarrollo del poema, interpretan con sentido patetismo la hora crucial de la organización nacional. Dice Ricardo Rojas, acertadamente, que la obra, aunque aparecida en 1872, resume la experiencia de la década anterior. Y esa década es rica en acontecimientos decisivos para la nación. No se olvide que Hernández ha sido actor en esos episodios, los vivió con intensidad y sufrió sus consecuencias. Su estilo literario es una forma exterior que se presta admirablemente para expresar sus opiniones sobre el estado social y político de un pueblo, en una época de transición y de quiebra de las viejas estructuras rudimentarias de la sociedad colonial. Esa vida tenía una atracción mágica para el gaucho, pues le proveía el marco heroico para sus hazañas, el medio bravo donde su alma altanera ejercitaba lo que consideraba su libertad y autonomía. Todo esto se halla en vísperas de cambiar radicalmente cuando Hernández emprende la composición de su canto. De allí el tono elegíaco y el fatalismo que surge del fondo de la obra.

Seguramente, Hernández no se limita a estampar su relato para dejar constancia del cuadro histórico vivido. Si colecciona hechos, consecuente con su empirismo intuitivo, intenta siempre trascenderlos, quiere conciliar constantemente el método descriptivo con el interpretativo; tiene la realidad delante suyo en todo instante, pero esa realidad es un fenómeno inasible, casi inexistente para quien no ha afinado los sentidos y el instinto a fin de ver la pampa y sentir su presencia y su misterio. Su creación le permite, así, ahondar en la psicología nativa y exponer a la luz ciertos rasgos complejos del alma del gaucho, los que con valor dispar se perpetúan en el argentino a través del tiempo. Hay, en gran medida, una aplicación inconsciente, pero firme, de una fenomenología larval que entre destellos y sombras dibuja los contornos del habitante de la pampa. Y este hombre, producto de factores diversos que aún no han podido aglutinarse completamente, es nuestro antepasado inmediato. Hernández lo ha captado en el escenario de su actuación, cuando la vida campesina no ha perdido

todavía el aspecto cerril que conservó hasta muchos años después de las luchas por la independencia. Lo ha dibujado valiéndose de una ficción literaria que no desvirtúa el original, si bien lo traslada a un plano éticosocial desde el cual se proyecta como el paradigma espiritual de una comunidad humana que debe, necesariamente, remontarse a esta fuente para descubrir el origen de su ser histórico y el sentido profundo de muchos de sus vicios y defectos.

Está lejos el *Martín Fierro* de ser la mera exaltación de un tipo de existencia que alcanzó su plenitud en un lugar y en un tiempo determinados. Es, por el contrario, la más completa antropología filosófica de nuestro pasado colonial, la cual nos permite, con los mayores acopios de datos, formarnos una idea cabal del criollo, con su ignorancia, pasiones y sentimientos. La lógica evolución que tales hábitos adquieren hasta nuestros días. Para integrar su estudio Hernández ha echado mano a su rica experiencia y conocimiento de la vida campesina, la cual se desarrolló en condiciones que desafían todo saber teórico: "Aquí no valen Doctores, / Sólo vale la experiencia, / Aquí verían su inocencia / Esos que todo lo saben / Porque esto tiene otra clave / Y el gaucho tiene su ciencia".

En efecto, el gaucho tenía su ciencia; no la poseía en forma escrita, desde luego, ni puede decirse que la recibiera toda por la tradición oral. La "otra clave" a que se alude es el contacto directo con la naturaleza, la intimidad con el ambiente, único medio que da acceso al secreto de que alardea el poeta. El poseyó esa clave que le sirvió para crear la introducción al misterio de la pampa. Sin este libro, verdadera teoría del conocimiento del gaucho, caeríamos del instrumento más precioso para adentrarnos en el contenido ético y espiritual de nuestro antepasado.

ALFREDO LLANOS.

Memorias de un romántico: Esteban Echeverría

Hace aproximadamente diez años, un azar nos puso en las manos una libreta pequeña, de tapas amarilladas, en la que Juan María Gutiérrez, el prohombre ilustrado, había ido copiando con su letra fina y prolija, el texto de un puñadito de páginas, de escritura envejecida y a veces dificultosa, sueltas entre los pliegos de la misma.

Esas gastadas hojas amarillentas, eran el diario íntimo de Esteban Echeverría.

Nos emocionó el hallazgo. Y dichas hojas, de puño y letra del autor del *Dogma socialista de Mayo*, también digamos que por azar, nos pertenecen desde entonces, y desde entonces las guardamos celosamente.

Nos ha parecido oportuno exhumarlas en el mes en que la Revolución de Mayo reitera el eco vibrante de una clarinada que subrayó en la historia de las emancipaciones que la aurora de la libertad americana estaba naciendo en el Río de la Plata.

En cierto modo, podemos decir que estos fragmentos autobiográficos son, si no inéditos en el total sentido de la palabra, casi desconocidos o casi olvidados, pues son muchos los años transcurridos desde que el venerable Juan María Gutiérrez los reprodujera en el ensayo sobre Echeverría publicado en el tomo I de la *Revista del Río de la Plata*, e incluido luego en el tomo V de la edición de Casavalle de *Obras Completas* (1870-1874) que recoge con cierto desorden en el plan, la totalidad de la obra en prosa y verso del poeta del romanticismo literario y el liberalismo ideológico; edición que dirigió el mismo Gutiérrez. En lo mucho que acerca de Echeverría se ha escrito, algunos autores transcriben pasajes de estos apuntes íntimos, como Ricardo Rojas en su imprescindible *Historia de la Literatura Argentina*, o Alfredo L. Palacios en su sustancial *Esteban Echeverría - Albacea del pensamiento de Mayo*, por no citar sino dos ejemplos, pues no es nuestro propósito hacer reseña biográfica ni enumera-

ciones bibliográficas del poeta, sino publicar —respetando la ortografía del autor— este fragmento que poseemos de sus confidencias; fragmento que consta de siete hojas escritas de ambos lados, y que individualizamos con números romanos, llevando cada carilla como ordenación, las letras del alfabeto, de la a a la n.

I

a) Afectos íntimos.

Septiembre 2.1835.

Nací en Septiembre de 1805, y hoy debo cumplir... ¿y dónde están? en qué los he empleado?

Hasta la edad de 18 años fué mi vida casi toda externa; absorvieronla sensaciones, amores, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión; pero triste como lámpara entre sepulcros. Entonces, como caballo desbocado yo pasaba sobre las horas, ignorando donde iba, quien era, como vivía. Devorabame la saciedad y yo devoraba al tiempo.

Desde los 18 hasta los 26 años, hicieronse gigantes mis afectos y pasiones, y su impetuosidad, salvando límites, se estrelló y pulverizó contra lo imposible.

b) Sed insaciable de ciencia, ambición, gloria, colosales visiones de porvenir... todo he sentido...

Mi orgullo ha roto y hollado todos los idólos que se gozó en fabricar mi vanidad.

Cuando llamaba a mi puerta la fortuna, yo le decía: Vete, nada quiero contigo; yo me basto a mí mismo.

Hacíase ella amenuendo en contradicción, y con el dedo me señalaba un blanco, una senda distinta de la que yo llevaba; airado le daba las espaldas, y seguía adelante.

Entonces el tiempo me devoraba; cada minuto era un siglo, y cada minuto me echaba estas palabras en el rostro: ¿que has hecho? ¿que has aprendido?

La inefable visión de mi fantasía era la gloria //

II

c) // y dabame la ambición briosa de gigante.

Sabía yo entonces quien era, como vivía, y adonde iba. Desde los 26 años hasta hoy, no existe el tiempo para mí. Noche y dolor es todo lo que veo; dolor y noche, despertar o durmiendo; noche y dolor aquí y allí, en todas

partes. El universo, y yo, y las criaturas, son para mí espíritu un abismo de noche y de dolor.

Pero hoy, sé que vivo aún. Sé que he peregrinado 30 años en la tierra por que quiero desde hoy, poner sobre este papel mi corazón a pedazos. Mi corazón dolorido, ulcerado, gangrenado; mi corazón volcánico; mi corazón misterioso, mi corazón soberbio e

d) indomable... O tu Dios mío... blasfemia: cerradas están las puertas del cielo para el... réprobo...

Septiembre 26.

Hoy he visto a D... cada vez mas me conmueve su presencia. No es bella, no es hermosa; pero tiene quince años, y un *no sé que*, de mas precio que la hermosura... Vida, candor, inocencia... Oh! si ella supiese que la quiero; pero ni aun es capaz de sospecharlo. Quizá otro la posea... ¡horrible pensamiento! Mi corazón rebentaría. Cuando otro la mira, quisiera despedazarlo...

Sin embargo yo no la amo //

III

e) // aún, ni me es lícito amarla, ni ella puede amarme...

Maldición! infierno! Muerte! Cerradas con muro de bronce estan para mí las vías de la felicidad. Y esta muger pudo ser mía, pudo amarme, si menos insensato... Fatalidad! reprobación!

Hechemos un velo... pero la huella es profunda, indeleble, como la del remordimiento.

f)

27.

Va pa. cinco años que no me sonríe un día sereno; que solo el dolor me da testimonio de la vida; que no tengo un rato de descanso, ya que no de alegría; que asida a mi conciencia, como gusano roedor, está una idea, la imagen viva de la felicidad que tuve en mi mano, que menosprecié, hollé y perdí para siempre.

Lo mejor de mi vida, la edad en que recoge el hombre el fruto de sus viglias y tareas, el dolor lo ha devorado. la gloria debió ser su galardón; yo lo esperaba, lo quería, lo quería con ahínco: cinco años de estudio y reflexión habian nutrido mi ingenio, pero cortaronme por el //

IV

g) // tronco quando estaba mas ufano y frondoso.
Vanitas vanitatum.

En Junio de 1830 volvi a mi patria ¡cuántas esperanzas traía! Pero todas estériles: la patria ya no existía.

Omnia vanitas.

Si yo hubiese podido escribir todo lo que yo he sentido, pensado, sufrido en estos cinco años, mi nombre quizá sería famoso. Pero aun este desahogo me han vedado el dolor y la flaqueza. Meses enteros he pasado sin poder leer una pagina, sin poder trazar una linea, devorando yo mismo los pensamientos que me devoraban. tal era el estado de mi salud.

h) Ahora aunque mas fuerte no estoy mejor; solo a ratos, y cuando se aduerme un tanto el dolor, tomo la pluma: una hora seguida de trabajo y contraccion me abruma e inutiliza pa. todo el día.

Trabado el vuelo de mi espíritu por mis continuos dolores, incapaz ya de la intensa aplicacion que requieren las obras del ingenio; escribo pa. mi solo estos incorrectos renglones, que serán el diario de los intimos afectos de mi corazón y el itinerario de mi larga y convulsiva agonía.

Que mas puedo hacer, si todo lo que me resta es: "espanto, asombro, temblores, voces de amargura, representaciones de muerte, y tormento perpetuo que desmenuzan el corazón y sumen en el abismo al sentido" Leon

V

29.

i) Mi corazón es el foco de todos mis padecimientos; allí chupa mi sangre y se ceba el dolor; allí esta asida la congoja que hecha una fúnebre mortaja sobre el universo; allí el fastidio, la saciedad, la hez de amargura que envenena todo quanto toco; allí los deseos impetuosos; allí las insaciables y turbulentas pasiones; allí en fin el punto céntrico sobre que gravitan todas mis afectos, ideas y sensaciones.

Todo cuanto pienso, siento, sufro, nace y muere en mi corazón. Mi corazón esta enfermo y él solo absorbe casi toda la vitalidad de mis organos.

j) Va pa. 12 años que se manifestó por violentas palpitaciones un afecto nervioso en mi corazón. Embarque-

me, y a poco de estar en Francia desapareció. Despues, por intervalos, solia atacarme, pero no con la misma violencia. A los tres meses de mi vuelta, empecé a sentir dolores vagos en la region precordial: 8 meses después el mal se declaró; dolores insoportables, palpitaciones irregulares y violentas desgarraban mi corazón. El mas leve ruido, la menor comocion hacian latir fuertemente mi pecho y todas mis arterias. Mi cerebro hervia y susurraba como un torrente impetuoso: ¿Eran los nervios, o la sangre, la causa de este tumulto?

VI

k) Asi es como el corazón me domina y tiene a raya todos mis afectos. Ni me permite amar ni aborrecer, ni agitar, ni moverme; ni hablar recio pa. desfogar mi colera, ni entusiasmo o mi indignacion; ni correr a caballo, ni entregarme a esos arrebatos frenéticos, a ese vertigo de los sentidos, que en otro tiempo, por medio de la lasitud, quebrantaban el impetu de mis pasiones, refrigeraban el ardor de mi sangre, y adormecian un tanto la actividad devorante de mi pensamiento.

Atado, con mil vueltas, como Mazzeppa, al

l) desnudo lomo de fiero e indomable potro, que me lleva al través de los desiertos de la vida, no me es dado obrar ni moverme, ni soltar la rienda a la actividad que me roe; ni vengarme, ni derramar una lágrima, ni...

Solo si, desear, luchar con mis sentimientos y sofocarlos; pensar, devorarme a mi mismo, consumirme, dudar, maldecir, blasfemar, padecer y sufrir en silencio.

¡Que martirio, y que galardón!

"Mi cuerpo es mi tormento; y mi imaginacion, el rudo verdugo de mi alma" Leon

VII

m)

30.

La eternidad devora al tiempo, el tiempo devora a la vida, y la vida se devora a sí misma.

Llego de veria, que sonrís!

Hijos son de la imaginación los Angeles; ella deifica e idolatra, lo que la hechiza o asombra. Con angelica sonrís-

Octubre, 2.

sa ella me mira, me dice: ¿como esta Ud. Estevan?" y baja la vista.

Mudo, estático estoy en su presencia; ni se qe. decir-la; temo que mis palabras hagan sonrojar su pudor. Háblola de plantas, de flores, de bordado

n) y después de un rato de silencio me retiro. Pero va y viene conmigo la idea de qe. no puede ser mía, de qe. otro... Maldición, anatema contra aquel qe. se atreva a profanar con su miradas la imagen qe. adoro. Mejor sería caer entre las garras de un tigre.

Sin embargo yo no la amo aún; no la amo con todo el fuego de mi corazón, por qe. el orgullo me enfrena. Amar una mujer qe. no siente como yo; qe. no está identificada con todo mi ser? imposible... Pero he puesto mis ojos en ella; he creído hallar en ella mi tesoro; Ella me ha hecho ver en sueños la sombra de la felicidad — Esto basta...

De estas páginas apretadas se desgaja nitidamente la silueta del hombre. Melancólico, enfermo, acongojado, no ha gustado todavía, en 1835, la amargura y el blasón del exilio, que tan profundamente dió sazón y aureola de martirio a los proscriptos antirrosistas ennobleciéndolos con el sello del destierro político.

El monólogo del poeta, encendido y enfático a ratos (cuando, con la salud quebrada, destrozaría a un rival a pedazos, como un tigre...) nos hace pensar en un personaje de Chateaubriand, o en un pálido Werther americano.

Pero Echeverría no fué un héroe novelesco, una ficción, sino un ser de carne y hueso, que encarnó la tónica de una modalidad universal que se volvió época. Palpitan en las anotaciones sus sentimientos, sinceros y vibrantes; y en su amor hacia una incógnita D... pone el acento de la ternura y de la gracia: "Con qué angelica sonrisa ella me mira, me dice ¿Cómo está Vd., Esteban?, y baja la vista". ¿No parece audible un suspiro? ¿No nos parece leer alguna frase de Isaacs, lo que pudo decir Efraim de María?

La existencia concebida como una pasión estética y como una militancia de la libertad, tuvo en Echeverría al iniciador continental. El romanticismo fluyó en la historia como la sangre en las venas. Y estas páginas son el mejor retrato de un romántico.

DORA ISELLA RUSSELL.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

EL GRABADO Y EL LIBRO

El grabado y el libro impreso tienen un común origen. Si bien los procedimientos más difundidos en la ilustración del libro se pueden concretar a tres: *Xilografía* (grabado en madera), *Calcografía* (grabado en metal) y *Litografía* (grabado en piedra), el que cuenta con más adeptos es, sin duda, el primero.

Es necesario, antes de referirnos al tema específico de estas líneas, hacer algunas consideraciones, destinadas al aficionado a las artes del dibujo, gustador de estas manifestaciones plásticas, que ignora los medios y elementos de que se vale el artista para realizar su obra, como así de las dificultades que presenta tal o cual procedimiento. ¿Cuántas veces, espectador en una muestra de arte, habrá deseado saber cómo se pinta un cuadro, se hace una escultura o se realiza un grabado? Necesitamos que ese espectador conozca la diferencia que existe entre un óleo y una ténpera y entre ésta y una acuarela.

Si bien la pintura y la escultura son procedimientos que gozan de preferencia por su mayor difusión, no ocurre lo propio con el grabado; se lo confunde con dibujos a pluma o a pincel. Consideramos que contribuir a su conocimiento es tarea de quienes lo practicamos, tanto para su mejor comprensión, como para una mejor valoración del arte del grabador.

Con referencia al grabado xilográfico diremos que, con antelación al descubrimiento de los caracteres móviles ya se imprimía con planchas *tabularias* (bloque de madera en el cual se procedía a grabar el texto íntegro de la página); separadas las letras luego y ordenadas para formar así las palabras, nos hallamos ante el verdadero origen del actual sistema tipográfico.

Explicaremos, tratando de ser lo más concisos posible, los tres procedimientos enunciados, comenzando por la xilografía: el *taco* original, de madera adecuada, debe presentar su superficie perfectamente plana y pulimentada; sobre dicha superficie, previamente ennegrecida con tinta, se dibuja el motivo a grabar, teniendo en cuenta que debe hacerse invirtiendo la posición del mismo, por cuanto su posterior estampación en el papel dará la imagen correcta. A continuación, y usando diversas herramientas de corte, como ser gubios, buriles y cuchillos de forma adecuada, se procede a desbastar las partes correspondientes a los blancos en el dibujo; completada esta operación, el primitivo contorno del dibujo resulta en relieve. Con un rodillo de caucho o gelatina, previamente recubierto de fina capa de tinta de impresión, se procede al entintado de la madera; de inmediato se coloca sobre ella el papel destinado a recibir la imagen. Por frotación intensa efectuada en el reverso lograse la estampa. Es posible la impresión simultánea de tacos grabados y texto tipográfico, utilizando la máquina plana, a la manera del *clisé fotomecánico*. La utilización del original xilográfico da a la estampa lograda la categoría de obra original, considerándose cada una de ellas en tal carácter.

El grabado al aguafuerte está incluido en la calcografía (grabado en metal) y su denominación tiene origen en el líquido usado como mordiente: ácido nítrico. La plancha, de cobre o zinc puro, pulido como espejo y recubierto por fina capa de barniz especial, es rasgueada con un buril especial o punta de acero, con la cual se va dibujando el motivo que, con todos los detalles, ha sido preparado en papel —dibujo original—, tal como se pretende sea el grabado. Cada trazo de buril deja descubierto el metal, quedando el dibujo reproducido como en negativo, pues siendo el barniz casi negro, los trazos quedan más claros por el brillo del metal. Sometida la plancha a la acción del ácido, éste ataca las partes descubiertas, profundizando los trazos. Quitado el barniz, se recubre la plancha con tinta apropiada y se restrega la superficie con un trapo, con lo cual la tinta queda depositada en los trazos. El papel de impresión previamente humedecido, es colocado sobre la plancha entintada y sobre él un flietro; sometidos a la acción de la prensa del grabador, por efecto de la presión el papel

penetra en los trazos, arrancando de ellos la tinta y lográndose así la primera estampa del aguafuerte.

La litografía se realiza dibujando en la superficie, perfectamente plana, del bloque de piedra litográfica con un lápiz compuesto de negro de humo y materias grasas. Realizado así el dibujo, se procede a cubrir la superficie de la piedra con goma arábiga, adicionada con una pequeña cantidad de ácido nítrico, utilizando para ello un pincel de pelo. Pasado cierto tiempo, se lava con abundante agua, quitando todo resto de goma. El entintado se hace con rodillo suave, humedeciendo antes y para cada prueba, la piedra. El tiraje de estampas se realiza en máquina plana.

En las ediciones de bibliófilo se incluyen los dibujos originales, firmados por el artista, como así los grabados figurando en estos últimos el orden en que se efectuó la tirada.

Es el libro, fiel reflejo de las diversas épocas que representa y la ilustración de sus relatos, por medio de la gráfica, nos completa la visión de los mismos, permitiéndonos "ver" los hechos y personajes descriptos por el autor. Desde las grandes letras capitulares grabadas en madera, pasando por las viñetas que adornan los principios y finales de capítulos, hasta la ilustración completa de las mejores ediciones de lujo actuales, el grabado conserva el primer lugar entre los medios de jerarquizar el texto de su hermano, el libro.

RAÚL RONGIORNO

PICASSO O LA FANTASÍA MULTIFORME DE LA REALIDAD

Miro sus últimas fotografías. Fueron tomadas unas en una playa, otras en el campo, otras en alguno de sus talleres. Está, casi siempre, semidesnudo. Tiene la piel curtida de los marineros y de los campesinos. Pero lo que es él, en realidad, es un campesino, un campesino español loco y sensato hasta los lindes de la locura, como ese alucinante visionario de lo real que fué Sancho Panza. De sus ojos —mírense con detenimiento sus fotos— se desprende una chispa burlona de cazarería. Su cabeza

es sólida y sólida es la estructura de sus huesos. Su cara, sus manos, sus brazos, son recios, fuertes y rústicos. Son manos y brazos y cara de campesino. Pero de campesino español, sabio, sensato y realista como un refrán con aspero sabor a vino de la tierra. Tiene, ahora, setenta y siete años y está tan sano, tan dueño de sus energías, tan seguro, tan afirmado en la tierra, como un viejo roble del Guadarrama. Su padre, un modesto maestro de dibujo, su primer maestro, era vasco. Su madre —María Picasso— era una mallorquina de sangre genovesa. El nació en Málaga, vivió su primera juventud en Barcelona y en la Coruña. Después, en 1900, se fué a París. Pienso, ante su lozana, ante su fresca, ante su poderosa longevidad, en Ticiano. No tiene aún sus años —Ticiano llegó a los noventa y nueve— pero llegará. El cielo debe permitirlo. Su reino, por lo pronto, es más dilatado, en el tiempo y en el espacio, que el de Ticiano. Desde hace cincuenta años, Picasso, emperador, dicta la ley y establece la norma en el Territorio de las artes. ¿Alguien lo resiste? ¿Alguien intenta evadirse de los lindes de su jurisdicción? Es posible. Entretanto, nadie niega, nadie se atrevería a negar la legitimidad de su reinado.

Pero ¿quién es Picasso? ¿Qué es Picasso? ¿Qué ha hecho Picasso? Hace diez años, un erudito, un estudioso, un laborioso profesor, uno de esos señores de tan diligente utilidad para nosotros los perezosos, estableció que se habían escrito sobre Picasso quinientos cuarenta y seis libros, además, claro está, de varios millares —no hay obstinación erudita que pueda establecerlo con exactitud— de monografías, artículos, comentarios y referencias de la más diversa índole. Es fácil colegir que a esta fecha el número de libros habrá subido a más de seiscientos. Más de seiscientos libros se han escrito, por tanto, destinados a definir, a explicar, a interpretar a Picasso. Consignamos la cifra para subrayar la vanidad de intentar la definición del inmenso artista en un artículo. Intentaremos, sin embargo, formular un punto de vista personal sin otra esperanza que la de contribuir a iluminar, en medida insignificante desde luego, siquiera una reducida porción del vasto, del complejo perfil del gran artista.

Desde 1900 hasta nuestros días el dilatado movimiento renovador de las artes que intenta la expresión de nues-

era época, se ha desarrollado a través de una multiplicada sucesión de escuelas, de tendencias y de corrientes estéticas. Ninguna de esas tendencias, de esas corrientes, de esas escuelas, ha dejado de considerar a Picasso uno de los suyos. Algunos lo cuentan, inclusive, entre sus fundadores. Nada más justificado que tales reconocimientos. No hay dirección, no hay rumbo del arte de nuestro tiempo, que no haya sido, alguna vez, señalado, explorado o colonizado por Picasso, desde el estallido cromático del sensorialismo *fauve*, con que se inicia la batalla innovadora del siglo, hasta los rigores intelectuales de la no figuración geometrizarante.

¿Con qué espíritu, con qué criterio, con qué particularidades, ha señalado Picasso esos rumbos, ha realizado esas indagaciones, esas búsquedas, esas experiencias? Entre los críticos y los historiadores del arte de nuestra edad no pocos han calificado a Picasso de inventor, del inventor por antonomasia. ¿Pero es Picasso un inventor, es decir, un creador de formas absolutamente nuevas? El mismo, alguna vez, ha hablado de invención. "No es posible —le dijo una vez a Maurice Raynal— inventar todos los días algo nuevo". Pero también —y esto lo reiteró en varias oportunidades— ha declarado de manera palmaria: "Yo no busco; encuentro". Tal vez en esta afirmación está el secreto y la definición de su arte. "Con el arte —ha afirmado además— expresamos nuestro concepto de lo que es la naturaleza". Picasso no es, como piensan algunos, un visionario. O un fanatismo. En puridad de verdad, es un vidente. Es la pupila más penetrante de la historia, la mirada más aguda del mundo. Y el espíritu más realista, más español, por lo tanto. Cuando se analiza su obra, cuando se la desmenuza, cuando se busca el tuétano de sus realizaciones, se encuentra uno —detrás de la novedad fantástica de sus formas— con el realismo exasperado de Quevedo y de Goya, de Unamuno y de Gutiérrez Solana, es decir, con ese realismo español dramático y apasionado cuyas obras parecen encendidas, más que animadas, por una extraña vibración humana de acento espiritual. Es la gente que siente y que piensa —como quería Unamuno— con los huesos y con las entrañas, con los músculos y con la sangre.

¿Inventor este hombre cuya obra ha sido construida, está amasada, con el revés de las cosas, con el lado invi-

sible del mundo sólo visible para sus ojos zahories? Píense un instante el lector en su *Guernica*, acaso la obra máxima de su vida. ¿Hay algo nuevo allí, algo inventado? ¿No son esas imágenes las caras verdaderas del horror y de la desesperación, de la brutalidad y de la desgracia? Toda la obra de Picasso no es, en suma, sino una tentativa de mostrar la realidad inédita, la verdad escondida de las cosas del mundo, el rostro oculto bajo la máscara de las apariencias. Hasta el cubismo, ese descubrimiento maravilloso que puso al arte de nuestros días en el camino de tantos refinamientos, ¿no es una revelación de la realidad, con su ansiosa desarticulación de las cosas para reordenarlas en la nueva realidad del cuadro? Hacer con viejas cosas conjuntos nuevos, es la fórmula del cubismo. Picasso, insistamos en esto, no es un inventor. Es un realista. Alguien, alguna vez, pensando en Picasso, ha hablado de ese aparente polo opuesto que es Courbet. "Yo no pinto ángeles porque no los he visto", profirió en una oportunidad, rudamente, el fundador del naturalismo francés del siglo XIX. Pero Picasso sí ha visto ángeles. Por eso los pinta. Ha visto ángeles y demonios y monstruos. Y son, por eso, monstruos, demonios y ángeles los personajes de sus obras. Y por eso su obra recorre toda la gama de las posibilidades, desde la fealdad a la belleza, desde el refinamiento a la rusticidad, desde lo perfecto a lo tosco, desde lo infernal a lo angelical.

Cuando dentro de mucho tiempo, de siglos, se hable de estos años que vivimos y se quiera caracterizarlos, se dirá, seguramente, "eso ocurrió en el siglo de Picasso" y se pensará en el hombre de cara de campesino y de mirada cazurra desde cuyas obras, desde cuya inmensa obra, hablarán a los tiempos su ironía y su gracia, sus sarcasmos y sus fervores, su tosquedad y su refinamiento, sus indignaciones, sus júbilos, su fuerza, su idealismo y la viciencia de su espíritu, revelador atrevido de las fantasías multiformes de la realidad.

CORDOVA ITURBURU

LAS APROXIMACIONES SUCEсивAS

Con los progresos de la Ciencia, la realidad aparece cada vez más compleja, y algunos han juzgado que la verdad retrocede y se nos escapa a medida que tratamos de captarla mejor. En verdad, se trata, al contrario, de un conocimiento siempre más completo y más preciso. "La Ciencia vive de soluciones sucesivas dadas a interrogantes cada vez más sutiles, cada vez más aproximados a la ciencia misma de los fenómenos" (Pasteur). Vamos a ilustrar esta progresión del conocimiento con un ejemplo tomado de la astronomía.

En el origen, los objetos estudiados por los astrónomos podían ser considerados como particularmente simples. Los astros no eran más que puntos luminosos dotados de un cierto movimiento. Su alejamiento y la insuficiencia de los medios de observación hacían imposible todo estudio detallado.

Venus, antaño simple punto luminoso, como las estrellas se transforma, después de la invención de la luneta, en un creciente cuyas formas varían periódicamente; Saturno, otra "estrella" de antaño, se adorna con un anillo y Júpiter revela sus satélites. La Vía Láctea se resuelve en millares de estrellas. La Luna se cubre de montañas y el sol, de manchas. Luego, sabemos, gracias al espectrógrafo, que las estrellas, ellas también, no son puntos luminosos, sino objetos concretos: vastas esferas de gas incandescentes; y logramos conocer la composición química, la temperatura, las dimensiones y las distancias.

Al mismo tiempo se observa un número siempre creciente de ellas, cada vez más débiles y lejanas. Y, he aquí que, informados de sus fuentes de energía, nos viene la idea de imitar a las estrellas, y de construir sobre la Tierra, soles en miniatura, es decir, los reactores nucleares a fusión.

Este ejemplo nos proporciona una imagen de un proceso fundamental de la ciencia: el uso de las aproximaciones sucesivas, o, si se prefiere, la aproximación progresiva de la verdad.

Frente a la complejidad de lo real, el sabio, puro o aplicado, busca ante todo distinguir lo primordial de lo secundario.

Cada fenómeno depende de innumerables factores y en cada etapa de la Ciencia, es imposible estudiar rigurosamente, la influencia y la interacción de cada uno de ellos. La busca es pues, siempre, ante todo, una cuestión de juicio: encontrar lo que se puede descuidar en el análisis de lo real, he aquí la más importante de las elecciones que implica la investigación científica. Es lo que ha permitido a Dingle, decir que las ciencias llamadas exactas son "esencialmente inexactas".

En primera aproximación, omitiendo muchos detalles, todos los fenómenos son simples: la compresibilidad de los gases a temperatura constante, se expresa por la ley $p \cdot v = c$; pero en segunda aproximación, se advierte que no es valedera más que en un dominio limitado. Ella debe ser reemplazada, en las fuertes densidades, por la fórmula de Van der Waals, que tiene en cuenta la atracción entre las moléculas del gas y del volumen ocupado por esas moléculas.

En primera aproximación, se puede afirmar con Pasteur, que las enfermedades son provocadas por microbios, pero en segunda aproximación se percibe que son provocadas por las toxinas segregadas por los microbios, lo que da razón a Claude Bernard, sin dar por ello, sinrazón a Pasteur.

En primera aproximación, el Sol está inmóvil, y la Tierra gira, como lo afirmaban Copérnico y Galileo. Pero en segunda aproximación, el Sol gira alrededor del centro de la Vía Láctea. Da la vuelta en 250 millones de años, y arrastra a la Tierra, en este movimiento, a la velocidad de 250 kilómetros por segundo, mientras que prosigue el movimiento descripto por Copérnico.

Lo que hace posible el uso de las aproximaciones sucesivas en Ciencia, es la existencia de una *jerarquía* en la complejidad de las formas y en los órdenes de tamaño de los fenómenos naturales.

El movimiento que la Tierra efectúa en un año, en virtud de su movimiento galáctico, es completamente omisible respecto del movimiento "copernicano" correspondiente. Sin embargo, el desplazamiento de la Tierra sobre su órbita galáctica es alrededor de ocho veces más rápido que su desplazamiento alrededor del Sol. ¿Cómo se explica, entonces, que la aproximación copernicana sea valedera? Es que los movimientos galácticos de la Tierra y del Sol, durante un año, son prácticamente rectilíneos.

mientras que el movimiento relativo de la Tierra alrededor del Sol, es sensiblemente *circutar*. Nada impide, por otra parte, encargar una *tercera* aproximación, que tiene en cuenta la superposición de los dos movimientos y que confiere a la Tierra un movimiento a resorte en espiral que resulta de una composición del movimiento rectilíneo con un movimiento circular. En *cuarta* aproximación, se tendría en cuenta, un intervalo de tiempo suficientemente largo, para que la curvatura del movimiento galáctico, pueda, a su vez, manifestarse.

Esto volvería a encorvar el eje del resorte, muy ligeramente, es cierto, para un intervalo de tiempo de algunos siglos.

En *quinta* aproximación, se podría, en fin, tener en cuenta la elipticidad de la trayectoria de la Tierra, en su movimiento relativo alrededor del Sol, etc.

En Ciencia aplicada, las aproximaciones sucesivas elevan el nombre de progreso técnico, lo cual oculta su naturaleza.

Se tiene, a menudo, tendencia a desconocer la importancia de las aproximaciones sucesivas en el dominio de la técnica. Sin embargo, como lo nota J. Yvon, se encuentra siempre más provecho y comodidad en perfeccionar un modelo ya probado más que en tentar hacer con todas sus piezas y en tamaño industrial, una máquina completamente inédita. Las novedades no aparecen, así, más que en el curso de etapas sucesivas. En la explotación, los ingenieros, saben donde el material es deficiente, lo que les evita plantearse falsos problemas.

El carácter progresivo del método científico se duplica con una cierta prudencia. Se buscan fórmulas y conocimientos, pero se los quiere tan *seguros* como sea posible. La objetividad y la solidez de las verdades científicas, que no son jamás sino aproximaciones, se adquiere, como se sabe, por la confrontación de las "ideas" con la observación y la experiencia, a la luz de las exigencias de la razón.

Una razón que se aleja, por otra parte, cada vez más de las evidencias aparentes. El "buen sentido" se revela, en efecto, cada vez más traidor, a medida que la razón se afina por la confrontación incesante de sus principios con nuevas aproximaciones de la realidad.

Las aproximaciones, con las que uno se contenta en Ciencia aplicada, son a veces menos adelantadas, menos

refinadas que en Ciencia fundamental. Esto se produce cada vez que, consideraciones de rentabilidad introducen una cierta prisa, incompatible con una experimentación rigurosa, o, por ejemplo, cuando el objeto de estudio es un ser viviente, al que no se le puede someter a aproximaciones sucesivas sin matarlo. Es evidente que la busca de resultados explotables comercialmente (diminución de los residuos, mejoramiento de la calidad, disminución del precio de costo...) conduce a menudo a ensayos menos profundizados, dada la importancia del factor tiempo. Lo mismo, la acción microbiciada de nuevos antibióticos no puede ser estudiada con el mismo refinamiento y la misma precisión sobre los enfermos, que sobre especies microbianas rigurosamente seleccionadas, en un medio perfectamente definido desde el punto de vista físico-químico.

Pero sería un grave error creer que siempre es así, desde que se trata de Ciencia aplicada. Cada vez más a menudo, notablemente en la industria química, en la industria eléctrica, en la fabricación de las vacunas..., en los laboratorios, donde un fin práctico es definido de manera bastante amplia, el equipo de investigadores se da tiempo de analizar con el máximo de rigor todos los fenómenos que intervienen en el problema para deducir las leyes que podrían conducir a realizaciones prácticas.

Es lo que algunos llaman la busca fundamental orientada o también la busca aplicada teórica (por oposición a la busca aplicada de productividad más centrada en asuntos de rentabilidad inmediata).

Como lo indicaba aun recientemente J. Yvon, el desarrollo de las pilas atómicas a grafito, supone vastos trabajos de investigaciones aplicadas a largo término. La experiencia internacional ha revelado, en efecto, que en las pilas atómicas, los materiales más diversos adquieren bajo la irradiación propiedades físicas o químicas imprevisibles. Los proyectos de ingenieros arriesgan fracasar si no se adquiere un buen conocimiento del comportamiento de los materiales bajo radiación. Aquí el método de las aproximaciones sucesivas no consiste en construir pilas cada vez más poderosas, que proporcionan cada una de ellas, enseñanzas para las siguientes. Es indispensable disponer de una pila especialmente para ese fin, donde todo sea sacrificado a la producción de la irradiación y

al estudio de sus efectos. La pila E. L. 3, ha sido erigida en Saclay, precisamente para este programa. La investigación aplicada a largo término, poco conocida del público, es, sin embargo, ya clásica. Taylor en sus búsquedas sobre los aceros extrarrápidos, abrió la vía; más recientemente este método, ha hecho la fortuna de las casas Phillips y Dupont de Nemours. Puede igualmente dar lugar a la investigación aplicada, enteramente desinteresada. En ciertos laboratorios del Estado, o en ciertas "fundaciones" (Rockefeller, Carnegie, Rothschild...), se buscan sistemáticamente y sin prisa excesiva, nuevos antibióticos, nuevas vacunas, nuevos productos quimioterapéuticos sin otra intención que eso de beneficiar a la humanidad.

De una manera, más curiosa aún, algunas aplicaciones de la Ciencia han llegado a un grado de aproximación tan elevado, que se puede prever teóricamente, por el cálculo, a partir de las leyes rigurosas, las condiciones futuras del funcionamiento de ciertos conjuntos utilitarios muy complejos: pilas atómicas, cohetes, aviones a reacción. El público no se engaña, pues, enteramente, cuando confunde la Técnica, en sus aspectos más modernos, con la Ciencia.

Uno de los caracteres generales de la Ciencia aplicada de hoy, es pues, el trasapaso progresivo de la investigación técnica del laboratorio, y del taller, a la oficina de cálculo o más exactamente a la oficina del "teórico", quien deberá estar, cada vez más, al corriente de las últimas adquisiciones de la busca fundamental desinteresada.

VLADIMIR KOURGANOFF.

La recherche scientifique.

Presses Universitaires de France, 1958.

Traducción de Hilda R. Scazzeri.

VISIÓN DE PRIMAVERA DE AVES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

La primavera bonaerense brinda generosa, el beneficio de su clima suave, la flor policroma y perfumada que anticipa el fruto substancial, la alegría desbordante del renacer que se exterioriza en todas las manifestaciones

de los seres vivos, las aves que se alejaron o enmudecieron en la pausa invernal, regresan a nuestro mundo circundante, con sus vuelos, gorjeos y labores; los insectos multiformes y multicolores, se desplazan en sus ambientes naturales, buscando alimentos, aire, sol. Aves e insectos, dan a la primavera, con la flor y la luz, su característica propia.

La provincia de Buenos Aires, poseedora de una variada topografía, consistente en llanuras o pampas extensísimas, serranías de poca altura, algunos restos de montes naturales, arboledas de vegetales exóticos, litoral fluvial y marítimo, está surcada por una gran red hidrográfica, salpicada en las depresiones del terreno por lagunas temporarias o permanentes de aguas dulces o saladas.

El clima es templado, pero, como las lluvias, con marcadas variaciones regionales. Esta diversidad topográfica y climática origina en consecuencia una notable riqueza fito-zoogeográfica, a veces con diferencias zonales. La provincia pertenece a la región zoogeográfica Neotropical o Neotrópica, que comprende Centro y Sudamérica, y participa de las dos subregiones en que se divide, integrando un mayor territorio la Subregión Chileno-Patagónica, y solamente una angosta faja ribereña del Paraná-Plata, a la Subregión Guayano-Brasileña. Cada una a su vez se ha dividido en Dominios, correspondiéndonos los siguientes: *Dominio subtropical (Guayano-Brasileño)*. Es la mencionada faja ribereña, muy húmeda y con temperaturas superiores al resto de la provincia, que posee una rica flora-fauna, que aumenta lo regional con lo exótico. Esta abundancia es ocasionada, por la continuidad de la selva ribereña por los grandes ríos con el norte subtropical, más el aporte de las crecientes del Paraná y Uruguay. Una profusa vegetación subtropical, terrestre, epífita y acuática, integrada por densos montes que se engalanan con mil flores, proporcionan alimento, refugio y lugares aptos para nidificar, a aves e insectos. Allí crecen profusos ceibos, lecherones, sarandíes, sauces, coronillos, verbenas, chilcas, laureles, madreleivas, mburucuyas, enredaderas, claveles del aire, helechos, orquídeas, lirios, azucenas, cañas de ámbar, camalotes y otros, a los que se agregan las plantas cultivadas. El Delta del Paraná configura la mayor superficie, y extendiéndose al sudeste, en cada vez, más menguada faja marginal al Plata, con-

cluye en la bien llamada Selva Subtropical más austral de América, a la altura de los partidos de Ensenada, Berisso y La Plata (Punta Lara).

Dominio Pampásico: Es el más extenso y comprende la mayor parte de la provincia, a excepción de lo ya nombrado y del extremo sud. Al este posee los últimos restos del monte natural de añosas talas, sombra de toros y espinillos. A este Dominio corresponde la mayor parte del litoral marítimo con sus dunas y medanales. En el interior del continente, la llanura o pampa, inmensa, más o menos horizontal, a veces monótona, tapizada por una vegetación herbácea autóctona de pajonales, de la que emerge algún escaso ombú; así era en el siglo pasado, y llamada con recelo El Desierto, semidesconocido, salvaje, refugio de indios y fieras. Hoy su fisonomía ha cambiado, y si bien conserva grandes superficies de pajonal natural, está sembrada de cereales, pastores, oleaginosas, solanáceas y se cubre de malezas exóticas como cardos y abrepunños. Las arboledas en pueblos y campos, son obra del hombre. La pampa, está surcada por corrientes de agua, no muy caudalosas, pero que se suelen desbordar, conformando los característicos cañadones y bañados, habitat predilecto de las aves de bañado. Sus lagunas, son a veces extensas, pero de poca profundidad. De esta llanura emergen las serranías de Tandilla, que no sobrepasan los 500 metros de altura.

Dominio central: Desde el centro del país, se introduce como una cuña en la provincia, hacia el sudoeste. Región seca, hasta llegar a la aridez, siendo notables las serranías de Ventania, de más de mil metros de altura. Aparece el monte xerófilo pampeano, de jarillas, chañares, alpacacos, caldenes y algarrobos. Este dominio se continúa con el Patagónico (partido de Patagones), que es una continuidad geográfica y biológica del anterior, pero advirtiéndose en parajes cercanos al Río Negro, la "presencia de la Patagonia". Monte xerófilo, cada vez más arena y más salinas y pocas lluvias. Estos dos últimos dominios presentan una flora-fauna parecida y hasta idéntica, pero bastante distinta de la de los otros dos primeros (Guayano-Brasileño y Pampásico) que a su vez tienen muchos puntos de contacto. Distintas divisiones y clasificaciones se han hecho de la provincia, referentes a estos aspectos biológicos, pero me limitaré solamente al tema.

Los indígenas, primitivos habitantes de este vasto territorio, denominaron a bien caracterizadas regiones con nombres concordantes con su topografía, como Huecuvú Mapú (País del Diablo) parte del Dominio Central. Casuhatí (Sierra Linda, hoy Ventania); Curamalaí (Corral de Piedra); Carhué o Carahué (Lugar Verde); Chilvilcoy, con varias acepciones, como Rebalante de Agua, Paraje que aquereña gente; Chascomús (Campos de Lagunas); Tuyú (Región de Barro); Tandil, con varias acepciones (Piedra al caer, Piedra que Palpita, Reunión de Peñascos); Volcán (Wudcaun), Puerta o Abra; Alviñ Ñalcó (Riberas de Aguas Brillantes) —es la costa o litoral marítimo, para sólo citar los más importantes, pareciendo entonces que la fauna o flora no tuvieron para sus intereses mayores resonancias. A la fecha se han conservado escasos nombres o topónimos indígenas genéricos o tehuelches, siendo en su mayoría araucanos, sobre accidentes geográficos de menor cuantía; consignamos algunos referentes al tema.

Arroyos: Chocorí (Arroyo de las langostas, Lobería); Pulú (Arroyo de las Moscas, Adolfo Alsina); Pichipul (Arroyo de los Mosquitos, Adolfo Alsina). **Lagunas o aguadas:** Caleu Iauquen (Laguna de las Gaviotas, General Guido); Cobilló (Aguada de las Viboras, Bolívar); Cholque Iauquén (Laguna del Avestruz, Tornquist); Nahuelcú (Aguada del Tigre, Puán); Cochicó (Aguada de las Mariposas, Guaminí). **Médanos:** Fatraló (Médanos de los Sapos, Carlos Pellegrini). Otras denominaciones recuerdan a caciques famosos que llevaron nombres de animales, como cuando dice mañique (Cóndor) o guer (zorro). Escasas poblaciones llevan topónimos, entre ellas: Huetel (Lugar de Mulitas, Veinticinco de Mayo); Caehari (Pichón de Avestruz o Charo, Azul); Cholque (Avestruz, Bahía Blanca); o Aguará (zorro o lobo, del mismo distrito). En el idioma nacional, tres partidos llevan nombres de animales: Lobos, Tigre y Lobería y algunas poblaciones, como Guanaco (Pehuajó); El Jabalí (Nueve de Julio); El Zorro (Coronel Dorrego); Tres Cuervos y Avestruz (Puán); Copetonas (Tres Arroyos); Martinetas (General Lamadrid); La Cotorra (Trenque Lauquen). **De accidentes geográficos:** Laguna Mulitas, de Veinticinco de Mayo; Cabeza del Buey, de Bolívar. **Cerro:** Cerro Leones (Tandil); los de Ventania, Agulla.

Chimango, Aguilucho, Chanco, Baguales, Ternereros, Guanacos, etc. Los Arroyos de Ventania (Leóns y Aguila); Islas de las Lechiguanas (Delta) y las del Jabali y Flamenno del sud bonaerense.

Se han señalado para la provincia unas 400 especies de aves, algunas de ellas muy escasas en individuos, mientras que otras como el misto, gorrión y tordo, son numerosísimas.

La mayoría son sedentarias, o sea que sus vidas transcurren en el mismo paraje natal, ya sea en invierno o en verano, y a lo sumo se trasladan escasas distancias en busca de alimentos o parajes para nidificar. Otras al contrario, aparecen en determinadas épocas del año, nidifican y regresan o se ausentan a lejanos lugares. Tenemos entonces dos corrientes migratorias, una de invierno y otra de verano. En los meses otoñales, generalmente procedentes de la Patagonia, llegan las primeras, adonde regresan para nidificar en la primavera. La otra corriente migratoria —de verano—, son especies que desde Centro América y Canadá y Alaska, llegan a las pampas, nidificando aquí en su mayoría. Aparecen en primavera y desaparecen en el otoño.

Las aves constituyen un mundo maravilloso, que ofrece al hombre la belleza de sus plumajes, los gorjeos de sus siringes privilegiadas, la viveza y gracia de sus movimientos y vuelos; la elegancia de sus formas, la notabilidad de sus costumbres; sus servicios que llenarían volúmenes de literatura y ciencia.

Canoras: En primer término, la calandria, "ruiseñor de América" al decir de Marcos Sastro en el *Tempe Argentino* limitadora de mil voces, que posada en alta rama, lanza sus arpegios, para en un raptó de sublimación artística, levantar vuelo vertical, como pretendiendo ser escuchada en el mismo cielo, mas, ..., no asciende mucho, por ser mala voladora y regresa planeando y cantando a su atalaya, para seguir emitiendo en las auras primaverales su gozo y su arte. Le sigue el zorzal, que lanza sus silbos en las espesuras ribereñas o pampeanas, para constituir con la calandria el binomio cantor de más jerarquía de las pampas. Luego el cabecita negra, cajita de música de oro y azabache, que desgrana por los campos cascadas cristalinas, y el cardenal, y el misto y otros muchos más.

Colores: La audaz polieromía que el más inspirado artista combine en su paleta, la hallará muy superada en el plumaje de nuestras aves. Pocas son monocromas, siendo en la casi totalidad de variados matices. Destaco como extraordinario al picaflor (varias especies), por los distintos tonos. El rojo predomina en el brasita de fuego, churrinche, pecho colorado, cardenal. El rojo-anaranjado en el federal; el rosado en la espátula y el flamenco. El amarillo en el misto, dorado, benteveo, pecho amarillo; el azul en el loro barranquero y el siete colores, y en los exóticos, cardenal azul y urraca paraguayana. El tornasol en el tordo. El verde en el picaflor, verderón, cotorra y martin pescador. El pardusco en el zorzal, benteveo y boyeros. El bronceado en el cuervo de laguna. El blanco en el mirasol, garzas, cisnes y monjitas. El gris en la garza mora y el fiandú. El castaño en el hornero y plumajes abigarrados, procripticos y miméticos en las cachirías y perdices.

Notabilidad de costumbres: El hornero, constructor del clásico horno de barro y pajas, es el más notable. El caburé —rey de los pajaritos— es también curioso. El carpintero que taladra maderos, el boyero que pende su nido de flexible rama que se balancea y refleja en el riacho. El tero y su primo el chajá, centinelas armados de las pampas. El flamenco que hace nido como una chimenea de barro a orillas de lagunas; la gaviota, ayudante del agricultor; las tijeretas, golondrinas, avutardas y bandurrias que con los chorlos y otros emigran buscando los polos. El benteveo que cala las frutas y el martin pescador que sobrenada las corrientes, y las cotorras y loros parlanchines. ... ¿Cuánto se podría decir en este capítulo?

Estética morfológica: Considero al cisne, el tero real y las becasinas, como las tres aves de formas más armoniosas de las pampas y de más graciosos movimientos. No dejando de reconocer la estética de cada ave, singularísima estética, ya en el plumaje, ya en sus vuelos, caminar o nadar, como pueden ser los vuelos zigzagantes de golondrinas y tijeretas, o el planeo solemne del águila gris; el veloz hender el aire del halcón, o la geométrica formación de los cuervos en vuelo. La estilizada, silueta de la garza que atisa en el bañado, el paso atroso del hornero, el medido saltito con las patas juntas del chingolo, o el vuelo vertiginoso del picaflor. Garzas blan-

cas y mirasoles con los precitados copetes o plumas nupciales, o el macá que se zambulle impecablemente. El nidal de perdiz o martineta, o el de cuervo, nos maravilla pensando que un hada los ha bañado en esmaltes, marrón, verde suave, o celeste.

En la literatura, tradición y folklore: Muchos de nuestros escritores se han referido a la avifauna, ya en trabajos científicos o literarios. De los primeros hay legión, argentinos y extranjeros, y de los segundos se destacan, Marcos Sastre, Guillermo Enrique Hudson, Leopoldo Lugones, Arturo Marasso, Juan P. Burghi. Ya sea en la prosa o el verso, aparecen comentarios o precisas y valiosas observaciones sobre nuestras aves, hornero, chajá, tero, carancho, calandria, zorzal, monjita, viudita, ñandú, chingolo, ratona o tacuarita, cacuy, caburé, carau, crespín y otros más.

Dadas sus preferencias ecológicas dividido en los siguientes temas, aves de los montes, aves de los campos, aves acuáticas o del bañado, aves de las sierras, aves del litoral marítimo y aves de las ciudades.

Aves de los montes.— Ya dije que las márgenes de los ríos Paraná-Plata, ostentan una flora subtropical, de árboles, arbustos, enredaderas y plantas acuáticas. Salvo los talares del este y montes xerófilos del sudoeste, el resto de arboledas son de especies exóticas, plantadas por el hombre. En esos montes, habita una extraordinaria avifauna, en los que se alimentan, refugian o nidifican. Las especies del este, varían con respecto al centro o extremo sudoeste. Los cantos de los seibales ribereños, son distintos a los de los talares, saucedales del interior, a caldenes y chañares del oeste. Entre ellos se destacan:

El hornero.— Canta Leopoldo Lugones en el *Libro de los Paisajes*, en sentidos versos, al ser que merecidamente ha sido propuesto para ave nacional:

La casita del hornero
tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
justamente el nido entero.

Su nido de barro y paja, comenzado en el otoño, es visible en cornisas, postes y árboles. En las sierras de Tandil los he visto sobre las rocas. Muy común el ave y su nido,

que construyen en pareja. Es por ello un permanente ejemplo de laboriosidad. Cada porción de barro que levanta la pared es festejada con regocijo, para lo cual echan muy atrás las cabezas y cantan con alegría desbordante, anticipando el próximo bullicio del nido. Vuelan al suelo, que recorren a grandes pasos, acompañados por ceremoniosos saludos. El monte no tiene mejor centinela.

La calandria.— "El Ruiseñor de América", al decir de Marcos Sastre, es la más canora de las aves. Su silueta no muy airosa, más bien tosca y de vestimenta opaca, de deslucidos colores, el no ser buena voladora, son exterioridades que no indican al ave americana más famosa, por su maravilloso canto y por su facultad de imitar los sonidos y voces que oye. Su vasta dispersión le ha valido mil nombres de las más raras eufonías desde Norteamérica, pasando por los aztecas, caribes, quichuas, guaraníes y pampas. Es muy común y abundante y gran amiga del hombre, al que visita en la casa campera para obsesuarle con sus arpeggios, y luego cobrarse en forma directa del trozo de carne o grasa que pende del alero.

El zorzal.— Sus silbidos procedentes de la espesura de los montes naturales (Punta Lara, General Lavalle, General Madariaga o Patagones) siempre me han impresionado no sólo por su suavidad, sino por el misterio de la honda tristeza con que están impregnados. Es un ave tímida, que trata de pasar inadvertida, lo que logra fácilmente por su plumaje que se mimetiza con las cortezas o el follaje. El nido reúne la ciencia palillera de la calandria y de albañilería del hornero. Comparte con la primera la fama de ser los mejores cantores de los pájaros criollos, y el mayor homenaje que se rinde a quien cultiva ese arte, es decir según el sexo, que lo hace como una calandria o un zorzal.

El poeta Juan P. Burghi lo celebra en *Pájaros Nuestros*, con inspiración fiel a la realidad:

Muere el sol, y junto al río
da sus silbos el zorzal;
la tarde que se marchaba
se volvió para escuchar;
el agua que iba corriendo
se detuvo hecha un cristal...
Anochece... junto al río,
sigue cantando el zorzal.

El picaflor.— Cuando el jazmin está en flor, y a la mañana primaveral espárese sus aromas, llega en vuelo rumoroso, un ave diminuta, que ante la nivea flor se detiene en el aire, para con avances y retrocesos probar todas las corolas. En su plumaje, se quiebran los rayos del sol con destellos de arco iris, de tonos metálicos no igualados, comparables a las más facetadas gemas. Ahí está el verde esmeralda, el oro viejo, el bronce y el zafiro, el granate que se torna en rubí y todo culmina con un centelleo diamantino. Es el americano picaflor, también llamado beija flor por los lusitanos, mainumbi por los guaraníes, colibri por los caribes y conocido además como pájaro mosca, rundún, tente en el aire y otros más. Con un chirrido gozoso desaparece, tan rápidamente como llegara. Su nido —que tengo ante mí— es digna cuna de tan preciosa avecilla. Está confeccionado con sedas vegetales, y lo asegura a las enredaderas de los corredores. Mil leyendas se han tejido sobre su vida y costumbres, rodeándolo con una aureola de misterio e irrealidad.

Cabecita negra.— Su justificada fama de buen cantor, graciosos y siempre inquietos movimientos, agregados a su plumaje verde-amarillo-verdoso, le pierden, y con pájaro llamador y colmada escudilla de alpiste, le tienden arteras trampas en los montecillos que visita. Es el más común de los cantores enjaulados, y existe la creencia generalizada de que los padres envenenan a sus hijos cuando caen éstos prisioneros. Su gorjeo incesante en la florida primavera, se expande de su henchida garganta por montes y llanuras. Nidifica en escondida horqueta a baja altura.

El carpintero.— Como buen trepador que es, se traslada verticalmente por los troncos, ascendiendo y descendiendo, para quedarse de improviso inmóvil, como si auscultara el corazón del viejo vegetal. Escucha, sí, pero el roer de la gruesa larva de coleóptero — casi siempre de taladros— a la que extrae con su larga y puntiaguda lengua. Varias especies de bataraces colores, y algunos de roja boina echada a la nuca, habitan en la provincia. Excava el tronco o madero para nidificar y en caso de necesidad lo he visto aprovechar huecos en las rocas (Tandil) y también horadar las paredes de barro de un rancho (Tandil). Sus gritos estentóreos hacen cundir la alarma en los demás seres, a quienes bene-

ficia con su vigilancia. Es notable la sagacidad evidenciada para esconderse atrás de los troncos e ir glando sin descubrirse a medida que avanza el intruso. También se agacha y retrocede cautelosamente, ante el peligro.

La monjita.— En una primavera, en las orillas del arroyo Sauce Corto en las cercanías de Nueva Roma (Tornquist), vi a este niveo pájaro, que se posaba en las ramas más altas de las jarillas y chañares. Se trasladaba de planta a planta con revoloteos peculiares; su color y costumbres, que en el paisaje avifaunístico es algo distinto, no ha escapado a ornitólogos y poetas. D. Arturo Marasso, en La Mirada en el Tiempo, capta la escena con una claridad, que me parece muy oportuno consignarla. "El calor de mediodía inmoviliza el campo. Apenas si una avecilla, blanca, la monjita, flor de la rama seca, vuela al oír un ruido; parece que hubiera volado la corola de un cardón, una de esas corolas que nievan los erizados tallos en el silencio misterioso de la soledad".

El benteveo.— De breve boina negra, con raíces amarillas que solamente se perciben cuando ríe, seguida de cejas blancas, de dorso oliváceo-castaño y pecho de azufre, conjunto del que resalta una cabeza y pico grandes, asentados en un cuerpo más bien pequeño. A veces sin el consentimiento del quintero quiere el grado de madurez alcanzado por las rojas guindas. Otras, se convierte en pescador, y posado casi a flor de agua atrapa certero al pececillo, que se anima a pasar por su lado. El débil tallo del duraznillo blanco o junco, a veces no resiste su peso y le he visto en el río Ajó, cerca de General Lavalle, nadar desesperado, con sus alas muy abiertas, en busca de apoyo, y evitar los canchales y a sus habitantes que esperaban pacientemente.

Su canto onomatopéyico repite su nombre y alegría el paisaje bonaerense.

Leñatero.— Leñita tras leñita traba en el acacio endable, hasta formar un voluminoso nido con entrada latero-superior. A veces levanta una ramita muy grande y pesada, y es digna de verse la tenacidad en el logro del fin propuesto, al caer una y otra vez y volver a la tarea con renovado brío. Vuela abriendo la cola en abanico de puntas blancas y lanza su canto-risa que le ha dado nombre: tirititi y también chinchibirri.

El nido suele ser refugio del ancestral enemigo de los pájaros, la comadreja.

Palomas.— En la tarde soleada se oyen en la arboleda, arrullos de palomas silvestres. Las más conocidas son la torcacita y la montera. La primera es pequeña, grisácea, con algunas plumas negruzcas y otras blancas. En el suelo camina siempre presurosa, buscando semillitas y si es molestada levanta un corto vuelo, para lo que se contorsiona como si fuera a caer.

En las horas más amorrotantes de las siestas del estío, su zureo uú, uuuú uú, monacorde invita irresistiblemente al sueño, que vence los párpados. La montera de tamaño mayor y vinoso plumaje, en grandes y veloces bandadas se abaten sobre los rastrojos en los otoños. Al volar, pliega con violencia las alas sobre el cuerpo, como tomando fuerzas. Ambas nidifican en las ramas bajas, al alcance de la mano del hombre. Sus aficiones a los granos las han colocado fuera de la ley.

Cotorras.— Pareciera que el verde tapiz de la llanura, cansado de su horizontalidad milenaria, se elevara de improviso, desoso de curiosear el mundo circundante. Pero un desafinado chirriar, nos dilucida de inmediato el misterio y señala a la golosa de las mazorcas, la cotorra. Por los nativos talaros del este, se ha diseminado hasta Tandil y Lobería. Su cabeza está puesta a precio y el ave que bien lo sabe, no se descuida, teniendo siempre centinelas, ya sea en el árbol, ya en el maíz, los que chirrían desesperadamente al menor asomo de peligro. Sus voluminosos nidos colectivos se observan en talas y eucaliptos. Las poblaciones son visitadas y es común en la plaza central de Maipú.

He mencionado a algunas de las aves más comunes de los montes, a las que se agregan muchas más, como boyeros, corbatillas, tacuaritas o ratonas, cardenales y fruteros; tanagras y siete colores, urracas, halcones, caranchos, chimangos. A estos sedentarios, se les sumó en invierno la presencia de migratorios, como el remoloncito que encontré hace años en Bolívar, y en primavera, los migratorios de verano, golondrinas, tjeretas, churrinches, que llegan a nidificar, regalarnos unos meses con sus gracias y cantos y regresar en heroico viaje a lejanas regiones, cuando el aire fresco y los pichones alados les

inducen a ello. Las presencias del urutáu, o cacuy, el crispín y el caburé son más bien ocasionales.

Aves del campo.— La pampa, desprovista originariamente de árboles y con escasos arbustos, es muy rica en vegetación baja — pajonales — que cobijan a una ornitofauna de plumajes procripticos, con predominios de estrías en el colorido, castañas, grises, negruzcas, lo que les permite mimetizarse, pasando desapercibidas, al identificarse con el paisaje, el pasto y el suelo. Resguardan así sus vidas, del hombre, el rapaz y el mamífero carnívoro.

¿Adónde está la cachila o perdiz que se posó aquí, a nuestro lado? ¿Ha desaparecido? No; se ha agazapado en una leve oquedad y su plumaje se confunde con el pasto seco y el terrón duro.

La inmensidad de la llanura, les disminuyó la potencia de vuelo, pero compensándolas con la facultad de caminar, y sus robustas patas de pocos dedos, les prestan un valioso servicio, al convertirlas en corredoras.

Las más notables son:

El fiandú.— Es la mayor de las aves americanas. También se le llama, avestruz, choiqué, suri. Al menor ruido levanta su cuello reptiliforme, sobre el ondulante pajonal, oteando el horizonte y ante la inminencia del peligro se lanza en velocísima y zigzagueante carrera, recogiendo la cabeza, entreabiendo las alas y estirando las largas patas, lo que le valió el nombre guaraní de fiandú (araña), ya que lo parece en esos trances.

Perdices y martinets.— Se confunden popularmente, pero se diferencian fácilmente. La pequeña o chica (dos especies) es la más abundante y mimética, llegando hasta los cerros, pero nunca a los montes. Como las otras, gusta de los espacios abiertos. La copetona, de gran tamaño, negro copete y abigarrado plumaje grisáceo y blanquecino (bataraz pálido), suele andar en bandadas de tres o de ciento. Al atardecer se dirigen a sus dormitorios, llamándose con silbidos largos, que en las tardes invernales se oyen en la lejanía. El nido, en primavera presenta huevos de verde esmeralda, muy hermosos. La colorada o martineta colorada, es la mayor de estas tres gallináceas y de plumaje rojizo. Emite un silbido triste, y un campesino me aseguraba que conculada de la situa-

ción del trabajador del agro, expresa al silbar "Pobre plén... pobre pléoon". El desove, como el de la perdiz chica es chocolate esmaltado.

Son especies en vías de extinción por la intensa caza y persecución de que son objeto.

El chingolo.— En bandaditas y piando tristemente, recorre a saltitos patios y campos. Su coloración estriada en cuanto a distribución de colores y su gracioso copete, le hacen agradable a la vista. Por su mansedumbre es presa fácil de la honda, y el muchachón irresponsable y el patotero gorrión le han desalojado de las poblaciones, condenándolo a un destierro forzoso en el campo. Suele aparecer al atardecer, buscando migas y semillitas en los patios de las escuelas rurales. Es una de las más simpáticas de las aves del campo.

El misto.— Pariante cercano del dorado, también misto, pero menos vistoso y más campesino, es el ave autóctona más numerosa en individuos. En el otoño se reúnen en grandes bandadas, en los rastrojos. Es en ese entonces, cuando se observa que una nube de pajaritos dibuja en los cielos caprichosas figuras geométricas, para volver a posarse en bullanguera bandada. En primavera, lotean la llanura y cada pareja se afana en la construcción del disimulado nido de pasto y cerda al reparo de una mata. Es entonces, cuando el macho canta su felicidad y, como la alondra, como la calandria, se eleva en vuelo musical, para descender planeando en graciosa curva, entretejiendo así a su invisible pareja que empolla amorosa.

La cachiría.— También cachila, o cachilita, de cuerpo alargado y colores sombríos, miméticos, vuela casi a ras del suelo sobre el pasto, como en saltos. Engaña por su plumaje y sorpresivamente, se la confunde con la perdiz chica. El pajonal es su habitat predilecto.

La lechuza.— Pese a sus hábitos nocturnos, suele verse en el día, posada en los paños del alambrado, girando la cabeza y escudriñando con ojos curiosos, para huir chistando aterrorizada ante el menor peligro. Nidifica en cuevas y a su puerta suele tomar el sol con su familia, para correr con largos pasos a esconderse, con las alas teñidas al cuerpo como si estuviera emponchada, ante alguna presencia no grata. Al atardecer lanza su llamada, en un quejumbroso *cús... cú... cús... cúu*, que repite

varias veces; imponiendo supersticioso temor en las gentes sencillas. Es un centinela del campo dormido y su chistido señala un intruso. Su presencia en las cercanías de edificaciones solitarias, le ha valido fama de hechicería y mensajera del más allá, pero en realidad es un ave útil, ya que su visita sólo tiene por objeto la búsqueda de roedores, reptiles, batracos, y también insectos, especialmente los coleópteros. El único daño que puede ocasionar es alguna imprevista rodada, en el galope tendido del que ignora la ubicación de sus cuevas.

Estas son las sedentarias más comunes, pero el campo de pajonales, cardos o cereal, alberga a nutrida avifauna, como los verderones de plumaje verdoso y pico anaranjado, la correcamino o caminera, que anida en las barrancas, en larga cueva y que corretea por los caminos polvorientos, riendo a carcajadas; el lechuzón de silencioso vuelo, que al atardecer sale de su escondite y origina la alarma de las aves en el reposo. Bandaditas de dragones o pecho amarillos, recorren la llanura y a veces son otras aves que sin ser migratorias se trasladan en busca de alimentos. Esas migratorias aparecen en las dos épocas ya señaladas, en invierno o en verano, como turnándose para visitarnos. La abundancia de insectos (adultos o larvas), semillas, granos y jugosos pastos, las motivan. A principios del otoño, llegan las embajadas patagónicas, que después de nidificar a la vista de los hielos eternos de la cordillera, se lanzan a probar la fortaleza de sus crías en un vuelo de miles de kilómetros, para después sobrealimentarlas en nuestra rica pampa. Los clarines de las bandurrias las anuncian por todos los campos, mientras se diseminan en bandadas para cazar roedores o gusanos con su arqueado pico. Síguelo un silencioso pajarito negro con el dorso ladrillo, lo que le valió el nombre de sobrepuesto, al que vemos en todos los bajos. Chorlos, chorlitos y becasinas, que se distribuyen por los campos, las lagunas y las playas del mar, por las que corretean como para sacarse el frío. Luego las avutardas, miles de avutardas grandes como gansos, que en varias especies de distintos colores, se abaten sobre los campos bajos, especialmente en Olavarría, Bolívar, Caseros, General Lamadrid y Coronel Pringles.

En agosto o setiembre (dependen de factores climáticos), esas bandadas, sobrealimentadas en las pampas,

regresan a la Patagonia. Tierra del Fuego, islas oceánicas y contrafuertes cordilleranos, adonde nidificarán. Por rutas norteñas, otros volátiles reemplazan a las sureñas, también después de cruzar una docena de países y a veces toda América. Los dormilonas o atajacaminos de nuestro norte, aparecen en los atardeceres, siempre adelante de nuestra huella campera. Luego las golondrinas; unas negras, otras blanquinegras, algunas de las cuales buscan las cuevitas de las barrancas. Chorlos de verano, y pechos colorados y bandadas de aguiluchos que persiguen las tucuras, y los vistosos charlatanes y otros más.

Aves del bañado. — Una laguna cualquiera, o igual puede ser un arroyo, cañadón o bañado, basta para que las aves acuáticas se encuentren en un biótomo.

El paisaje uniforme de verdeocre, se troca en esmeralda al llegar a los bajíos, que cubre el agua desbordada, conformando archipiélagos anegadizos, de los que emergen albardones de totoras, cortaderas y juncuales, que a veces cubren extensiones inmensas.

El tero. — Si nos dirigiéramos a un lugar así, con el primero que trabamos conocimiento es con el tero, que desde lejos nos divisa y viene veloz a presentarse, tan estrepitosamente, que acaba por aturdirnos. El bañado entero ya está avisado que alguien anda. El tero sigue repitiendo su nombre y si en la impronta dejada por la pisada del ganado ha hecho el precario nido, y en él relucen moteados huevos, nos hace veloces pasadas amenazando con el espadín del rojo puño que sobresale del ala. Es el ave que más valientemente defiende su nidada o sus pichones, no arredrándole nada. He observado sus bailes y reuniones en frías tardes invernales en escondidas lagunas. El mimetismo del nido, y las ingeniosas tretas que emplea casi siempre con éxito para salvarlo, le han dado merecida fama.

El chajá. — En las inmediaciones, pero generalmente adonde hay algo más de agua, aparece el otro vigia, el chajá, augur de los cambios climáticos y pariente del tero, y como éste armado de estilete. Lanza su nombre (del guaraní, vamos) y se eleva fácilmente, pese a su aparente corpulencia, debido a que sus huesos se llenan de aire, y flotan como neumáticos. Es monógamo y a veces realiza grandes reuniones de a centenares. Las

Flores. General Alvear, Rauch, Pila y General Belgrano, parecieran ser su centro.

La cigüeña. — Dos especies se suelen ver en los bañados y en los campos altos. La más común, habita toda la provincia, mientras que la otra (tuyuyú) sólo al este, llegando ocasionalmente al Arroyo de los Huesos (Azul-Rauch). Se alimenta de toda la escala zoológica, desde los invertebrados más inferiores a todos los vertebrados que pueda tragar. En el verano, cuando se secan las lagunas temporarias y poco profundas, el suelo se resquebraja y el sol en las horas del mediodía quema, las cigüeñas levantan vuelo y girando y girando se elevan en la atmósfera, para luego planear horas. Se me dijo que era debido a que el suelo quema a esa hora por la resaca tierra, y que al atardecer, cuando disminuyera el calor bajarían al mismo lugar, rico en roedores. Así fué efectivamente. (Olavarría).

Si nos acercáramos al tupido juncal, se oirían voces discordantes que provienen del inaccesible y misterioso corazón de la asociación vegetal acuática. Rumores, graznidos, cantos y a veces destemplada gritería, seguida por lapsos de silencio que sobrecogen, en momentos de graves situaciones y terribles dramas que se han de realizar, invisibles.

Luego algunas carcajadas o sonidos parecidos, llamadas angustiosas, tallos cimbreantes que se agitan, prolongados varilleos, alas que baten el aire, estrepitosos chapoteos, nos dicen con claridad que el juncal rebulle de vida animal y que como en la sociedad humana, se canta, se sufre, se disputa, se triunfa y se huye.

El juncal vive, y con un poco de paciencia, iremos conociendo a sus habitantes.

Las gallaretas. — El manto de azollas que la cubre sobrenada superficialmente y ostenta como unos sinuosos surcos, en los que la luz cabrillea en plata y que es derrotado innegable que señala el rumbo de las gallaretas desde su refugio o nido, hasta el rico plancton o adonde haya alimento. Sus formas redondeadas, su plumaje negro y pico con escudo amarillo o rojizo, la hacen inconfundible. A veces salen del agua y se les ve muy audaces trasladarse por tierra, lo que hacen desgarradamente, ya que sus dedos semipalmados son para remo y no para ca-

minar; entonces llevan la cabeza estirada y con pasos vacilantes, como si fueran a caer a cada instante, avanzan para emprender huida con aleteos para poder levantar vuelo. El agua es su elemento y fuera de ella, generalmente paga con su vida, ya que su vuelo bajo, nocturno, cuando van de una a otra aguada, les suele ser fatal al quedar enganchadas en las alambradas. En el agua, rema con una pata y se capta fácilmente cuando timonea con la otra. Su voz es desagradable, y cuando nidifica —lo hace en colonias— es un concierto fácil de oír. Con el cucharón y desde el caballo para no mojarse, el campesino junta los huevos y llegará a extinguirlos.

Las garzas. — A veces en el juncal, a veces en el campo inundado y rico en invertebrados y pequeños vertebrados, son observables en hieráticas poses las estilizadas siluetas de las garzas. Predominan las medidas largas, sobre las anchas, carácter común a todos los ardeídos. De entre ellas se destaca la garza blanca grande, inmaculadamente nivea, cuya albuza, pareciera un copo de nieve engarzado en la esmeralda del bañado. En la inmovilidad más absoluta atisba paciente el paso del incauto pececillo, mientras la brisa juguetea con las plumas nupciales, que le caen ondulantes por el dorso. Sorpresivo resorte es el largo cuello que hunde en el agua, para luego —triumfal— levantarlo muy alto para tragar la presa que brilla plateada. El vuelo, como el de las otras garzas es inconfundible y distinto a todas las aves del bañado, ya que recogen el largo cuello sobre el cuerpo y cortan el aire con su pico y cuello que sobresale como los mascarones de proa de viejos barcos nórdicos. Las alas en vuelo, suben y bajan en curvas, sin elevarse mucho sobre el cuerpo y con aleteos suaves y espaciados y rectas patas timoneras, el copo de nieve se desplaza majestuoso. Prefieren parajes con aguas poco profundas, como los chorlos, como los flamencos, como los cuervos, como las espátulas, como todas las zancudas en general que gustan de caminar y no nadar y para ello están provistas de multicolores y altas "botas marineras". Los hermosos copetes de las garzas blancas y mirasoles, son envidiados por el género humano y para satisfacer pasajeras modas y vanidades, se les persiguió despiadadamente en caza exterminadora, ya que esas plumas son nupciales y sólo aparecen, cuando el ave hace su nido y cría sus polluelos. He visto esta caza artera, en

bañados de Ayacucho, Pila y General Belgrano, adonde algunos cazadores habían semiembalsamado las primeras garzas cazadas, y sabedores de la costumbre de la inmovilidad del ave cuando pesca, las habían colocado en lugares estratégicos, para atraer a otras que pasen por las cercanías, mientras ellos se guarecían en refugios disimulados para abatirlas. ¡Pobres pueblos de garzas! Es de desear que la moda pase pronto y no vuelva jamás. Y así poder admirar la maravilla de la garza blanca grande y del mirasol.

La mora, garza gigante, suele verse pescando, con el agua a "media plerna". Con la cabeza metida en los hombros y posada en la rama de algún sauce, el zorro del agua, lanza sus cuac, cuac, que le dieron nombre. Escondidas, otras garzas y garcitas de plumas hermosas y timidas costumbres.

La gaviota. — Es una de las más útiles aves pampeanas, que vuela en bandadas chillonas siguiendo al arado, y abalanzándose sobre la misma reja brúñida para exhumar succulentos gusanos de insectos dañinos. Del campo que se rotura a la laguna y de ésta al campo pasa los días. El hombre en su afán de aprovechamiento intensivo del suelo, eliminó las lagunas, desecándolas y alejando lamentablemente a este valioso colaborador. En el litoral marítimo también se le encuentra, alimentándose de peces. En ciertas estaciones del año cambia el plumaje de la cabeza y de total coloración grisplomo, pasa a colocarse una negra boina. Sus nidos como los de cuervos y galletas, son en colonias y las disminuyen apreciablemente, ya que el hombre los cosecha.

Cuervos. — Es mejor decir cuervos de laguna, para diferenciarlos de otros; en Europa, el cuervo ladrón y hablador, y en otros parajes al ave de rapiña, pero reuniendo la condición del plumaje más o menos negro. Nuestro cuervo, es de plumaje negruzco con reflejos tornasoles y a veces tan cambiantes, que no podríamos asegurar si es negro, es verde o dorado. En militares formaciones suele dibujar los cielos primaverales cuando busca bañados para nidificar, y encontrándolos, lo hace en colonia. Es un ave útil al hombre.

Espátulas y flamencos. — Llamadas "aves rosadas" por sus plumajes, que dan a la laguna un matiz distinto. Lar-

gos cuellos con raras picos y ojillos y un plumaje rosado variable, emergen de las aguas, por las que caminan despacio, para levantar vuelo en perfecta cruz ante el indiscreto paseante. Cada día son más escasas, por la caza del hombre.

Los patos. — En bandadas, cruzan los cielos buscando en primavera los campos inundados y si es posible cercanos a maizales u otros sembrados substanciosos. Barcinós, crestones, sarcelas, silbones, cucharas, picazos y otros alegran con sus vuelos, sus juegos y peleas y las voces que emiten, contribuyendo con su nota de color a la belleza de la primavera. En ciertas noches de niebla, los silbones revolotean largo tiempo por las ciudades, dudando, si el pavimento que brilla es o no agua.

Cisne y gansos. — El cisne de cuello negro y blanco plumaje en el resto del cuerpo es el argentino, diferenciándose fácilmente del totalmente negro australiano y del totalmente blanco europeo. Es de formas armoniosas y un adorno gratuito de la laguna. Nada con elegancia exquisita y con el blanco ganso silvestre — muy parecido — constituyen a la vista un espectáculo artístico de jerarquía.

Gallinetas. — En los arroyos y lagunas semicubiertos de plantas, viven las gallinetas y gallitos de agua, de vistosos plumajes en los que se combinan los colores metálicos. Largas patas con larguismos dedos que les permiten desplazarse velozes por sobre las hojas de los camalotes les alejan de nosotros, retaceando la observación, dispensada unos segundos solamente. Es difícil verlas, por su notable timidez. Sus llamadas extrañas, las señalan en la espesura.

A estas aves acuáticas, agregamos el macá de impecables zambullidas, los zancudos que deambulan con el agua "a media pierna" y entre ellos a las becasinas, chorlos y chorlitos que al advertir un peligro levantan vocingleros y tan veloz vuelo que dejan atrás a las demás aves. El tero real, elegante de rigurosa etiqueta, camina despaciosamente, para volar lanzando sus ladridos, que le dieron el nombre de perrito. El carau, al anochecer deja oír su voz doliente.

Aunque no es un ave propiamente acuática cito al martin pescador, de tropicales colores que sobrenada las corrientes para zambullirse sorpresivo a pescar. Nidifica en las barrancas y su castañeteo o matraca se oye en los arroyos. El biguá es el pescador por antonomasia que

se posa como un largo y flaco pato en los pilotes. El gavilán caracolero, negro con pico y patas naranja, sobrevuela los bañados de Monte y Las Flores, especialmente. El federal, hermoso, anaranjado, escarlata y negro, levanta vuelo del juncal y en parábola se vuelve a esconder en el dejándose unos segundos a la contemplación.

Y el blanderque y el alférez de uniforme negro con dorada charretera y el siete colores y la viudita o pico de plata y el loro barranquero, que si bien no es esencialmente acuático, nidifica en las barrancas del Quequén Salado donde lo he visto comúnmente y en los acantilados patagónicos (Río Negro), constituyen los más conocidos de esos seres, cuyo número es riquísimo en el este, disminuyendo a medida que se avanza al sud o al oeste.

Aves de las sierras. — En diversas oportunidades he recorrido las serranías de Tandilia y de Ventania, opinando que si bien poseen una flora y en entomofauna característica, no es igualmente rica en aves.

Como son sierras bajas, las aves pampeanas de la llanura o del bañado las visitan, y así encontramos perdices, patos, teros, horneros, calandrias, etc. Las rapaces son las mismas también. La única especie que me ha parecido propia de las sierras, es el águila gris. En las sierras suele planear serena, y vista en vuelo parece la parte ventral de un gigantesco tero. En la Sierra de los Barrientos (Lobería), encontré un nido con pichones grandes a fines de marzo. Estaba en una saliente del cerro, expuesto a las intemperies y sin reparo alguno del este y del oeste. En esa cornisa unas matas de clavéles del aire, dieron asidero a las primeras ramas de currumamuel, que constituían el nido. La taza del mismo estaba acolichada con pasto puma y pajitas. Tenía el privilegio de estar orlado de violáceas flores del clavel del aire. El nido era perfectamente inaccesible.

Aves del litoral marítimo. — Su longitud es considerable, habiéndole recorrido en partes desde el Río Negro hasta el Río de la Plata. Posee pocos acantilados o rocas que permitan el desarrollo de una avifauna característica. Es más común que el oleaje llegue a través de una playa arenosa a confundirse con el pajonal pampeano, del que es separado a veces por una cadena medianosa. Los ríos y arroyos que desembocan en el mar facilitan el acceso

de las especies del bañado. La misma fauna del interior anima las costas oceánicas, salvo algunas escasas excepciones como las gaviotas marineras, gaviotines y golondrinas del mar. Chorlitos pequeños caminan o corretean presurosos por la playa húmeda, revisando la resaca. Accidentalmente llegan pinguinos, habiéndolos encontrado vivos y muertos en las arenas de Mar del Plata, Miramar y Cloromeco. A veces nos visitan los incansables viajeros del mar y la literatura señala la presencia ocasional de petreles y albatros de raras picos y gigantes alas.

Aves de las ciudades.—La mayoría de las aves se alejan del hombre, pero algunas se acercan a las casas de campo especialmente para aprovechar alimentos y a las arboledas para refugio. El hornero, la golondrina casera, el gorrión y la ratona o tacuara, como la exótica paloma y la lechuza nocturna o mochuelo, son comunes incluso en la misma Capital Federal, rodeados de kilómetros y kilómetros de edificaciones.

Las ciudades del interior son más ricas en la avifauna, y el picaflores en La Plata, el boyero en las plazas de los pueblos, el chingolito, los tordos y palomas, las golondrinas negras, los dorados o mistos y los benteveos son comunísimos. En algunas zonas los suburbios suelen ser más ricos en especies que el campo y el monte. Las plantas frutales o de adorno, y los seres invertebrados que en ellas se alimentan o guarecen, los atraen y ya por la semilla, ya por la fruta, ya por insectos, ya por los restos de comida, se adaptan a esa vida ciudadana. Si el hombre, y en este caso, la escuela y el niño, realizaran una intensa campaña de protección, una campaña efectiva, las ciudades se repoblarían y se aumentarían esos preciosos auxiliares.

A la fauna autóctona, corresponde agregarle la exótica, generalmente de aves de corral (patos —excepto el criollo—, pavos, gallinas, gansos, gallinetas, faisanes y palomas) y de adorno o canoras como los canarios, reñamoras, mirlos, cotorritas australianas, papagayos y loros, etc.

En libertad se han aclimatado dos extranjeros, el gorrión y el cardenal o jilguero.

A grandes rasgos he realizado esta ligera visión de primavera de aves citando algunas más conocidas, en alguna característica que me ha parecido consistente. El número

de éstas va disminuyendo apreciablemente, obedeciendo principalmente a la despiadada persecución de su enemigo de siempre: el hombre. Éste ha logrado la eliminación del pajonal, la tala de los montes naturales, el rellenamiento de pantanos y lagunas y la desecación de las lagunas mediterráneas, por los canales que desembocan en las cercanías de General Lavalle y Chascomús. Las ha cazado para comer y vender, para probar la puntería y dar placer a amigos al invitarlos a la matanza. Ha reunido los nidos y a veces hecho collares antiestéticos de huevos con polos perforados. El equilibrio biológico está roto, evidentemente, y las plagas se hacen sentir en la economía y en la salud humana. Las aves —insectívoras en su gran mayoría— son colaboradores gratuitos, siempre puntuales regulan la huerta y el jardín. Las semillas de las malezas y los animales muertos, no tienen esa policía sanitaria que los hacía desaparecer. Hay varias especies en vías de extinción, además de las ya extinguidas. A veces se recorren montes enteros y solamente se ve uno que otro gorrión. Este además, ha ahuyentado a las especies autóctonas más timidas. Hay muchas fuera de la ley, y no creo que los daños sean tan importantes como los pregonados. La caza de unas especies, facilita la caza de otras, y con el pretexto de la eliminación de las consideradas dañinas, se matan las más útiles. Conozco solamente dos aves de hábitos parásitos: el tordo y el pato cabeza negra.

Todas las aves son dignas de protección y merecedoras de nuestro agradecimiento. Es un deber protegerlas y conservarlas para las futuras generaciones.

RACEL J. LLANO

TOPONIMIA GUARANÍ DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES

Desde el actual río Salado, de la provincia de Buenos Aires, el *Tupichá Miri* de los *Kerandí*, la raza guaraní, desde épocas prehistóricas, pobló lo que se dió en llamar Nuevo Mundo. Las numerosas parcialidades que encontraron los españoles en la época de la conquista: los *charrás*, en la actual República Oriental del Uruguay,

buena parte de Entre Ríos, la parte sur del estado brasileño de río Grande do Sul y una buena porción de la costa del río Uruguay en Corrientes; los *timbú*, *Tobas*, mejor dicho, *Toró*, en Santa Fe, el Chaco y Formosa; en Corrientes, Paraguay, Bolivia, casi todo el actual Brasil, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, las Guayanas y Centro América y el *Kariré*, actual Caribe, estaban poblados por la raza guaraní. Lo dicen los topónimos, dejados como la indeleble impresión digital en la pizarra de la naturaleza.

No es entonces extraño, que en los límites de la actual provincia de Corrientes, los naturales hayan nominado lugares, ríos, serranías, llanuras, y cuanto accidente de la naturaleza llamara su atención, así como las plantas, animales, aves, etc.

Lo que actualmente se conserva de esa toponimia, se agrupa en dos categorías: los nombres que designan el lugar, río o cualquier accidente, describiéndolos, y los que indican el gentilicio de la tribu o parcialidad. Muchos nombres originarios han sido sustituidos por los conquistadores, otros fueron tergiversados, ya por la grafía o por corrupción debida a la pronunciación.

Trataremos en la medida de lo posible de ajustarnos a la verdad, de acuerdo, claro está, a nuestros relativos conocimientos, basados en observaciones propias y de otros estudiosos que nos han precedido.

Corrientes forma parte de lo que dió en llamarse Mesopotamia argentina; se encuentra limitada por los ríos Paraná y Uruguay; al norte y oeste, por el primero y al este por el segundo; al sur por los ríos Guaiquiraró y Mocoretá, que la separan de la provincia de Entre Ríos. El límite con la actual provincia de Misiones, también estaba poblado por parcialidades guaraní, y en él se conservan hasta hoy los topónimos, con más pureza, debido a la vecindad del Paraguay y Brasil.

Empecemos por el sur de la provincia de Corrientes, que limita con Entre Ríos: esta separada por dos ríos, el Guaiquiraró y Mocoretá, escritura castellana mala, que empleamos porque figura en mapas y documentos oficiales. El primero participa de las dos categorías, es a la vez gentilicio y descriptivo, como vamos a demostrar.

Poblaba esa región una tribu guaraní, semicivilizada, los *Guaiquirá*, que llegaban hasta las proximidades del

actual río Corriente, no Corrientes, como equivocadamente se lo nombra hoy. El nombre actual del río, llamado Guaiquiraró, originariamente, en guaraní se debe escribir: *Guaiquiraró* que, etimológicamente, significa: *Guá*, lugar de, *i*, chico, *kirá*, gordo y *ró*, de *roga*, casa.

Los españoles describen a esta parcialidad guaraní, como bajos y gordos. Vivían agrupados en casas, construidas sobre las aguas, que las defendían de posibles ataques enemigos. El nombre designa así las características de los habitantes (gordos y bajos) y la descripción del lugar (agrupados en casas).

Mocoretá: Parcialidad que se extendía al norte de Entre Ríos y sur de Corrientes, hacia la costa del río Uruguay. El nombre de esta parcialidad es *Mokó*, las dos o con pronunciación nasal, que quiere decir tragar o tragones, y *retá*, también la *e* y la *a*, con acento nasal, significa nación, lugar o región. Eran de escasa cultura, semisalvajes, con seguridad una rama de los *chárrúas*, y vivían del asalto y la rapiña; de ahí la designación de tragones o depredadores.

Mirindá: Río que nace en los bañados de la laguna Iverá, en el departamento de Mercedes, corre hacia el sudeste y desemboca en el río Uruguay. Es un topónimo descriptivo y significa: ensenada pequeña, de *Miri*, pequeño para las cosas fluyentes y *Nái*, ensenada.

Páivé: mal llamado *paivubé*. *Pai*, es un neologismo guaraní creado por los jesuitas españoles, que designa al sacerdote católico; en guaraní el sacerdote se llama *Marangatu*.

Pái, no *pai*, es lecho, *u*, comer y *vé*, más; *Páivé*, significa lecho (el río) que come mas, pues los que lo denominaron, creyeron que el río era el que más agua comía al río Corriente, sin darse cuenta que desemboca precisamente en él.

Río Corriente: El río Corriente, no es eponimo de la Provincia, sino exacta traducción de su nombre guaraní. Es el único traducido como corresponde, dice Mantilla en su *Cronica Histórica de la provincia de Corrientes*. Su nombre guaraní era *Arújhá*, de *arú* traer, *já*, que (que traigo) y *ri*, corriente, es decir, río torrencioso o río Corriente.

Río Santa Lucía. llamado así por los españoles, es el *Mepenei*, nombre de la parcialidad guaraní que poblaba desde el norte del río Corriente hasta los actuales departamentos de Bella Vista y Lavalle.

Mepenēi significa los que niegan camino, de *meē*, dar, pé de *ipé*, camino y la negación *ne*; la *i* final significa río o agua.

La laguna Iverá: primitivamente esta laguna legendaria de Corrientes llevaba el nombre de una parcialidad guaraní, los más bravos de la provincia, los *Karà Karà*, o caranchos, pues tal significa en guaraní esta palabra. Poblaban toda la zona de la laguna, por el norte y por el sur; vivían del merodeo y constituían el azote de las tribus vecinas.

Ignoramos cuándo se le nombró *Iverá*, que significa aguas brillante.

Piráyú, el actual Riachuelo; llevaba el nombre del pez llamado Dorado, que abunda en sus aguas y, principalmente, en su desembocadura en el río Paraná. *Piráyú*, es como decimos, el Dorado, y significa: pez amarillo.

Piráyúti: pez amarillo chico, es decir, el Doradillo, una especie de Dorado más chico; se trata de un pequeño riacho, en las proximidades de la ciudad de Corrientes.

Kurusú Kuatitá, nombre de la ciudad, situada al sur de la provincia, delineada por Belgrano, cuando su expedición al Paraguay, en 1811; no fué fundada por el prócer, como erróneamente afirman algunos, pues ya existía el caserio sin orden y el paraje se denominaba así desde antes de la venida de los españoles.

Kurusú Kuatitá significa cruz grabada; es error traducir por cruz de papel, puesto que antes de la venida de los españoles se desconocía en estas regiones el papel; posteriormente al papel se le denominó, por extensión, *kuatitá*, *kuatitá fié*, a la carta, papel que habla o papel escrito, y *kuatitá arandá*, papel sabio, al libro, siendo éstos verdaderos neologismos, posteriores a la conquista española.

Itatí, lugar o pueblo, donde se encuentra el santuario de la virgen del mismo nombre. Esta palabra puede tener cuatro significados: Con pronunciación castellana, significa Punta de Piedra; la *a* y la *i* final con pronun-

ciación nasal, significa piedra blanca; *itátí*, la *i* final con pronunciación gutural, con el sonido de agua, significa pedregal, y finalmente las dos *i* con el mismo sonido gutural del nombre guaraní del agua, significa río o conjunto de nadadores.

Cuando Gaboto, el primero que llegó a este lugar, permaneció un mes con el patriarca o cacique, *Yaguar-U*, comedor de tigres, el *escribano* de la expedición, de apellido Ramírez, describe a los habitantes de *Itatigüá*, como grandes y diestros nadadores: bien podría ser esta última acepción la verdadera.

Yaguareté Korá: corral de tigres, de *yaguar*, tigre, *eté*, verdadero y *Korá*, corral. Así se llamaba el actual departamento de Concepción, describiendo las características del lugar, porque los ríos, esteros y lagunas formaban un verdadero corral impenetrable, donde proliferaban en asombrosa cantidad los tigres.

Távaí, pueblo chico; un pequeño poblado del departamento de Concepción, próximo a otro llamado Santa Rosa.

Kadkatí, yerba de olor muy fuerte, de *kaá*, yerba; *kati*, con acento nasal, penetrante. Es un error que muchos cometen traducir por yerba hedionda, pues *né*, con acento nasal es hediondo en guaraní. *Kadkatí* se llamaba el actual departamento y ciudad de General Paz.

Mburucuyá, nombre de un departamento y del pueblo que le sirve de cabecera, lleva el nombre de una planta enredadera, que da una flor grande y un fruto muy apedecido para hacer dulce: la Pasionaria. Justo R. Araní, al celebrarse el centenario de su erección en curato, separado de San José de las Lagunas Saladas, da la versión del origen del nombre. Según dicha versión, fué el apodo de la hija del donante de las tierras para la formación del pueblo. La *Mburucuyá*, poseía un San Antonio, que atraía la devoción de todo el vecindario; de ahí, que hasta no hace mucho, oficialmente se llamaba San Antonio de Mburucuyá, quedando al final reducido a solamente lo último, Mburucuyá.

Taragüí, nombre guaraní de la ciudad capital de Corrientes, no de la provincia, como muchos sostienen. Suponemos que el patriarca (cacique), se llamaba así en la época de la fundación de la ciudad. Esta palabra gua-

rani pertenece a lo que dimos en llamar primera categoría, pues designa las características del lugar.

Taragui, traducido erróneamente por muchos, como pueblo cercano, de *táva*, pueblo y *agui*, cerca; significa *Asperón, lugar del asperón*, de *itá*, piedra, *rá*, con acento nasal, para o que va a ser, que va a ser piedra, y *gui*, lugar de, describiendo las características de las barrancas. Asperón es una piedra caliza arcillosa, poco consistente, que se deshace y pulveriza al menor golpe, es decir, que va a ser piedra.

El lugar donde se fundó el 3 de abril de 1588 la ciudad de Vera, hoy Corrientes, fué por primera vez designado por el sacerdote Rivadeneira y aconsejado al Rey para la fundación de una ciudad, lugar denominado de "Las Siete Corrientes", por las favorables condiciones que brindaba la naturaleza y la característica de la tribu que dominaba la región, los *Karió*, "Carlos" traducido por los españoles, raza guaraní, que presentaba un alto grado de civilización, en comparación con las otras de la zona; eran agricultores, vivían en casas agrupadas en pueblo; pacíficos pero bravos. Es un hecho comprobado que, antes de la fundación de la ciudad, tenían ya contacto con los conquistadores, con quienes intercambiaban productos de la tierra.

Yapeyú, capital, diríamos hoy, de las Misiones Jesuíticas, situada sobre la margen derecha del río Uruguay, en las proximidades de la ciudad de Paso de los Libres, tiene como estación de ferrocarril *Tapévikua*.

Corrientes y la República toda, la veneran por ser cuna del Capitán de América, el general José de San Martín. El significado etimológico se ha prestado a divagaciones, muchas disparatadas. Nosotros aceptamos la de Manuel Florencio Mantilla, por creerla la más aceptable.

Iajhópeyu, era el lugar donde los misioneros jesuitas, invadiendo la jurisdicción de la provincia de Vera y El Tape, fundaron la reducción que por contracción se llamó Yapeyú confusión de escritura y pronunciación. Yapeyú, originariamente quiere decir; i, agua, a, apócope de *ajhá*, suspiro y *peyú*, soplo, es decir, suspiro o brisa que sopla del río, característica del lugar por la permanente brisa que viene del río.

Tapévikua, estación de ferrocarril en el departamento de Paso de los Libres, significa: *Tapé*, camino; *vi*, debajo y *kua*, agujero; cabe suponer que los jesuitas tenían algún pasaje subterráneo, que comunicaba ese lugar con Yapeyú, en previsión de posibles contingencias.

Llegamos ahora a los dos grandes ríos que rodean la provincia de Corrientes, el *Paraná* y el *Uruguái*, actuales Paraná y Uruguay.

El primero significa: *pará*, overo y por extensión, mar, en sentido traslaticio, y *anama*, pariente.

Uruguái significa: *urú*, ave, *gud*, lugar de e *i*, agua; agua que viene del lugar de las aves, describiendo así los lugares de su curso originario, donde las aves abundan. Isla *Apipe*, de *aká*, cabeza, *pi*, piel y *pé*, chato, agachado. Isla *Yasiretá*, de *Yasi*, luna y *tetá* o *retá*, región, zona o lugar. Ambas son islas situadas en el alto Paraná en las inmediaciones de Ituzaingo.

Itizaingó: Catarata o cascada; de *i*, agua; *ti*, conjunto y *saingó*, colgado, gráfica y exacta descripción de una catarata; Conjunto de agua colgada.

Pegujá: Un arroyo o riacho al norte de la provincia, ¹ significa vado peligroso. De *tapé*, camino; *thugua*, fondo y *ojhó*, que se hunde.

Itákua un riacho al norte en las proximidades de la ciudad de Santo Tomé, significa piedra agujereada o agujero de piedra; de *ita*, piedra y *kua*, agujero. Podría ser también *itájhakua*, significa entonces piedra muy puntiaguda.

Yatati guasú, palmar grande o cocotal grande, de *yatai*, cocotero, *ti*, conjunto y *guasú*, grande; se llama así un lugar situado entre los departamentos de Mburukuya y General Paz, caracterizado por la abundancia de dátiles, palmas y cocos.

Kapikise, nombre de un arroyo en las proximidades de la ciudad de Paso de los Libres; significa paja brava o cortadera, una paja con que se techan las casas. Viene de *Kapi*, pasto y *kisé*, cuchillo.

1. También una ciudad de la provincia de Buenos Aires.

Aterunguá, un rincón del departamento de San Miguel, encerrado entre la laguna Iverá, el río Santa Lucía y esteros que lo circundan. Significa: viejo rincón; de *ara*, hace mucho tiempo y *jhugúá*, fondo.

Tarakué, pueblo que fué, de *tavé*, pueblo y *kué*, que fue, que dejó de ser. Se llaman así algunos restos de las ruinas del lugar donde estaba antes y a la venida de Gaboto, el pueblo guaraní, llamado *Itatigúá*, de donde fué trasladado más tarde por los misioneros, al lugar que ocupa actualmente.

Aguapeí, río que desemboca en el río Uruguay, en las proximidades del pueblo de Alvear, departamento de San Martín. Ignoramos la etimología de esta palabra guaraní.

Angúá, pequeño caserío en el departamento de Saladas; es el nombre del mortero.

Tatákuá, paraje del departamento de San Roque, es el nombre del horno y literalmente significa "agujero del fuego", de *tatá*, fuego y *kuá*, agujero.

Tatá es el nombre primitivo del fuego, el más primitivo de los conocidos en el continente entero.

Itáivaté: *itá*, piedra e *ivaté*, arriba. Puerto sobre el alto Paraná, del departamento de General Paz.

Itápukú; piedra larga; de *itá*, piedra y *pukú*, largo. Paraje del departamento de Mercedes, a 25 kilómetros de la ciudad.

Se trata de dos grandes piedras que aparecen aisladas, donde están grabados nombres de ilustres personas, como Belgrano, Mitre y otros que pasaron por el lugar.

JUAN DE BIANCHETTI.

BALANCE DE LA ASTROLOGÍA

La historia de la Astrología coloca al hombre actual frente a un grave dilema: reverenciada por los más grandes genios, sabios, filósofos, teólogos, poetas... luego renegada oficialmente desde hace tres siglos... ¿es una monumental ilusión de la humanidad o una importante laguna de la ciencia admitida? Diosa espiritual del tiempo heroico en que fué a la vez una ciencia, un culto y una poesía; reina de las ciencias en una época también

lejana en que los conocimientos se aglomeraban en ella, su última palabra no está dicha.

Aquel que le consagra su tiempo y su empeño, condena los dos simples clichés de los que es hoy prisionera: el del "racionalista" que la tiene por una tontería y el del vulgo que la toma por "la adivinación científica". Sabe que tenemos razones afectivas e inconscientes, fuertemente arraigadas, para estar *a priori* por o contra ella, y que perjudican su examen objetivo. Estos son los móviles que la condenaron irremisiblemente en el último siglo. En un concierto unánime de declaraciones, donde dominaba la voz de los astrónomos, Laplace confirmaba: "La astrología se ha mantenido hasta fines del penúltimo siglo, época en que el conocimiento, generalmente difundido, del verdadero sistema del mundo, la ha destruido sin retorno".

Para sorpresa general, un renacimiento parece operarse alrededor de 1900 y en el corazón del siglo XX, la astrología es más que nunca de actualidad, con sus partidarios y sus adversarios irreductibles.

Ese "renacer" contemporáneo puede explicarse en gran parte por el retorno general a lo irracional que es acompañado por un despliegue de las supersticiones. Ese incontestable retroceso del espíritu es inherente a la inseguridad en que vive el mundo moderno, presa de las revoluciones, de las guerras mundiales, de las convulsiones: la previsión del porvenir es una necesidad profunda del alma angustiada. Pero ese clima sólo justifica el delirio popular, el escándalo de los horóscopos de la prensa y de los traficantes de estrellas. No sabría dar cuenta del empuje de búsqueda auténtica que anima un verdadero "movimiento astrológico", fundamentando el problema de la astrología.

Nos parece que esa renovación astrológica es un aspecto particular de un proceso histórico general, en relación estrecha con la revolución científica y cultural a la que asistimos desde hace medio siglo. Se efectúa, en efecto, en el momento en que la ciencia hace una serie de descubrimientos bastante sensacionales: rayos X, radiaciones, ondas eléctricas, T.S.F., radiactividad, electrón, átomo, microbios, rayos cósmicos... en el momento en que lo infinitamente pequeño es penetrado, en que telescopios gigantes abren el universo de las nebulosas.

en que uno se apresta a conquistar el cielo, en que el primer submarino explora el fondo de los mares, en que el psicoanálisis comienza a sondear lo íntimo humano, en que el simbolismo hace fortuna en las artes, etc. Simultáneamente la retrasada antigüalla que es la astrología adquiere repentinamente un interés y un rostro nuevo.

Esta resurrección no es paradójica mientras se mantenga en el estado de espíritu de hace tres siglos cuando Colbert separó la astrología de la Academia de Ciencias; ningún proceso, ni el menor documento, ni la menor prueba que justificara científicamente esta prohibición. La astrología es enterrada entonces sin permiso de inhumación ni autopsia cuando nunca búsqueda humana había tenido más brillante pasado. Es así que deja una especie de "mala conciencia" en los astrónomos que la tendrán, desde entonces, por un mal del espíritu tan temible como la peste negra. Es como una tradición que se establece: cada astrónomo se enardecerá a su respecto (a pesar de toda una generación de astrónomos astrólogos, de Ptolomeo a Kepler), pero nunca nadie buscará juzgarla sobre las pruebas, por una verificación imparcial, por ejemplo bajo forma estadística.

Este rechazo tomó cuerpo con el descubrimiento de Copérnico: la astrología se funda en el sistema que coloca la Tierra en el centro del universo y el astrónomo de Thorn coloca nuestro globo en el rango de simple planeta dependiente del Sol; la luneta de Galileo estableció la prueba de ese nuevo sistema. Este argumento sin embargo comportaba tan poco que Copérnico nunca desechó la astrología, que Galileo declaró sin equívocos que el sistema heliocéntrico no causa perjuicios al principio del arte astral, y que Kepler no dejó de practicarla adhiriéndose al nuevo sistema desde su juventud.

Verdaderamente, esta falsa interpretación, que se comienza a abandonar, debe ser atribuida a todo un movimiento de opinión: respondía a una actitud general del pensamiento científico en formación. La aparición de la luneta aleja al astrónomo de la búsqueda astrológica para alimentar su curiosidad del cielo y de sus misterios. No podía ser tampoco cuestión de observar una carta del cielo para seguir a un enfermo. Es la época de Pascal, de Torricelli, de Malpighi, de Boerhaave... los

descubrimientos alumbran con una luz nueva los misterios de la vida, y se tratará de ahora en adelante de observar el interior del hombre y no de seguirlo en el macrocosmos que le es exterior; se aleja del cielo para conquistar la tierra. Bajo ese empuje activo y constructivo de la ciencia, los filósofos proclaman la libertad del hombre en el seno del mundo: el hombre es libre en su voluntad y en sus pensamientos y ese velo de fatalidad cósmica que lo envolvía como una túnica de Neso es al fin desgarrado.

Hoy, no debe ser cuestión de quedarse allí. Cuando el señor Marcel Boll dirige, a propósito de la astrología, la requisitoria implacable de la "Razón" (sic) contra el obscurantismo, el antropomorfismo y la ilusión, no hace más que un hermoso discurso; conviene preocuparse un poco más por los hechos. Desgraciadamente, la astrología, al estar suprimida del programa de las universidades desde hace tres siglos, nadie la estudia ni la conoce más: el contacto con ella está roto; se cree haber terminado así con una superstición que no merece la menor verificación.

Y sin embargo, el renacimiento actual obligará, tarde o temprano, creemos, a la revisión de esta posición, seguramente retrógrada. Ciertamente, ninguno de los nuevos descubrimientos científicos puede patrocinarse una "física astrológica" y la idea astrológica conserva un carácter paradójico puesto que ella no puede entrar en el cuadro de los conceptos físicos de nuestra ciencia, pero el retroceso del pensamiento mecanicista y causalista y la manera de abordar las cosas orgánicamente en su totalidad, su simultaneidad, su interdependencia global, el descubrimiento de un determinismo psicológico bastante riguroso, la rehabilitación del simbolismo y su identificación en la vida psíquica, todo un conjunto aproxima el espíritu científico moderno a los fundamentos filosóficos de la astrología.

También, más que nunca conviene volver seriamente a los hechos: la relación entre las configuraciones celestes y los estados humanos, afirmada por ese conocimiento ¿es una realidad o una ilusión? Tal es, presentado brutalmente, el problema número uno de la astrología sobre el que conviene entenderse una vez por todas.

Para los Antiguos, la correlación entre el cielo y el hombre debía ser un hecho vivido, y por consiguiente una

evidencia que se dispensa de demostración; tal es el hombre que participa de la vida de la naturaleza y que se siente integrado en el medio cósmico. Verdad primera experimentada empíricamente, la astrología nunca fue pues demostrada científicamente, a despecho de la pretensión de fabulosas y lejanas estadísticas sostenida por algunos. Cuando espiritistas tradicionalistas se apasionaron con la astrología hace algunas décadas, fué de la misma manera que aceptaron el credo, con los ojos cerrados. Pasemos sobre el deplorable estado de espíritu que reina aún en demasiado numerosos astrólogos y señalemos, por el contrario, que el verdadero movimiento de renacimiento astrológico se organizó alrededor del politécnico Paul Cholsnard porque, precisamente, fué el primero que concibió la necesidad primera de verificar la hipótesis astrológica con la ayuda de las estadísticas.

Tuvo el mérito de plantear la única cuestión que requiere una respuesta decisiva: *¿Existe, si o no, una correlación entre los índices geocéntricos del sistema solar y el individuo, su carácter y su destino, en función del cielo de nacimiento?* Escribió mucho sobre este tema, y, fuera de algunos errores secundarios y teniendo en cuenta el rápido desarrollo de las ideas en materia de cálculo de las probabilidades, su obra se mantiene valedera. Pero Cholsnard no puso bastante rigor en sus investigaciones y prácticamente quedan pocas cosas de los resultados estadísticos que de buena fe pretendía haber obtenido. Una crítica rigurosa conduce a la misma reserva con respecto a los resultados obtenidos por K. E. Krafft en su *Traité d'Astrobiologie*, aunque, hasta estos últimos tiempos, la astrología no tenía en su activo más que una docena de estadísticas probatorias; pero no eran esas más que pruebas parciales y aisladas, que no era posible agrupar en una misma serie a fin de constituir un "frente" susceptible de imponer el "hecho astrológico".

Fundándose en los resultados obtenidos por Cholsnard y Krafft, al igual que por algunos estadísticos no astrólogos (Farnsworth y Huntington), Paul Couderc, codirector del Observatorio de París, declarará: "El balance de la astrología científica es igual a cero; es una lástima pero es un hecho". Conclusión de un hombre apurado.

Hoy nos viene de Michel Gauquelin una encuesta estadística bien establecida, que aporta variaciones de fre-

cuencia significativas, las que se repiten de una manera regular en una serie de ensayos importantes. Aunque discutida por un especialista, Juan Porte, esta obra no deja de ser impresionante porque el autor, que responde a su crítica, aporta nuevas estadísticas que mantienen los resultados de las primeras. En nuestro parecer, la última palabra corresponderá a Gauquelin si continúa aportando pruebas concluyentes, como comienza a hacerlo.

Según nuestra perspectiva, la verificación de la hipótesis astrológica debe fundarse en la consideración de "correspondencias" aceptadas por la tradición, desde el comienzo de la encuesta. No se trata de "ahogar el pescado" partiendo de la hipótesis de que los diez planetas tienen igual suerte de agruparse anormalmente en un lugar cualquiera del movimiento diurno. Precisamente, la "correspondencia" presumida está representada por ciertos planetas (uno o dos) en ciertos lugares del cielo. Ahora bien, se encuentra que en cada estadística de Gauquelin, es siempre el planeta esperado el que viene a presentarse en el lugar (o aproximadamente) que se lo esperaba, según la hipótesis astrológica.

Lo que hay de notable en estas estadísticas, es que se recortan desde el punto de vista del orden de la repartición de los planetas; las concentraciones anormales se reparten alrededor de los cuatro ángulos del cielo, en el levante, en la culminación, en el poniente y en el meridiano inferior. Precisamente desde siempre son los cuatro puntos dominantes de la horoscopia: es allí donde eran esperados.

Pero lo que es más notable aún, es ver al viejo simbolismo planetario confirmado por los tres planetas "verificados": es Marte el que se levanta y culmina en los militares, los deportistas y los médicos (cirujanos); es Júpiter el que se levanta y culmina en los actores y diputados; es Saturno el que se levanta y culmina en los sabios y los sacerdotes.

Se comprende pues el alcance considerable de estas estadísticas en favor de la astrología más pura. Han conducido a su autor, sin embargo ferozmente adversario, hasta a entrever las modalidades de una "influencia astral" que permanece en los principios mismos de la astrología.

En el tiempo en que importantes investigaciones estadísticas parecen conducir a la confirmación de correlaciones astrológicas, no está fuera de lugar dirigirse al practicante para captar la concepción empírica de su arte.

La astrología práctica tal como la presentan los manuales, repugna al espíritu racional por su carácter de recetas mágicas. En este estadio arcaico, sólo puede ser un juego de salón, un entretenimiento sin pretensión, una adivinación tan inconsecuente como la banal cartomancia. Es necesario confesar que no adquiere más sentido en la mano de la mayoría de los astrólogos; por el contrario, los detractores nunca le han criticado más que esta visión infantil, sin siquiera darse cuenta que juzgaban un sucedáneo (*ersatz*).

Para el practicante consciente de su arte, la astrología bruta es inadmisibles; es un *en si* separado del universal conocimiento, un universo cerrado que se basta a sí mismo sin relación con el viviente, una práctica irracional, ilógica.

Verdaderamente, debe ser a los conocimientos de la vida lo que son las matemáticas a las ciencias físicas, sus símbolos abstractos están demasiado alejados de los datos empíricos de la vida concreta para que se pueda asimilarlos directamente a éstos, sin pasar por la ayuda de la ciencia. La correspondencia entre los indicios celestes y los fenómenos humanos no puede ser establecida sino después de este retroceso. Así integrada al pensamiento moderno, la astrología deviene un instrumento al servicio de una disciplina ya sentada, que pone al investigador directamente en contacto con la estructura de los fenómenos, única referencia valedera.

El practicante debe encontrar su lenguaje y lo busca habitualmente allí donde su formación lo afirma. Personalmente, hemos sido conducidos a buscar un estatuto psicológico para la astrología.

En esa edificación, la primera comprobación que se impone es que el determinismo universal no se diferencia del determinismo psíquico. El viejo adagio *Astra inclinant, non necessitant*, deja entender que si los astros nos determinan, es porque llevamos la determinación en nosotros, en nuestro bagaje psíquico. El adagio no menos antiguo: "El sabio rige su estrella, el ignorante es regido por ella", precisa también que ese determinismo astral reside, si se puede decir, en nuestras raíces instintivas,

animales, terrestres. De la relación de los dos determinismos, el astrológico y el psicológico, se deduce que el universo cósmico y el universo humano, el destino celeste, y el destino interior, no podrían concebirse en adelante sino como la expresión de la misma realidad.

Cuando uno se dedica al estudio de los mecanismos de esos dos mundos, se sorprende al comprobar su común semejanza. Es así que el proceso planetario —que sigue el individuo desde su nacimiento a su muerte, orientándolo duraderamente e invariablemente, determinando una serie de experiencias análogas— es semejante, funcionalmente, al automatismo de repetición descubierto por Freud.

Desde el ángulo de la dinámica psíquica, se descubren igualmente modos de acción paralelos. Lo más sorprendente es sin duda el aspecto de la simbólica psíquica. Las analogías a las que se refieren los astrólogos se ordenan a partir de un sistema de simbolismo universal; el desplazamiento de la tendencia astral sigue la línea de una serie simbólica, y psicoanalistas como Allendy, Arthus y Jung, han reconocido muy bien ciertos paralelismos (Sol-Padre, Luna-Madre...)

Estas superposiciones simbólicas se comprueban sobre todo con respecto a la genética psíquica. Pero además, los procesos dialécticos de la psique se vuelven a encontrar en el modo operatorio de la constelación astrológica; en efecto, ésta se descifra como si reflejara los procesos primarios del psiquismo: condensación, sobre determinación y substitución.

En este nivel de conciencia y reducida a sus valores esenciales, la astrología no es sino una psicología, pero sin duda es la psicología del hombre en el universo, y su fenomenología es una fenomenología de la afectividad. Uno se da cuenta que ella impone, para ser valederamente aplicada, una visión psicoanalítica al practicante y que no sabría dar cuenta de los hechos aparentes e inmediatos de la vida. Con ella, siempre es necesario buscar lo inconsciente bajo lo consciente, el valor subjetivo bajo la evidencia objetiva, el sueño bajo la experiencia, y ver, más allá de la representación visible, la construcción subyacente.

No estamos en el tiempo en que la concepción de los dioses- planetas dominaba el universo de los astrólogos,

muy próxima a la fuente mitológica. Hoy, dos grupos se enfrentan que quizás mañana constituirán dos "escuelas" rivales, a la espera de la solución.

Según unos, la "influencia astral" es una realidad física: cuestión de protones solares, de fotones planetarios, de ondas radiosolares, radiogalácticas... todavía no se sabe. La astrología no es más que una "astrofísica irracional" que no ha encontrado ni su porqué, ni su cómo. Pero los astros son "causas" verdaderas que agregan un nuevo capítulo a la red de nuestros determinismos: biológico, psicológico, económico, sociológico.

Para esta astrología astrofísica, los astros son pues agentes activos de la vida terrestre; nos influyen de lo lejano de los cielos y su poder pesa sobre cada destino, en una física del ambiente universal que nos envuelve por todas partes. Queda por saber si la física moderna puede validar los principios mismos sobre los que la práctica astrológica se apoya.

Según los otros, los descubrimientos astrofísicos no agregan nada a los principios de la astrología, que permanece fiel a la filosofía hermética de la Tabla de Esmeralda. Por otra parte, esta visión primera no es de tal manera desmentida por las adquisiciones científicas modernas. La analogía juega en el psiquismo de cada individuo, formando su carácter, regulando sus sueños, su actividad, sus creaciones. Es permitido preguntarse si no juega en todo y si la naturaleza toda no procede por analogía, haciendo la parte a imagen del todo, el átomo a imagen de la estrella... sometiendo a leyes semejantes las diversas formas de energía y los diferentes aspectos de la vida. Según esta "astrología simbolista", si tal astro "influye" sobre la naturaleza del hombre, no es como cuerpo celeste ejerciendo una acción transitiva, sino como un "símbolo" de lo que se desarrolla en la vida interior de este hombre, siendo Venus, por ejemplo, al macrocosmos solar lo que el verbo amar o las conductas amorosas son al microcosmos humano. El astro no es más que un simple "testigo" del universo interior del hombre; no se establece entre uno y otro una sucesión de causas o de efectos; el astro y el hombre están tomados por el contrario en una simultaneidad global donde el astro es el signo del hombre y éste el signo del astro. No estamos más frente a una causalidad, sino frente a una señal

astral. La carta del cielo natal deviene un elipsis de la individualidad tomado en la escala del universo: el cielo está en el hombre ("Es en tu corazón que están las estrellas de tu destino" - Schiller). Es así que la constelación exterior refleja la constitución interior en la medida en que lo pequeño y lo grande se estructuran según un plan común. La astrología simbolista es entonces la "ciencia de las correspondencias universales". Aquí, el determinismo cósmico se superpone a los determinismos humanos conocidos; no se agrega a ellos sino que se expresa a través de ellos. Quizás el principio de sincronidad de Jung ayudaría a comprender mejor esta posición de la astrología simbolista que subsiste (comparada a la astrología astrofísica) como una alquimia, pero una alquimia que debe encontrar sus medios de expresión, una "ciencia poética" que debe erigirse en conocimiento lógico. Es evidente que tal astrología es más difícil de aceptar, en razón de su Weltanschauung bastante poco conformista, pero ella es la que, por el momento, funda toda la práctica astrológica.

La astrología es a la vez muy vieja y muy joven para que se le encuentre muy pronto un estatuto satisfactorio. Son innumerables las investigaciones que deben dirigirse en todas las direcciones. Además, fuera de un mercantilismo bien retribuido y de los saltimbanquis de caminos justamente denunciados por Maurice Coloin, los investigadores astrólogos, muy poco numerosos, deben ganar su pan, y las sociedades de investigaciones viven mediocrecientemente de sus adherentes; tampoco pueden publicar los trabajos de sus miembros mientras que los documentos de estado civil, esas minas de oro en letargo, están fuera de su alcance. En estas condiciones, la búsqueda astrológica irá a paso de tortuga.

Mientras la ciencia "oficial", no se ocupe de ella, con el poder de sus medios, será así necesariamente. No obstante los astrólogos se preguntan si no está a punto de abrirse una era mejor. En efecto, desde hace algunos años, el Profesor doctor Hans Bender, de la Universidad de Friburgo en Breisgau, ha abordado valientemente el problema de la astrología, como consecuencia de una encuesta Gallup efectuada en Alemania, que muestra que de diez alemanes, tres son favorables a la astrología y cinco le son desfavorables, y que los horóscopos de los

diarios ejercen una gran influencia sobre la "gente de la calle". En cuanto a la higiene mental, esa funesta influencia es un hecho social que es necesario tomar en consideración cada vez más. El Profesor Bender ha fundado un Instituto de investigaciones científicas, al que está afiliada la Sociedad de Parapsicología, en colaboración con la Universidad de Friburgo. Una verificación de los pronósticos y diagnósticos de los astrólogos de lengua alemana (varios centenares) está en curso, así como, creemos saber, investigaciones estadísticas diversas. Un instituto análogo se organiza en el Instituto de Psicología de la Universidad de Utrecht en Holanda, bajo la dirección del Profesor J. Van Jennep. Hasta aquí, los resultados de la experiencia Bender son negativos y se ha decidido luego de selección, someter los tests a una cincuentena de astrólogos a lo más. Esos resultados no sorprenden excesivamente a los investigadores especializados, pero conocemos la escrupulosa imparcialidad del Profesor Bender, que se ha rodeado de un grupo importante de especialistas para efectuar sus experiencias. Tenemos algo de razón al esperar que estas encuestas hechas, no sobre los astrólogos sino sobre la astrología misma, acelerarán el acercamiento en que, finalmente, el estudio sistemático de las correlaciones entre los astros y el hombre será emprendido en la misma escala que las investigaciones científicas oficiales.

ANDRÉ BARBAULT,
La Tour Saint Jacques.
Mai-Juin 1936

Traducción de Gloria Blanco.

En la misma revista, Roberto Amadon publica un artículo titulado *Astrología Pseudo-científica*, en el que dice: "La astrología 'científica' es imposible. Pasa la defensa y la interpretación llamadas científicas de la astrología no son ciencia sino per un abuso de palabras; el estudio de las influencias celestes que la ciencia reconoce y que puede reconocer, ya no es astrología. (N. de la R.).

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

DEFENSA DE LA LECTURA

En estos tiempos en que el hombre desarrolla tanta actividad, tanto movimiento externo, en que el ocio —el ocio fecundo— parece desterrado de la vida intelectual, la lectura se cumple con esfuerzo, con sacrificio cada vez más apretado.

Leer es aprender, pero también es evadirse o si no afirmarse. Todo ello se cumple como una aventura y como una necesidad: aventura de evasión y a la vez necesidad de reencontrarse con lo esencial del propio ser, de descubrir el secreto encuentro consigo mismo en la lectura o en la relectura.

— "A mí me gusta releer los libros. Desconfío de la gente que no relea", decía el poeta norteamericano Robert Frost, citado por Octavio Paz. Y agregaba: "Hay que leer bien y muchas veces unos cuantos libros".

Cuando en la misma oportunidad le dicen a Frost que alguien inventó un método para desarrollar la velocidad de la lectura, el poeta contesta:

— "Están locos. A lo que hay que enseñar a las gentes es a que lean despacio. Y a que no se muevan tanto. ¿Y sabe usted por qué inventan todas esas cosas? Por miedo. La gente tiene miedo de detenerse en las cosas, porque eso las compromete. Por eso huyen de la tierra y se van a las ciudades. Tienen miedo de quedarse a solas consigo mismos".

El lector, pues, es un hombre que sabe quedarse a solas consigo mismo pero encuentra, por medio de la lectura, la comunicación con las cosas y con los seres.

Gracián, al hablarnos de la culta repartición de la vida del discreto, valoriza la lectura, la experiencia y la meditación. Aunque debemos advertir que esos tres quehaceres están compenetrándose siempre en la vida del hombre culto, afirmemos que hoy, con el aumento constante de los medios editoriales y publicitarios que señalan una gran amplitud de la visión de las cosas, en una variedad de temas, de tonos, de épocas y autores, sin un "arte de

leer", sin un método o sistema, sin reglas para aplicar a la lectura que tan rápidamente se cumple, el lector común, el lector desatento, no sabe advertir las estructuras de lo leído ni disponer de una actitud interpretativa, ni ejercer una crítica propia.

Podemos decir que en este tiempo en que se propagan y multiplican las historietas que sustentan la pereza mental de adolescentes y de jóvenes, las historietas que hacen entrar por la más fácil puerta de los ojos lo que no dejan entrar por la imaginación o por el razonamiento o por la asociación de ideas, las historietas que pretenden dar todo hecho con figuras devoradoras de la atención y con palabras telegráficamente fijadas: podemos decir que en este tiempo alfabetizado, todo el mundo lee bien? ¿Podemos estar conformes, por ejemplo, con la desatenta lectura que en un plan de obligaciones cumplen los estudiantes secundarios que, por lo general, no descubren ni saben descubrir los fundamentos de lo que leen y que obtienen sus títulos de bachilleres sin haber logrado —sino por excepción— la felicidad de poseer esa cualidad intelectual desinteresada de la buena lectura, esa aptitud para sentirse recreados por lo que leen? ¿Podemos dejar de señalar el hecho tan elocuente de que en algunas audiciones radiales llamadas "de preguntas y respuestas" participan con éxito o con buen resultado obreros y empleados totalmente ajenos al estudio en aulas y ajenos a los exámenes, y que ponen de manifiesto una apreciable capacidad selectiva que los mismos demuestran poseer como simples lectores ceñidos a un tema, ajustados a los pasos de un asunto que racionalmente y emocionalmente viven?

El caso reciente de un obrero tan entendido en los pormenores estructurales y en las grandes perspectivas del *Martin Fierro*, mientras que en la misma oportunidad una estudiante recién egresada brindó datos deportivos fundados en la memoria, puede decirnos con abierta elocuencia que es urgente leer para educar y también educar para leer.

Quisiéramos hacer una defensa de la lectura, ya que hasta los adultos insisten en la haraganería de las historietas, típico entretenimiento de las masas, abandonando la dificultad y el deleite de la lectura. Quisiéramos hacer una defensa de los buenos libros como sustancia de las

largas horas de lectura y de relectura, de los buenos libros para el buen leer que es como decir el buen aprender, porque los buenos libros bien leídos son los maestros más fieles.

Frente al libro, frente a las páginas del libro que aviva las potencias del alma, están las historietas cargadas de absurdas banalidades, de sustituciones torpes del héroe por el "superhombre" mecanizado. Frente al buen libro en el que alienta lo poético y en el que están las bases para una apreciación consciente de la vida, se extiende la fácil y estéril visión de las historietas en las que no hay ninguna relación de contenido ideal y de forma.

El buen lector de los buenos libros es un re-creador de la obra literaria y a su capacidad de comprensión destina el autor cada una de sus palabras y la totalidad de su mensaje: el buen lector, en la medida de lo posible, recibe y re-crea el contenido ideal de lo leído y descubre con felicidad su trabazón interna. Apreciación consciente y profunda de la obra, goce puro de la obra sobre las bases de una intimidad que se hace más eficaz cuanto más se avanza en la lectura o en la relectura.

Leer bien es como una transmutación. Leer bien es como un descubrimiento continuado. Es la reflexión sin que advirtamos el hecho o la acción de reflexionar. Es levantar las espigas que ofrece la vida. Es estar aprendiendo y formándose y afirmándose en otro tiempo sin advertir que es otro el tiempo. Es abrir los cerrojos del alma para cada sílaba y para cada palabra. Es valorar las cicatrices de la experiencia humana y señalar el resplandor de cada cosa. Es tomar el racimo de los pensamientos y morder en cada uno. Es sentir en la garganta la piedra de una angustia que se transforma en grito callado para adentro en la oscuridad del silencio maltratado. Es abrir los párpados redondos hacia el cielo de las sorpresas. Es querer apartar el ácido de la boca al separar los suplicios del error para hundirlos en un matorral de rechazadas sombras. Leer bien es querer acercarse a un manantial en que suceden las voces más claras de la verdad.

El buen lector, pues, con el ejercicio de la lectura avanza en la conquista de su propia personalidad consciente.

Esa felicidad, por lo contrario, no la alcanza jamás la acumulación fácil y estéril de las continuadas anécd-

dotas gráficas o de las malas obras que pertenecen a la subliteratura y con las cuales miles de adolescentes sustituyen el camino y el movimiento de la verdadera lectura. Aquella fuerza espiritual no es jamás alcanzada por el comercio y la industria de las historietas para las cuales no hay bien ni hay mal sino simplemente fuerza o habilidad que pueden obtener el bien y el mal con la misma facilidad y sin ninguna grandeza moral. Las historietas, con sus anécdotas vulgares de crímenes o de destenidas historias inverosímiles o de sentimientos tenebrosos y con sus arpones para la atención visual, están permanentemente y abundantemente en la flojedad de las potencias del alma y en la admiración vil de quien domina por la fuerza. En cambio, es otro el camino y el movimiento de la verdadera lectura bien cumplida, de los buenos libros leídos despacio, de la buena y alta literatura que navega a través del tiempo con todas las estrellas guiando las generaciones de los hombres mejores.

Porque el verdadero lector, el buen lector, no quiere el simple entretenimiento por fáciles medios visuales, sino la felicidad del lenguaje con todas sus constelaciones. Porque el buen lector no quiere que el error o la pereza mental vayan y se instalen en él como sombras ni quiere quedarse como ante una neutra lámpara apagada. El auténtico lector quiere que la curiosidad intelectual y el sentimiento estético se adelanten y avancen a través del lenguaje, a través del siempre vivo lenguaje, y lo sienten allí en la verdad, o allí en la virtud, o allí en la belleza. Y allí en la maravilla.

OSVALDO HORACIO DONDO.

UN PLAN NO GRADUADO DESTINADO A ASEGURAR LA CONTINUIDAD DEL APRENDIZAJE

Al término del año lectivo, los alumnos de la mayor parte de las escuelas, de todos los rincones del país, pasan de grado. Una inmensa mayoría de estos niños cursan un grado durante un año, los que, una vez finalizadas las clases, son promovidos al grado inmediato superior.

En algunas escuelas hay mayor flexibilidad, por lo que ciertos reajustes de promociones son posibles durante el

año escolar. Estas escuelas admiten que hay circunstancias que pueden hacer variar la situación en un período de doce meses. Se pueden haber deslizado errores de juicio en las promociones al final de un año lectivo. El tipo del desarrollo individual del niño puede haberse alterado de tal manera, que el grado en que está ubicado, ya no represente el mejor ambiente de aprendizaje para él.

Hay, además, un número creciente de escuelas que están eliminando las promociones anuales, a las que se alude, a veces, como ascensos o retenciones. En estos sistemas escolares, se admiten niños de casi seis años de edad en una unidad primaria. Se produce un reajuste de promociones a un aula diferente, cuando el alumno ha completado la parte del programa destinada a este período del aprendizaje, y siempre se efectúa, después de considerar cuidadosamente cuál será el medio más adecuado para que el alumno prosiga sus estudios, como ente individual. Por lo general, la mayor parte de los niños necesitan tres años, pero algunos sólo requieren dos, mientras que otros necesitarán cuatro años.

En unas pocas escuelas, las experiencias del aprendizaje de la unidad primaria van acompañadas por un segundo período que requiere, para completarse, de dos a cuatro años, tardando, la mayoría de los niños, tres años. Esto es lo que se denomina, generalmente, unidad intermedia que, junto con la unidad primaria, componen el programa de la escuela elemental, más conocido como el programa de primero a sexto grado.

No se acepta la unidad intermedia, no graduada, tan ampliamente como la unidad primaria, ni se la aplica tampoco, en forma amplia. En las escuelas donde la organización de las unidades primarias se limita a los cursos primarios, un niño pasará de la unidad primaria al cuarto grado.

La unidad no graduada parece ser una etapa en el desarrollo de los procedimientos tendientes a un aprendizaje continuo.

Hace tiempo, durante el desarrollo de nuestro sistema escolar, el programa estuvo confeccionado en grupos definidos de materias que se distribuyeron cuidadosamente, en partes iguales, debiendo aprenderse cada una de ellas en un período estricto de tiempo. Se admitían diferencias individuales que exigían determinado lapso para dominar

dichas materias. Un alumno listo repetía más una misma cosa para ocupar el tiempo destinado a la asignatura. Esta práctica adicional no era necesaria, puesto que su expectativa y exigencias habían sido satisfechas.

Se le concedió al alumno torpe un segundo periodo de tiempo, igual al primero, para repetir la materia. Los pedagogos predijeron erróneamente, que este segundo desarrollo de la misma traería, como resultado, un aprendizaje más rápido y el dominio de toda la parte del aprendizaje destinado a este periodo.

En la actualidad, nuestro programa ha rebasado muchísimo los límites del contenido de las materias, pues incluye una constante expansión de conocimientos, una lista, siempre en aumento, de experiencias, amén de un interés por recurrir a las mismas y emplear nuestro saber para solucionar las dificultades.

Las escuelas se interesan por el desenvolvimiento total del alumno. Las investigaciones han comprobado que existen amplias variaciones en las etapas del desarrollo mental, físico y socioemocional, en niños de una misma edad cronológica y amplias diferencias individuales de diversa capacidad mental, en el periodo de crecimiento. Ello significa que nuestro pronóstico de lo que pudiera realizar cualquier niño en un tiempo fijo, es limitado.

Esta expansión del programa escolar, junto con los estudios sobre el aprendizaje y el desarrollo y crecimiento infantiles, han creado nuevos objetivos, nuevos métodos y técnicas y nuevos procedimientos administrativos. Con la simple repetición del curso, no se consigue el dominio de las materias, pero una lenta sucesión encadenada de ejercitación tras ejercitación con el niño, lleva al éxito, que se traduce en la formación y el desarrollo de conocimientos básicos sobre los que puede elaborar un aprendizaje más complejo. ¿Qué prácticas aprueban este criterio?

Cuando los niños están organizados y agrupados en grados, cada grado determina el programa al que un grupo particular habrá de ajustarse. Es probablemente cierto que se imparte a los niños, en estos grados, una serie cuidadosamente encadenada de conocimientos. Empero, el error en el nivel del grado, trae aparejado problemas de instrucción, inclusive el empleo del material graduado y de unidades de aprendizaje.

En lo que se refiere al éxito, resulta difícil asociar este concepto con el retardo o el trabajo inferior al nivel del grado. El término mítico "nivel del grado", ha dominado a la práctica escolar sin tener en cuenta las variaciones en la capacidad para aprender; la práctica para enseñar; la cantidad de tiempo desperdiciada con mentalidades de alcance especificado; las relaciones entre el maestro y el alumno y muchos otros factores que originan progresos en la búsqueda del saber.

No quiere decir esto que la continuidad de la enseñanza sea imposible en las escuelas graduadas, a causa de que no se ha podido establecer su ordenamiento y su éxito. Muchos directores de escuelas y maestros creadores y prácticos han vencido los obstáculos que les presentaba la práctica de esa organización. La flexibilidad en las promociones, en el empleo de los materiales y en la valoración e informe de los adelantos de los alumnos, ha asegurado una ordenada presentación de la enseñanza y el éxito consiguiente.

La unidad no graduada consiste en un tipo de organización, adoptada en principio, para asegurar la continuidad del aprendizaje. Reconoce el desarrollo eslabonado de las habilidades y la importancia del éxito o dominio de las asignaturas en cada etapa. Los patrones individuales se relacionan con la capacidad de cada alumno. Se ha dividido el contenido del programa para los grados primarios, en un número de niveles en serie, en los que los niños ascienden de una categoría a la siguiente, en cada área de materias, en el transcurso de los dos a cuatro años en que asisten a la unidad primaria.

Es probable que un niño no alcance a cursar todas las categorías, al finalizar el periodo de cuatro años, o que necesite menos tiempo del que exige el periodo mínimo de dos años.

No obstante, tales ejemplos serían escasos y se solucionarían en forma individual. Durante este lapso, nunca se destina un día especial para decidir cuándo los alumnos son promovidos al grado siguiente, o retenidos para que repitan el mismo grado. La valoración se ha hecho a través de un constante proceso.

El número de alumnos del grupo, sólo varía ligeramente de año a año. Cuando los alumnos han dominado individualmente todos los niveles a que fueron promovidos en

la unidad primaria, son trasladados a otro grupo, en un aula diferente. Puede destinarse a los alumnos a otra aula, cuando sus necesidades individuales presenten problemas de agrupamiento, para instruirse dentro del aula en que estaban o cuando el grupo no les resulte ya el medio más conveniente para proseguir su aprendizaje. Puesto que los grupos no están divididos en grados, no se gana ni se pierde ventajas con dicho traslado.

Si el maestro permanece con un grupo de niños en el transcurso de la unidad primaria, está pendiente de los múltiples factores propios de cada situación. Se asegura la continuidad de la enseñanza por la progresión ordenada, a través de los diversos niveles continuos del aprendizaje.

La mayor parte de las escuelas que emplean la unidad primaria no graduada, han limitado sus estudios y sus análisis del aprendizaje, a la lectura. Estos pedagogos podrían efectuar un aporte importante, si sus estudios se extendieran hasta abarcar toda el área de la enseñanza escolar.

La aritmética, la escritura, los idiomas, los estudios sociales, las ciencias y las bellas artes, forman parte del programa escolar y debería asegurarse la continuidad de los estudios en este campo. El nivel del aprendizaje de una materia no indica que se progresa en otra.

Si el objetivo de la educación es el desarrollo completo del niño, hasta el límite de su capacidad potencial, la escuela debería aceptar, pues, la responsabilidad de ayudar a todos los niños a adquirir destreza en todos los campos del aprendizaje. Los maestros estarían mejor capacitados para guiar a los alumnos individualmente hacia una educación completa, si los estudios encadenados de cada materia, estuviesen determinados por un límite más flexible de periodos de tiempo, lo que permitiría asegurar el cumplimiento completo de la etapa primaria escolar.

Pareciera también que, si en vez de hacer hincapié en la escuela elemental, insistiésemos en una instrucción completa y amplia en todas las prácticas de la educación, tendríamos entonces, como resultado, que el proceso de la enseñanza y del aprendizaje estaría tan dirigido, que ningún área se extendería a costa del descuido de otra.

Podría significar también que deberíamos insistir más en un área de materias que otras, en un tiempo especí-

ficado, y continuar haciéndolo, hasta que el alumno que haya fallado a clase, se ponga al día con sus compañeros.

Esto no quiere decir, que en un área de capacidad particular no debería estimularse a un niño a que traspase el nivel de realizaciones, hasta más allá de lo que se espera corrientemente en un nivel de grado particular. No obstante, ello no significa que debería intentarse que el alumno adquiriera, por lo menos, un mínimo de conocimientos en todas las áreas.

Es probable que la próxima etapa del desarrollo de procedimientos para asegurar la continuidad del aprendizaje, sea el agrupamiento de los alumnos en grados o edades intermedios. Esta idea aparece enunciada en la reciente literatura pedagógica. Se puso a prueba en varios sistemas escolares, bajo la forma de un proyecto de acción-investigación y pocos maestros la adoptaron.

El punto de vista de muchos educadores está claramente expresado por Arthur Jersild en su libro "El desarrollo infantil y los programas":

"Algunos objetivos exigen un grupo muy heterogéneo. Otros pueden realizarse mejor por un grupo relativamente homogéneo. Es sólo mediante su asociación con niños diferentes a él, que un niño logra aprender la lección, tan importante en la vida, de que se debe estar capacitado para progresar en un mundo habitado por personas torpes o brillantes, ricas o pobres, estúpidas o sabias".

ETHEL THOMPSON.
New Journal, Enero de 1938.

Traducción de Emilio J. Ritter.

LA EDUCACIÓN ESTÉTICA EN LA ESCUELA PÚBLICA

La devoción de la Democracia por la cultura se explica, según lo observó John Dewey, no tanto por el hecho superficial de que un gobierno basado en el sufragio universal requiere un pueblo culto, como por la razón mucho más profunda de que *Democracia es una forma de vida*: un vivir asociado simpático en el que la experiencia conjunta comunicada destruye los cuadros de toda estratificación económica del grupo social. De aquí la función

transformadora que tiene la educación dentro de un régimen democrático.

El papel de la escuela pública es al respecto decisivo. Es ésta el instrumento más adecuado para evitar que las desigualdades económicas continúen siendo causa de desigualdades culturales. Su importancia aparecerá acrecentada si se tiene en cuenta que toda nivelación cultural se proyecta sobre la estratificación social cambiando su carácter y tendiendo a su desaparición. Tal es la misión fundamental de nuestra escuela laica: proporcionar a todos las mismas oportunidades de aprender.

Actuando en sentido contrario a la escuela pública, la familia constituye un factor de estratificación. Con justicia dice James Bryant Conant en su conocido libro *La Educación en un Mundo Dividido*: "En todas partes donde la institución de la familia es una fuerza poderosa, seguramente la desigualdad de oportunidad automática y a menudo inconsciente, es un principio básico de la nación: los padres más favorecidos se esfuerzan por obtener favores aun mayores para sus hijos".

La educación familiar, por lo pronto, coloca al hijo de las familias de las clases superiores en una situación de privilegio que pone en peligro la acción niveladora de la escuela. Ciertamente, hay aspectos de la formación de la personalidad que son de derecho privativos de la educación familiar, como por ejemplo la formación religiosa. Pero hay otros que nuestra escuela descuida y que son precisamente aquellos en los que la acción estratificadora de la familia actúa con más eficacia: tal la educación de la capacidad de apreciación estética o "formación del gusto".

No se crea que el problema es de segundo orden. Dejemos de lado la consideración del valor intrínseco, seguramente básico, que la "formación del gusto" tiene desde el punto de vista de una educación integral. Socialmente enfocada, su importancia no es poca. Casi todos los prejuicios de clase se apoyan hoy en la creencia de que los individuos de las clases inferiores adolecen de una incapacidad innata para la captación de los valores estéticos superiores. No interesa aquí el complejo de factores históricos, políticos y económicos que causaron el fenómeno social que ella presupone. Su acuñación en la jerga de los grupos burgueses urbanos indica la existencia en éstos

de una serie de prejuicios apoyados en desniveles (capital-provincias, ciudad-campo, gustos y hábitos urbanos-gustos y hábitos rurales) antes culturales que económicos. Si recordamos además que tal creencia en la incapacidad de captación de las clases inferiores ha dado lugar a formulaciones teóricas de la jerarquía de la *Ética* de Max Scheler, la importancia del problema resultará indubitable.

La escuela pública no llena su cometido de proporcionar a todos las mismas oportunidades de aprender y malogra su función social niveladora si se desentiende del asunto. En este específico aspecto, es necesario que ejerza su acción en sentido opuesto a la presión estratificadora de la educación familiar, desarrollando en todos los educandos la capacidad de apreciación estética y eliminando así un privilegio injusto.

Ya León Tolstói en uno de sus artículos de "Iasnáia-Pollana" titulado *Les Beaux-Arts* propiciaba la formación artística del campesino señalando la injusticia que implica privarlo del goce estético e indicando algunas normas pedagógicas, a su juicio útiles, para la enseñanza de las artes. Estas normas, resultantes de la aplicación rigurosa de los supuestos rousseaunianos, muestran ya la *tendencia al planteamiento unilateral* del problema, culpable de los defectos de nuestros programas de enseñanza y del fracaso de nuestra escuela pública en la "formación del gusto" del educando. Admitido el concepto de Rousseau de la enseñanza como desarrollo progresivo de las potencialidades de cada individuo, concepto que por cierto no ponemos aquí en duda, la enseñanza estética consistirá, naturalmente, en lograr el desarrollo de las aptitudes artísticas de cada uno. ¿Se trata de artes plásticas? Hay que dotar al niño de ciertos rudimentos técnicos —dibujo por geometrización— para ayudarlo a lograr su *expresión personal*, importando especialmente desarrollar en cada uno la tendencia a la originalidad. ¿Se trata de la música? Hay que enseñar al niño a cantar comenzando con *acordes* de tres sonidos y siguiendo con otros más complejos. Estas normas de Tolstói siguen siendo válidas hoy, pero Tolstói no vió que con ellas encaraba solamente la mitad del problema. Nuestros programas escolares siguen rigurosamente la misma línea. Se enseña canto y solfeo en casi todos los grados del ciclo primario y secundario. Se enseña a dibujar y pintar. Siempre se apunta, al menos

teóricamente, al desarrollo de las facultades creadoras. Pareciera que se ha olvidado la esencial objetividad dinámicamente relativa de la obra de arte.

La obra de arte es, en tanto que creación humana, resultado de la actividad del hombre. Todos los individuos tienen, bien que con grandes diferencias de grado, aptitudes para la creación artística. La forma primordial de la relación individuo-obra de arte es, sin duda, creadora. Pero por otro lado la obra de arte ya creada pasa a formar parte de la realidad como "espíritu objetivado". En tanto tal se ofrece al individuo como objeto de conocimiento. Pero exige de éste para ser conocida, un tipo de relación muy peculiar, sometida a determinados requerimientos por ella impuestos, cuyo resultado no es sólo un conocimiento sino también un goce, y que podemos llamar con Valéry, "consumisión". La posibilidad del individuo de ser "consumidor" depende de aptitudes potencialmente existentes en él, que la educación debe desarrollar. Las "posibilidades artísticas" del educando no se agotan ni con mucho en sus *aptitudes de creación artística*. Posee además *aptitudes de recepción artística* y es precisamente de ellas que depende la "formación del gusto".

El descuido de este segundo aspecto del problema responde a un error de apreciación que conviene aclarar. Es sabido que la actividad de creación artística es, al mismo tiempo que creadora, cognoscitiva. Nada más justo que afirmar, por ejemplo, que "pintando se aprende a gustar la pintura" o que "escribiendo poemas se aprende a gustar la poesía". Más aún, la experiencia creadora es considerada, cognoscitivamente, más rica que la experiencia receptora. Por eso es acertado esperar que el cultivo de la aptitud de creación opere al mismo tiempo la "formación del gusto". Pero cuando se deja ésta librada exclusivamente a aquel procedimiento se incurre en un error de cálculo motivado por la ignorancia de las características peculiares de los valores artísticos. La diferencia de valor entre una obra maestra y la producción de un "amateur", aun cuando admitiéramos que es una diferencia meramente de grado y no, como probablemente ocurre, cualitativa, es tan enorme, que el impacto estético producido por la experiencia de una obra maestra en ningún caso es comparable al que produce la obra

mediocre, por rico que sea en tanto resultado del proceso creador. Limitar la experiencia estética del educando, y por ende su capacidad de apreciación a la obra por él creada, las más de las veces de ínfimo valor artístico, es condenarlo a ser ciego para la belleza.

La concepción sociológica de la educación, sostenida por David Snedden, bien que discutible en otros campos de la enseñanza, tiene aquí justificación adecuada y adquiere un significado novedoso. Definida la educación como el instrumento destinado a establecer un nexo entre el individuo y la sociedad, resulta ser éste una relación doble del tipo producción-consumo. La existencia de estas dos variables, producción y consumo, determina dos formas límites opuestas: la *educación liberal* que enseña a consumir y la *educación vocacional* que enseña a producir. La primera desarrolla la *capacidad de apreciar* y la segunda la *capacidad de construir*. La educación correcta es la función de las dos variables que expresa el estado de tensión dinámica entre las formas límite. Debe educarse para hacer y para consumir. Lo que, aplicado al campo de la formación estética viene a querer decir que la educación debe lograr el completo desarrollo de las aptitudes artísticas —creadoras y receptoras— del individuo. Nótese que desde el punto de vista del individuo las variables son independientes: un hombre de exquisita sensibilidad puede ser estéril como creador y viceversa.

Nuestra escuela quiere enseñar a pintar, debe enseñar también a mirar y ver; quiere enseñar a componer y cantar, debe también enseñar a escuchar y oír. Conviene al respecto tener en cuenta que el progreso técnico ha reducido al mínimo el problema de la experiencia de la obra maestra en la escuela. Un equipo de reproducciones y grabaciones fieles, convenientemente seleccionados por un especialista tendrá que ser el auxiliar imprescindible para el maestro en su tarea de "formación del gusto".

Pero la unilateralidad de la educación estética impartida en nuestras escuelas públicas no es la única causa de su ineficacia en el desenvolvimiento de las facultades de captación. Hay una causa concurrente de gravedad pareja: la *explotación de la aptitud estética del niño para fines extra-estéticos*. La enorme capacidad de fantasía del niño, su imaginación, su situación de radical inge-

nulidad ante las cosas, su tendencia al ritmo, todas las potencialidades que lo colocan en condiciones óptimas para la experiencia artística, son usadas para despertar en él sentimientos u obtener otro tipo de experiencias, necesarias e indudablemente educativas, pero que lo frustran como gozador de lo bello y a la postre aniquilan su aptitud estética.

Veamos un ejemplo concreto. Una tendencia al ritmo sólo comparable a la del primitivo y una exquisita fantasía ponen al niño en situación inmejorable para penetrar en el mundo poético: música e irrealdad. Pero nuestra enseñanza primaria dirige esas capacidades hacia la formación y exaltación del sentimiento patriótico. Un inventario de las composiciones en verso incluidas en los libros de texto en uso en las escuelas primarias haría evidente esta afirmación. Son páginas destinadas a celebrar las fechas o los símbolos patrios o los próceres, escritas "ad hoc" por malos autores y cuya única vinculación con la poesía es una rima machacosa o, en el mejor de los casos, composiciones de alguno de nuestros románticos, generalmente no muy bien elegidas. Es cierto que este tipo de composiciones logran la finalidad buscada: el niño enriquece con su imaginación el acontecimiento celebrado obteniéndose así la exaltación del sentimiento patriótico. También las reglas de la Gramática latina formuladas en verso se aprendían ciertamente más pronto y en tal sentido eran útiles; pero útiles a la gramática y no a la poesía. Entiéndase bien, es de todo punto de vista necesario que la escuela inculque y cultive los sentimientos patrióticos en el niño y es legítimo que para ello eche mano de las aptitudes poéticas del mismo, pero no al extremo de hacerle imposible la experiencia poética genuina.

A esto se agrega la acción muchas veces negativa del maestro que obliga al niño a recitar "para los demás" y modulando según el sentido argumental de la composición. Contraría así la necesidad de éste de interpretar "para sí" y atendiendo a la pura estructura rítmica una composición cuyos elementos poéticos él ha intuido auténticamente. De esta manera se explica perfectamente que al terminar la escuela primaria el educando se encuentre, por lo común, imposibilitado definitivamente para gustar la poesía. Los posteriores contactos que con

ella tenga en la escuela secundaria, generalmente a través de una antología, serán sólo aparentes; él ya es impermeable al impacto poético.

Exactamente lo mismo ocurre con la música. Excluyendo tal vez el preescolar, desde su ingreso a la escuela se enseña al niño, por lo común, a cantar el Himno Nacional, algunas marchas patrióticas y en el mejor de los casos algún aire folklórico. Los grandes establecimientos escolares que cuentan con un coro estable adecuadamente dirigido no deben incluirse en esta descripción; por desgracia no son muchos los que se encuentran en tales condiciones en el país. En cuanto al folklóre no vamos a plantearnos el problema de su significación rigurosamente estética. No podemos dejar de preguntarnos, sin embargo, si la realización folklórica auténtica, que en tanto que auténtica es expresión telúrica fundamentalmente regional, sigue teniendo igual valor fuera de los supuestos regionales. De todos modos, en los tres casos llama la atención el alto valor formativo que tienen respecto de la personalidad política, frente a su escasa significación estética. También aquí una aptitud de captación artística es apartada de su función natural para conseguir otros fines educacionales teniendo ello por consecuencia la atrofia de la aptitud misma.

Algo parecido, por último, ocurre con el dibujo. Su singular eficacia fijadora en el proceso del aprendizaje ha terminado por instrumentalizar su enseñanza. Se enseña a dibujar siempre "en ocasión" de la adquisición de otros conocimientos. El niño dibuja para objetivar un problema, para ilustrar una composición, para suplir un experimento de Física o de Química o la observación directa de un animal o de una planta. Su significado como creación plástica pura termina por olvidarse. Si se agrega a esto el error pedagógico casi constante de enseñar primero el dibujo de los contornos y en segundo lugar el coloreado de las superficies invirtiendo así el proceso natural de captación visual por el niño que comienza con la percepción de los colores y sólo secundariamente llega a los contornos, parece claro que la enseñanza de las artes plásticas es la menos afortunada de todas.

Resulta así que la educación de las aptitudes artísticas está doblemente descuidada en nuestra escuela pública. Descuidada en primer lugar porque una consideración

unilateral de tales aptitudes ha hecho que no se encare el cultivo de las *aptitudes receptoras* dejando librada a la educación familiar el desarrollo de la experiencia estética "consumidora". Descuidada en segundo lugar porque el cultivo de las *aptitudes creadoras* se hace desviando a éstas hacia la realización de finalidades extra-estéticas.

Ya hemos señalado la importancia que tiene la solución del problema. Sólo vamos a indicar, para terminar, el efecto inmediato más importante de ella. Frente a la acción estratificadora de la familia y la niveladora de la escuela pública, en la sociedad contemporánea, la totalidad del grupo social ejerce una formidable presión también niveladora pero en sentido opuesto a la de la escuela pública. Mientras ésta opera una nivelación hacia arriba, aquella opera una nivelación hacia abajo. Es el fenómeno que desde que fuera observado por Ortega y Gasset y T. S. Eliot, viene preocupando a sociólogos y educadores: la formación de la "cultura de masas". Ese tremendo proceso de degradación de la totalidad de los valores culturales encaminado a la formación de patrones "standardizados" que ponen en jaque a la civilización misma, sólo puede ser desbaratado por la actividad de la escuela pública democrática constantemente dedicada a lograr el desarrollo completo de todas las aptitudes culturales de cada uno de los individuos; a crear personalidades. Y el cultivo de las aptitudes de captación estética constituye, sin duda, uno de los aspectos capitales del proceso de formación de la personalidad.

JORGE HORACIO MAUSHOURAT

LOS MÉTODOS NUEVOS EN PSICOLOGÍA

La Psicología nueva ha demostrado las fallas de la enseñanza magistral dada *ex cathedra*, donde el maestro es siempre el primero en aportar los resultados, ya elaborados, de los conocimientos.

Difícilmente se puede interesar a los alumnos por este método, que quita a la curiosidad y al esfuerzo su verda-

dero valor, o sea el placer de conquistar la ciencia y de resolver los problemas.

Ella priva a la educación de su eficacia y de su valor formador. Porque la verdad, el saber, contruidos por el niño y no recibidos pasivamente, son cosas que perduran y que al menos forman por el ejercicio el espíritu, aun si deben salir de la memoria. Contra una enseñanza que deja al niño demasado únicamente receptivo frente al maestro que tiene toda la iniciativa, los *métodos activos*, como su nombre lo indica, tratan de hacer obrar más al niño por sí mismo; ellos tratan de hacerlo, en tanto que es posible, el artesano de su propia formación, ya sea que se le suministren todos los elementos de los problemas y de las nociones, pero este hecho, ya sea que se le deje medir sus propias fuerzas ante las dificultades, ayudándolo el maestro paso a paso en el momento oportuno y borrándose cuando no es necesario. Ellos dan así el paso en todos los dominios, artísticos tanto como intelectuales, a las cualidades de creación, de iniciativa y de método sobre las cualidades de receptividad, de imitación o de reproducción memorial. Ellos consideran el espíritu más bien como un músculo o una función que se fortifica trabajando, que como un recipiente que hay que llenar. Todos los métodos modernos ya sean los de Decroly, de Montessori o de Freinet muestran esta idea. El fin es llegar a *mobilizar todas las fuerzas de la personalidad juvenil*; y por esto ¿qué más eficaz que despertar constantemente el interés profundo del alumno, explotarlo, conducirlo al extremo de sus fuerzas? Pero este interés, no es el interés superficial, efímero, que no lleva lejos, ni tampoco aquel que viene de la boca del maestro; debe proceder de la intimidad del ser, responder a un deseo profundo. Es éste el principio funcional de la educación nueva, tan bien explicada por Claparède.

El gran educador y psicólogo belga O. Decroly, ha reunido la verdad de este punto de vista con casi todos los otros, creando el famoso Método de Centros de Interés; alrededor de cuatro grandes temas que se refieren a las necesidades esenciales del hombre: alimentarse, luchar contra las intemperies, defenderse contra los peligros, proceder y trabajar solidariamente, ha construido todo el programa de educación y organizado todos los ejercicios escolares.

El recurrir a las tres formas del pensamiento: observación, asociación en el tiempo y en el espacio, expresión, ha permitido reunir el conjunto de las disciplinas en una unidad totalmente natural.

Otros educadores han sentido profundamente el inconveniente que había en tratar de la misma manera, a fuerza de los mismos ejercicios, las mismas lecciones, los mismos intereses, a individuos tan diferentes por sus capacidades, sus aptitudes, sus gustos, su ritmo de trabajo, como los de una misma clase. Esta educación en conjunto sacrifica tanto los espíritus dotados y vivos como los lentos que no son siempre los más malos, haciendo mover los pies a unos y perder pie a otros. Todos los procedimientos empleados para hacer las clases homogéneas, revelan inmediatamente en el interior de cada clase, según la disciplina o según la vivacidad de los alumnos, grandes diferencias entre un grupo y otro. Para remediar este defecto se ha recurrido a diversos procedimientos de individualización de la enseñanza. Fué una educadora americana, Miss Parkhurst, quien inventó el plan Dalton, fundado en este principio; Washburne lo perfeccionó y lo aplicó en las escuelas de Winnetka; millares de escuelas lo adoptaron en el mundo entero, tanto en Inglaterra como en las Indias, como en América. Este método consiste en dar al niño los medios necesarios para trabajar individualmente las preguntas del programa gracias a folletos de trabajos, cuestionarios, fichas, bibliografías, indicaciones de lecturas, ejercicios escritos u orales, experimentos, etc. Así cada uno puede marchar a su paso, recomenzar cuantas veces sea necesario las preguntas o partes del programa que le sean difíciles, pasar más rápido sobre las otras. El maestro no interviene nada más que como guía constante del trabajo del alumno, a disposición del cual se encuentra. Por el contrario él verifica y fiscaliza todo el trabajo del alumno en todos los puntos del programa, en vez de estar condenado por el método de enseñanza colectiva a interrogar solamente de tanto en tanto. Escuelas secundarias llegan de esta manera a conducir sus alumnos a la enseñanza superior. Algunas reservas que pueden hacerse sobre el empleo absoluto de este sistema, es incontestable que da a los que le siguen un método que no tienen muchos estudiantes de nuestras facultades.

Algunos educadores encuentran que no es posible ni deseable dar toda la formación de esta manera. Se tiende a conservar al lado del trabajo individual, curso de enseñanza magistral y colectiva. Las clases experimentales suizas incorporadas al Instituto J. J. Rousseau de Ginebra bajo la dirección de R. Dottrens han puntualizado la perfección suiza del detalle, todo un sistema de fichas de adquisición, de perfeccionamiento, de aplicación que Freinet ha introducido a su vez en la enseñanza primaria de Francia. Instrumentos particulares de trabajo, manuales especialmente preparados son exigidos por este método que hace pasar a los alumnos por los mismos caminos. Se puede tratar de individualizar más completamente el trabajo escolar reservando al menos cierto tiempo en el horario para todos los trabajos individuales, lecturas, exposiciones, búsquedas, redacciones libres, que se pueden ofrecer a la actividad del niño según sus gustos o sus intereses propios. Pues el verdadero fin es hacer un lugar a la espontaneidad del niño y de provocar más sus esfuerzos y curiosidades ofreciéndole no solamente un trabajo elegido y determinado hasta en sus detalles por el maestro. Montessori y muchos otros pedagogos con ella, han mostrado la virtud superior del trabajo libremente escogido y respetuoso de la evolución psíquica de cada individuo. Esta verdad acaso más que su material célebre, constituye el valor de su método que ha penetrado en muchas escuelas infantiles pero cuyo espíritu no ha sido siempre fielmente respetado. Se puede considerar como una aplicación de este principio la multiplicación de las escuelas de perfeccionamiento, donde se trata por métodos especiales a los niños retardados o anormales que no pueden seguir el ritmo ordinario de la formación y también las clases ya más escasas para niños superdotados. En oposición aparente con esta preocupación de individualización, otros educadores buscan socializar la educación. Alarmados de que nuestro sistema tradicional se dirige al trabajo egoísta, cada uno para sí, donde el alumno no piensa en los otros sino como rivales a los cuales hay que alcanzar o pasar en las clasificaciones, composiciones, exámenes y concursos, donde el joven hasta su entrada en la vida adulta está sometido a un régimen de autoridad y obediencia absoluta al menos en principio, ellos han sentido hasta qué

punto este régimen da la espalda a la vida y a las otras virtudes que pueden esperarse del hombre hecho en la existencia y más aún en un régimen democrático. El lugar acordado a la ayuda mutua, al sentido social, a la disciplina voluntaria, cualidades tan necesarias en la vida familiar, profesional y social, la parte acordada al espíritu de iniciativa, del carácter, les han parecido peligrosamente reducidas, teniendo presente necesidades de la sociedad y del hombre moderno. Los procedimientos legitimados quizá por las sociedades primitivas o los ideales primitivos no encuadran más a sus ojos con la realidad viviente. Por esto han deseado organizar la escuela como una comunidad de trabajo, en una especie de microcosmos social constituido de tal manera que el niño tenga sus responsabilidades y sus cargos, que aprenda a someterse libremente a las condiciones de trabajo en común, y primeramente a trabajar verdaderamente con los otros en los ejercicios de trabajo en equipo, o a practicar las virtudes necesarias a la vida social. Han querido sustituir al régimen de la disciplina impuesta, severa por la presencia del adulto, o el temor de las sanciones, una disciplina asumida por el alumno mismo. Por eso han buscado procurarle en la vida escolar ocasiones de hacer sin riesgo el aprendizaje de la libertad.

Tales son las ideas que han inspirado las experiencias de *self-government* o de autonomía del escolar que se han multiplicado en el mundo; la escuela de Odenwald con Paul Geheeb, las de Lietz, de Bedales, la escuela de Roches en Francia, las de Bilthoven en Holanda son las más conocidas. Algunos educadores han llevado al extremo estas tendencias y han caído ya sea en la anarquía como en la escuela de Hamburgo, ya sea en un desorden singular de situaciones como en la primera experiencia rusa, donde los alumnos juzgaban a los maestros. Estos excesos mismos han tenido su utilidad porque han demostrado los límites y los peligros de estos métodos. Más acertadamente maestros de todas las nacionalidades han organizado el trabajo escolar bajo una forma social; así Cousinet inventó su método de "trabajo por grupo" que permite a los niños elaborar en conjunto todos sus conocimientos; Profit hizo conocer en 1928 su sistema de cooperativas escolares que hacían participar los alumnos en la organización y en la gestión de sus escuelas, su

equipo y en todas las formas de vida colectiva que se pueda asociar. Freinet, egresado de una escuela de los Alpes Marítimos, creó un importante movimiento pedagógico que conjugó los métodos de trabajo libre, personal y colectivo con el empleo de la imprenta en la escuela y diarios escolares. Todos contribuyeron a introducir en la escuela una atmósfera nueva donde el maestro es el guía, el director de orquesta, el consejero más que el instructor, volcando su saber en los espíritus que asombran y guardan lo que ellos pueden. Fuera de la escuela, en fin el *scoutisme*, ocupando los ratos de ocio, procedía de las mismas tendencias sociales. La formación del carácter, tan importante para la vida como la del espíritu, la educación propiamente dicha individual y social, penetraba la enseñanza y tendía a realizar sobre un plano puramente humano una unidad perdida después de largos años.

Todas las iniciativas dispersadas al principio han podido dar la impresión de ir en sentidos opuestos y aun diferentes. Sin embargo todas estaban dirigidas en el fondo a un mismo fin: querían ensanchar la acción educadora, adaptarla a las necesidades más urgentes, profundizando el efecto. Por eso han sido conducidas a coordinar sus efectos; de los encuentros que han tenido lugar entre las dos guerras mundiales, ha nacido la Liga Internacional para la Educación Nueva, fundada y animada por el eminente apóstol de estas teorías A. Ferrière, apoyada por eminentes sabios y psicólogos como Langevin, Wallon, Piéron, Piaget, etc. Parece que ha venido el tiempo capaz de armonizar todas estas tendencias y de equilibrar por sus ventajas mutuas los inconvenientes a que ellas podrían haber aislado o llevado al extremo.

Es cierto que tenemos necesidad para el porvenir de personalidades fuertes, capaces de determinarse ellas mismas, pero que al mismo tiempo sepan someterse a las condiciones de vida y trabajo en común; tenemos necesidad de hombres libres, pero que sepan subordinar también sus miras y sus intereses individuales a los de grupos sociales más amplios. Mientras que la escuela no ejerza estas cualidades indispensables para la vida, no hay que sorprenderse si los más nobles ideales con los cuales soñamos fracasan y se vuelven contra nosotros. La libertad y la fraternidad, la tolerancia y el sentido

social no reinarán en el mundo, mientras que la escuela y la educación en general no se preparen prácticamente para estas virtudes, pero sí le vuelven la espalda.

No es menos cierto que la adaptación de la educación a la evolución de la vida, del saber, de las necesidades de los bienes culturales nuevos, es una cosa nunca acabada y que debe hacerse sistemáticamente, en particular en una época en que el ritmo de las transformaciones se precipita como en nuestros días. Instituciones especiales deben estar previstas para esto, establecimientos de experiencias, institutos pedagógicos y psicológicos, de investigaciones, etc. Es éste ya sin duda el sentido de las escuelas experimentales que se desarrollan por todo el mundo. Pero es necesario que aquello que se hace según inspiraciones y capacidades individuales, sea sistematizado. Sin esa renovación perpetua la educación forzosamente se endurece y en vez de ayudar a la humanidad a franquear las etapas de su difícil ascensión, dificulta y entorpece su marcha. Hace de la tradición mal comprendida una fuerza muerta, en vez de una fuerza viva que daría a los hombres los medios de resolver, no los problemas del pasado sino los de su tiempo, es decir los del porvenir. Porque el niño de hoy es el hombre de mañana y así la educación modela por su intermedio el mundo de mañana. Volver más sus miradas hacia el porvenir, pidiéndole que desarrolle más las fuerzas de creación e invención que el instinto de imitación, esto sería tal vez ayudar a la humanidad a hacer economía de gran número de sus males, rivalidades materiales y espirituales, crisis, revoluciones, guerras a las cuales ella se condensa, falta de saber renovarse voluntariamente en la comprensión, la fraternidad y la paz.

¿El siglo XX será como se ha pretendido el siglo del niño, por la conciencia que él tomará del papel y del poder que podría tener la educación si se le preguntara? Es difícil decirlo, en un periodo tan grave, tan dominado por las luchas y el temor de la guerra. La fermentación de las ideas pedagógicas, que se comprueban en todos los países, la ambición de los proyectos de reforma elaborados en todos los países, las realizaciones nacionales como las clases nuevas lanzadas en Francia, con la iniciativa de M. Monod, en la enseñanza del segundo grado

en las directivas oficiales como las que han sido dadas en 1923 sobre enseñanza primaria francesa, permiten esperarlo. Lo que se puede afirmar es que en la medida en que nuestro siglo tomará conciencia de lo que puede la acción educadora y hará lo que sea necesario para permitir ejercerse, asegurará el porvenir de la civilización y de la humanidad.

ROGER GAL
Histoire de l'Éducation
P. U. de F.

Traducción de Martha G. Layaola.

ORGANIZACIÓN DE LAS BANDAS RÍTMICAS EN LOS JARDINES DE INFANTES

La música es un lenguaje universal y, en mayor o menor grado, todos los seres humanos gustan de ella; además ha sido la compañera del hombre desde los tiempos primitivos cuando con instrumentos rudimentarios acompañaban sus danzas, cantos y ceremonias.

No es de extrañar entonces que ese instinto musical, se haya ido perfeccionando con el correr de las generaciones. Vemos cómo en nuestros días la buena música está al alcance de todos por medio de grabaciones, radio, cine y conciertos en las grandes ciudades. Al mismo tiempo la música ligera y popular se difunde constantemente y no es raro oír a nuestros niños tararear las melodías más de moda.

Desde este punto de vista, la misión del Jardín de Infantes no es otra que encauzar esa ingénita disposición musical en algo que traduzca el instinto del niño. Para eso se crearon las bandas rítmicas; para recrear al niño para educarlo, para estimular su espíritu con la consecución de armonías y por sobre todas las cosas para disciplinarlo y enseñarle que de la atención y habilidad de cada uno, resultará la belleza y unidad del conjunto.

¿Cómo se organiza una banda rítmica? Supongamos que tenemos un conjunto de 40 niños de 4 y 5 años, con los cuales queremos formarla.

Así como en las grandes orquestas, hay instrumentos que son importantísimos y cuyo número aumenta en razón de la importancia de la misma (como los violines por ejemplo), en las bandas rítmicas también los hay y son los triángulos y platillos.

Si se cuenta con una buena batería, debemos destinar para tocar el bombo a un niño atento y de buen oído musical. Otro tanto debe ser el niño encargado del platillo que acompaña a la batería, lo mismo que el que tocará la cajita de madera, que tiene una gran sonoridad y es un instrumento de gran eficacia para las Bandas Rítmicas.

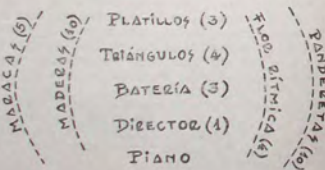
Las panderetas deben ser confiadas a 10 niños y otros tantos para las maderas, comprendiendo bajo este nombre a castañuelas unidas a un manguito central, tabletas de lavar con un raspador y otros instrumentos de madera del mismo estilo que se expenden en el comercio.

Debo recalcar que, según mi opinión, a las maderas y maracas (en número de 5) debe confiársele el papel de bajo o acompañamiento de la Banda, aun cuando también en ciertos casos pueden acompañar la melodía de la música. En cambio las panderetas y flores rítmicas (en número de 4) marcan también el acompañamiento, pero éste es de un tono más agudo que el de las maderas.

Los triángulos son, puede decirse, el instrumento clave. Con ellos se puede acompañar perfectamente la melodía y marcar el "canto" de la música. Inútil decir la importancia que tienen los triángulos y cómo los niños que los tocan deben ser atentos y seguir fielmente las indicaciones del director de la Banda del cual luego me ocuparé.

Los platillos (en número de 3) tienen la misión de marcar, mediante golpes acompasados, los acordes finales, o la iniciación de cada compás según la "orquestación" que se haya hecho de la música a ejecutar.

Una buena disposición de los distintos instrumentos sería la que se señala en el siguiente esquema:



Dentro de lo posible hay que tratar de colocar a los niños en distintos planos para que el maestro, que desde el piano los dirige, pueda en todo momento observar a todos los alumnos.

Lo primero que debe hacerse una vez que estén los niños dispuestos con sus instrumentos, según el esquema dado, es iniciarlos en el acompañamiento en conjunto de acordes tocados al piano por el maestro, haciéndoles acompañar compases de 2, 3 y 4 tiempos. Debe procurarse en esta primera faz de la enseñanza la máxima justeza y atención, pues ella es la base para los conocimientos futuros y para la armonía del conjunto.

Luego se debe ir avanzando poco a poco, introduciendo nuevas dificultades, haciendo intervenir a los distintos instrumentos separadamente y otras veces varios al mismo tiempo; unos haciendo el canto, otros el acompañamiento, otros el primer tiempo de cada compás, etc., según el gusto del maestro y según la naturaleza de la música que se desea acompañar.

Cuando ya los niños han aprendido la composición que han de ejecutar, se elige del conjunto el mejor para convertirlo en director. La ventaja de proceder así, estriba en que el niño así elegido ya conoce perfectamente la parte que debe ser ejecutada por cada grupo de instrumentos y de este modo se facilita sobremanera su tarea de director.

Para que las Bandas Rítmicas lleguen a buen término se necesita una buena dosis de paciencia, de comprensión; de indiferencia ante los primeros fracasos y de optimismo ante los primeros aciertos. Pero cuando después de días y días de labor, contemplamos el resultado de nuestra obra y vemos el cariño y entusiasmo con que nuestros pequeños ejecutantes desempeñan la parte que se les ha confiado, sentiremos la inmensa satisfacción de ver que nuestros desvelos no fueron en vano y que todo nuestro esfuerzo valió la pena, ya que llevó responsabilidad y felicidad al corazón de nuestros niños que es una de las finalidades del Jardín de Infantes.

GLADYS MARINOSCI DE ECHAVARRIA

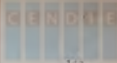
LA VOCACIÓN PERSONAL

El hombre no está encerrado en una naturaleza determinada por anticipado. No realiza su naturaleza sino mejorando lo que, erróneamente, pudo tener por su naturaleza. Crea su naturaleza en ese incesante mejoramiento. Su porvenir no está contenido en su pasado; es imaginado y es creado. Y así, la vida humana puede ser considerada como la respuesta a una vocación. Vocación ineluctable, puesto que el hombre no se satisface con lo que le es dado; pero vocación en la que se realiza una libertad, puesto que tiene, para cada uno, un valor singular, puesto que se desarrolla y se renueva a medida que el individuo responde. Hay una verdadera dialéctica de la vocación que implica una respuesta, y de la respuesta que asegura la vocación. Hay en nosotros mismos un diálogo incesante. El llamado se hace oír en nosotros, y la respuesta que le damos nos escapa en la medida en que es supuesta por ese llamado. Lo que era vocación se vuelve respuesta; lo que era respuesta se transforma en vocación. El alma religiosa implora con su ruego una gracia, cuyo beneficio íntimo experimenta en lo que ya descuenta¹.

Todo el universo humano está penetrado por el espíritu; se expresa en términos espirituales, es relativo al espíritu, y es en el espíritu que todo hombre toma conciencia de sí mismo². Ahí está la verdad de la experiencia religiosa presente en todo hombre.

Esse ritmo, doble y uno, de la vocación y de la respuesta que ella exige, caracteriza toda vida personal, cualquiera que sea su orientación. No hay más que vocación singular. "El milagro" de las vocaciones excepcionales, las únicas a las que comúnmente se aplica el término, resulta de su valor deslumbrante y de su significación sin igual. La unidad es mucho más asible cuando se

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA



considera el conjunto de una existencia. Soamente una vida acabada se ilumina con su propia luz³. Aun se debe tener cuenta de la multiplicidad de las interpretaciones y de las contradicciones que se elevan. Nada permite afirmar que hayan tenido muy pronto una orientación decisiva y que, más tarde, no habría hecho más que acentuarse.

Toda vocación es diálogo y búsqueda, incesante conversación. En esas alienaciones el yo descubre, y aun realiza, su naturaleza auténtica. La vocación, cualquiera que sea su intensidad, no se impone desde afuera a un alma que la ignora, perdida como está en su universo familiar. Es immanente a la constitución de ese universo que ella edifica y que ella mina. Las revelaciones "fulminantes", a pesar de su novedad radical, proceden de la historia anterior del alma que en ellas se descubre y se exalta. ¿Cómo se explicaría de otra manera que el alma, que es su objeto, se reconozca en esas iluminaciones sin precedentes y que tenga el sentimiento íntimo de una realización?

La vocación es de naturaleza polifónica. Esta multiplicidad puede ser signo de debilidad y de incertidumbre, o, por el contrario, de riqueza desbordante. Debilidad y riqueza que son susceptibles de interpretaciones opuestas: impotencia sin remedio o búsqueda rigurosa de la verdadera fuerza; saber en extensión o genio en profundidad. La apreciación es difícil; la historia de los grandes hombres lo muestra ampliamente; y se comprende la pereza de los que están apegados a los valores consagrados. Y sin embargo, contemporáneos de aquellos que admiran, los hubieran desconocido. Es menester denunciar aquí, la concepción "mística" que uno se hace del genio. ¿Como si una genialidad "trascendente" pudiera ser accesible al aficionado que se supone de ella desprovisto! ¿Y qué interés humano presentaría una obra cuya inspiración fuera suprahumana, extrahumana pues, por su origen y por su poder? En realidad no existe nada en el mundo humano de lo que no podamos tener alguna idea, alguna experiencia. Y así se pone de manifiesto de nuevo la

1. Cf. J. Segond, *La prière*, cap. VI y X, y *Valueur de la prière*, V, 3 y 4, y VI, 2 y 4.

2. Cf. La afirmación famosa de Descartes: "...Tengo de alguna manera primeramente en mí la noción de lo infinito antes que la de lo finito..." (*Méditations métaphysiques*, III).

3. Cf. el verso célebre de Mallarmé ("La tumba de Edgar Poe"). Tal que es el mismo en fin la eternidad lo cambia.

analogía profunda, la correspondencia esencial de las experiencias personales.

Conviene describir en términos religiosos la vocación personal. Y sin embargo no es seguro que la exigencia de superación sea verdaderamente fundamental. Puede ser que seamos sencillamente llevados a pasar de una tarea a otra, a medida que éstas se cumplen. El proyecto más general que resume nuestras aspiraciones es diferente según los períodos de nuestra vida. Niños, querríamos "devenir grandes"; adolescentes, querríamos reformar el mundo; adultos, queremos asegurarnos socialmente importancia; ancianos, no desearemos más que el reposo y la tranquilidad. En cada uno de esos estados, deseamos lo que conviene a nuestro ser, tal como entonces se define.

Mas tal esquematización es deformante, puesto que supone cortes donde no existen. Si el niño desea ser grande, es que espera entonces dominar el mundo, en todo caso emanciparse de la dependencia en que se lo tiene. El adolescente quiere crear un mundo organizado según la justicia, en el que pueda ejercer la función para la que sus capacidades le dan derecho. Y si el adulto se preocupa por obtener una situación social asegurada de ventajas materiales y sociales, es porque cuenta obtener así la felicidad y esa tranquilidad que es el objeto de los deseos del anciano. Cualquiera que sea su figura, infantil o reposado, nuestros deseos son la expresión de un querer más fundamental: deseo de felicidad o voluntad de poder, ambición de lucidez o exigencia de santidad, una misma inspiración se descubre en esas formas del deseo humano de perfección.

Tales aspiraciones experimentan por cierto, eclipses y relajaciones. Un ritmo de excitación y de depresión, de tensión y de aflojamiento, rige la vida individual. Pero hablar de un ritmo, es hablar de una especie de síntesis cuyos elementos no conviene aislar. La depresión sigue a la exaltación, vuelta consciente de su fragilidad; la exaltación sigue a la depresión, que es recuperación de energía. Y por otra parte, ¿cómo la exaltación sería verdaderamente exaltante si no persistiera en ella el sentimiento de la depresión superada? ¿Y cómo nos sentiríamos deprimidos si no midiéramos en su verdadero valor lo que no nos sentimos capaces de alcanzar? Sin duda, ciertos estados parecen escapar a la inquietud

fundamental, turbación absoluta o serenidad perfecta. Mas, puesto que su virtud se agota por su única duración, conservan su lugar en el ritmo general de la vida personal, semejantes a los suspiros y a los silencios que, inaudibles en la melodía, condicionan no obstante su estructura.

El deseo de perfección conoce diversas metamorfosis, pero jamás se juzga satisfecho: aumentar nuestro haber, es aumentar nuestro poder, y por consecuencia, rechazar en lo posible nuestra satisfacción. La ambición que se satisface renace de su satisfacción misma: puede parecer querer destruirse; mas puede ser aun un poder, no hacer caso del poder. Hay grandeza en la privación, un orgullo del ascetismo y de la santidad. La desesperación misma tiene su romanticismo y a veces nos complacemos en intensificarla como si esperáramos, insensatamente, que Dios o el Universo vinieran a impresionarse por ello. En realidad, es a nosotros a quien no abandonamos verdaderamente: esperamos aun algo de nosotros mismos y de la vida. Pronto volveremos a ponernos en su busca.

Nuestra vocación es la pasión fundamental que define nuestra naturaleza. Lo que explica que uno entre en ciertas vías, que uno se despienda de otras, es esa pasión que, a nuestros ojos, daba un sentido tanto a nuestro encaminamiento como a nuestra huida. Cuando abandonamos alguna actividad, no renegamos por ello; mas no hemos encontrado lo que en ella buscábamos y lo que creíamos en ella encontrar. La dialéctica de nuestra conducta es la de nuestras creencias, la de nuestras ilusiones. Ilusiones cuya declaración es correlativa a la constitución de otras creencias. Metamorfosis no es negación de sí, sino abjuración de la falsa imagen de sí, en la cual uno se había dejado prender. Si lo que se creía amor, se revela como ambición, es porque se fué engañado por las apariencias y las nomenclaturas, mientras que, bajo la máscara del amor, se desarrollaba una voluntad dominadora. La significación de un sentimiento no se separa de su evolución efectiva. Con mucha frecuencia se modifica de manera insensible, y, no nos damos cuenta claramente de esta modificación sino después de efectuada.

Entonces nos asombramos por el contraste entre nuestras disposiciones presentes y de nuestras disposiciones pasadas. Lo que admirábamos ayer, lo despreciamos hoy; condenámoslo que admitíamos; odiámoslo que amábamos. En vano buscamos, en un momento dado de nuestra historia, el cambio de orientación que resulta en lo que *conviene* a nuestra historia completa. Ilusoriamente, consideramos como natural que nuestros sentimientos se prolonguen en el tiempo como en un espacio sin alterarse en absoluto. Pero, en realidad, nuestros sentimientos cambian por lo mismo que duran: su cambio es constitutivo de la duración. Cambio en el que siempre nos reconocemos a pesar de nuestro asombro. La memoria afectiva es el complemento normal de la imaginación —de la creación— sentimental.

En el sentimiento inmediato que posee de la existencia, nuestra conciencia tiene la intuición de su evolución incesante. El tiempo es de la esencia de la vida. El deseo es necesariamente temporalizado, puesto que es deseo de otra cosa. Pudiera ser aun que fuera temporalizante. Somos sin duda lo que hemos sido. Pero más aún, somos lo que podríamos devenir.

Si el hastío descubre a nuestra alma el transcurso del tiempo puro, sin alteración apreciable del ser (de lo que hemos sido) el ardor de los sentimientos es conciencia intuitiva de una renovación y de un enriquecimiento.

Si hay una verdadera vocación el porvenir que se nos ofrece es incommensurable a nuestro pasado; y si esa vocación es nuestra, nuestros deseos la prefiguran, nuestro poder presente se reconoce magnificado en esas imágenes de porvenir. Cualesquiera que sean los trastornos que podamos llegar a conocer, por lo menos los conoceremos y nos reconoceremos de alguna manera en ellos. Ni extraña a sí misma, ni prisionera de sí misma, nuestra alma conserva la libertad ineluctable de su porvenir.

En la lengua corriente, se emplea el término "conversión" para significar la adhesión a una creencia distinta a la que se profesaba hasta entonces, y principalmente en materia religiosa. Aun más, se dice que un individuo "se convierte" cuando, renegando de sus "errores de juventud", adopta la creencia a la que precisamente se lo atrae. Mas en realidad, la conversión es un fenómeno psicológico general; toda adhesión a una opinión o a una creencia, cualquiera que ella sea, por importancia que

tenga, es una conversión, puesto que es cambio de opinión o de creencia, nueva disposición del alma. No es menester, pues, reservar el término para las crisis excepcionales y espectaculares, para el vuelco absoluto, en apariencia al menos, de las evaluaciones. No es aun necesario un cambio neto y definido de creencia. La *conversión caracteriza la vida personal*. ¿Cómo se concebiría una fidelidad absoluta al pasado, si ese pasado no existe sino en función del presente que lo acaba, y si es nuestro espíritu que, al presente, dibuja la figura de ese pasado? Lo dado y lo adquirido cambian de sentido y de valores según lo que queremos hacer. Están informados (y por consecuencia deformados) por ese trabajo que se ejerce en ellos. La conciencia de esa necesaria superación de lo dado sostiene la distinción del pasado, del presente y del porvenir. La conversión del presente al pasado, y del porvenir al presente es incesante. Y ningún substancialismo es estable, puesto que nuestro presente deviene el pasado de un nuevo presente y que nuestro porvenir se hace presente en función de un nuevo porvenir.

La creación personal es conversión incesante, depuración continua. Toda creencia es positiva, puesto que plantea valores que considera definitivos y absolutos. Mas en eso toda creencia es ilusoria o, por lo menos, puede revelarse como tal. El infinito de exigencia que constituye nuestro ser espiritual deja atrás todos los símbolos en los que nos parece expresarse: era ya ese el sentido de la destrucción de los ídolos. La vida espiritual es prueba constante de la decepción de lo real, o más exactamente de los mitos de lo real que ella engendró. Si es verdad que el infinito de nuestra vocación se realiza concretamente en tareas limitadas, es más cierto aún que esas tareas no tienen interés y no tienen sentido más que en la medida en que ellas simbolizan, en que promueven el infinito de nuestra vocación.

MARCEL DESCHOUX
Esquí sur la Personnalité
 Presses Universitaires de France

LECTURAS

LA ISLA DE LOS UTÓPICOS

La isla de los Utópicos mide doscientas millas en su parte central, que es la más ancha; durante un gran trecho no disminuye su latitud, pero luego se estrecha paulatinamente y por ambos lados hacia los extremos. Éstos, como trazados a compás en un perímetro de quinientas millas, dan a la totalidad de la isla el aspecto de una luna en creciente. Un brazo de once millas poco más o menos separa ambos extremos y va a perderse luego en el inmenso vacío. Las montañas que por todos lados rodean la isla la protegen de los vientos, y el mar, lejos de encrespase, se estanca como un gran lago, convierte en un puerto toda aquella concavidad de la tierra y permite que las naves circulen en todas direcciones, con gran provecho para los habitantes. Las entradas son muy peligrosas, de una parte por los bajos, y por los escollos de otra. Casi en mitad del brazo se yergue una roca inofensiva, donde tienen edificada una torre, a modo de atalaya. Las demás están ocultas y son peligrosas. Sólo los naturales conocen los pasos y por esto, y no sin motivo, ningún extranjero se atreve a penetrar en el golfo, a no ser con guías utópicos. Su entrada, en efecto, sería muy poco segura, incluso para éstos, si desde la orilla no les mostrasen el camino ciertas señales que, con sólo cambiarse de lugar, atraerían fácilmente la ruina a cualquier escuadra enemiga, por numerosa que fuese.

Los puertos son abundantes en un extremo de la isla, y sus desembarcaderos están protegidos por doquier con tantos medios, ya naturales, ya artificiales, que unos cuantos defensores bastarían para rechazar a un ejército poderoso. Cuéntase, y la configuración misma del lugar lo comprueba, que aquella tierra no estuvo antiguamente rodeada por el mar; que Utopo (de quien, triunfante, recibió nombre la isla, antes llamada Abraxa, y que logró elevar a una multitud ignorante y agreste a un grado tal de civilización y cultura que sobrepasa actualmente a la de casi todos los mortales), apenas alcanzó la victoria en

LECTURAS

su primer desembarco, mandó cortar el istmo de quince millas que la unía al continente, dejando que el mar la circundase. Ocupó en este trabajo a los habitantes todos de la isla, para que nadie lo considerase afrenta, así como a la totalidad de sus soldados, con lo cual, distribuida entre tanta gente, la obra llevóse a cabo con increíble rapidez y la admiración y el terror por el éxito obtenido sobrecogió a los pueblos colindantes que al principio se mofaban del intento.

TOMAS MORO (1480-1535).

Utopía 5

LA POESÍA

Suprimase la poesía, y las relaciones del hombre con la naturaleza quedan interrumpidas. La poesía es el puente misterioso que une al hombre físico con el hombre moral, y que pone en contacto todas sus facultades. Por eso decía Schiller: "Para filosofar basta la mitad del hombre, mientras que la otra mitad puede descansar; pero las musas lo absorben todo". Para ser poeta, se necesita sentir y pensar a un mismo tiempo, y poner en ejercicio el poder de abstracción a la vez que la imaginación, porque lo que no conmueve y convence haciendo sentir, no merece el nombre de poesía. Las ciencias y las artes no tienen alas para volar más allá de las fronteras del mundo material, ni ojos para objetos que se hallen fuera del alcance del telescopio. La poesía además de tener alas y de tener ojos para recorrer el universo y contemplar en él cuanto hay de grande y de bello, puede lanzarse a los espacios infinitos de la creación, penetrar en los dominios del mundo inmaterial, poner al hombre en relación con Dios, y establecer entre el cielo y la tierra aquella cadena de oro que, según los antiguos, ligaba a la criatura con su Criador.

BARTOLOMÉ MITRE

1. Utopía es vocablo del libro que publicó el inglés Tomás Moro, con el título de *Utopía*, al describir una república imaginaria.

EL ALQUIMISTA

Nuestro arte se aprende de dos maneras, a saber, por enseñanza de un maestro, en tus bañes, y no de otro modo, o por inspiración y revelación divinas; o bien por libros, los cuales son muy oscuros y embrollados; y para en ellos encontrar acierto y verdad, mucha paciencia se está, paciente, estudioso y vigilante.

La Clave de los secretos de filosofía.
PIERRE VICOT.

¡Nada aún! — Y vanamente he hojeado durante tres días y tres noches, a la indecisa claridad de la lámpara, los libros herméticos de Raimundo Lulio.

“No, nada, si esto no es, con el silbo de la retorta resplandeciente, las risas burlonas de una salamandra que toma por juego turbar mis meditaciones.

“Ya ata un petardo a un pelo de mi barba, ya me arroja de su ballesta un dardo de fuego en mi capa.

“O bien secala su armadura, y entonces sopla la ceniza del horno sobre las páginas de mi formulario y sobre la tinta de mi escritorio.

“Y la retorta siempre más resplandeciente silba el mismo aire que el diablo, cuando San Eloy le atenazó la nariz en su forja.

“¡Pero nada aún! — Y durante otros tres días y otras tres noches, hojearé a la vacilante claridad de la lámpara, los libros herméticos de Raimundo Lulio”.

ALOYSIUS BERTRAND.
Gaspard de la Nuit.

ROBERTO BROWN

Conoci mucho a Roberto Brown, “facile Princeps Botanicorum”, como fué llamado por Humboldt. Él, me parece a mí, era principalmente notable por la minuciosidad de sus observaciones y su perfecta exactitud. Sus conocimientos eran extraordinariamente amplios y muchos murieron con él debido a su excesivo temor de no cometer

nunca un error. Volcó sus conocimientos en mí de la manera más franca, aunque era extraordinariamente celoso en algunos puntos. Me llamó dos o tres veces antes del viaje del *Beagle* y en una ocasión me pidió que mirara a través de un microscopio y describiese lo que veía. Así lo hice y creo ahora que era la maravillosa corriente de protoplasma en alguna célula vegetal. Entonces le pregunté qué había visto, pero él me respondió: “Ese es mi pequeño secreto”.

Era capaz de las más generosas acciones. Cuando viejo, muy escaso de salud y completamente inservible para cualquier esfuerzo, diariamente visitaba (como Hooker me dijo) a un viejo sirviente que vivía a una distancia (y a quien él mantenía) y le leía en voz alta. Esto es suficiente para compensar cualquier grado de ruindad científica o de celos.

CARLOS DARWIN.
Autobiograph.

Traducción de Elena Lidia Fontela.

EL PUERTO

Un puerto es una residencia encantadora para un alma fatigada de las luchas de la vida. La amplitud del cielo, la arquitectura móvil de las nubes, las coloraciones cambiantes del mar, el centelleo de los faros, son un prisma maravillosamente propio para distraer los ojos sin cansarlos nunca. Las formas esbeltas de los navíos, de aparejo complicado, a los cuales la marea imprime oscilaciones armoniosas, sirven para mantener en el alma el gusto del ritmo y de la belleza. Y luego, sobre todo, hay una especie de placer misterioso y aristocrático para el que ya no tiene ni curiosidad ni ambición, en contemplar, echado en la azotea o de codos sobre el muelle, todos esos movimientos de los que parten y de los que vuelven, de los que todavía tienen la fuerza de querer, el deseo de viajar o de enriquecerse.

CHARLES BAUDELAIRE.

Traducción de Ricardo Baeza.

EL JUICIO DE UN NIÑO

Había una vez tres amigos que marcharon a país extranjero. Llegaron a una ciudad y entraron en casa de una anciana; queriendo bañarse, dijeron a la mujer:

—Prepáranos un baño con todo lo necesario.

Y ella lo preparó todo, pero se le olvidó el peine.

A continuación, los hombres le confiaron su dinero, advirtiéndole que no lo entregara a ninguno por separado, sino únicamente a los tres reunidos. La vieja prometió cumplir sus instrucciones y ellos se fueron a bañar.

Cuando se dieron cuenta de que entre los objetos de aseo faltaba el peine, decidieron que fuera uno de ellos a pedirselo a la mujer. Se dirigió éste a ella y le dijo:

—Mis compañeros me encargan que te pida el dinero. Pero ella contestó:

—No lo entregaré a menos que os presentéis los tres reunidos.

Y él volvió a decir:

—Lo ordenan mis amigos.

Entonces la mujer se acercó al cuarto de baño y él entró dentro con sus compañeros y les dijo:

—Ahí fuera, a la puerta, está la vieja.

Ellos exclamaron:

—¡Vieja, dáselo!

Ella fué a buscar el dinero, y se lo dió; y él lo tomó y escapó. Sus compañeros esperaron su vuelta en vano. La mujer fué junto a ellos y les dijo:

—Vino vuestro amigo y le di el dinero, porque me ordenasteis vosotros: "dáselo".

Contestaron:

—Nosotros decíamos solamente que le dieras el peine.

—Pero él me pidió el dinero—replicó la vieja.

Entonces la cogieron y la condujeron ante el juez. Éste le ordenó que entregara el dinero, pero ella dijo:

—Lo he dado ya.

Los otros dos empezaron a decir:

—Señor, sabe que nosotros éramos tres compañeros; le habíamos encargado que no entregara el dinero a no ser que fuéramos a pedirselo los tres juntos.

El juez mandó que la vieja presentara el dinero y ella salió, presa del llanto y la aflicción. Mientras las lágrimas corrían por su rostro, se encontró con un niño de cinco años, que le preguntó:

—¿Por qué lloras, anciana?

Dijo ella:

—Déjame con mi pena.

Pero el niño no la dejó tranquila hasta que supo la causa; entonces le preguntó:

—Si te ayudo, ¿me darás una zouza para comprar avellanas?

—Si me ayudas—contestó ella—, la tendrás.

—Pues vuelve junto al juez y háblale así: "Sepa, señor mío, que los tres me confiaron el dinero y me recomendaron que no me desprendiera de él a menos que se presentaran todos juntos a reclamarlo; dígales que vayan a buscar a su camarada y cuando vengan los tres se lo daré".

La vieja volvió a presentarse al juez y le habló según las instrucciones del niño. El juez se dirigió entonces a los hombres:

—¿Es como está mujer pretende?

—Sí—dijeron ellos.

Y el juez sentenció:

—Id a buscar a vuestro amigo, y recibiréis el dinero. Después, dándose cuenta de que alguien había aconsejado a la vieja, le preguntó:

—Dime francamente, ¿quién te ha aconsejado?

—Un niño de cinco años.

Entonces el príncipe mandó a buscar al niño y le preguntó:

—¿Eres tú, quien enseñó a la mujer lo que debía hacer?

—Sí, señor—fué su respuesta.

El príncipe le elevó a la dignidad de primero de sus consejeros.

HISTORIA DE SINDBAN.

*Antología de cuentos de la literatura universal,
de Mexicanos Fidal.*

LENGUAJE Y ESTILO

TRABAJO DE ANÁLISIS

El estudio de las grandes obras filosóficas y literarias demanda un trabajo de análisis extremadamente profundizado, puesto que en el límite es necesario ensayar separar a partir de la visión de conjunto, no solamente el contenido, sino también la forma exterior de la obra. Es un trabajo que, hasta aquí, ha sido muy poco emprendido pero que nos parece constituye una de las tareas principales de la crítica literaria y del análisis de los estilos. Para dar un solo ejemplo, si tomamos dos frases representativas de los dos grandes filósofos del siglo XVII, es evidente que el equilibrio y el balanceamiento perfecto de los dos tiempos del Cogito ergo sum o de los dos tiempos del "Yo pienso, luego soy" expresan a maravilla el optimismo y el equilibrio de la filosofía cartesiana, mientras que la subida vertical del primer elemento y la caída brusca del fin en El silencio eterno de los espacios infinitos me espanta, concentran y expresan la esencia misma de la visión trágica; asimismo, la paradoja, como medio de estilo, es casi inevitable para un gran escritor, filósofo de la visión trágica, que parte de la idea fundamental de que el hombre es al mismo tiempo grande y pequeño, es decir, que un solo y mismo sujeto no puede definirse más que por dos atributos en apariencia contradictorios.

LUCIEN GOLDMANN.
Sciences Humaines et Philosophie.
P. U. F. París, 1952.

EL BELLO DESORDEN PINDÁRICO

"El bello desorden no es, como se ha creído, esencialmente horaciano", escribe Miguel Antonio Caro. Las evasiones del tema que ocurren en Horacio, se explican, en ocasiones, por el deseo de ennoblecer el asunto con epi-

LENGUAJE Y ESTILO

sódios mitológicos; otras veces parecen, según observa Macaulay, "Inconsultas imitaciones de vuelos pindáricos, y en estos casos no merecen imitarse". Macaulay decía, en 1835, que había leído a Píndaro con menor placer que el que proporciona la lectura de los grandes poetas áticos; pero todavía con admiración. Es innegable que Esquilo, Sófocles y Eurípides son más atrayentes que Píndaro; domina en ellos la poesía del asunto, la amplitud del drama. El asunto pindárico, dice Macaulay, era árido y monótono; el poeta se veía obligado a las transiciones, para embellecerlo con un fondo mítico, religioso y político. Milá y Fontanals cree también que "entre los griegos, Píndaro llevó a sus últimos límites la libertad de plan, especialmente en sus extensos episodios de fondo narrativo, aunque de estilo lírico. Propúsose imitarle Horacio en las odas *Justum et tenacem, Caelo tonantem*; y también en la *Mercuri nam te*, en la cual, como en alguna otra, se ve poco o ningún enlace entre el comienzo y la terminación narrativa". Si la brillante incoherencia de la oda triunfal es una reacción contra el tema impuesto, cuánta belleza encierra en los rasgos aislados, en la diversidad del conjunto; cuánta elevación de pensamiento y dignidad poética. De ahí que el romanticismo no haya olvidado a Píndaro; el poeta se levanta sobre el asunto, que la idea o la imagen magnífica iluminan, y hace olvidar lo circunstancial, lo que fué gloria local y pasajera. Las rápidas transiciones del poeta griego explican, para Macaulay, el desorden horaciano. Si el gran crítico inglés no fuera tan culto, tan penetrante lector, pensaríamos, como ya él advierte, que hizo un descubrimiento un poco tardío; las transiciones inesperadas, el don de salirse del asunto, pueden encerrar, además, un misterio poético que no obedece únicamente a una evasión de lo obligado y prosaico. Según se desprende del texto de Caro, quizá un poco confuso, las transiciones horacianas son dignas de imitación, pero no las pindáricas; en verdad, parece que tal afirmación careciese de fundamento, si no se tienen presentes las palabras de Menéndez y Pelayo cuando afirma que los poetas latinos, por ser más modernos, están más cerca de nosotros y pertenecen, por derecho propio, a la tradición lírica española. Ya para elogiar a Herrera, en páginas de extraordinaria vehemencia, escribía Pedro Estala en 1736, hablando de las transiciones, "de estos raptos y

vuelos de la fantasía" donde para seguir al poeta es necesaria la imaginación: "El que carece de esta facultad en aquel grado necesario, para suplir las ideas intermedias, el que nada ve en aquellos inmensos vacíos, por los que pasó rápidamente la fogosa fantasía del poeta, tiene a Píndaro por incomprensible, a Horacio por obscuro, a Herrera por duro, seco y desarreglado". Habla de aquel desorden inimitable, propio sólo de los grandes poetas, cuando agitados extraordinariamente del ardor poético, no pueden detenerse; por eso "en tal situación Píndaro:

per audacis nova dithyrambos
verba devolvit numerisque fertur
lege solutis".

(en sus dithyrambos audaces introduzca voces nuevas y se exalte en ritmos libres de leyes).

Así ve el desorden píndarico, con la admiración profética de Horacio y con un ardor que no puede contenerse en los límites de la reflexión metódica.

Lo que se ha llamado bello desorden es propio de Píndaro, nace de su psicología individual, de la riqueza de asociaciones, de la inquietud de su fantasía ávida, de la concepción lírica de su época en que apenas comenzaba la construcción lógica de la prosa; del tema, hábil e ingeniosamente tratado por el poeta en sus rasgos fundamentales; el plan de una Oda no obedecía entonces al rigor de un solo asunto; para el lírico no era tan severa la unidad del tema que él dominaba en su amplitud. Las ideas esenciales como polos magnéticos atraen imágenes, sentimientos y reflexiones afines, aunque a simple vista no lo parezca. Hay suspensiones rápidas en lo que se dice y se sobrentiende, saltos de la fantasía, correspondencias que aparecen en lo íntimo de la creación poética; ese conglomerado de asociaciones que quizá también obedezca a una lógica musical, imaginativa, y a un plan preconcebido, es una característica de Píndaro. La tradición clásica francesa ha repudiado al poeta griego en nombre de la razón y del orden oratorio, filosófico. El respeto a la unidad, al plan lógico, es también una virtud antigua; aparece antes que en los historiadores, filósofos y retóricos, que en los constructores intelectuales de la prosa, en Homero, no sólo en la composición de los episodios de la epopeya, sino también en las palabras de Antenor que en

elogio de Menelao, en la Rapsodia III de la *Iliada*, dice que, con ser joven, al hablar no se apartaba del asunto, Píndaro no era orador, era poeta. Pudo ser maestro en los bellos años del Renacimiento, modelo de libertad poética, no atado a las formas ordinarias. Imitarlo, como dice Horacio, es imposible. De allí la indecisión de la poesía falsamente píndarizante, que ha seguido en lo exterior la técnica del griego, casi sin tratar de penetrar en el misterio de la creación del elevado lirismo. Todo paso hacia la poesía lírica, aun en las más audaces experiencias, se encuentra con las logradas tentativas píndaricas

ARTURO MARASSO.

ANOTACIONES A UN LIBRO GAUCHESCO

Queremos continuar en esta oportunidad nuestra modesta contribución al esclarecimiento del vocabulario de un libro famoso de la literatura gauchesca, ya iniciada en el número anterior de esta Revista con el artículo: "El vocabulario de un poema gauchesco".

Con respecto al tema tratado —que hoy completaremos—, no estará de más repetir que nos fué inspirado por las lecturas del libro en cuestión, Santos Vega o Los Mellizos de la Flor, al comprobar que no se cumplía en él, exactamente, lo anunciado en el prólogo de su primera edición, donde los impresores decían al público: "La originalidad del teatro, de los hábitos y de los tipos que constituyen el movimiento dramático de la obra, ha aconsejado al autor el poner al pie de cada página las notas que explican el sentido técnico, por decirlo así, de cada una de las voces de los gauchos algo civilizados ya, como presumía serlo Santos Vega, el recitador en este poema. El uso de este lenguaje, ajeno en muchas voces y modismos al idioma de la literatura española, es indispensable y requerido para revelar los secretos y los hábitos de la vida de las campañas argentinas, que el autor se ha propuesto sacar al conocimiento y examen de la crítica; porque en todos los pueblos, lo mismo que en los individuos, el estilo, el lenguaje, los modismos, son la parte más profunda, más homogénea, más explicativa de su ser.

Los inconvenientes que esta circunstancia pueden ofrecer a los que no estén familiarizados con esos modismos del lenguaje del gaucho serán salvados por las notas que hallarán en cada página de la obra, las que contendrán la acepción analítica y práctica de todas las palabras que vayan en bastardilla en el cuerpo del poema, y aun de todas las que sean ajenas al diccionario español.

En el artículo antecedente, publicado en estas páginas, hicimos diecinueve observaciones a palabras del primer tomo de la edición de la Biblioteca Mundial Sopena, Buenos Aires, 2ª edición, mayo 1953 —reproducción de la príncipe—. Restarian las observaciones que nos ha sugerido el texto del segundo tomo de la misma tirada, entre las cuales incluiremos para el lector de hoy referencias ilustrativas que atañen a la posterioridad de la concepción y la época de Ascasubi.

Pág. 41: "O al güeco de Cabecita vamos, a la pulpería que tiene una hermana mía..."

El *Hueco de las Cabecitas* era un paraje peligroso de la Buenos Aires de antaño, merodeado por gente de avería. Funcionó allí un horno de ladrillos, por cuya causa se formó una laguna. Es hoy la plaza Vicente López, que ocupa el perímetro de las calles Paraná, Arenales, Montevideo y Vicente López. En la página 53 de este tomo, al repetirse la mención del "güeco", dice: "una de las plazas actuales de Buenos Aires".

Pág. 43: "Iban por la Plaza Nueva..."

La *Plaza Nueva*, de entonces, ocupaba el actual perímetro del Mercado del Plata: calles Cangallo, Carlos Pellegrini, Sarmiento y "cortada" Carabelas.

Pág. 44: "...porque eran las doce en punto pues San Nicolás tocó..."

Hay una llamada en el libro: "San Nicolás, es una iglesia parroquial de Buenos Aires". Daremos más detalles: Esta iglesia era, en tiempos del relato de Ascasubi, dirigida por el párroco patriota don Mariano Medrano, y estaba situada en la esquina de las calles Inchaurregui y Rivas (hoy, Corrientes y Carlos Pellegrini, respectivamente). Fué demolida entre los años 1931/32 para dar paso a la Avenida Nueve de Julio y el ensanche de la

calle Corrientes. Desde 1936 se alza el obelisco en el lugar aproximado que ocupaba el templo.

Pág. 46: "...puso un anafe a encender con virutas y carbón..."

Anafe es un hornillo portátil de hierro. Los hay también de barro, ladrillo y yeso.

Pág. 52: "...a medio correr, llegó luego al güeco de los Hornos..."

Es el mismo Hueco de Cabecitas, donde ya dijimos que había horno de ladrillos.

Pág. 97: "Ansi se lo manotó y en la Zanja de Matorras jué a dar a comerselo..."

La Zanja (o Zanjón) de Matorras corría sinuosamente por la calle Santo Tomás (Paraguay de hoy), desde San Miguel (Suipacha) al bajo, arrastrando al río las aguas del "tercer del Centro", uno de los desagües naturales de las lluvias, en la ciudad de entonces.

Pág. 14: "...pues hasta la Ranchería todo el mundo disparó..."

El libro observa: "La Ranchería, el mercado actual". Faltaría aclarar que "la Ranchería fué el teatro de comedias, que se incendió en 1792 (esquina Perú y Alsina de ahora, donde está el monumento ecuestre del general Roca). En cuanto al mercado que cita Ascasubi, era el "del Centro", primer establecimiento municipal de esa índole, que se edificó en el mismo terreno, a mitad del siglo pasado. Ocupaba la manzana Perú, Alsina, Chacabuco, Moreno, y fué derribado en la segunda década del siglo actual para seguir la diagonal Sur, Presidente Julio A. Roca.

Pág. 117: "Ahora verán la reyerta que en esa triste ocasión entre el alcalde tilingo y Azucena se trenzó..."

Anotación del libro: "Tilingo, tonto, torpe". Será bueno puntualizar que el verdadero *tilingo* del modismo argentino es el que pretende esconder su tontera o torpeza bajo un barniz tan deleznable como pretencioso.

Pág. 139: "Mas desde su mocedad
ese juez jué sin agüelo
de cantimpla, y bajo el pelo..."

El libro sólo observa: "Cantimpla, tonto, ignorante" Agreguemos que *sin agüelo* (mejor, *sin agüela*) decía el criollo de quien se recomendaba solo, demostrando una condición por sus cabales sin precisar ponderaciones (elipsis deformatoria de la antigua frase española: "Alábatu, que se te murió tu abuela"). La expresión indica aquí a un tonto hecho y derecho.

Y volviendo a *cantimpla*, será interesante señalar que ese mote era un antañero argentinismo y mejicanismo Cayó en desuso en nuestro ambiente, mientras que, con su fonética levemente reformada, salió en los últimos tiempos de México con gran resonancia hacia el mundo como apodo artístico de un singular cómico de dicho país: "Cantinflas".

Pág. 164: "...de los que he visto pintados
en esos titilimundis
que amuestran los italianos..."

El gaucho nombra así al *titirimundi* o *tutilimundi* (y también "mundonuevo"): cosmorama portátil, que en un cajón iluminado llevaban por las calles los charlatanes ambulantes, divirtiendo por monedas a la gente.

Pág. 165: "...con el curita almorzaron,
quien les dió unos *chunchulines*
que los dedos se chuparon..."

Ascasubi escribe así (*chunchulines*) el vocablo criollo y con la misma ortografía le da, al pie de página, el significado correspondiente. Conviene aclarar que ésta es otra locución de las venidas del quichua: "*chuchulli*" y que finalmente ha quedado en el léxico como *chinchulines*.

Pág. 173: "...y yegüitas retozando
con baguales *clinuditos*."

Sacándole el forzado ríto del diminutivo, son "baguales crinudos", o sea, los caballos indómitos de largas crines colgantes.

Pág. 196: "...Conque así, no me eche roncas
al botón. Yo sé lo que hago..."

Roncas al botón, equivaldría a "broncas al fudo" o "al cuhete". Vale decir: reprimendas inútiles.

FRANCISCO GARCÍA JIMÉNEZ

ARTICULACIÓN DE LAS VOCALES

El timbre que a cada vocal su calidad inconfundible y típica depende de la forma y del tamaño del resonador acondicionado por la articulación de cada una. Las vocales españolas se caracterizan por la firmeza con que mantienen un timbre uniforme a lo largo de su articulación, muy diferente, por ejemplo, de la inestabilidad de timbre de algunas vocales inglesas. La tensión de los órganos es relativamente constante desde el principio hasta el fin y aunque en español existen también vocales menos tensas o relajadas, su relajación no llega al grado que en otras lenguas. Por otra parte "la serie vocálica del español es la más clara y sencilla de las lenguas europeas" (T. Navarro, *El acento castellano*). No existen en español vocales de las llamadas *medias* o *mixtas*, que se articulan con elevación de la lengua hacia el centro del paladar, ni más vocales labializadas que la *o* y la *u*.

Las vocales españolas se reparten en un grupo anterior o *palatal*, en que el resonador se estrecha hacia adelante por acercamiento del predorso de la lengua hacia la parte anterior del paladar, un grupo posterior o *velar*, con estrechamiento hacia atrás por acercarse el postdorso de la lengua hacia el velo del paladar, y una vocal en que la lengua adopta una posición neutra más parecida a la que tiene cuando respiramos, sin articular sonidos, con la boca entreabierta. Las vocales fundamentales españolas son la vocal neutra *a*, las palatales, de menor a mayor cierre, *e* y *i* y las velares, también en orden ascendente de cierre, *o* y *u*. Sin embargo, de cada una de estas vocales, menos de la *a*, existen dos variedades: una cerrada y otra abierta. La *a* tiene, por su parte, tres variedades: una *media*, una *palatal* y una *velar*, de articulación sensiblemente posterior. Todas ellas pueden ser,

también, relajadas: (w), (ə), (i), (o), (u). Las vocales cerradas españolas e o no se articulan nunca tan cerradas como, por ejemplo, algunas vocales francesas o alemanas de timbre parecido, ni la vocal o tan abierta como alguna variedad de o inglesa.

AGRUPACIÓN DE VOCALES EN LA SÍLABA. — Ya hemos visto que varias vocales inmediatas pueden agruparse dentro de una misma sílaba. Hemos visto también las condiciones de esta agrupación. Están impuestas por el principio de gradación de sonoridad que es del mismo sentido que la gradación de abertura o de cierre. La vocal más abierta se sitúa en el centro del grupo, las más cerradas, en su periferia. Esa misma gradación, entendida en el sentido ascendente de sonoridad, sirve de base a la denominación de estos grupos. En español hay grupos de dos vocales que pueden ser *decrecientes* o *crecientes*. Y grupos de más vocales también, como veremos. Llamamos *vocal sonante* o *silábica* del grupo, a la más abierta, que será, sin duda, la vocal sonante de la misma sílaba; y *vocales consonánticas* a las demás. La agrupación silábica de vocales está regida también por la intensidad espiratoria. La sonante tiene siempre mayor intensidad espiratoria que las demás del grupo. Esta unidad de cima en el relieve de intensidad del tramo silábico es una condición de su existencia. Tan pronto como el acento de las vocales secundarias o consonánticas adquiere cierto relieve, la unidad del grupo se rompe. Este acento dominante está en relación con el ángulo de separación de las mandíbulas, de tal manera que a la sonante le corresponde un ángulo mayor que a las demás vocales del grupo silábico.

SALVADOR FERNÁNDEZ.

Gramática española.

Manuales de la Revista de Occidente.
Madrid.

LIBROS Y REVISTAS

RODRIGO BONOME, Qué es el color. Colección "Esquemas", Editorial Columba. Buenos Aires, 1957.

La finalidad didáctica y de divulgación que inspira a esta colección, exige de los autores un esfuerzo de síntesis que sólo puede cumplirse cuando el conocimiento de la materia tratada es profundo y el medio de expresión claro y equilibrado. Para el caso, Rodrigo Bonome ha alcanzado con exceso este propósito, pues las sesenta páginas del texto le han bastado no sólo para exponer la problemática general del apasionante tema de los colores, sino para perseguir también —y con mucho éxito— el objetivo de "promover la necesidad del ordenamiento cromático, a los fines de una más clara expresión artística", según lo manifiesta como deseo en la página final de la obra.

El íntimo contacto que Bonome tiene, desde hace tantos años, con estas cuestiones, hace que el fuerte enunciación de un vasto tema, este opúsculo se convierta en manual de positivas sugerencias en torno a la aplicación práctica de principios largamente elaborados por los estudiosos.

Bastan los primeros párrafos para predisponer favorablemente al lector. El punto de partida de las investigaciones científicas sobre el color, está narrado sintéticamente, pero con una cierta emoción comunicativa. "Newton acaba de descomponer la luz del sol y de encerrar el arco iris en la jaula de una alcoba penumbrosa". La exposición de los momentos fundamentales que jalanan la búsqueda de nuevas realidades hace que por las páginas desfilen nombres que son verdaderas instituciones en este campo de la ciencia: Fraunhofer y la escala de colores; Purkyne y los fenómenos visuales; la armonía de las sombras según Rumford; el círculo cromático de Julia Beaudeneau; Rosenstiehl y la sensación del blanco; las investigaciones famosas de Goethe; Ostwald y el "tamaño" de los colores; el célebre círculo de Chevreul; Magnus y sus investigaciones históricas sobre la sensi-

lidad de la retina: Maxwell y las oposiciones de los colores, y tantos otros que el autor cita con propiedad y sentido de la documentación.

Bien que sintetizar conceptos tan especiales como las teorías ondulatorias y corpuscular, y llegar con suficiente profundidad a los aspectos relacionados con la longitud de onda de los colores, desde los rayos ultravioleta a los infrarrojos, pasando por el espectro visible, es misión que excede, indudablemente, las posibilidades de una obra de esta magnitud. A pesar de ello, el propósito informativo se ha logrado y el autor puede encargar sobre una base científica suficiente la explicación de fenómenos más complejos, que hacen de manera preponderante al buen éxito de la tarea de los pintores o a hechos que, en relación con el color, han mantenido a través de los siglos una significación litúrgica, simbólica o psicológica para la humanidad.

Aún más: De lo informativo pasa Bonome a las reflexiones creadoras, de las que es ejemplo claro la página que se transcribe a continuación: "Frecuentemente se alude al lenguaje de un artista. Sus imágenes plásticas, en tanto importan un recurso expresivo, hacen acertada la definición. Ello implica admitir otras cualidades para la obra, resultado de la función artística. Ese lenguaje puede ser elocuente, lo que equivale a reconocerle condiciones para conmover e impresionar, y puede ser excesivo. Hay que reparar en la significación de esos excesos al hablar del color. Nunca arte alguno tuvo tantos puntos de contacto con el arte de escribir como los que pone en evidencia la obra figurativa respecto de la obra literaria. El literato que agote de entrada el potencial emotivo del lector, que no sepa dosificar las emociones de manera que éstas vayan preparándolo gradualmente para el momento culminante, alienta contra la unidad de su obra. El mismo error comete aquel que exalta una escena subsidiaria dándole tanto significado como el que adquiere el asunto modular. Estas reglas, que son clásicas y que no han podido innovarse a pesar de los reiterados intentos que se hicieron para togarlo, determinan el éxito o el fracaso de una obra. El talento, si es que existe, lo pondrá el artista en la originalidad del asunto. Dentro de las normas aludidas puede escribirse una obra eminentemente revolucionaria. Los nuevos conceptos serán de fondo y no de forma".

De todo el trabajo se desprenden dos sentimientos y propósitos capitales, que con justicia podrán tomarse como el "mensaje" central del libro. Por un lado, la noción firme de que la investigación del color es fundamental para los pintores, como lo es todo lo que se refiere a la elaboración de su propio lenguaje. Por otro, la certidumbre de que el talento debe estar consolidado por el trabajo, la dedicación y el estudio, pues la obra de arte, para ser seria y transmitir realmente lo que se propone, debe resultar comprensible para la generalidad.

"Lo importante —dice en la página 47—, es conocer el oficio a fondo y utilizarlo, no para hacer alarde de él sino para que las imágenes adquieran en la forma toda la fuerza expresiva y emocional con que fueron generadas en los entresijos del alma". Y, más adelante: "Lo normal es que sin disciplina y sin técnica no haya obra de arte".

Ferviente defensor del método, no es extraño que manifieste: "El uso racional de la escala de valores excluye automáticamente todo sentido de adivinación en la práctica de los colores. Ya no se dará el caso de ir variando un tono hasta acercarse al que se busca, sino ir directamente hacia este último sin ninguna duda".

O también: "El uso más o menos acertado de los colores en una composición pictórica equivale al dominio que un escritor tiene sobre la sintaxis, parte de la gramática que estudia las funciones y el orden de las palabras. Se deducirá, pues, que agrupar colores en una superficie es algo más que reproducir y que la condición de intérprete implica el conocimiento de una larga serie de fenómenos físicos que alteran el panorama visual de tal suerte que cuando se dice que el verdadero artista es un creador, no se hace otra cosa que definirlo".

Al penetrar en la esencia misma del quehacer pictórico, no pueden sino surgir evidencias de su extraordinaria riqueza de posibilidades. "Todos estos fenómenos —dice Bonome, después de explicar los que se conocen con las denominaciones de contraste mixto, contraste simultáneo y contraste sucesivo—, alteran un paisaje y marcan su diferencia colorística según sea fotografiado o interpretado por un artista". Razonamientos éstos que sin duda harán meditar a quienes dan por agotado el tema de la realidad desde el punto de vista figurativo.

La saludable y provechosa lectura de este libro confirma otra vez el acierto de la editorial al encargar la difusión de temas de general interés, con la participación de firmas autorizadas.

DANIEL ZATTERA.

MAHIE DELCOURT, *L'Oracle de Delphes*. (El oráculo de Delfos). Payot. Paris, 1955.

El interés renovado por los oráculos griegos ha suscitado algunas publicaciones, unas especializadas, otras de carácter más general, pero orientadas, en conjunto, a precisar una mejor valoración de las fuentes y a determinar una ubicación más clara del fenómeno oracular —religioso, literario, histórico—, en el marco de la vida griega. Quizá el momento sea particularmente propicio, por la inmensa conquista del conocimiento arqueológico, característico de este último medio siglo, y por la actitud más comprensiva y profunda de la filología y de las ciencias auxiliares, en la tarea de interpretación y análisis. El libro de la profesora Delcourt, conocida por sus investigaciones sobre el mito de Edipo y sobre el culto de los héroes en Grecia, desarrolla el tema de Delphos con un mérito incuestionable: procura destacar la singularidad de Delphos, dentro de un contexto complejo, que atañe por igual al estudio de los antiguos oráculos griegos y a su real significación religiosa. En una primera parte examina la autora todos los elementos que se relacionan con el emplazamiento del oráculo, de venerable tradición en la época histórica, pero cuyos antecedentes remotos pueden rastreadse con suficiente nitidez, sin omitir el problema de los métodos de respuesta oracular. En una segunda parte, titulada "Síntesis Délfica", Delcourt intenta una interpretación de ciertos rasgos inherentes a la constitución, funcionamiento y significado del oráculo, que pueden referirse a una alta antigüedad y que en el curso de la historia de Delphos han ido cobrando matices más o menos discernibles para el crítico moderno. Esos rasgos se vinculan, unos a la estructura física del oráculo, tal como la abertura o grieta, ubicada en el interior del *adyton* o parte más íntima del templo,

a la significación del *ómphalos* u ombligo del mundo; y otros, a ciertas relaciones implícitas en la personalidad de Apolo como divinidad inspiradora del oráculo. Conviene destacar aquí, por un lado, el limitado desarrollo del capítulo *Musagetes*, en cuanto la autora no ha profundizado la significación de la Musa; y por otro lado, el capítulo *Sibila*, que parece subrayar con admirable nitidez la diferencia fundamental entre la doncella *Pítica* —que recibía la inspiración *apolínea*— y esa otra figura, la *Sibila*, que originaria del Asia Menor alcanzó una importancia preponderante en la representación de una inspiración entusiasta o irracional. La confusión entre Sibila y virgen *Pítica* entraña, según Delcourt, perder la posibilidad de entender el carácter mismo del oráculo y la manera de su funcionamiento. En una tercera parte, finalmente, la autora examina la significación del oráculo desde *Pitágoras* a *Platón*. Aquí resultan indudablemente singulares y profundas las páginas dedicadas a *Píndaro*, por lo mismo que este poeta es un *píctico* por excelencia, en cuya poesía además la figura de Apolo y el ámbito del oráculo cobran una suerte de transfiguración que en adelante acompañará y acrecentará la gloria de Delphos. Cuánto debe esta gloria al insigne lírico tebano es un problema que la autora sugiere con alertada penetración y con una verdadera simpatía por los valores más puros de la poesía *píndarica*.

Junto con estos elementos positivos, de indudable mérito, en cuanto suponen un amplio dominio sobre la literatura antigua y moderna y en cuanto aportan soluciones más o menos personales y coherentes en la interpretación de las fuentes, corre en el libro otra línea que oscurece en cierto modo la perspectiva de la obra. No se pueden reinterpretar los elementos telúrico-folclóricos, irracionales, que constituyen una suerte de submundo, con la pretensión de reencontrar sus datos en signos de valores contradictorios, de tipo freudiano. Hay en lo griego un ritmo de progresiva iluminación, cuya exacta medida para el moderno no puede ser la simple trasposición de un dato psíquico, sexual o telúrico, a una estructura que lo esconde, lo vela o lo expresa alusivamente. Ese ritmo de progresiva iluminación es la definitiva adquisición de nuevos ámbitos y no la mera veste de un *substratum* o de un residuo que constituiría algo así como una ima-

gen ya dada e inamiable. Esta reflexión vale tanto para Delphos, entendido como fenómeno religioso, como para Pindaro o Platón, entendidos como expresiones literarias. No se puede percibir en una palabra, el carácter de aquella última etapa, que es luz, retornando a las bases telúricas o biológicas, por importantes y significativas que ellas sean como impulsos iniciales, y por más que presumiblemente subyazgan a lo largo de todo el itinerario. Pensamos que el signo del espíritu es precisamente la liberación, por más que aquellos antecedentes prehistóricos, de muy diverso carácter, sean como una raíz hundida en la oscuridad de la tierra. Lo que interesa en cambio es el ímpetu de la erección, que hacer tocar la cumbre del movimiento, como la encina de Virreilio, por las luminosas auras del éter, que es en definitiva, para el griego, la manifestación numinosa de lo divino, absolutamente independiente de esas bases telúricas o biológicas.

CARLOS A. DISANDRO.

RUBÉN A. BENÍTEZ, Una histórica función de circo. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Literatura Argentina. Noticias para la Historia del Teatro Nacional, número 11. Universidad de Buenos Aires, Departamento Editorial, Buenos Aires, 1956.

El teatro argentino ha tenido afortunadamente estudiosos que en distintas épocas han sumado sus esfuerzos para rastrear unas veces los orígenes, otras para realizar monografías sobre autores o para perfilar tendencias dentro de las varias especies que configuran la dramática nacional.

Con respecto a los orígenes, parecía que dos posiciones mantenían puntos de vista irreductibles. Así Mariano G. Bosch era sostenedor de un teatro que se remontaba a los días coloniales, mientras Roberto Glusti se inclinaba a pensar que el actual teatro rioplatense había nacido en la pista del circo. Hoy consideramos que estas dos opiniones, sustentadas también por otros autores, deben superarse, pues el hecho teatral no se improvisa de la noche a la mañana, y un día se lo encuentra debajo de

la carpa circense, sino que es un largo proceso cultural que pudo apresurarse por un gran acontecimiento como fue el estreno del drama gauchesco **Juan Moreira**, hablado por primera vez el 10 de abril de 1886, en el pueblo de Chivilcoy, provincia de Buenos Aires. Pero la preparación de la triada indispensable para que el teatro exista: autor, actor y público, venía ya de lejos, desde la Colonia, entroncando con la mejor tradición española. En el prólogo a su reciente antología de *El sainete criollo*, Tulio Carella duda del origen circense del teatro y dice: "que puede discutirse hasta qué punto la pantomima circense extraída de la novela de Gutiérrez da nacimiento a la dramática criolla. Aun prescindiendo de los numerosos antecedentes debe preguntarse si ha tenido tiempo de gestarse, pues con escasos años de diferencia surge el sainete y se organiza el teatro argentino".

Naturalmente que junto a las circunstancias históricas propicias, los Podestá tienen un papel preponderante, gracias al cual el teatro nacional se organiza. Cuenta Enrique García Velloso en sus *Memorias de un hombre de teatro* que los hermanos Carlo debían hacer un bienéfico y querían renovar el programa. Entonces el representante del *Circo Politeama Argentino*, Alfredo Cattáneo, propuso la representación en pantomima de la novela de Eduardo Gutiérrez, **Juan Moreira**, que *La Patria Argentina* había publicado en folletín desde el 28 de noviembre de 1879 al 8 de enero de 1880. Gutiérrez se mostró un poco escéptico con respecto al actor que desempeñaría el papel protagónico, pero Cattáneo no se arredró e inmediatamente buscó a Pepe Podestá. La función se realizó con éxito. Era el año 1884 y había nacido la pantomima gaucha. Después los Podestá acompañaron a los hermanos Carlo a Río de Janeiro y al regreso se asociaron con Alejandro Scotti, con quien adquirieron en La Plata el *Circo Pabellón Argentino*. Trabajaron algunos meses en la ciudad para emprender posteriormente una gira por el interior de la provincia de Buenos Aires, en la que presentó el 10 de abril de 1886 el drama criollo **Juan Moreira**, que por primera vez fue hablado.

Así como al Amadís de Gaula suceden infinitas novelas caballerescas volcadas sobre el modelo que tanto había repercutido en el público, también proliferaron en el Río de la Plata las obras con personajes y acciones semejan-

tes a Juan Moreira. Aquí el gallardo bandido mantenía el suspense y polarizaba todas las simpatías de sus palcos gauchos como otrora el caballeroso Amadís suscitó la admiración de los hombres del siglo XVI por sus extraordinarias aventuras. Y poco tiempo después a Juan Moreira siguieron: Juan Soldado de Orosman Moratorio, Santos Vega, arreglo de Juan C. Nosilla, Julián Jiménes de Abellón Aróstegui. Ellos hicieron las delicias de públicos ávidos de presenciar la lucha del héroe contra la "partida". Pareciera como si en esa pugna el pueblo enfrentara las arbitrariedades de una justicia no siempre ecuánime. El mismo fenómeno ya se había producido con la publicación de Martín Fierro en 1872 y 1879, fechas de la aparición de la primera y segunda parte respectivamente. El público argentino vió reflejado en el gaucho, sus propios padecimientos. De esa compenetración proviene la popularidad y el éxito de las obras gauchescas.

Estos supuestos que forman parte del clima en el que nació Juan Moreira, no son desconocidos. Hasta el momento de la representación de la obra en Chivilcoy, existía solamente Juan Moreira como la pantomima que había arreglado Eduardo Gutiérrez en 1884. Ahora lo que José Podestá presentará al público será el mimodrama, pero más reducido y aligerado, con el propósito de darle mayor movimiento a la versión hablada. He aquí la innovación, que en realidad le fué sugerida a Podestá por el espectador francés León Beaupuy.

Rubén Benítez, guiado por su afán de investigador y lo confiesa honradamente "acaso por el espíritu de campanario", no encontró en la historia de nuestro teatro qué había pasado aquella noche del 10 de abril de 1888, en Chivilcoy. Y se propuso recrear aquel momento histórico de tanta trascendencia para nuestra dramática; llenar el vacío puesto que las historias apenas lo mencionan. Nada encontró en Chivilcoy; mas la búsqueda dió exitosos resultados en Mercedes. Uno de ellos fué: "los nombres de los artistas que actuaron en esas funciones. Esos nombres no son los mismos que repiten los manuales de historia del teatro argentino". Además compulsó los libros conocidos de historia de nuestro teatro, leyó artículos y folletos diseminados en diversas revistas y hurgó en diarios de la época y en testimonios posteriores. Reunió ese vasto material que le permitió seguir al circo que se acer-

caba a Chivilcoy desde Arrecifes y, ya en el pueblo, penetrar en las preocupaciones menudas de los habitantes conmovidos por tan extraordinario suceso, así como también darnos noticias acerca de los edificios, instalaciones, industrias, negocios y personas.

Lo más encomiástico de la labor de Rubén Benítez es que todo el inmenso trabajo erudito que le sirvió de soporte, se aligera en una prosa de toques novelescos que se arremansa en las sobrias descripciones del paisaje de los alrededores de Chivilcoy. Y en tono evocativo, adecuadísimo, sabe convocar el interés y producir la expectativa en los momentos culminantes. Escenas costumbristas están reconstruidas con veracidad y soltura. Y la psicología de actores, personajes y público ha sido captada con penetración.

Todo el trabajo parece confluir hacia el capítulo quinto denominado La función. Los detalles están previstos, y el telón imaginario se ha levantado. Cuando se baja; ha nacido el drama criollo, y tenemos la impresión de haber asistido a la histórica representación. Y además, habernos enterado de todas las circunstancias que rodeaban a este tipo de representaciones. Por ejemplo, que la policía las veía con malos ojos, pues las creía de efectos perniciosos entre el público, sobre todo porque en la obra se exaltaba el coraje y se dejaba malparados a los jefes del orden. Los paisanos se sentían tan identificados con el personaje que las barreras entre realidad y ficción quedaban borradas.

También el autor, en este limpiado trabajo, revive texto y representación. Así nos informa que José Podestá a pesar de su intención contraria, logró configurar un dramático personaje, simpático y bondadoso, unas veces conducido por la fatalidad y otras empujado por sus propias fuerzas. Podestá lo mostró como un resentido social y la gran resonancia popular estaría dada porque las multitudes revivían en él su propio drama.

Como vemos, Rubén Benítez ha comprendido la problemática teatral: texto, representación y público. Se ubicó en las circunstancias históricas, enjuicó y caracterizó psicológicamente y socialmente al simpático bandido, así como se pronunció sobre la ausencia de reales valores estéticos en la obra.

LUCILO ORIZ

JEAN ROSTAND, *Ciencia falsa y falsas ciencias* (Science fausse et fausses sciences). Gallimard. París, 1938.

La obra del escritor y eminente biólogo Jean Rostand, abarca ágilmente casi todas las zonas del pensamiento y de la historia de la ciencia y de las teorías y creencias, de la ciencia verdadera y de lo que llama "falsas ciencias". Sabio de laboratorio, publicó obras de investigación profunda: *Los cromosomas*, *La evolución de las especies*, *La nueva biología*, *La vida de los sapos*, *Los sapos*, *Las ranas* y algunos grandes problemas biológicos, *La vida y sus problemas* y otros muchos estudios de rigurosa probidad científica. El hombre, la biología, la naturaleza, la filosofía, entran en la actualidad descubridora del pensamiento de Rostand con detenido examen exento de toda pesadez y énfasis; una prosa ágil, clara, le hacen un escritor de intenso interés en que está presente su inteligencia lúcida y sensible. No podrán olvidarse sus *Pensamientos de un biólogo* y *Nuevos pensamientos de un biólogo*, en que expresa su visión científica del hombre y de la vida en su conjunto biológico y mental.

Lo que da su título a este volumen de "falsa ciencia y falsas ciencias", escribe, "trata las maneras variadas en que la verdad científica puede encontrarse adulterada por los "brujos" de toda especie, por los fanáticos de toda ideología y, aun sin saberlo, por los verdaderos sabios". En este tratado de las falsas ciencias su criterio se cifra a lo experimental y comprobado dentro de las rígidas normas que impone la comprobación largamente examinada, con desconfianza de toda sugestión encañadora. Es así como contempla los problemas de la "ilusión metapsíquica". Si existe, dice, alguna esperanza de llegar, un día, al final de la ilusión metapsíquica y, más generalmente, de las ilusiones que alimentan las falsas ciencias, es menos por la oposición directa que por medio de una educación conveniente, de una higiene preventiva del juicio. Enseñar a los jóvenes el espíritu crítico, premunirlos contra las mentiras de la palabra y del impreso, crear en ellos un terreno espiritual en donde la credulidad no pueda echar raíces, enseñarles qué es coincidencia, probabilidad, razonamiento de justificación, lógica afectiva, resistencia inconsciente a lo verdadero, hacerles

comprender lo que es un hecho y lo que no es más que una prueba, y sobre todo, ponerlos en guardia contra el testimonio humano, haciéndoles aprender de memoria la historia del "diente de oro" y haciéndoles reflexionar sobre la de los "rayos N". La historia de los "rayos N" es la siguiente: En marzo de 1903, el físico René Blondlot, profesor en la Facultad de Ciencias de Nancy, comunicó a la *Académie des Sciences* de Francia que, experimentando con los rayos X, había descubierto unos nuevos rayos polarizables, a los que llamó "rayos N" como homenaje a la ciudad de Nancy. Sus propiedades, bien características, fueron experimentadas por él y por otros físicos famosos: Guilioz, Nardé de Lépinay, Gulton, Bichat, Charpentier, Lambert, Colson, Becquerel, Broca, Zimmern, etc. Pero, desde el anuncio del "descubrimiento" de Blondlot, se manifestaron algunas dudas y se hicieron ciertas críticas en los círculos de especialistas. Estas dudas y críticas fueron, poco a poco, más vivas y persuasivas; el número de los que afirmaban la existencia de los "rayos N" fue cada vez menor y, luego de una breve resistencia opuesta por los sabios de Nancy y algunos fieles obstinados, el asunto fue definitivamente silenciado y el nombre de los "rayos N" no volvió a aparecer en los periódicos científicos.

Rostand reproduce al frente de esta obra la historia del "diente de oro", escrita por Fontenelle; también Amadon en su breve tratado *La telepatía*, de donde la extraeramos: Un niño de Silesia, en su segunda dentición, vio crecer un diente de oro; los parientes, los amigos, los vecinos habían comprobado el prodigio, al ruido del cual, los visitantes se pusieron en camino. El fenómeno era notable. Sabios, filósofos, teólogos, daban sobre este caso extraño: ¿era necesario atribuir a Dios el milagro? ¿Era una astucia diabólica? O bien, ¿por qué vías naturales había sido concebida esta maravilla? Folletos, relaciones, panfletos, volúmenes, trataron elucidar el enigma y alimentaron la polémica. Dos años después del anuncio del acontecimiento, en 1595, el gran Horstius, que ocupaba la cátedra de medicina en la Universidad de Helmstadt, creyó poner de acuerdo a los doctores adelantando que su origen era en parte natural y en parte sobrenatural. Su valor moral era evidente. ¿Cómo un signo tal no había consolado a los cristianos de los progresos

de la invasión turca? La tesis no calmó a los adversarios, reavivó sus ardores. Después, una bella mañana, algo ignaro se encontró al abrir la boca del niño y al examinar la dentadura. ¡Ay!, ningún diente de oro; sino una hoja delgada del metal precioso, aplicado sobre un diente de esmalte produjo la ilusión que tantos eruditos habían tomado por realidad. Fontenelle, que aseguró la fortuna de la anécdota recogiéndola en la *Historia de los oráculos*, concluye bellamente: "Se comenzó por hacer libros, después se consultó al orfebre".

"Recuerdo, escribe Rostand, que, en mi adolescencia, leía con viva curiosidad las obras metapsíquicas de Albert de Rochas, y notablemente su *Exteriorización de la sensibilidad* (Chacornac, 1909). Se da cuenta, en ese libro, de ciertas experiencias en que un sujeto "sensitivo" (veintidos veces, sobre veintidos ensayos), distingue los polos de un electroimán por la coloración diferencial de los "efluvios polares": azules por encima del Polo Norte, rojos encima del Polo Sur. Pues, me era imposible, en esta edad, pensar que todo esto —tan escrupulosamente observado en apariencia y tan precisamente descripto— era enteramente falso. Lo mismo, cuando una persona contaba ante mí alguna historia "supranormal", yo no me sentía con derecho para refutar sistemáticamente su testimonio. Autodidacto de la incredulidad, supe, comprendi poco a poco, que una muchedumbre de libros está puramente formada por mentiras, que hay bibliotecas enteras de impostura, que las gentes más inteligentes y las más instruidas no son las que en este dominio, dicen menos tonterías y las que difunden menos errores. Aprendí que nada, jamás, ha pasado como se cuenta, que, aun leal y desinteresado, un testigo fabula siempre sin quererlo, sin saberlo; aprendí a sospechar en todas partes la intima deformación, involuntaria e invisible, que basta a todo falsario para impedir a "un hecho", ser un hecho... Pero, esta adquisición, este tesoro de escepticismo, es ¡ay!, imposible de comunicar directamente a otros. Y, cuando se lo lleva en sí, uno parece tocado por una especie de duda neurótica, en tanto se posee simplemente el mínimo de desconfianza que se impone".

Igualmente importantes que el capítulo de "falsa ciencia y falsas ciencias", son todos los que componen este volumen en que aparecen íntegramente la ciencia, la in-

teligencia y la rectitud de Jean Rostand; el de *La Biología y el Derecho*, con su amplitud de controversia jurídica; *Las singularidades del Hombre, Biología e Infancia inadaptada*, en que examina el papel de los factores biológicos en la conducta de los niños y adolescentes; el sugestivo tema de *Unidad e indiferenciación en Biología y el de Cinema y Biología en sus relaciones con la observación científica*, de las ventajas del "ojo artificial de la cámara" sobre el ojo humano; el "ojo camérico es un ojo impersonal, un ojo imparcial; por esta "máquina de imprimir la vida", según la expresión de Marcel Lherbier, nos dice, nos encontramos como dueños del fenómeno".

Una renovada riqueza expresiva, con la agilidad de quien posee la expresión justa y adecuada, hace la lectura de las obras de Rostand instructiva y agradable.

LA REDACCIÓN.

INSTITUTO NACIONAL DE FILOLOGIA Y FOLKLORE, *Renca, Folklore puntano*. Buenos Aires, 1958.

Este libro contiene la historia espiritual de una pequeña localidad de la provincia argentina de San Luis. Dos grupos de folkloristas la han recogido y compendiado. El primer grupo fue dirigido por el profesor Augusto Raúl Cortázar; el segundo estuvo integrado por las señoritas María Mondragón, Susana Chertudi y Ofelia B. Espel y los señores Ricardo L. J. Nardi y José Augusto Rodríguez. Cada investigador se dedicó a una especialidad. *La Guía* para la clasificación de los datos culturales editada por la Unión Panamericana, de Washington, fue tenida en cuenta en todo momento.

Tras una primera parte dedicada a la geografía e historia, con datos imprescindibles para la ubicación en el terreno y en el tiempo del lugar estudiado, se entra de lleno en el folklore de la región. En primer término se estudia la alimentación, a base de carnes, cereales, verduras, frutas, dulces, leche y queso, como en muchas otras localidades del país. Nada especial hay en ella que la separe profundamente de amplias zonas del Norte de la

República. El análisis comparativo, en este sentido, no ha sido hecho ni puede considerarse necesario.

Lo mismo ocurre con las técnicas transformadoras, o sea, el trabajo del cuero, de las lanas y de la piedra. Es un pueblo que vive y trabaja como muchos otros, sin originalidad particular. La vestimenta y los medios de transporte son también los de otras partes. Los investigadores han estudiado el folklore mater al con notable precisión. Hay que destacar la parte dedicada al apuro de montar, en que no falta el más mínimo detalle. Hoy advertimos que en la vida material de este pueblo no hay originalidades si la comparamos con la de otros muchos del Norte y Oeste de la Argentina; pero con el tiempo no sabemos qué ocurrirá en nuestra tradición. Los medios modernos de vida avanzan rápidamente, las transformaciones son profundas y sin duda este trabajo habrá salvado, para el futuro, hechos y costumbres que se contemplarán con curiosidad y estudio.

El folklore espiritual se ha desdibujado en el tiempo. Pocas canciones y coplas, perfectamente recogidas, advinanzas corrientes, cuentos, leyendas, casos o sucesos y tradiciones. Muchas son comunes. Otras encierran formas conocidas y bien clasificadas en los repertorios internacionales. Tienen un carácter lugareño que les da un calor y un color muy particulares.

Las creencias y ritos, como la medicina popular, los pasatiempos y juegos no ofrecen singularidades. El habla popular ha sido bien estudiada en sus modismos tradicionales y en su fonética. Los investigadores han observado los usos y costumbres. Son, en general, los de un pueblo humilde y sencillo, que vive a slado del ferrocarril y de caminos, encerrado en sus pequeños trabajos, con una educación cordial y discreta, generoso y pobre. La fiesta principal es la del señor de Renca. La iglesia es un consuelo, un refugio, para esas almas olvidadas y somno-lentas.

Los investigadores han colocado al comienzo de este libro una nómina de informantes que tiene el defecto de no agregar la edad, la nacionalidad y la cultura de cada uno de ellos. Muy distinto valor tiene el dato transmitido por un joven o un viejo, natural del lugar u originario de otra provincia, hombre que sabe leer y pasa el día leyendo diarios, o analfabeto que sólo repite lo que oye.

Los frutos de esta investigación folklórica no han sido abundantes; pero ellos bastan para demostrarnos dos hechos capitales. En pueblos alejados de la Capital Federal, donde se supone que podrían conservarse rastros de la antigua Argentina, no queda realmente nada que merezca ser estudiado a fondo. Por otra parte, esta investigación folklórica prueba que las radios realizan un proceso tremendo de transformación mental y unifican a los pueblos más separados en la geografía de nuestra Patria.

De todos modos, el trabajo está bien realizado, sirve para saber, en el futuro, cuál era la condición material y espiritual de un pueblo perdido de la provincia de San Luis y nos prueba que, por fortuna, contamos con investigadores capaces de realizar búsquedas folklóricas recomendables por su seriedad e indubitable perfección.

Es una publicación del Instituto de Filología y Folklore, anexo a la Academia Argentina de Letras.

ENRIQUE DE GANDIA

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

Journal de la Société des Américanistes, Tomo XLVI, Paris, 1957. Frédéric Engel publica un artículo titulado "Sites et établissements sans céramique de la côte péruvienne", del que traducimos un fragmento sobre Especies vegetales del Perú precolombino:

"En el momento actual estamos en un estado de identificación de las especies vegetales por su nombre popular, pues el nombre varía según la zona. Es necesario pasar con una gran prudencia, del nombre común al nombre científico. Terminado este primer trabajo convendrá considerar el hábitat de los vegetales encontrados y determinar las zonas en que las condiciones geográficas han permitido su existencia.

Este trabajo, que puede parecer simple a primera vista, es en realidad muy complejo por el hecho del aporte periódico de todos los horizontes de plantas nuevas, lle-

gadas según toda verosimilitud en los tiempos precolombinos de América Central y, por consiguiente, de otros continentes.

El orden de aparición de las plantas nuevas tiene una gran importancia y es necesario tenerlo en cuenta en el estudio de los estratos de detritos. Parece, por ejemplo, que la arachide, el plúmeto, la lucuma, etc., no aparecen todavía en los horizontes precerámicos, y que sean quizás aún posteriores a la entrada del maíz, que se encuentra al menos en todo el Norte de la costa central, antes de la cerámica o juntamente en los comienzos de su aparición.

Muchas de esas plantas no son comestibles, pero pueden haber sido utilizadas ya como plantas medicinales. Su uso continúa hasta hoy. En lo que concierne a las fibras, pelos, algas y plumas, el trabajo no está más que esbozado. Para los sitios del río Chicama, J. Bird cita la presencia de diferentes especies de algodón y el empleo de fibras sacadas de la estructura misma de las plantas que él llama *bast* (estera). Los medios de investigación de que disponemos no nos permiten ningún diagnóstico preciso. Es, sin embargo, verosímil que la mayoría de las fibras suaves, blancas, grises u oscuras, que encontramos en los tejidos, en los cordoncillos y redes precerámicas sean de algodón; el empleo de juncos y de cañas es corriente para las esteras, para las redes portátiles o de pesca, el vestido o el adorno.

Los pelos sirven para reforzar los cordeles o para adornar al individuo. Las pequeñas plumas multicolores decoran los tejidos. Las algas parecen haber sido utilizadas para la alimentación, para tejer hilos utilizados en los vestidos o en adornos, y, en una vasta escala, lo mismo que las hierbas, para alimentar los fuegos.

Las maderas diversas (acacias, sauces, arbustos), son utilizadas simultáneamente con las cañas gruesas en la construcción; los ramajes y las ramillas, han alimentado el fuego. El carbón vegetal está a menudo presente en los detritos, con cenizas vegetales. Es la "tillandsia", la que se encuentra con más frecuencia como combustible. Las calabazas tienen un papel muy importante en un horizonte en donde por falta de cerámica constituyen los únicos recipientes. Las que hemos recogido quedan todavía para ser identificadas por especies".

La Tour Saint-Jacques. Número especial sobre "La magia". París, julio-diciembre de 1957. Publica un artículo titulado *Les techniques de rajeunissement et d'immortalité*. (Las técnicas de rejuvenecimiento y de inmortalidad), firmado por Serge Hutin, del que traducimos un fragmento:

"Según la tradición, algunos de los más célebres alquimistas habrían tenido éxito en obtener el misterioso "elixir de larga vida", dispensador de una casi inmortalidad física: los nombres de Nicolás Flamel, del Conde de Saint-Germain, de Cagliostro, son bien conocidos. Esas leyendas continúan beneficiándose, en el gran público, con un inmenso y muy comprensible prestigio: de Bulwer Lytton a Jean-Louis Bouquet pasando por Balzac, numerosos escritores tomaron por tema "el elixir de larga vida..." Es curioso notar que la leyenda no ha evitado al "padre del racionalismo moderno": una tradición pretende que Descartes tuvo éxito al fabricar el elixir de larga vida, que su entierro fué simulado y que vive, desde entonces, la vida de un eremita en Laponia. Inútil precisar que esto no es más que una leyenda y que Descartes está bien muerto desde 1650.

Si las tradiciones relativas al "elixir de larga vida" son muy antiguas en el taoísmo chino, ellas no aparecen antes de los siglos XIV y XV en los textos alquímicos de Occidente. Este hecho no implica de ninguna manera un origen reciente de esas concepciones inmortalistas: por el contrario, el historiador de las religiones puede comprobar que la alquimia europea, ha, por así decir, "tomado el relevo" dándole una formulación sistemática, de los viejos mitos de rejuvenecimiento y de inmortalidad física en los cuales el principio igneo —el Fuego cósmico arrebatado a los dioses por los Titanes—, tiene el papel determinante. Luego, la clave de este arte *taumatúrgico* que es la alquimia, no es el paralelismo establecido entre las "operaciones" sutiles por las cuales el adepto ilumina su alma aprisionada en el cuerpo, y las operaciones exteriores por las cuales libera el Fuego divino, la Luz, el Logos aprisionado en la "corteza" tenebrosa?

El alma humana es de la misma naturaleza que el "fuego" cósmico, que el principio igneo, el *Spiritus Vitae*

que anima la materia y que, si se le puede aislar y materializar, procura la juventud, la inmortalidad. Este "Fuego de Vida" lo volvemos a encontrar en una de las obras maestras de la novela "oculta" contemporánea: She ("Ella") de Henry Rider Haggard.

Si ensayamos —¡tarea aventurada, lo sabemos!— interpretar según las teorías biológicas modernas el sueño de los alquimistas, podemos decir que el adepto no es otra cosa que un "Superhombre" o un "mudable" dotado de poderes de excepción. A este propósito, un físico nuclear contemporáneo, Jacques Bergier, no vacila en escribir: "Según ellos (los alquimistas), la manipulación apropiada del fuego y de ciertas sustancias permite transformar los elementos y, lo que es más importante aún, transformar al experimentador mismo. Este, bajo la influencia de las fuerzas emitidas por el crisol (diríamos hoy radiaciones emitidas por núcleos subsistentes de las transformaciones) entra en otro estado. Su vida es prolongada indefinidamente, su inteligencia y sus percepciones desarrolladas hasta un punto extraordinario".

Si algunos alquimistas han tenido éxito en obtener el "elixir de larga vida", es necesario admitir, por esto mismo, que han cumplido una tarea científica verdaderamente extraordinaria: suscitar, con la ayuda de las radiaciones atómicas, "mutaciones" biológicas altamente favorables al cuerpo del adepto.

Aunque no imposible a priori, tal resultado parece altamente improbable: es de notar, por otra parte, que el "elixir de larga vida" es una especie de "super Gran Obra", que no puede ser realizada sino después de manipulaciones, de naturaleza extremadamente misteriosas, efectuadas sobre la Piedra filosofal misma.

En cuanto a los testimonios, históricos o recientes, que conciernen al conde de Saint-Germain o a otros "Inmortales", son, es lo menos que puede decirse, extremadamente poco convincentes".

Revista Bolívar, número 49, Vol. XI, entrega Nº 1. Noviembre 1957-febrero 1958. Bogotá, Colombia. Publica un artículo de Luis Flórez, titulado "Cuestionario preliminar para el Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia", del que transcribimos un fragmento:

"El atlas lingüístico-etnográfico, o sea un conjunto de mapas de lenguaje y de algunos objetos de la vida material, tradicional y popular de un país o de una región, es el resultado de estudiar el lenguaje y la cultura popular a un mismo tiempo, y de estudiarlos con el método de investigación llamado geografía lingüística. Este método consiste en situar sobre el mapa del país o la región estudiada, cada una de las formas fonéticas, gramaticales y léxicas con que se expresan ciertos conceptos, sentimientos, operaciones de la imaginación, y cada uno de los nombres que se dan a determinados objetos representativos de la vida popular en el territorio explorado. Para cada noción y cada objeto se hace un mapa distinto. La idea fundamental de este método es situar el hecho lingüístico o etnográfico en su ámbito geográfico, averiguar su extensión y distribución en el espacio investigado. Este método de estudio permite extraer consecuencias importantes sobre la naturaleza de los hechos lingüísticos, así como establecer los límites geográficos de los dialectos, y conocer, además, qué es lo propio, peculiar o característico de cada dialecto. Permite también comparar las diversas formas y establecer entre ellas una relación de tiempo, con lo cual la geografía lingüística suministra datos valiosísimos para la lingüística histórica. Los atlas son, pues, punto de partida para otros estudios, para el examen de otros aspectos del lenguaje.

Se han hecho y publicado ya numerosos atlas de lenguaje, unos en América, la mayoría en Europa. Los atlas que incluyen también mapas de cosas materiales son los más modernos, evolucionados y recientes, tanto que apenas están en curso de elaboración.

Para hacer un atlas es necesario redactar primero un cuestionario muy cuidadoso de los asuntos que se quieren estudiar. Ese cuestionario lo hacen ordinariamente personas que han estudiado filología y lingüística. Tienen usualmente muchas preguntas: unas de pronunciación,

otras de gramática, la mayor parte de palabras, palabras reunidas en grupos de significación.

Se prepara técnicamente un grupo de personas, se lea da el cuestionario y se mandan por pueblos y lugares escogidos convenientemente, para que hagan las preguntas —siempre las mismas preguntas y de una misma manera—, a un número de sujetos o informadores, seleccionados también de acuerdo con determinados requisitos. Esta fase del trabajo consiste, pues, en recoger con la mayor exactitud posible y directamente en el terreno, una gran cantidad de materiales, millares y millares de datos. Sin la reunión, indispensable e inevitable, de muchísimos datos en muchos lugares, no se pueden hacer luego los mapas para el atlas.

El cuestionario preliminar o provisional que hemos hecho en el Instituto Caro y Cervo para el Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia, tiene más de ocho mil preguntas. Después de varias experiencias en el terreno, se va a hacer el cuestionario definitivo, con dos mil preguntas, a lo más. Del copioso material que se recoge en el terreno aplicando el cuestionario a diversas personas, sólo una parte figura en los mapas; el resto, probablemente la mayoría de los datos, queda disponible para utilizarlo en estudios varios, ya sean monografías lingüísticas de los lugares explorados, ya estudios de usos o hechos particulares. De esos materiales sobrantes del Atlas pueden tratarse o estudiarse como quiera y pueda el investigador, cualquier investigador. Con qué fin, con qué métodos y técnicas, son cosas que dependen de la formación, de la capacidad, del interés y del gusto personal del estudioso".

LA REDACCIÓN

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

LA VIDA EN EL UNIVERSO

El estudio del problema del origen de la vida terrestre es el medio más poderoso de que disponemos para abordar el de la vida cósmica. El problema de la existencia de la vida en un planeta terrestre próximo no consiste

solamente en saber cómo ha podido adaptarse a las condiciones actuales, sino sobre todo en saber si ella pudo nacer allí en el pasado. Examinaremos, primero, las probabilidades de la vida en el sistema solar, después en la Galaxia, que es representativa del Universo.

Hemos visto que la aparición de la vida terrestre había estado subordinada a muchas condiciones astronómicas, geoquímicas y geofísicas; la masa del planeta debía ser suficiente para retener una hidrosfera y una atmósfera, pero insuficiente para hacer de ella un planeta gigante, tal como Júpiter, o un microplaneta, aunque más macizo, pero hiperdenso. Su órbita no debería ser muy excéntrica. Es claro que una órbita cometaria estaría excluida. Su rapidez de rotación no debía ser excesiva. Si la Tierra girase 17 veces más rápidamente, la gravedad se anularía en el ecuador y la hidrosfera y la atmósfera escaparían. Si la rotación llegase a ser igual al período de la revolución, nuestro planeta presentaría siempre la misma faz al Sol, los océanos y la atmósfera se expandirían y serían congelados en el hemisferio oscuro y frío. La distancia al Sol y la rapidez de rotación deben ser tales que el agua permanezca en estado líquido.

Si la irradiación cósmica hubiera sido mucho más intensa, si el Sol fuera una estrella variable y si la densidad estelar en su vecindad fuera tan grande como en el centro de una Nebulosa globular, la vida hubiera sido destruida desde su aparición. ¡En verdad, este "mundo de globos de fuego que rueda hacia un destino amenazante" ha sido bien clemente con la vida terrestre!

Si la radiactividad de la corteza terrestre hubiera sido muy elevada, los océanos hubiesen permanecido en ebullición y las irradiaciones gamma penetrantes habrían impedido a la vida nacer.

Si la sismicidad y el vulcanismo hubieran sido más intensos, habría ocurrido lo mismo. El vulcanismo habría podido provocar una salinidad oceánica demasiado elevada o recubrir los océanos con una película nociva de hidrocarburos. Si el gas carbónico y el oxígeno no hubieran sido solubles en el agua; si el ozono no existiera, la vida no habría jamás aparecido sobre nuestro planeta. Si los océanos, en fin, hubieran recubierto toda la superficie del globo, la evolución de los vertebrados se hubiera detenido en los peces.

Todas estas limitaciones nos muestran cuán frágil es la vida terrestre y cuántas condiciones, antes de ser realizadas todas simultáneamente, son necesarias para su aparición y para su subsistencia. No es sorprendente que, sobre la decena de planetas que constituyen el sistema solar, la vida no haya aparecido más que en uno solo.

Los planetas gigantes, cuya temperatura superficial es inferior a -120° C. y la atmósfera constituida por amoníaco y metano, son manifiestamente impropios para la vida. Si la irradiación solar creciera, o si Júpiter se aproximara al Sol justamente al nivel de la órbita terrestre, el planeta sería enteramente recubierto por un océano insondable y rodeado por una gigantesca atmósfera absorbente de metano, de neón y de amoníaco. La irradiación solar ultravioleta no alcanzaría aun la superficie de las aguas y ninguna vida podría aparecer allí, falta de síntesis asimétrica. Entre los planetas terrestres, Mercurio así como nuestro satélite, la Luna, están privados de hidrosfera y de atmósfera y son, o tórridos o helados. Solamente nuestros dos vecinos, Venus y Marte, pueden ser tomados en consideración.

A. DAUVILLIER.

L'origine photochimique de la vie.
Masson y Cia., París, 1958.

FASES ESTILÍSTICAS DEL ARTE PARIETAL

En el curso de decenas de millares de años de la era glacial, la escultura ha pasado por una sucesión de fases estilísticas. En el origen, existió en ella, sin duda, la línea trazada por el dedo en las secreciones arcillosas o calcáreas que cubrían las paredes de las grutas; estas líneas formaban un grosero losado que sugería el bosquejo de una silueta. Puede ser igualmente que el hombre haya querido reproducir las huellas de las garras dejadas por el oso sobre el suelo y los muros de las cavernas. Se ven allí marcas obtenidas, sea aplicando sobre la pared, la mano previamente sumergida en el color, sea por calco: la mano posada a plano, y cercada por un trazo o de una banda de color, de tal suerte que la palma y los dedos se destaquen en claro. Tal fue verosímilmente el punto de partida del arte parietal.

Los primeros dibujos —testimonian una incontestable maestría—, son esencialmente lineales; sólo lo esencial de la silueta está reproducido. Es a partir de estos esquicios que se desarrolló el arte pictórico; poco a poco, el hombre aprendió a sacar partido de las tres dimensiones y a restituir por el dibujo y la pintura las imágenes captadas por su retina. Por la técnica pictórica y por la visión, el arte parietal recuerda al arte impresionista; la actitud del animal en un momento preciso; bestia herida que se desploma, se fura o se prepara para atacar, es allí el tema mayor. En ciertas pinturas, el animal está tomado como la parte de un todo; se amalgama con la tropa animada de un movimiento colectivo. Voluntariamente esfumados, los contornos se diluyen; esta técnica es la de los Impresionistas. Hacia el fin del período glacial, el dibujo lineal conoció una renovación; los volúmenes son netamente delimitados, los contornos subrayados con un grueso trazo.

Hasta su desaparición, al fin de la era glacial, el arte parietal permanecerá, en sus diferentes fases, como un arte esencialmente concreto. Creado y perfeccionado por cazadores, busca representar al animal tal como es. En los primeros milenios del período postglacial, este estilo fue reemplazado por otro que se puede calificar de expresionista; en el estadio final, tendrá cada vez más hacia lo abstracto. Realista en el comienzo, evoluciona progresivamente hacia el simbolismo. Estas fases corresponden a una evolución psíquica que repercute en el modo de vida del hombre "primitivo".

La paleta del hombre de la edad glacial comprende el blanco, el amarillo, el ocre, el rojo y el negro, colores de base, y muchos tintes intermedios. Antes de aplicar la pintura, el artista graba los contornos del motivo que quiere reproducir; a veces, utiliza las salientes de la roca, que le sirven de soporte. Las incorpora a su composición y saca partido de ellas para acentuar la impresión del relieve. Óxidos minerales y el carbón vegetal proporcionan los colores; la grasa, la albúmina o la sangre servían para diluirlas. Se han encontrado copelas de piedra que contenían huellas de colores; el artista prehistórico mezclaba allí sus tintes después de haber reducido tierras y arcilla a fino polvo. El descubrimiento, sobre un banco de piedra, de bastones de creta coloreada, tallados

y despuntados, permite suponer que los artistas de la edad de piedra utilizaban el "pastel" y quizá la brocha hecha de pelos, de plumas o de un trozo de piel. En ciertos casos, reducido a polvo, el color era proyectado con la ayuda de un hueso acanalado en el cual el artista soplabla a fin de pulverizarlo sobre la pared. La técnica y los útiles del pintor de la era glaciaria estaban ya muy perfeccionados.

Millares de piedras y de huesos grabados hallados en las grutas o en la proximidad representan sin duda bosques, estudios previos a la realización de los grandes frescos parietales. Esta hipótesis ha sido parcialmente confirmada por el descubrimiento, en una gruta, de un hueso grabado que representa el mismo motivo que la pintura que cubre la pared. En otro sitio, un fresco muestra un bisonte; absolutamente idéntico, el mismo animal, se encuentra sobre una placa de pizarra descubierta en una caverna situada a trecientos kilómetros de allí. Se puede, pues, concebir la existencia, en la época prehistórica, de intercambios de dibujos y de motivos en los cuales se inspiraban los "artistas" de las diferentes poblaciones.

Aquello de "talleres de arte" es igualmente probable. En efecto, el suelo de ciertas grutas encierra muchos leños de piedras o de huesos grabados con más o menos habilidad; algunos dibujos son manifiestamente la obra "de aficionados". Este hecho y otros del mismo orden, permiten suponer que los grandes frescos fueron pintados por profesionales que jugaban un papel determinado en el cuadro de la organización tribal.

GERT VON NATZMER.

Les civilisations de la Préhistoire.

Robert Laffont, Paris, 1958.

Traducción de Baltazara Raquel Enriquez.

ETAPAS ASTRONÓMICAS

El universo del hombre del siglo XX no tiene nada de común con el que han imaginado los sabios a lo largo de la historia de la humanidad. Si somos tan ignorantes de la realidad esencial y de los fines últimos, como antes,

si discutimos todavía el saber si el universo es finito o infinito, si es curvo, si está en expansión, penetramos de aquí en adelante sus enigmas hasta la distancia increíble de dos billones de años luz alrededor de nuestro planeta. El misterio no está esclarecido, pero sus fronteras han sido llevadas tan lejos que parece haber perdido todo poder ofensivo. El hombre no habita más la tierra ni el sistema planetario ni aun la galaxia sino un mundo donde él retoma una más justa medida de su propia importancia: un mundo cuya inmensidad lo aplasta al mismo tiempo que le permite respirar. ¿Este acrecentamiento asombroso del universo corresponde a un acrecentamiento paralelo del conocimiento? Si, pero el conocimiento mismo, más todavía que a la ciencia, debe todo o casi todo a los progresos de la técnica. Ella ha permitido llevar a su perfección los fabulosos instrumentos actuales de exploración del espacio y del tiempo. Y el telescopio gigante de Monte Palomar juega hoy un papel equivalente al que jugaron hace más de tres siglos, las primeras lunetas de aumento.

Pues, si la luneta de aumento transformó la primera visión que el hombre tenía del mundo y le permitió liberarse de los límites y de las imperfecciones de su ojo, su papel moral no fué menos importante: no sólo abrió a la humanidad la exploración de un nuevo dominio y perspectivas vertiginosas, más aún, le ha reasegurado al confirmar por la observación concreta las teorías audaces que comenzaban a emitir los sabios de la época. Así ciencia y técnica se encontraban ya inextricablemente ligados. Pero los instrumentos de observación no debían cesar de perfeccionarse, en particular, es evidente, en el curso de nuestro siglo XX. Hace cincuenta años el astrónomo más advertido conocía aproximadamente las distancias de una treintena de estrellas, de las cuales la más alejada se encontraba a cincuenta años luz. Estos quinientos billones de kilómetros hacen sonreír al astrónomo de 1958, que atraviesa el universo muchos millones de veces más lejos. Numerosas técnicas contribuyeron a este prodigioso impulso. ¿Qué hubieran hecho los astrónomos sin la invención de la fotografía, más precisa que el ojo humano, más sensible y sobre todo dotada del poder de acumular la luz en función de la duración de la pausa? ¿Qué hubieran hecho los astrofísicos si no hu-

biese sido descubierta la técnica del análisis espectral de la luz que nos instruye acerca de la composición química de los astros, sobre su estado físico y aun sobre sus movimientos? ¿Qué harían todos ellos si las máquinas de calcular, y sobre todo las máquinas electrónicas, no hubieran permitido efectuar en algunas horas o en algunos días, operaciones que hubieran necesitado anteriormente la duración de una vida humana para darle buen término?

Lo cierto es que el progreso más espectacular, el más inmediatamente perceptible, es el que ha permitido el paso en tres siglos y medio de la luneta de Galileo al telescopio gigante del Monte Palomar, que inventaría en el cielo más de mil millones de galaxias semejantes a la nuestra.

ETIENNE LALOU.

Le soleil.

R. Delpech, éditeur, Paris, 1958.

MECANISMO DE LA REACCIÓN DEFENSIVA EN LA PLANTA

El estudio del mecanismo defensivo en las plantas, hace aparecer como verosímil la hipótesis según la cual las reacciones de los diversos órganos de éstas (las plantas), estarían determinadas por una percepción. Las hojas de capuchina se orientan hacia la luz por flexión del peciolo. Luego el peciolo no reacciona aquí directamente, sino bajo la influencia del limbo mismo de la hoja, pues es suficiente proyectar una sombra sobre una mitad del limbo para que el peciolo entre en acción de la manera requerida. Todo sucede pues como si la planta se regulara sobre una sensación. Volvemos a encontrar aquí la apropiación del acto a las necesidades y la coordinación de los movimientos que observamos en los animales considerados conscientes: el limbo dirige los movimientos de su peciolo como el cerebro del animal dirige los movimientos de sus miembros.

En uno como en otro caso, una excitación es transmitida, una necesidad parece sentida, una reacción destinada a satisfacer la necesidad se opera. La diferencia está solamente en que la transmisión de la excitación y la reacción son más lentas y toman una o muchas horas

en lugar de una fracción de segundo. La ausencia de sistema nervioso en la planta y su presencia en el animal, dan razón de esta diferencia al fisiólogo, de la misma manera que la necesidad de una reacción más rápida en el animal y la ausencia de esa misma necesidad en la planta dan razón al filósofo, de la existencia del sistema nervioso en uno y de su ausencia en el otro (Pierre-Jean: *Psychologie organique*, páginas 46, 54 y 55).

Si de la hoja pasamos a la raíz, comprobamos que sus reacciones se operan también de manera indirecta. Experimentos de Darwin han mostrado que la punta de la raíz es la única sensible a la humedad y que dirige la curvatura de la región de crecimiento situada sobre ella: ella, pues, explora el suelo y dirige la raíz en su crecimiento, provocando las reacciones apropiadas. Evita los obstáculos y los aparta de allí como si sus movimientos de circunmutación le permitieran saber lo que hay a su alrededor.

Más decisiva todavía es la reacción que se opera en ciertas flores cuyos estambres se ponen en movimiento al contacto con los insectos, sobre los cuales depositan su polen, como el berberis (agracejo), la mahonesa, el geranio, el cardo y otras. En el berberis, el estambre se curva hacia el centro de la flor cuando se toca ligeramente la base interna del filamento, como si la sensación de contacto provocara, a manera de reflejo motor, la contracción del protoplasma. En el *Mimulus luteus* el que reacciona es el pistilo: al paso del insecto, los dos lóbulos del estigma se unen bruscamente el uno al otro y toman así el polen que él transporta. Quedan unidos cuando han recibido el polen; si no lo han recibido, por el contrario, se separan (Pierre-Jean, op. cit., página 127).

ANDRÉ JOUSSAINT.

Les mystères de la vie, de l'amour et de la mort.
Flammarion, Paris, 1958.

Traducción de Haydee C. Blotta.

LOS CONCEPTOS NUEVOS

Los conceptos nuevos se presentan a veces bajo forma de "palabra" sin que ninguna imagen se encuentre allí agregada. Cuando en el siglo XIX se puso en evidencia la naturaleza ondulatoria de la luz, se encontró inmediatamente en impedimento. Una onda se propaga en un

medio elástico que entra en vibración por la acción de una fuerza. El aire vibra y propaga el sonido, el aire es el medio elástico que sirve de soporte al sonido. En el vacío el sonido no puede propagarse. ¿El vacío? ¿No es pues el vacío el que reina en los espacios interplanetarios e interestelares que la luz atraviesa con la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo? ¿El vacío sería pues un medio elástico capaz de transmitir la onda luminosa? Una contradicción surgía en medio de una situación ya confusa.

Una "palabra" iba a permitir salir del impedimento: el "éter" sería ese medio elástico que la razón buscaba. La luz se volvía una vibración del éter. "¿Y el éter?", dirás. Y bien, no se osaba insistir mucho sobre su definición ni sobre sus propiedades: ellas eran extravagantes. Durante un cierto tiempo el éter fué cómodo. Si una palabra sirve para levantar una contradicción, las cosas no pueden quedar allí largo tiempo, sin que la física tarde en volverse metafísica.

Esa palabra es necesario que en consecuencia se vuelva explicativa y se integre en un conjunto extendiéndolo. Entonces sobre la palabra se construye una "imagen". Esta construcción necesita una geometría y una mecánica y entreveamos allí la penetración de las matemáticas en la física.

Esa imagen sirve de soporte al pensamiento científico y durante un cierto tiempo encarnará la realidad física. Un cierto tiempo solamente, pues la ciencia no se detiene en su marcha, aun cuando disponga de un sistema explicativo completo y coherente. Llegar un día en que una nueva experiencia tiene necesidad de ser explicada. ¿La imagen se negaría a caucionar los nuevos resultados? Se la completa aportándole nuevos elementos. Ella se entorpece. Nuevas experiencias, nuevos resultados, nuevas sobrecargas, y la imagen entera se desploma. A veces la imagen ve su geometría roída por un formalismo abstracto, y termina por borrarse en una "forma matemática" que ella sola explica y prevé.

"Palabras", "imágenes", "formas matemáticas", el atomismo ha conocido estas diferentes etapas y esto es verdadero para cada elemento constitutivo del átomo, para el núcleo como para el electrón.

MAURICE DUQUESNE.
Matière et Antimatière.
P. U. de France.

CRÓNICA

LA CONTRADICCIÓN CIENTÍFICA

Toda actividad científica o, más generalmente, toda actividad cognoscitiva del hombre, es una vasta e interminable batalla lógica librada a la contradicción. La historia de la ciencia está allí para demostrarlo. Que esto sea en sus teorías generales o en los acontecimientos cotidianos de sus laboratorios, la ciencia no es lo que es, la ciencia no progresa sino porque la experiencia como el pensamiento se oponen incesantemente en las contradicciones. Newton emite, para explicar los fenómenos luminosos, su teoría corpuscular y llega a las leyes de su mecánica; los fenómenos de interferencia y de difracción incitan a Young y a Fresnel a retomar la hipótesis de las ondas de Huyghens y a elaborar una concepción nueva de la luz, más adecuada, más fecunda, y que triunfará, como se sabe, de la otra, durante largos años. La experiencia de Michelson y Morley proporciona este célebre conocimiento negativo que sumerge toda la física en esta gran contradicción de toda una serie de sus concepciones fundamentales, de que Einstein hizo el punto de partida de su brillante Teoría de la Relatividad.

Suspendamos aquí los ejemplos en los que abunda todo manual histórico de no importa cuál rama de la ciencia.

Y sin embargo, muchos sabios, muchos epistemólogos, lo contestan. Para ellos, la investigación científica se hace dulcemente por medio de una investigación experimental que descubre, casi sin choques, salvo en casos excepcionales, que quizá hubiera podido evitar, los hechos nuevos necesitan una simple readaptación de nuestras vistas técnicas, un reemplazo de ciertos errores por nuevas verdades aproximativas, bien entendido. Pero ¿qué es justamente la aparición de este hecho nuevo? O bien no lo es sino aparentemente o bien se mantiene como tal. En el primer caso no es más que una confirmación de la teoría sintética que abraza ya la serie de hechos en el seno de los cuales o en la extremidad de los cuales aparece. Es pues una verificación más, dicho de otra ma-

nera, este hecho permite una extensión más grande de la teoría que lo denomina y engloba. ¿Qué decir? ¿Qué es esta extensión conceptual fundada en esta nueva experiencia? Es una actualización más ahondada de la heterogeneidad de los hechos, en el cuadro de tal norma ideal y, como tales, susceptibles de ser considerados como epifenomenales o como subjetivos, es decir como ilustrando, como significando la ley objetiva, como sometiendo a esta última. No hay allí ciertamente la contradicción bien definida, y puede decirse que hay, sin embargo, progreso científico en un cierto sentido. Sentido estático, repetición del "mismo". Pero no ciencia nueva, progreso, en la acepción dinámica de la palabra. No hay allí conocimiento nuevo, sino monótono funcionamiento de la inducción: libertad de la diversidad fenomenal actual, renovando y desenvolviendo en la virtualidad del concepto, la misma identidad inactual, objetiva e ideal, por eso mismo, de la teoría que parece dominarla y dirigirla. Para el hombre de ciencia consagrado a este solo aspecto de la investigación científica no habrá contradicción como motor de las adquisiciones de la ciencia. Pero se puede decir también que allí no habrá para él, a decir verdad, adquisiciones.

STEPHANE LUPASCO.

LOS BOSQUES MILENARIOS

El paisaje se va volviendo más austero y salvaje. Es una sucesión constante de montañas cortadas a pique sobre el lago, desgarradas por sinuosidades y encogimientos, centellantes de nieves en sus vértices, rayadas por las cintas plateadas de cascadas que bajan en forma de cabelleras flotantes sobre las paredes acantiladas. La llegada del hombre a estas soledades incontaminadas ha señalado el comienzo de la destrucción de los inmensos bosques, que cubrían como un manto verdeante, las laderas de los montes y constituían un patrimonio inestimable de belleza para el paisaje, al que daban color y vida.

En casi todo el trayecto del lago aparecen a ambos lados de la costa, los vestigios de estos formidables incen-

dios que en pocas horas han reducido a cenizas bosques milenarios, dejando únicamente un caótico amontonamiento de troncos, blanqueantes y negros, apilados en el suelo o erguidos todavía como esqueletos gigantescos, que extienden hacia el cielo sus ramas mutiladas y retorcidas como brazos descarnados e implorantes.

Las rocas privadas del manto vegetal que las cubría, muestran al desnudo, en forma de surcos y de arrugas profundas, el tormento milenario de los agentes atmosféricos y la poderosa acción corrosiva de los antiguos ventisqueros, que bajaban de la alta montaña y llenaban esta vasta cuenca lacustre.

ALBERTO M. DE AGOSTINI.
Andes Patagónicos.

PARA FOLIÓTILOS... SOLAMENTE

El azar nos reserva, algunas veces, el espectáculo de ciertas exteriorizaciones de la flaqueza humana que pueden provocarse con sólo poner, a la vista del sujeto, un objeto determinado. Si este objeto es un libro, esas reacciones —trasuntos de una intensa emoción a la que son enteramente ajenos el valor intrínseco de la obra, su contenido ideológico, la personalidad y estilo del autor, la índole del tema, la pureza del léxico o la belleza de su poesía—, reflejan un movimiento del ánimo que recibe el nombre de bibliofilia: pasión por los libros. El sujeto, evidentemente transportado, contempla con embeleso el objeto de sus desvelos. En verdad, no sospecha que ya está atrapado y que, en adelante, nada ni nadie ha de detenerlo en la empresa —a menudo, poco fácil— de sumar aquél a sus colecciones.

Si el espectáculo atrae por insólito y curioso ¿cómo no volvernos al paso de esa quintaesencia de bibliófilo que, ante la imposibilidad de poseer el libro codiciado, se conforma con el último de sus elementos materiales: ¿una de sus hojas? ¿Qué grado de avanzada bibliofilia padecerá ese amante que dedica sus afanes no ya a la obra rara, al códice miniado, al incunabe balbuceante o a los acabados alquinos, elzevirianos o demás muestras primorosas de lo que supo hacerse en los primeros siglos de

la imprenta—en ejemplares impecables de intactas márgenes—, sino a una sola de sus partes desglosada del conjunto!

Ese caso agudo se registra con el nombre específico de foliódilo y su número no debe ser despreciable: en Nueva York, una sociedad que lleva su nombre —The Folioephiles—, se dedica a reunir hojas que integraran, en otros tiempos, ejemplares raros e interesantes para ofrecerlas, luego, en "tiradas" que resultan, en verdad, ejemplares únicos. Tales colecciones son presa codiciada por esta flor y nata de la bibliofilia.

Justamente tengo ante mí una de esas colecciones. Llegó a la Biblioteca del Museo de la Universidad Nacional de La Plata formando parte de la librería del profesor Roberto Dabbene: un conjunto de obras que, incorporado al acervo de aquella institución, iba a incrementar el tesoro bibliográfico de suyo valioso.

La pieza, in 4º, se presenta en rama, lo que facilita el examen detenido de las hojas, sueltas dentro de sendos pliegos en los que se describe, en texto impreso, las características del espécimen que se acompaña. Ello facilita notablemente el manejo de las muestras: hace posible la observación detallada de manuscritos, xilografías e impresos y el cotejo de los distintos tipos de escritura, a la par que permite apreciar al máximo la consistencia, cuerpo, sonoridad, transparencia y otras propiedades del papel empleando en cada caso.

Los pliegos impresos y su precioso contenido se ofrecen acondicionados en un estuche. El telúelo, en el lomo, indica la procedencia de los especímenes: "Pages from Oriental Literature" (Páginas de Literatura Oriental). Otro rótulo, sobre la tapa, destaca el título: "Specimens of Oriental MSS and Printing" (Especímenes de Manuscritos e Impresos Orientales), y un extenso subtítulo que anticipa la índole de la colección, a la vez que salva, en cierto modo, la ausencia de portada. En efecto, aquí se registra asimismo el pie de imprenta: The Folioephiles, Inc. New York, si bien el año (1928) se halla al término de una introducción.

De acuerdo con la "justificación de tirada", asentada en la contratapa, las obras mutiladas en aras de la foliofília han permitido, esta vez, formar solamente 120 juegos semejantes.

Componen esta colección veintitrés hojas provenientes de otros tantos libros orientales—manuscritos unos, impresos otros—que, con anterioridad a su mutilación, debieron constituir, por sus características, ejemplares de sumo interés. Muchas de ellas son, en verdad, curiosas; otras tienen un particular encanto; y es evidente que todas revisten valor histórico, ya que ilustran la evolución del arte de la escritura y de la impresión, en algunos pueblos de Asia; pero, ofrecidas ahora al foliódilo, han de cautivarlo por la belleza poco común que pudo asumir la caligrafía en ciertas regiones de Oriente y por la excelencia y variedad de sus papeles.

Las palabras con que G. M. L. Brown presenta la colección, y los comentarios que acompañan cada espécimen, son guía eficaz para el profano que, sin tal auxilio, se perdería en el dédalo de la muestra poliglota. Mr. Brown, accesible prestidigitador, no tiene a menos descubrir sus trucos. Y así, nos revela las distintas procedencias de los ejemplares desglosados y los modos varios de su obtención: compra directa a primitivos dueños, adquisición de colecciones formadas por lingüistas y paleógrafos de renombre, búsquedas en comercios del Viejo y del Nuevo Mundo, o gestiones de agentes en el Cairo y en Constantinopla. Y hasta logra intrigarnos cuando alude a la misteriosa dama que dejara sobre la mesa de trabajo del comentarista—hace de esto muchos años—, el hermoso poema de Sadi que hoy se ofrece—si bien, trunco—, a los ávidos ojos del foliódilo.

En casi todos los casos, cada una de las grafías representadas en esta colección se ilustra con una hoja manuscrita y otra impresa, lo que permite comparar los caracteres de ambas formas.

Muestras de escritura siríaca, armenia, árabe, hebrea, persa, sánscrita, birmana, cingalesa, javanesa, china y japonesa, desfilan ante nuestros ojos extasiados. Confesemos que la curiosidad ha cedido ahora paso a nuestro arrobamiento.

Al observar los redondeados caracteres que un afilado estilite ha trazado sobre hojas de talipot o talipata—como los cingaleses designan a una de sus típicas palmeras—, lo primitivo de la materia escriptoria nos recuerda que el escriba hurtó asimismo otras substancias al reino vegetal. Las antiguas voces liber, papyrus y caudex, de las

que provienen libro, papel y códice, ¿no designan, por cierto, a tres de los más difundidos antecesores y congéneres del moderno papel?

Volvamos a nuestra colección. Tan variada como su escritura es la índole de las obras que se sacrificaron para darle vida: éstas musitan plegarias, aquéllas cantan loas a sus héroes, nos regalan el verso de sus poemas o imparten nociones de carácter general a los niños del Japón.

Nuestras preferencias hesitan entre dos manuscritos de formato menor: un libro árabe de letanías, del siglo XVI y unas selecciones del Mahabharata y otras leyendas mitopoeíticas de la India, transcritas, en Cachemira, a comienzos del siglo pasado. En aquél, se entrelazan caracteres peculiares del Turquestán pero dispuestos e iluminados —en negro, rojo y dorado—, con un gusto que denuncia al artífice turco. En el manuscrito sánscrito, signos devanagaris, de una fuerza y dignidad poco común, lucen tonos contrastantes de una belleza singular. En ambos casos, el papel empleado, de tinte marfilino, muestra la calidad de elaboración y el pulido esmerado que caracterizan a la manufactura típica oriental. O, acaso, nos decidamos por los cánones budistas que, probablemente en el siglo XVIII, escribas de Birmania y de Ceilán asentaron, en caracteres palls, sobre finas y alargadas láminas de talipot, impregnando su estilete en oscuros pigmentos.

Pero debemos separarnos de la colección y no lo hacemos sin cierto desgano. Al alejarnos, comprobamos sorprendidos que una nueva inquietud se suma a las muchas que despierta nuestro diario trajinar entre los libros. ¿Qué poder oculto, disimulado entre las hojas de este eficaz vocero de la foliofilia, ha logrado conquistar un adeptos más para su causa?

AZUL COSTA ALVAREZ DE SAPIN.

LA SIERRA DE LA PLATA

Es la más famosa y trascendente de las leyendas argentinas. Comienza con el viaje del descubridor del río Paraná Guazú, hoy llamado Río de la Plata, Juan Díaz de Solís, en 1516.

Solís fué muerto y comido por los indios antropófagos del Delta del Paraná que recorrían las costas del Uruguay. Sus tres naves emprendieron el regreso a España; pero una naufragó en la costa del Brasil, denominada de Santa Catalina. Los naufragos se detuvieron en ese lugar y pronto empezaron a oír decir a los indios que mucho más al Oeste, al otro lado de las grandes selvas y de un inmenso desierto, había una sierra de la que brotaba plata, un lago donde dormía el Sol, un inmenso imperio y, a su frente, un rey Blanco.

Entre aquellos naufragos se destacaba un portugués llamado Alejo García. Este hombre extraordinario, reunió unos cientos de indios y con ellos se lanzó a la conquista de la Sierra de la Plata. Cruzó selvas y ríos, pasó por el Paraguay, atravesó el Chaco y llegó hasta los últimos contrafuertes andinos, donde tuvo conocimiento de la existencia del Perú, con nombres muy diferentes, y cargó a sus indios con grandes trozos de plata y de oro que halló en esos lugares.

Este viaje fué hecho después del 1516 y, con mayor precisión, después del 1521 y antes del 1526. García volvió hacia el Brasil, pero al llegar a orillas del río Paraguay, los indios payaguas lo asesinaron. En el Chaco quedó, según Ruy Díaz de Guzmán, un hijo suyo.

Los indios sobrevivientes de la matanza, que respondían a Alejo García, siguieron viaje hacia la costa del Brasil y entregaron a otros naufragos, llamados Enrique Montes y Melchor Ramírez, aquellos trozos de plata y oro.

La historia del viaje de García y la existencia de una Sierra de Plata recorrió la costa del Brasil y llegó a Pernambuco, donde había una colonia portuguesa. Cuando por allí pasó el veneciano Sebastián Caboto, oyó esa historia extraordinaria y, sobre todo, los relatos que se referían a la Sierra de la Plata. Él y sus compañeros se sintieron atraídos enormemente por ese relato, creyeron que se harían inmensamente ricos y fueron en busca de Enrique Montes y Melchor Ramírez, los compañeros de Alejo García. Los encontraron llenos de enorme emoción. Montes, mientras mostraba los trozos de oro y plata, lloraba y pedía a gritos que fuesen todos a la Sierra de la Plata, que volverían ricos y deslumbrarían a sus amigos en España. Caboto terminó por decidirse, abandonó su viaje al Oriente y terminó por encerrarse en el río de

Solis que, desde ese momento, empezó a tener el nombre que, desde años antes, le daban los portugueses del Brasil: Río de la Plata, o sea, río que conduce a la Sierra de la Plata.

La permanencia de Caboto en el Río de la Plata y la fundación del fuerte de Sancti Spiritus, en la confluencia del Carcarañá y del Paraná, no tuvo otro fin que el de hallar la Sierra de la Plata. Poco después, atraído en la misma forma que Caboto, llegó también el navegante español Diego García de Moguer. Caboto y García remontaron el río hasta la altura del Pilcomayo y allí supieron que para llegar a la Sierra de la Plata había que cruzar la inmensidad del terrible Chaco. También envió a explorar el interior, Sebastián Caboto, a un grupo de españoles capitaneados por Francisco César. Estos hombres, denominados posteriormente los Césares, avanzaron hasta las pampas de las actuales provincias de San Luis y Mendoza y oyeron hablar de una maravillosa ciudad. Se trataba del Cuzco, pero ellos lo ignoraban y difundieron historias maravillosas. Por último, el asalto, por los indios, del fuerte de Sancti Spiritus y su destrucción, obligaron a Caboto y a Diego García a volver a España. Tornaban derrotados, sin haber hallado más que hambre y desastres; pero llevaban consigo la leyenda de la Sierra de la Plata.

Esta leyenda causó una enorme impresión en España y en Portugal. No hubo un marinero que no la repitiera en su casa, en tabernas, en todo el pueblo, en caminos y en otros barcos. Los reyes de España y de Portugal sabían que en el centro de la América meridional había una sierra de la que brotaba plata y se propusieron conquistarla. Comenzó una verdadera carrera de preparativos para llegar, con alguna expedición, hasta la sierra y dominarla. Las dos naciones tenían, respectivamente, en sus puertos de Lisboa y de Sevilla, espías que hacían saber a los reyes las naves que se alistaban para partir. Los espías españoles comunicaban noticias de grandes armadas que se organizaban en Portugal. En efecto, los reyes portugueses descababan que llegase al Río de la Plata, Martín Alfonso de Souza. Este partió, tocó la costa del Brasil y penetró en el antiguo río de Solís. Dejó en la costa las armas grabadas de Portugal y volvió a su nación. España, apresuradamente, quiso que se hiciera a

la vela Pedro Fernández de Lugo, mas no logró que el viaje se realizara. También convino con Miguel de Herrera la conquista de la Sierra de la Plata. En la capitulación convenida con Herrera se estableció a la gobernación una dimensión, de cuatrocientas leguas cuadradas; pero no una ubicación. Herrera sabía cuán grandes eran sus posesiones en América, pero no sabía dónde se hallaban. No pudo partir. Entonces, Carlos V resolvió enviar a la conquista del Río de la Plata a un gentilhombre, gran caballero, de una de las familias más encumbradas y poderosas de España, a don Pedro de Mendoza.

La expedición de Mendoza, con dieciséis naves y unos dos mil hombre, fué la más importante que partió hacia América, hasta ese momento. Su fin exclusivo era llegar al Río de la Plata y remontarlo hasta alcanzar la famosa sierra. Con esta conquista debía impedir que los portugueses llegaran por el mismo camino, o por tierra, a la Sierra de la Plata. La sierra fué el motivo y el fin único de la gran expedición de Mendoza; en otras palabras: el origen de la conquista del Río de la Plata.

No hacemos la historia de don Pedro de Mendoza. El corto tiempo que vivió en Buenos Aires fué con el ensueño de la sierra en la mente. Creía que Juan de Ayolas llegaría a descubrirla y lo mandó al Norte del río Paraguay para que cruzara el Chaco y llegara hasta ella. En un carta inmortel le pedía que le llevara a España alguna perla o joya, pues no tenía qué comer. Murió en alta mar, a su regreso a Sevilla, con la ilusión de la sierra en sus últimas palabras. Y la misma ilusión acompañó, como un incentivo poderoso, a todos los conquistadores. Compraban objetos, unos a los otros, y firmaban cartas de crédito —los primeros pagarés de estas regiones—, a pagar con el primer oro que hubiesen en la conquista. Todos esperaban hacerse ricos cuando descubriesen la sierra. Entre tanto el tiempo pasaba, la conquista se desenvolvía lentamente. Los conquistadores terminaron por reunirse en la Asunción y allí también siguieron soñando con la sierra.

Domingo Martínez de Irala, por fin, cruzó el Chaco y llegó, tras un viaje penosísimo, hasta el comienzo de los Andes, donde habían estado Alejo García y Juan de Ayolas y se encontró con indios que hablaban en español y le dijeron que el Perú ya estaba descubierto y conquis-



tado. La Sierra de la Plata había sido el Potosí, la montaña más rica en plata del mundo entero. La leyenda enloquecedora era una verdad: la verdad más extraordinaria y que más consecuencias tuvo en toda la historia americana. Ella, al traducir su nombre al latín, dió origen a la denominación de tierra argentina.

ENRIQUE DE GANDÍA.

	Pág.	
Abelardo Arias	De los frutos a las raíces	1
Rafael Alberto Arrieta	Sarmiento y Horace Mann	13
Jean Cazeuue	Los ritos y la condición humana	22
Renata D. Halperin	Esta nuestra lengua milenaria	24
Alba Loedel	El cielo estrellado como centro de interés	50
Alfredo Llanos	El empirismo bernandiano	64
Dora Isella Russell	Memorias de un romántico: Esteban Echeverría	67
Raúl Bongiorno	El grabado y el libro	74
Córdova Iturburu	Picasso o la fantasía multiforme de la realidad	76
Vladimir Kourganoff	Las aproximaciones sucesivas	80
Raúl Jorge Llano	Visión de primavera de aves de la pro- vincia de Buenos Aires	84
Juan de Bianchetti	Toponimia guaraní de la provincia de Corrientes	105
André Barbault	Balance de la astrología	112
Oswaldo Horacio Dondo	Defensa de la lectura	123
Ethel Thompson	Un plan no graduado destinado a ase- gurar la continuidad del aprendizaje La educación estética en la escuela pública	126
Jorge H. Mauhorat	Los métodos nuevos en Psicología	131
Roger Gal	Organización de las bandas rítmicas en los Jardines de Infantes	138
Gladys M. de Echavarría		145
Marcel Deschoux	La vocación personal	148
Tomás Moro	La isla de los Utopicos	154
Bartolomé Mitre	La poesía	155
Aloysius Bertrand	El alquimista	156
Carlos Darwin	Roberto Brown	156
Charles Baudelaire	El puerto	157
Historia de Sindban	El juicio de un niño	158
Lucien Goldmann	Trabajo de análisis	160
Arturo Marasso	El bello desorden pláido	160
Francisco García Jiménez	Anotaciones a un libro gauchesco	163
Salvador Fernández	Articulación de las vocales	167
Daniel Zättera	R. Bonome, Qué es el color	169
Carlos A. Disandro	M. Delcourt, El oráculo de Delfos	172
Lucilo Oriz	R. A. Benítez, Una hostórica función de circo	174
La Redacción	J. Rostand, Ciencia falsa y falsas cien- cias	178
Enrique de Gandia	Instituto Nacional de Filología y Folk- lore, Renca, Folklore puntano	181
La Redacción	Comentarios y extractos de revistas	183
A. Dauvillier	La vida en el Universo	188
Gert von Natzmer	Fases estilísticas del arte parietal	190
Etienne Lalou	Etapas astronómicas	192
André Joussain	Mecanismo de la reacción defensiva en la planta	194
Maurice Duquesne	Los conceptos nuevos	195
Stephane Lupasco	La contradicción científica	197
Alberto M. de Agostini	Los bosques milenarios	198
Azul Costa A. de Sapin	Para foliófilos... solamente	199
Enrique de Gandia	La sierra de la Plata	202

Toda filosofía de la cultura debe acoger la idea de niveles pedagógicos. Toda cultura es solidaria de plan de estudios, de ciclo de estudios. El hombre dado a la cultura científica es un eterno escolar. La escuela es el modelo más elevado de la vida social. Permanecer un escolar debe ser el deseo secreto de un maestro. Del hecho mismo de la prodigiosa diferenciación del pensamiento científico, del hecho de la especialización necesaria, la cultura científica pone sin cesar a un verdadero sabio en situación de escolar. Los filósofos podrán burlarse. Pero ellos darán así la prueba de que no siguen la cultura científica en sus actos. De hecho los sabios van los unos a la escuela de los otros. La dialéctica del maestro y del discípulo se invierte a menudo. En un laboratorio, un joven investigador puede adquirir un conocimiento tan intenso de una técnica o de una tesis, que él es, en este punto, el maestro de su maestro. Hay allí elementos de una pedagogía dialogada donde no se suponen ni la fuerza, ni la novedad si no se toma una parte activa en una ciudad científica. Suprimir estas relaciones psicológicas es alejarse de la actividad actual, de la actividad cotidiana de la ciencia. Así no se repliega sobre la ciencia pasada, es decir, sobre la ciencia exactamente en retardo de una generación. La física sin psicologismo es muy precisamente la física de una generación antecedente. Sobre esta ciencia de la generación antecedente se ejerce, lo más a menudo, el pensamiento filosófico. A la dialéctica de maestro y discípulo se la sentirá en acción en toda la historia de la cultura.

GASTON BACHELARD
Le rationalisme appliqué.
P. U. F. París